

prácticas **constituyentes**



LOS TALLERES OCULTOS DEL CAPITAL

UN MAPA PARA LA IZQUIERDA

Nancy Fraser

traficantes de sueños

© 2020, Nancy Fraser

© Traficantes de Sueños, 2020

Licencia Creative Commons: Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0
Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

Primera edición en castellano: marzo de 2020.

Título: Los talleres ocultos del capital. Un mapa para la izquierda

Autor: Nancy Fraser

Traducción: Juan Mari Madariaga y Cristina Piña Aldao

Maquetación y diseño de cubierta: Traficantes de Sueños

Edición:

Traficantes de Sueños

C/ Duque de Alba, 13. 28012, Madrid.

Tlf: 915320928. [e-mail:editorial@traficantes.net]

Impresión:

Cofás artes gráficas

ISBN: 978-84-121259-2-4

Depósito legal: M-2054-2020

LOS TALLERES OCULTOS DEL CAPITAL

UN MAPA PARA LA IZQUIERDA

NANCY FRASER

TRADUCCIÓN:

JUAN MARI MADARIAGA

Y

CRISTINA PIÑA ALDAO

prácticas cōnstituyentes

traficantes de sueños

ÍNDICE

Prefacio	9
Primera parte. Teorizar el capitalismo	13
1. Tras la morada oculta de Marx. Por una concepción ampliada del capitalismo	15
2. ¿Puede ser la sociedad un puro conjunto de mercancías? Reflexiones pospolanyianas sobre la crisis capitalista	33
3. Mejor dos Karls que uno. Sobre la integración de Marx y Polanyi para construir una teoría crítica de la crisis actual	55
Segunda parte. Teorizar la crisis actual como una crisis del capitalismo	71
4. Las contradicciones del capital y de los cuidados	73
5. ¿Es el capitalismo <i>necesariamente</i> racista?	93
6. La crisis de la democracia como crisis capitalista. Sobre las contradicciones políticas del capitalismo financiarizado	117
Tercera parte. Política antisistémica	135
7. El feminismo, el capitalismo y la astucia de la historia	137
8. ¿Triple movimiento? Comprender la política de la crisis a la luz de Polanyi	157
9. Del neoliberalismo progresista a Trump y más allá	171
Cuarta parte. Sobre la justicia	189
10. Sobre la justicia. Lecciones de Platon, Rawls e Ishiguro	191

PUBLICACIÓN ORIGINAL DE LOS TEXTOS

1. «Behind Marx's Hidden Abode: For an Expanded Conception of Capitalism», *New Left Review*, núm. 86, marzo-abril de 2014, pp.
2. «Can Society Be Commodities all the Way Down? Post-Polanyian Reflections on Capitalist Crisis», *Economy and Society*, vol. 43, núm. 4, 2014, pp. 541-558.
3. «Why Two Karls are Better than One: Integrating Polanyi and Marx in a Critical Theory of the Current Crisis», en Ulf Bohmann (ed.), *A Critical Theory of Politics Today*, Berlín, Suhrkamp Verlag, 2017.
4. «Contradictions of Capital and Care», *New Left Review*, núm. 100, julio-agosto de 2016.
5. «Is Capitalism Necessarily Racist?», Presidential Address, APA Eastern Division, *Proceedings and Addresses of the American Philosophical Association*, vol. 92, 2018, pp. 21-42.
6. «Democratic Crisis as Capitalist Crisis: Beyond Politicism», en H. Ketterer y K. Becker (eds.), *Was stimmt nicht mit der Demokratie? Eine Debatte mit Klaus Dörre, Nancy Fraser, Stephan Lessenich und Hartmut Rosa*, Berlín, Suhrkamp Verlag, 2019.
7. Feminism, Capitalism and the Cunning of History, en *New Left Review*, núm. 56, marzo-abril de 2009, pp. 97-117.
8. «A Triple Movement?», *New Left Review*, núm. 81, mayo-junio de 2013, pp. 119-132.
9. «From Progressive Neoliberalism to Trump – and Beyond», *American Affairs*, vol. 1, núm. 4, invierno de 2017, pp. 46-64.
10. «On Justice», en *New Left Review*, núm. 74, marzo-abril de 2012, pp. 41-51.

PREFACIO

EL OBJETO DE ESTE LIBRO, compuesto por once ensayos escritos durante un periodo de doce años, es claro pese a su diversidad: la sociedad capitalista. Se trata de comprender qué es y cómo funciona; sus irracionalidades, coerciones e injusticias endógenas; sus tendencias inherentes a la crisis y sus líneas de conflicto; sus potenciales inmanentes para la transformación: dónde residen, cómo podrían desarrollarse y hacia dónde podrían conducir. Ciertamente, todas estas cuestiones han preocupado a los pensadores de izquierda durante más de un siglo y medio, pero hoy adoptan una nueva configuración al menos por tres razones.

En primer lugar, la sociedad en la que vivimos en estos momentos no se asemeja al capitalismo de nuestras abuelas. Profundamente globalizado, se materializa a partir de nuevas geografías de la explotación. Tras haber reubicado gran parte de la industria en el Sur Global, propiciado la proliferación del sector servicios y sus puestos de trabajo precarios en el núcleo histórico del sistema-mundo capitalista, y reclutado a las mujeres para el trabajo asalariado a escala global, este capitalismo ha alterado completamente la composición de «la clase trabajadora». Mediante su financiarización integral, ha generado nuevas corrientes de expropiación. Desde el acaparamiento de tierras por parte de las grandes corporaciones hasta la metástasis de la deuda soberana y el consumo, pasando por el uso de instrumentos derivados, el capitalismo actual ha inventado nuevas vías para proseguir su vieja tarea de absorber valor hacia arriba, ahora sin ensuciarse las manos en la producción. Rediseñado políticamente, ha construido un nuevo régimen de gobernanza y dominación global. Una vez desactivados los instrumentos históricos que permitían utilizar el poder del Estado en favor de la clase trabajadora, el capitalismo actual pone los derechos de propiedad neoliberales por encima de los derechos laborales y el «libre comercio» por encima de la salud del planeta, sesgando aún más las relaciones políticas en favor del capital. Este capitalismo es, en suma, una nueva especie imposible de comprender adecuadamente con los modelos conceptuales heredados y deudor de nuevas teorizaciones para lograrlo.

En segundo lugar, la «cuestión del capitalismo» parece hoy diferente debido a la profundidad y la generalidad de la crisis actual. Ni «meramente» económica, ni «sólo» financiera, la crisis capitalista de nuestra época también es social, política y ecológica. En cada una de esas dimensiones experimentamos los frutos amargos de un sistema que ha desatado la codicia capitalista en cada una de las formas importantes de la riqueza social. ¿Qué es el calentamiento global, después de todo, sino la el precio debido por la extracción y combustión irrestricta durante dos siglos de combustibles fósiles a fin de impulsar la producción en masa para el beneficio privado? ¿Quiénes son Trump, Modi, Bolsonaro, el Brexit, Vox y demás progenie, sino la monstruosa prole del implacable vaciado de las protecciones sociales y de los poderes públicos por parte del capitalismo? ¿Qué son, finalmente, el creciente estrés, la anomia, la paranoia y la desmoralización, sino el saldo debido a la cínica negativa del capital de asumir a lo largo de cuatro décadas los costes de la reproducción social: su negativa a pagar impuestos, su insistencia en la «austeridad», su exigencia de recortes en la educación, el cuidado infantil y la sanidad, su rechazo a retribuir los trabajos de cuidados y reproductivos, su reducción de los salarios por debajo de lo necesario para mantener un hogar, criar una familia y mantener una comunidad? En todos estos casos, la factura por los costes no pagados, las «externalidades» acumuladas por el funcionamiento parasitario del capital respecto a las infraestructuras sociales y subjetivas, ha vencido. Como consecuencia de ello, la crisis del capitalismo actual es inédita. No es meramente sectorial, ni se expresa principalmente como una crisis de rentabilidad; es una *crisis general* de todo un orden social. Requiere, por lo tanto, nuevas teorizaciones que vayan más allá de los paradigmas heredados de los siglos XIX y XX.

En tercer lugar, y para concluir, un nuevo orden social y una nueva forma de crisis generan nuevas fracturas sociales y nuevas gramáticas de lucha. Un gran número de autores y autoras han observado la proliferación de «nuevos» movimientos sociales: feministas, ecologistas, indigenistas, antirracistas, LGBTQI+, pro inmigrantes, que combaten injusticias que son (o que se hace que parezcan) independientes de la clase. Lo cierto es que la visibilidad de tales movimientos implica la descentralización (¡pero no la desaparición!) de las luchas obreras tradicionales desencadenadas en el lugar de producción. Son innegablemente importantes, no obstante, las luchas por la reproducción social (vivienda, atención médica, escuelas y transporte), que unen cada vez más a quienes dependen de esos servicios con quienes trabajan en los sectores que se supone que deben proporcionarlos, y que atañen al género y la raza, al estatus de ciudadanía y a la sexualidad, pero también a la clase. Son también decisivos los movimientos populistas excluyentes, que buscan refugio frente a las depredaciones del capital en la restauración de las jerarquías de estatus, últimamente sometidas a una

intensa contestación. Por último, pero no menos importante, no debemos olvidar a los liberales y las liberales centristas, que actúan como pantalla para el capital, pretendiendo contrarrestar la amenaza populista a su poder disfrazando al poder financiero con un atuendo progresista (como sucede, por ejemplo, en el feminismo de las mujeres de alto perfil profesional, en el capitalismo verde y en el antirracismo meritocrático del decil mejor dotado), mientras instan a los traumatizados y traumatizadas por la derecha a unirse a su coro, a jugar seguro y a renunciar a proyectos alternativos «arriesgados» (también conocidos como izquierdistas). Todo esto presenta un cuadro confuso, muy alejado de las concepciones tradicionales de la izquierda sobre la lucha de clases. También aquí se necesitan, por lo tanto, nuevos paradigmas, si queremos reconocer su potencial para nuevas alineaciones y coordinaciones.

El resultado es que, si bien la sociedad capitalista sigue siendo el objeto central de la teoría crítica y la práctica emancipadora, no puede entenderse de la manera habitual. Precisamos de una nueva comprensión de ese objeto, de un planteamiento que pueda aclarar los nuevos paisajes de la explotación, de la expropiación y de la dominación, las nuevas configuraciones de la crisis general, las nuevas fracturas sociales y las nuevas gramáticas de lucha.

Este es el proyecto que se persigue en las páginas que siguen. Partiendo libre y eclécticamente de «los dos Karls» (Marx y Polanyi), así como de las teorías feministas y ecologistas y de las teorías críticas de la raza, propongo *una visión ampliada de la sociedad capitalista*. Esta visión abarca no solo la economía capitalista, sino también los «talleres ocultos» —o condiciones de posibilidad subyacentes— de esta última: en concreto, los procesos de reproducción social asimétricos en cuanto al género, a la dinámica racializada de la expropiación, a las formas de dominio político estructuradas por las diferencias de clase y a las ambiciones imperiales, así como a la depredación ecológica sistemática. Todo ello, afirmo, es parte integrante esencial de lo que *es*, en realidad, una sociedad capitalista. Esos talleres ocultos, esenciales para la acumulación, son decisivos para entender por qué nuestras vidas son tan invivibles como lo son en la actualidad. Como tales, ofrecen una visión ampliada de las contradicciones del sistema. Estas últimas provienen, no sólo de la caída de la tasa de beneficio, sino también del corrosivo uso parasitario por parte del capital del trabajo de cuidados no remunerado, del poder político, de la riqueza expropiada a los sujetos racializados y de la naturaleza no humana, todo lo cual genera crisis periódicas y no accidentales.

Del mismo modo, los talleres ocultos del capital ofrecen una visión ampliada de la lucha anticapitalista. Se puede entender ahora, por ejemplo, que el conflicto de clases incluye no solo las batallas sobre el trabajo

asalariado «libre», sino también las que se registran en torno al trabajo no asalariado y dependiente. Al mismo tiempo, también obtenemos una visión de las «luchas fronterizas», de las controversias que se disputan sobre dónde y cómo trazar la línea que separa producción y reproducción, explotación y expropiación, política y economía, sociedad humana y naturaleza no humana. También observamos que estas luchas están inscritas en la topografía institucional específica del sistema y que también afectan a las perspectivas de construir un amplio frente anticapitalista en el siglo XXI.

Finalmente, una visión ampliada del capitalismo implica una visión ampliada del socialismo, suponiendo que éste todavía pueda servir como nombre de una alternativa emancipadora y deseable. Visto bajo esa luz, que desvela los talleres ocultos tras sus contrapartidas oficiales, el socialismo debe superar no solo la explotación del trabajo asalariado por parte del capital, sino también sus múltiples formas alternativas de explotación parasitaria: del trabajo de cuidados no remunerado, de los bienes públicos y de la riqueza expropiada a sujetos racializados y a la naturaleza no humana. El socialismo debe ser, pues, feminista, antirracista y antiimperialista, ecosostenible y democrático.

En suma, la visión presentada en estas páginas ofrece una forma de pensar nuestro difícil momento presente y quizá nos puedan ayudar también a discernir la senda que nos lleve más allá del mismo hacia un mundo mejor.

Nancy Fraser

Nueva York, febrero de 2020.

PRIMERA PARTE
TEORIZAR EL CAPITALISMO

I

TRAS LA MORADA OCULTA DE MARX POR UNA CONCEPCIÓN AMPLIADA DEL CAPITALISMO

¡EL CAPITALISMO HA VUELTO! Tras décadas en las que apenas se encontraba el término fuera de los escritos de pensadores marxistas, comentaristas de diversas tendencias se preocupan ahora abiertamente por su sostenibilidad, pensadores de todas las escuelas se apresuran a sistematizar críticas contra él y activistas de todo el mundo se movilizan en oposición a las prácticas del mismo*. La vuelta del «capitalismo» es, ciertamente, un cambio de agradecer, un marcador cristalino, por si hacía falta alguno, de la profundidad de la crisis actual, y de la necesidad generalizada de darle a ésta una explicación sistemática. Lo que indica todo este debate sobre el capitalismo, sintomáticamente, es la creciente intuición de que los heterogéneos males —financieros, económicos, ecológicos, políticos, sociales— que nos rodean pueden atribuirse a una raíz común; y que las reformas que no aborden las bases estructurales profundas de estos males están destinadas al fracaso. El renacimiento del término señala, de igual modo, el deseo en muchos sectores de efectuar un análisis capaz de aclarar las relaciones entre las dispares luchas sociales de nuestro tiempo, al tiempo que capaz de fomentar una cooperación estrecha, si no una plena unificación, de sus corrientes progresistas más avanzadas en un bloque antisistémico. El presentimiento de que el capitalismo podría aportar la categoría central de dicho análisis es acertado.

El actual auge del debate sobre el capitalismo sigue siendo, no obstante, en gran medida retórico, no tanto una contribución sustancial a la crítica sistemática como un síntoma del deseo de que se efectúe dicha crítica. Gracias a décadas de amnesia social, generaciones enteras de activistas y estudiosos más jóvenes se han convertido en avanzados expertos en análisis del discurso, al tiempo que conservan una completa inocencia en lo referente a las tradiciones de la *Kapitalkritik*. Solo ahora empiezan

* Estos argumentos se elaboraron en conversación con Rahel Jaeggi y se recogen en nuestro libro *Capitalism: A Conversation in Critical Theory*, Cambridge, 2018; ed. cast.: *Capitalismo. Una conversación desde la teoría crítica*, Madrid, 2019. Gracias a Blair Taylor por ayudarme en la investigación y al Centre for Gender Studies (Cambridge), el Collège d'études mondiales, el Forschungskolleg Humanwissenschaften y el Centre for Advances Studies «Justitia Amplificata» por su apoyo.

a preguntarse cómo podría efectuarse ésta hoy en día para aclarar la coyuntura actual. Sus «mayores», veteranos de anteriores eras de fermento anticapitalista que podrían haberles proporcionado cierta guía, mantienen sus propias anteojeras. No han conseguido, a pesar de las buenas intenciones profesadas, incorporar sistemáticamente a sus interpretaciones del capitalismo las ideas aportadas por el feminismo, el poscolonialismo y el pensamiento ecológico.

El resultado es que estamos atravesando una crisis capitalista de gran gravedad, sin una teoría crítica capaz de dilucidarla adecuadamente. Es cierto que la crisis actual no encaja en los modelos habituales que hemos heredado: tiene múltiples dimensiones, y no solo abarca la economía oficial, incluidas las finanzas, sino también fenómenos «no económicos» como el calentamiento global, el «déficit de cuidado» y el vaciado del poder público en todas las escalas. Pero los modelos de crisis heredados tienden a centrarse exclusivamente en los aspectos económicos, a los que dan prioridad sobre otros factores, aislándolos de ellos. De manera igualmente importante, la crisis actual está generando nuevas configuraciones y nuevas gramáticas políticas del conflicto social. Los debates sobre la naturaleza, la reproducción social y el poder público son elementos centrales de esta constelación, que involucran múltiples ejes de desigualdad, incluida la nacionalidad/raza-etnia, la religión, la sexualidad y la clase. También a este respecto, sin embargo, los modelos teóricos heredados nos defraudan, porque siguen dando prioridad a los enfrentamientos relacionados con el trabajo en el punto de producción.

En general carecemos, por lo tanto, de concepciones del capitalismo y de la crisis capitalista adecuadas para nuestro tiempo. Mi objetivo en este ensayo es sugerir una senda que remedie esta laguna. La senda nos conduce por el pensamiento de Karl Marx, cuya interpretación del capitalismo me propongo reexaminar con este objetivo en mente. El pensamiento de Marx tiene mucho que ofrecer a modo de recursos conceptuales generales; y está en principio abierto a estas preocupaciones más amplias. Pero no tiene en cuenta sistemáticamente el género, la ecología o el poder político como principios estructuradores y ejes de desigualdad en las sociedades capitalistas, y mucho menos como envites y premisas de la lucha social. Por ello es necesario reconstruir sus mejores conclusiones desde estas perspectivas. En el presente capítulo, por lo tanto, mi estrategia es observar primero a Marx y después *por detrás de él*, con la esperanza de arrojar nueva luz sobre viejas cuestiones: ¿qué es exactamente el capitalismo, y cómo se conceptúa mejor? ¿Deberíamos considerarlo un sistema económico, una forma de vida ética, o un orden social institucionalizado? ¿Cómo deberíamos caracterizar sus «tendencias a la crisis», y dónde deberíamos situarlas?

Rasgos definitorios

Para abordar estas cuestiones empezaré por recordar las que Marx consideraba las cuatro características fundamentales del capitalismo. Mi enfoque parecerá a primera vista, por consiguiente, muy ortodoxo, pero pretendo «desortodoxizarlo» mostrando cómo estas características presuponen otras que constituyen de hecho sus condiciones primordiales de posibilidad. Mientras que Marx buscaba tras la esfera del intercambio, en la «morada oculta» de la producción, para descubrir los secretos del capitalismo, yo buscaré las condiciones de posibilidad de la producción que hay tras esa esfera, en ámbitos aún más ocultos. Para Marx, el primer rasgo definitorio del capitalismo es la propiedad privada de los medios de producción, que presupone una división de clase entre los propietarios y los productores. Esta división surge como resultado de la descomposición de un mundo social previo en el que la mayoría de las personas, aun en diferentes situaciones, tenía acceso a los medios de subsistencia y a los medios de producción; acceso, en otras palabras, a comida, vivienda y vestimenta, y a herramientas, tierra y empleo, sin tener que pasar por los mercados de trabajo. El capitalismo anuló decisivamente esas soluciones. Cercó los terrenos comunitarios, abrogó los derechos de uso consuetudinarios de la mayoría y transformó los recursos compartidos en propiedad privada de una pequeña minoría.

Esto conduce directamente a la segunda característica fundamental de Marx, el mercado de trabajadores libres, porque los demás —es decir, la enorme mayoría— tienen ahora que efectuar una danza muy peculiar, que les permita trabajar y obtener lo que necesitan para seguir viviendo y criar a sus hijos. Vale la pena señalar lo extraña, lo «antinatural», lo históricamente anómala y específica que es esta institución del mercado de trabajadores libres. Los trabajadores son «libres» aquí en un doble sentido: primero, en cuanto a condición jurídica —no esclavizados, serviles, vinculados o ligados de modo alguno a un lugar dado o a un amo determinado— y por lo tanto móviles y aptos para firmar un contrato de trabajo. Pero en segundo lugar, «libres» del acceso a los medios de subsistencia y a los medios de producción, incluidos los derechos de uso consuetudinarios de la tierra y las herramientas y, por consiguiente, privados de los recursos y los derechos que podrían permitirles abstenerse de entrar en el mercado de trabajo.

Le sigue la danza igualmente extraña del valor autoexpandido, que es la tercera característica fundamental de Marx. La peculiaridad del capitalismo es que está dotado de un impulso sistémico objetivo o una direccionalidad: a saber, la acumulación de capital. En principio, de acuerdo con ello, todo lo que los propietarios hacen en cuanto capitalistas está dirigido a expandir su capital. Como los productores, también ellos se sitúan bajo una

compulsión sistémica peculiar. Y los esfuerzos de todos por satisfacer sus necesidades son indirectos, están dirigidos a algo distinto que asume la prioridad: un imperativo dominante e inscrito en un sistema impersonal, la propia tendencia del capital a la autoexpansión indefinida. Marx es brillante en este punto. En una sociedad capitalista, dice, el propio capital se convierte en Sujeto. Los seres humanos son sus peones, reducidos a adivinar cómo pueden conseguir lo que necesitan en los intersticios, alimentando a la bestia.

La cuarta característica específica es la función distintiva de los mercados en la sociedad capitalista. Los mercados han existido durante toda la historia humana, incluidas las sociedades no capitalistas. Su funcionamiento en el capitalismo, sin embargo, se distingue por otras dos características. En primer lugar, sirven en la sociedad capitalista para asignar los principales insumos a la producción de mercancías. Entendidos por la economía política burguesa como «factores de producción», estos insumos fueron originalmente identificados como la tierra, el trabajo y el capital. Además de utilizar los mercados para asignar el trabajo, el capitalismo los usa también para asignar las propiedades inmuebles, los bienes de capital, las materias primas y el crédito. En la medida en que asigna estos insumos productivos mediante mecanismos de mercado, el capitalismo los transforma en mercancías. Es, en la interesante expresión de Piero Sraffa, un sistema concebido para la «producción de mercancías por medio de mercancías», aunque también descansa, como veremos, sobre un fondo de no-mercancías¹.

Pero los mercados asumen también una segunda función clave en la sociedad capitalista: determinan cómo se invertirá el *excedente* de la sociedad. Por excedente Marx entendía el fondo colectivo de energías sociales que exceden a las necesarias para reproducir una forma de vida dada y para reabastecer lo que se usa en el transcurso de esa vida. Cómo usa una sociedad su capacidad de generar excedentes es algo absolutamente central y suscita cuestiones fundamentales acerca de cómo quieren vivir las personas —dónde prefieren invertir sus energías colectivas, cómo se proponen equilibrar el «trabajo productivo» con la vida familiar, el ocio y otras actividades—, cómo aspiran a relacionarse con la naturaleza no humana y qué pretenden dejarles a las generaciones futuras. Las sociedades capitalistas tienden a dejar dichas decisiones a las «fuerzas del mercado». Quizá ésta sea su característica más perversa y de mayores consecuencias: esta entrega de los asuntos más importantes a un aparato para calcular el valor monetizado. Está estrechamente relacionada con nuestra tercera característica fundamental, la direccionalidad inherente pero ciega del capital, el proceso

¹ Piero Sraffa, *Production of Commodities by Means of Commodities: Prelude to a Critique of Economic Theory*, Cambridge, 1960 [ed. cast.: *Producción de mercancías por medio de mercancías*, Barcelona, 1982].

autoexpansivo por el cual se constituye a sí mismo en el sujeto de la historia, desplazando a los seres humanos que lo han creado y convirtiéndolos en servidores suyos.

Al resaltar estas dos funciones de los mercados pretendo contrarrestar la extendida opinión de que el capitalismo promueve una mercantilización siempre creciente de la vida propiamente dicha. Esa opinión conduce, pienso, al callejón sin salida de las fantasías distópicas sobre un mundo totalmente mercantilizado. Unas fantasías que no solo pasan por alto los aspectos emancipadores de los mercados sino también el hecho, resaltado por Immanuel Wallerstein, de que el capitalismo ha operado a menudo sobre la base de familias «semiproletarizadas». En estas soluciones, que permiten a los propietarios pagar menos a los trabajadores, muchas familias obtienen una porción significativa de su sustento de fuentes distintas de los salarios monetarios, incluido el autoaprovisionamiento (el huerto, la siembra), la reciprocidad informal (ayuda mutua, transacciones en especie) y las transferencias estatales (prestaciones de bienestar social, servicios sociales, bienes públicos)². Dichas soluciones dejan una porción significativa de actividades y mercancías fuera del ámbito de funcionamiento del mercado. No son meros vestigios residuales de tiempos precapitalistas; y tampoco están a punto de desaparecer. Eran intrínsecos al fordismo, que solo logró promover el consumismo de la clase trabajadora en los países del centro de la economía-mundo capitalista por medio de familias semiproletarizadas, que combinaban el empleo masculino con la dedicación femenina a la casa, e inhibiendo el consumo de mercancías en la periferia. La semiproletarización es incluso más pronunciada en el neoliberalismo, que ha construido toda una estrategia de acumulación expulsando a miles de millones de personas de la economía oficial hacia zonas grises informales de las que el capital extrae valor. Como veremos, esta especie de «acumulación primitiva» es un proceso continuo del que el capital se beneficia y en el que se basa.

Lo importante, por lo tanto, es que aspectos mercantilizados de las sociedades capitalistas coexisten con aspectos no mercantilizados de las mismas. Y no se trata de un evento fortuito o una contingencia empírica, sino de un rasgo que forma parte del ADN del capitalismo. «Coexistencia» es de hecho un término demasiado débil para captar la relación entre aspectos mercantilizados y aspectos no mercantilizados de una sociedad capitalista. Un término más adecuado sería el de «imbricación funcional» o, más firme aún aunque más simple, «dependencia»³. Los mercados dependen para su

² Immanuel Wallerstein, *Historical Capitalism*, Londres, 1983, p. 39; ed. cast.: *El capitalismo histórico*, Madrid, 1988.

³ Karl Polanyi, *The Great Transformation* [1944], Nueva York, 2002; ed. cast.: *La gran transformación*, Madrid, 1989; Nancy Fraser, «Can Society Be commodities All the Way Down?», *Economy and Society*, vol. 43, 2014; texto incluido en este volumen.

propia existencia de relaciones sociales no mercantilizadas, que proporcionan las condiciones primordiales de posibilidad de los mismos.

Condiciones primordiales de posibilidad

Hasta el momento he ido elaborando una definición bastante ortodoxa del capitalismo, basada en cuatro características clave que parecen ser «económicas». He seguido de hecho a Marx al mirar por detrás de la perspectiva razonable, que se centra en el intercambio mercantil, y observar la «morada oculta» de la producción. Ahora quiero, sin embargo, mirar detrás de esa morada oculta, para ver lo que está aún más oculto. Lo que yo afirmo es que la explicación que Marx ofrece de la producción capitalista solo tiene sentido cuando empezamos a introducir sus condiciones primordiales de posibilidad. La siguiente pregunta será, por lo tanto: ¿qué debe existir detrás de estas características fundamentales para hacerlas posibles? El propio Marx plantea una pregunta de este tipo casi al final del primer volumen de *El capital*, en el capítulo dedicado a la denominada acumulación «primitiva» u originaria⁴. ¿De dónde viene el capital? pregunta. ¿Cómo comenzó a existir la propiedad privada de los medios de producción, y cómo pasaron los productores a quedar separados de dichos medios? En los capítulos anteriores, Marx había puesto al descubierto la lógica económica del capitalismo haciendo abstracción de sus condiciones de posibilidad previas, que se asumían como algo simplemente dado. Pero resultó que había todo un relato subyacente en la procedencia del capital, una historia muy violenta de desposesión y expropiación. Este relato subyacente, como ha resaltado David Harvey, no está situado solo en el pasado, en los «orígenes» del capitalismo⁵. La expropiación es un mecanismo de acumulación continuo si bien informal, que se mantiene junto al mecanismo formal de la explotación, que constituye, por así decirlo, el «relato aparente» de Marx.

Este movimiento, desde el relato aparente de la explotación al relato subyacente de la expropiación, constituye un enorme cambio epistémico, que ilumina de manera muy distinta todo lo acaecido con anterioridad. Es análogo al movimiento que Marx hace antes, casi al comienzo del volumen I, cuando nos invita a dejar atrás la esfera del intercambio mercantil, y la perspectiva de sentido común burgués con la que se asocia, para alcanzar la morada oculta de la producción, lo cual nos permite adoptar una perspectiva más crítica. Como resultado de ese primer movimiento, descubrimos

⁴ Karl Marx, *Capital*, vol. I, Londres, 1976, pp. 873-876; ed. cast.: *El capital*, Madrid, 1976, Libro I, tomo III, pp. 197-201.

⁵ David Harvey, *The New Imperialism*, Oxford, 2003, pp. 137-182; ed. cast.: *El nuevo imperialismo*, Madrid, 2004.

un sucio secreto: la acumulación se logra mediante la explotación. El capital, en otras palabras, no se expande a través del intercambio de equivalentes, como la perspectiva del mercado sugiere, sino precisamente a través de su opuesto: la no compensación de una porción del tiempo de trabajo de los trabajadores y trabajadoras. De modo similar, cuando pasamos de la explotación a la expropiación, al final del volumen, descubrimos un secreto aún más sucio: tras la coerción sublimada del trabajo asalariado radican la violencia palpable y el robo descarado. En otras palabras, la larga elaboración de la lógica económica del capitalismo, que constituye la mayor parte del volumen I, no es la última palabra. Va seguida por otro movimiento a una perspectiva distinta, la de la desposesión. Este movimiento hacia lo que hay tras la «morada oculta» es también un movimiento hacia la historia y a lo que yo he denominado las «condiciones primordiales de posibilidad» de la explotación.

Posiblemente haya, sin embargo, otros giros epistémicos implicados en la explicación que Marx da del capitalismo, igualmente importantes pero no desarrollados por él. Estos movimientos, a moradas incluso más ocultas, no están aún conceptualizados. Debemos escribirlos en nuevos volúmenes de *El capital*, por así decirlo, si queremos desarrollar una interpretación adecuada del capitalismo en el siglo XXI. Uno es el giro epistémico de la producción a la reproducción social: las formas de aprovisionamiento, atención e interacción que producen y sostienen los vínculos sociales. Denominada de diversas maneras, como «cuidado», «trabajo afectivo» o «subjetivación», esta actividad forma los sujetos humanos del capitalismo, sosteniéndolos como seres naturales personificados, al tiempo que los constituye en seres sociales, formando su *habitus* y la sustancia socioética, o *Sittlichkeit*, en la que se mueven. Central a este respecto es el trabajo de socializar a las generaciones jóvenes, construyendo comunidades, produciendo y reproduciendo los significados compartidos, las disposiciones afectivas y los horizontes de valor que sostienen la cooperación social. En las sociedades capitalistas, buena parte de esta actividad, aunque no toda, se efectúa fuera del mercado, en las familias, los barrios y en toda una panoplia de instituciones públicas, incluidos colegios y escuelas infantiles; y buena parte de ella, aunque no toda, no adopta la forma de trabajo remunerado. Pero la actividad reproductiva de lo social es absolutamente necesaria para la existencia del trabajo remunerado, la acumulación de plusvalor y el funcionamiento del capitalismo propiamente dicho. El trabajo remunerado no podría existir en ausencia del trabajo doméstico, la crianza de los hijos, la enseñanza, el cuidado afectivo y toda una serie de actividades que ayudan a producir nuevas generaciones de trabajadores y reponer las existentes, además de mantener los vínculos sociales y las interpretaciones compartidas. De igual modo que la «acumulación originaria»,

por lo tanto, la reproducción social es una condición primordial previa e indispensable para la posibilidad de la producción capitalista.

Estructuralmente, además, la división entre reproducción social y producción de mercancías es fundamental para el capitalismo; de hecho, es un mecanismo del mismo. Como decenas de teóricas feministas han resaltado, la distinción es profundamente sexista, de forma tal que la reproducción está asociada a las mujeres y la producción a los hombres. Históricamente, la división entre trabajo «productivo» remunerado y trabajo «reproductivo» no remunerado ha sostenido las modernas formas capitalistas de subordinación de las mujeres. Como la existente entre propietarios y trabajadores, también esta división descansa en la descomposición de un mundo previo. En este caso, lo destruido fue un mundo en el que el trabajo de las mujeres, aunque distinto del de los hombres, era no obstante visible y públicamente reconocido, una parte integrante del universo social. Con el capitalismo, por el contrario, el trabajo reproductivo se desgaja y queda relegado a una esfera doméstica «privada» y separada en la que su importancia social queda oscurecida. Y en este nuevo mundo, en el que el dinero es un medio de poder primario, el hecho de que sea no remunerado sella la cuestión: quienes hacen este trabajo están estructuralmente subordinadas a quienes reciben salarios monetarios, aunque su trabajo también proporcione las necesarias condiciones primordiales previas para el trabajo asalariado.

Lejos de ser universal, por lo tanto, la división entre producción y reproducción surgió históricamente, con el capitalismo. No fue, sin embargo, algo que se diese por las buenas y de una vez por todas. Por el contrario, la división ha mutado históricamente, adoptando distintas formas en diferentes fases del desarrollo capitalista. En el siglo XX, algunos aspectos de la reproducción social fueron transformados en servicios y bienes públicos, desprivatizados pero no mercantilizados. Hoy, la división está mutando de nuevo, puesto que el neoliberalismo (re)privatiza y (re)mercantiliza algunos de estos servicios, al tiempo que también mercantiliza por primera vez otros aspectos de la reproducción social. Al exigir la reducción de la provisión pública y al mismo tiempo atraer masivamente a las mujeres a empleos mal remunerados en el sector servicios, está redibujando además los límites institucionales que anteriormente separaban la producción de mercancías de la reproducción social y de ese modo reconfigurando en ese mismo proceso el orden de género. De manera igualmente importante, al lanzar un gran ataque contra la reproducción social, está convirtiendo esta condición primordial para la acumulación de capital en un importante punto crítico de las crisis capitalistas.

Naturaleza y poder

Pero deberíamos considerar también otros dos giros igualmente fundamentales en la perspectiva epistémica, que nos dirigen a otras moradas ocultas. El primero está mejor representado en el trabajo de los pensadores ecosocialistas, que en la actualidad describen otro relato sobre la utilización parasitaria de la naturaleza por parte del capitalismo. Este relato hace referencia a la anexión de la naturaleza –su *Landnahme*– al capital, que la utiliza como fuente de «insumos» para la producción y como «sumidero» para absorber los residuos de ésta. La naturaleza se convierte aquí en un recurso para el capital, cuyo valor se presupone y niega al mismo tiempo. Tratada como algo gratuito en las cuentas del capital, es expropiada sin compensación ni reposición, asumiendo implícitamente que se trata de algo infinito. De ese modo, la capacidad de la naturaleza para soportar vida y renovarse constituye otra condición primordial necesaria para la producción de mercancías y la acumulación de capital.

El capitalismo asume estructuralmente –inaugura de hecho– una profunda división entre un ámbito natural, concebido como oferta de «materia prima» gratuita, no producida y disponible para su apropiación, y un ámbito económico, concebido como una esfera de valor, producido por y para los seres humanos. Junto con esto se verifica un endurecimiento de la distinción preexistente entre la naturaleza humana –considerada espiritual, sociocultural e histórica– y la no humana, considerada material, objetivamente dada y ahistórica. La agudización de esta distinción descansa, también, en la descomposición de un mundo anterior, en el que los ritmos de la vida social estaban en muchos aspectos adaptados a los de la naturaleza no humana. El capitalismo separó brutalmente a los seres humanos de los ritmos naturales, estacionales, asignándolos a la fabricación industrial, posibilitada por los combustibles fósiles, y a la agricultura comercial, hipertrofiada por los fertilizantes químicos. Introduciendo lo que Marx denominó una «brecha metabólica», inauguró lo que ahora se denomina el Antropoceno, una era geológica completamente nueva en la que la actividad humana tiene un impacto decisivo sobre los ecosistemas y la atmósfera de la Tierra⁶.

Surgida con el capitalismo, también esta división ha mutado en el transcurso de la evolución capitalista. La actual fase neoliberal ha inaugurado una nueva ronda de cercados –la mercantilización del agua, por ejemplo– que están situando «más parte de la naturaleza» (si podemos hablar de ese modo) en el primer plano económico. Al mismo tiempo, el

⁶ Karl Marx, *Capital*, vol. III, Nueva York, 1981, pp. 949-950; ed. cast.: *El capital*, cit., libro III, tomo III, pp. 272-273; John Bellamy Foster, «Marx's Theory of Metabolic Rift: Classical Foundations of Environmental Sociology», *American Journal of Sociology*, vol. 105, núm. 2, septiembre de 1996.

neoliberalismo promete borrar el límite naturaleza/humano: por ejemplo, las nuevas tecnologías reproductivas y los «cíborgs» de Donna Haraway⁷. Lejos de ofrecer una «reconciliación» con la naturaleza, sin embargo, estas evoluciones intensifican la mercantilización y la anexión de ésta por parte del capitalismo. A diferencia de los cercados de tierras sobre los que escribieron Marx y Polanyi, que «meramente» mercantizaron fenómenos naturales ya existentes, los nuevos cercados penetran profundamente «dentro de» la naturaleza, alterando sus principios elementales internos. Por último, el neoliberalismo está mercantizando el ecologismo, véase si no el potente comercio de permisos e intercambios de carbono y de «derivados medioambientales», que alejan al capital de la inversión a largo plazo y a gran escala necesaria para transformar formas de vida insostenibles, basadas en los combustibles fósiles. Sobre el telón del calentamiento global, ese asalto a lo que queda de los bienes comunes ecológicos está convirtiendo la condición natural de la acumulación de capital en otro nudo central de la crisis capitalista.

Consideremos por último otro giro epistémico, que apunta a las condiciones de posibilidad *políticas* del capitalismo: su dependencia respecto a unos poderes públicos que establezcan y fortalezcan sus normas constitutivas. El capitalismo es inconcebible, después de todo, sin un marco legal que sostenga la empresa privada y el intercambio mercantil. Su relato aparente depende crucialmente de que los poderes públicos garanticen los derechos de propiedad, hagan cumplir los contratos, arbitren disensiones, repriman las rebeliones anticapitalistas y sostengan, en el lenguaje de la Constitución estadounidense, «toda la fe y el crédito» de la oferta monetaria que constituye el flujo sanguíneo del capital. Históricamente, los poderes públicos en cuestión han estado albergados principalmente en los Estados territoriales, incluidos aquellos que operaban como potencias coloniales. Eran los sistemas jurídicos de dichos Estados los que establecían los contornos de espacios en apariencia despolitizados dentro de los cuales los actores privados podían defender sus intereses «económicos», libres de una interferencia «política» abierta, por una parte, y de las obligaciones de mecenazgo derivadas del parentesco, por la otra. Fueron, de modo similar, los Estados territoriales los que movilizaron la «fuerza legítima» para reprimir la resistencia a las expropiaciones por las cuales se originaron y sostuvieron las relaciones de propiedad capitalistas. Por último, fueron dichos Estados los que nacionalizaron y garantizaron el dinero⁸. Históricamente, podríamos decir, el Estado «constituyó» la economía capitalista.

⁷ Donna Haraway, «A Cyborg Manifesto: Science, Technology and Socialist-Feminism in the Late Twentieth Century», en *Socialist Review*, vol., 80, 1985.

⁸ Geoffrey Ingham, *The Nature of Money*, Cambridge, 2004; David Graeber, *Debt: The First 5.000 Years*, Nueva York, 2011.

A este respecto encontramos otra gran división estructural constitutiva de la sociedad capitalista: la que se verifica entre organización política y economía. Con esta división se produce la diferenciación institucional entre el poder público y el privado, entre la coerción política y la económica. Como las otras divisiones fundamentales que hemos analizado, también ésta surge como resultado de la descomposición de un mundo previo. Lo desmantelado en este caso fue un mundo social en el que el poder económico y el político estaban efectivamente fundidos, como, por ejemplo, en la sociedad feudal, en la que el control sobre el trabajo, la tierra y la fuerza militar estaba conferido a la única institución de señorío y vasallaje. En la sociedad capitalista, por el contrario, como de manera elegante ha demostrado Ellen Wood, el poder económico y el poder político están separados; a cada uno se le asigna su propia esfera, su propio medio y su *modus operandi*⁹. Pero el relato aparente del capitalismo tiene también condiciones de posibilidad políticas en el plano geopolítico. Lo que está en cuestión aquí es la organización del espacio más amplio en el que los Estados territoriales están insertos. Se trata de un espacio en el que el capital se mueve con mucha facilidad, dada su tendencia expansionista. Pero la capacidad para operar entre fronteras depende del derecho internacional, acuerdos negociados entre las grandes potencias y regímenes supranacionales que pacifican parcialmente (y de modo afín al capital) un ámbito a menudo imaginado como un estado de naturaleza. A lo largo de su historia, el relato aparente del capitalismo ha dependido de las capacidades militares y organizativas de una sucesión de potencias hegemónicas globales que, como sostenía Giovanni Arrighi, han intentado potenciar la acumulación en una escala progresivamente ampliada en el marco de un sistema multiestatal¹⁰.

Encontramos aquí otras divisiones estructurales constitutivas de la sociedad capitalista: la división «westfaliana» entre «interno» e «internacional», por una parte, y la división imperialista entre núcleo y periferia, por otra, ambas basadas en la división más fundamental entre una economía capitalista crecientemente planetaria, organizada como un «sistema-mundo», y un mundo político organizado como un sistema internacional de Estados territoriales. Estas divisiones están también mutando en la actualidad, a medida que el neoliberalismo agota las capacidades políticas en las que el capital se ha basado históricamente, tanto en el plano estatal como en el geopolítico. Como resultado de este vaciamiento, las condiciones de posibilidad políticas del capitalismo son también un aspecto importante y un punto crítico de la crisis capitalista. Podría decirse mucho más acerca

⁹ Ellen Meiksins Wood, *Empire of Capital*, Londres y Nueva York, 2003; ed. cast.: *El imperio del capital*, Barcelona, 2004.

¹⁰ Giovanni Arrighi, *The Long Twentieth Century: Money, Power and the Origins of Our Times*, Londres y Nueva York, 1994; ed. cast.: *El largo siglo XX. Poder y dinero en los orígenes de nuestra época*, Madrid, 1999.

de cada uno de estos puntos, pero la tendencia general de mi argumento debería estar clara. Al efectuar mi explicación inicial del capitalismo he demostrado que sus características «económicas» explícitas dependen de condiciones primordiales «no económicas». Un sistema económico definido por la propiedad privada, la acumulación de valor autoexpansiva, la existencia de mercados libres de trabajo y de otros insumos importantes para la producción de mercancías y la asignación del excedente social por el mercado es posible si preexisten tres condiciones primordiales cruciales relacionadas respectivamente con la reproducción social, la ecología del planeta y el poder político. Para entender el capitalismo, por lo tanto, necesitamos relacionar su relato aparente con estos tres relatos subyacentes. Debemos conectar la perspectiva marxiana con las perspectivas teóricas feminista, ecológica y política (teoría del Estado, colonial/poscolonial y transnacional).

Un orden social institucionalizado

¿Qué tipo de animal es el capitalismo de acuerdo con este análisis? La imagen que he elaborado aquí difiere de la idea familiar de que el capitalismo es un sistema económico. Puede haber parecido a primera vista, ciertamente, que las características básicas que hemos identificado eran «económicas». Pero esa apariencia era equívoca. Una de las peculiaridades del capitalismo es que trata sus relaciones sociales estructurantes como si fuesen «económicas». Descubrimos enseguida, de hecho, que era necesario hablar de condiciones primordiales «no económicas» que posibilitaban la existencia de dicho «sistema económico». No son características de una economía capitalista sino de una *sociedad* capitalista; y concluimos que esas condiciones primordiales no deben eliminarse de la imagen sin más, sino que es necesario conceptualizarlas y teorizarlas como parte de nuestra interpretación del capitalismo. El capitalismo es, por lo tanto, algo más que una economía.

La imagen que he esbozado difiere, igualmente, de la consideración de que el capitalismo es una forma cosificada de la vida ética, caracterizada por una mercantilización y una monetarización generalizadas. Desde ese punto de vista, como articulaba el celebrado ensayo de Lukács sobre «Reificación y consciencia del proletariado», la forma mercancía coloniza la vida entera, estampando su marca en fenómenos tan diversos como el derecho, la ciencia, la moral, el arte y la cultura¹¹. En mi opinión, la mercantilización dista mucho de ser universal en la sociedad capitalista. Allí donde está presente, por el contrario, depende para su misma existencia

¹¹ György Lukács, *History and Class Consciousness: Studies in Marxist Dialectics*, Londres, 1971; ed. cast.: György Lukács, *Historia y consciencia de clase*, Barcelona, 1978.

de zonas no mercantilizadas. Sociales, ecológicas y políticas, estas zonas no mercantilizadas no reflejan simplemente la lógica de la mercancía, sino que representan distintos principios normativos y ontológicos propios. Por ejemplo, las prácticas sociales orientadas a la reproducción (entendida como algo opuesto a la producción) tienden a engendrar ideales de cuidado, responsabilidad mutua y solidaridad, por muy jerárquicas y provincianas que estas puedan ser¹². De modo similar, las prácticas orientadas a la organización política, como algo opuesto a la economía, hacen referencia a menudo a principios de democracia, autonomía pública y autodeterminación colectiva, por muy restringidas o exclusivistas que éstas puedan ser. Por último, las prácticas asociadas con las condiciones primordiales del capitalismo en la naturaleza no humana tienden a fomentar valores como la protección ecológica, la no dominación de la naturaleza y la justicia entre generaciones, por muy románticas y sectarias que éstas puedan ser. Mi objetivo, por supuesto, no es idealizar estas normatividades «no económicas» sino registrar que divergen de los valores asociados con el primer plano del capitalismo: ante todo, crecimiento, eficiencia, intercambio igual, decisión individual, libertad negativa y promoción meritocrática.

Esta divergencia es la que marca toda la diferencia en nuestra concepción del capitalismo. Lejos de generar una sola lógica dominante de la cosificación, la sociedad capitalista se diferencia normativamente, abarcando una determinada pluralidad de ontologías sociales distintas pero interrelacionadas. Está por ver qué ocurre cuando estas colisionan. Pero la estructura que las sostiene ya está clara: la topografía normativa específica del capitalismo deriva de las relaciones que hemos visto entre el primer plano y el fondo. Si nuestro objetivo es desarrollar una teoría crítica del capitalismo, debemos sustituir la interpretación del mismo como una forma cosificada de la vida ética por una perspectiva estructural más diferenciada.

Si el capitalismo no es ni un sistema económico ni una forma cosificada de la vida ética, ¿qué es? Mi respuesta es que deberíamos concebirlo como un orden social institucionalizado, a la par que, por ejemplo, el feudalismo. Comprender el capitalismo de este modo subraya sus divisiones estructurales, en especial las separaciones institucionales que he mostrado. Constitutiva del capitalismo, como hemos visto, es la separación institucional entre la «producción económica» y la «reproducción social», una separación de género que establece formas de dominación masculina específicamente capitalistas, aun cuando también permite la explotación capitalista de la fuerza de trabajo y, mediante ella, su modo de acumulación oficialmente sancionado. También definitoria del capitalismo es la

¹² Sara Ruddick, *Maternal Thinking: Towards a Politics of Peace*, Londres, 1990; Joan Trento, *Moral Boundaries: A Political Argument for an Ethic of Care*, Nueva York, 1993.

separación institucional entre la «economía» y la «organización política», una separación que aparta de la agenda política de los Estados territoriales los asuntos definidos como «económicos», al tiempo que libera al capital y lo deja vagar por una tierra de nadie transnacional en la que cosecha los beneficios del ordenamiento hegemónico y elude el control político. Igualmente fundamental para el capitalismo, por último, es la división ontológica, preexistente pero masivamente intensificada, entre su fondo «natural» (no humano) y su primer plano «humano» (en apariencia no natural). Hablar del capitalismo como un orden social institucionalizado, basado en dichas separaciones es, por lo tanto, sugerir su imbricación estructural, no accidental, con la opresión de género, la dominación política –tanto nacional como transnacional, colonial y poscolonial– y la degradación ecológica; en conjunción, por supuesto, con su dinámica de primer plano igualmente estructural y no accidental de explotación del trabajo.

Con esto no pretendo sugerir, sin embargo, que las divisiones institucionales del capitalismo sean estáticas. Por el contrario, como hemos visto, el *dónde* y el *cómo* las sociedades capitalistas establecen exactamente la línea entre producción y reproducción, economía y organización política, naturaleza humana y no humana varían históricamente, de acuerdo con el régimen de acumulación. Podemos conceptualizar, de hecho, el capitalismo competitivo del *laissez-faire*, el capitalismo monopolista gestionado por el Estado y el capitalismo neoliberal globalizador precisamente en estos términos: como tres formas históricamente específicas de separar la economía de la organización política, la producción de la reproducción y la naturaleza humana de la no humana.

Luchas en torno a los límites

Igualmente importante es que la configuración exacta del orden capitalista en cualquier tiempo y lugar depende de la política: del balance de poder social y del resultado de las luchas sociales. Lejos de ser algo dado sin más, las divisiones institucionales del capitalismo se convierten a menudo en focos de conflicto, puesto que los actores se movilizan para cuestionar o defender los límites establecidos que separan la economía de la organización política, la producción de la reproducción y la naturaleza humana de la no humana. En la medida en la que su objetivo es el de reubicar los procesos cuestionados en el mapa institucional del capitalismo, los sujetos del capitalismo se inspiran en las perspectivas normativas asociadas con las diversas zonas que hemos determinado. Esto lo observamos en la actualidad. Algunos opositores al neoliberalismo, por ejemplo, se inspiran en los ideales de cuidado, solidaridad y responsabilidad mutua, asociados con la

reproducción, para oponerse a los intentos de mercantilizar la educación. Otros reúnen nociones de protección de la naturaleza y justicia intergeneracional, asociadas con la ecología, para militar a favor de una transición hacia las energías renovables. Y otros invocan ideales de autonomía pública, asociados con la organización política, para defender controles internacionales sobre el capital y ampliar la responsabilidad democrática más allá del Estado. Dichas reivindicaciones, junto con las contrarrevindicaciones que inevitablemente suscitan, son la materia exacta de la lucha social en las sociedades capitalistas, tan fundamental como las luchas de clase por el control de la producción de mercancías y la distribución del plusvalor a las que Marx daba primacía. Estas luchas en torno a los límites, como los denominaré, modelan decisivamente la estructura de las sociedades capitalistas¹³. Desempeñan una función constitutiva en la consideración del capitalismo como un orden social institucionalizado.

Concentrar la atención sobre las luchas en torno a los límites debería impedir cualquier falsa impresión de que la opinión que he esbozado sea funcionalista. He empezado, ciertamente, por caracterizar la reproducción, la ecología y el poder político como condiciones primordiales necesarias para el relato económico aparente del capitalismo, resaltando su funcionalidad para la producción de mercancías, la explotación de los trabajadores y la acumulación de capital. Pero este momento estructural no capta el relato pleno de las relaciones explícitas e implícitas del capitalismo. Coexiste, por el contrario, con otro «momento» ya insinuado, que es igualmente importante y que emerge de caracterizar lo social, lo político y lo ecológico como reservorios de normatividad «no económica». Esto implica que, incluso aunque estos órdenes «no económicos» hacen posible la producción de mercancías, no son reducibles a esa función posibilitadora. Lejos de quedar completamente agotadas por la dinámica de acumulación o de estar completamente subordinadas a ella, cada una de estas moradas ocultas alberga ontologías específicas de la práctica social y de los ideales normativos.

Estos ideales «no económicos» están, además, preñados de posibilidades para la crítica política. En especial en tiempos de crisis, es posible volverlos contra las prácticas económicas básicas asociadas con la acumulación de capital. En tales tiempos, las divisiones estructurales que normalmente sirven para segregar las diversas normatividades dentro de sus propias esferas institucionales tienden a debilitarse. Cuando las separaciones no se sostienen, los sujetos del capitalismo –que viven, después de todo, en más de una esfera– experimentan un conflicto normativo. Lejos de introducir ideas desde el «exterior», se basan en la propia normatividad compleja del

¹³ Nancy Fraser, «Struggle over Needs: Outline of a Socialist-Feminist Critical Theory of Late-Capitalist Political Culture», en N. Fraser, *Unruly Practices: Power, Discourse and Gender in Contemporary Social Theory*, Minneapolis y Londres, 1989.

capitalismo para criticarlo, movilizándolo a contra corriente la multiplicidad de ideales que coexisten, en ocasiones incómodamente, en un orden social institucionalizado y basado en divisiones entre lo explícito y lo implícito. La visión del capitalismo como un orden social institucionalizado nos ayuda, por lo tanto, a entender que es posible criticar al capitalismo desde dentro.

Pero este punto de vista sugiere también que sería erróneo interpretar románticamente la sociedad, la organización política y la naturaleza, como algo situado «fuera» del capitalismo e inherentemente opuesto a él. Ese punto de vista romántico lo sostienen en la actualidad muchos pensadores anticapitalistas y activistas de izquierda, incluidos feministas culturales, ecologistas partidarios de la ecología profunda y neoanarquistas, así como otros muchos partidarios de las economías «plurales», «poscrecimiento», «solidarias» y «populares». Estas corrientes tratan demasiado a menudo el «cuidado», la «naturaleza», la «acción directa» o la «producción y gestión de bienes comunes» como elementos intrínsecamente anticapitalistas. Pasan por alto, en consecuencia, el hecho de que sus prácticas predilectas no solo son fuentes de crítica sino también parte integrante del orden capitalista. El argumento a este respecto es, por el contrario, que la sociedad, la organización política y la naturaleza surgieron de manera concurrente con la economía y han evolucionado en simbiosis con la misma. Son en efecto los «otros» de esta última, y solo adquieren su carácter específico en contraste con ella. La reproducción y la producción conforman, por lo tanto, un par en el que cada término está codefinido por medio del otro. Ninguna tiene sentido sin la otra. Lo mismo puede decirse de los pares organización política/economía y naturaleza/humano. Parte integrante del orden capitalista, ninguno de los ámbitos «no económicos» proporciona un punto de observación completamente externo que permita suscribir una forma de crítica absolutamente pura y plenamente radical. Los proyectos políticos que apelan a lo que imaginan ser el «exterior» del capitalismo acaban, por el contrario, reciclando por lo general estereotipos capitalistas, al contraponer la atención afectiva femenina a la agresión masculina, la cooperación espontánea al cálculo económico, el organicismo holístico de la naturaleza al individualismo antropocéntrico. Basar las luchas propias en estas oposiciones no es cuestionar, sino reflejar involuntariamente, el orden social institucionalizado de la sociedad capitalista.

Contradicciones

De esto deducimos que una interpretación adecuada de las relaciones entre lo explícito y lo implícito del capitalismo debe reunir tres ideas distintas. En primer lugar, los ámbitos «no económicos» del capitalismo sirven como

condiciones primordiales posibilitadoras de su economía; esta última depende para su existencia de valores y aportaciones de los primeros. En segundo lugar, sin embargo, los ámbitos «no económicos» del capitalismo tienen peso y carácter propios, que pueden en ciertas circunstancias proporcionar recursos para la lucha anticapitalista. Estos ámbitos forman parte no obstante, y éste es el tercer argumento, de la sociedad capitalista, coconstituida históricamente en unión con su economía y marcada por su simbiosis con él.

Hay también una cuarta idea, que nos devuelve al problema de las crisis con el que he comenzado. Las relaciones entre lo explícito y lo implícito del capitalismo albergan fuentes de inestabilidad endógenas. Como hemos visto, la producción capitalista no es autosostenida, sino que se aprovecha de la reproducción social, de la naturaleza y del poder político; pero su orientación a la acumulación infinita amenaza con desestabilizar sus propias condiciones de posibilidad. En el caso de sus condiciones ecológicas, lo que está en riesgo son los procesos naturales que sostienen la vida y proporcionan los insumos materiales para el aprovisionamiento social. En el caso de sus condiciones de reproducción social, lo que está en peligro son los procesos socioculturales que aportan las relaciones de solidaridad, las disposiciones afectivas y los horizontes de valor que sostienen la cooperación social, al tiempo que aportan los seres humanos adecuadamente socializados y formados, que constituyen la «fuerza de trabajo». En el caso de sus condiciones políticas, lo que está en peligro aquí son los poderes públicos, tanto nacionales como transnacionales, que garantizan los derechos de propiedad, hacen cumplir los contratos, arbitran disputas, reprimen las rebeliones anticapitalistas y mantienen la oferta de dinero.

He aquí, dicho en lenguaje de Marx, tres «contradicciones del capitalismo», la ecológica, la social y la política, que se corresponden con tres «tendencias a la crisis». A diferencia de las tendencias a la crisis resaltadas por Marx, sin embargo, estas no derivan de contradicciones internas presentes en la economía capitalista. Se basan, por el contrario, en contradicciones entre el sistema económico y sus condiciones de posibilidad primordiales: entre economía y sociedad, entre economía y naturaleza y entre economía y organización política¹⁴. Su efecto, como ya se ha señalado, es el de suscitar una amplia gama de enfrentamientos sociales en la sociedad capitalista: no solo luchas de clases en el lugar de producción, sino también luchas en torno a los límites acerca de la ecología, la reproducción social y el poder político. Esas luchas, respuestas a las tendencias a la crisis inherentes en la sociedad capitalista, son endémicas de nuestra concepción ampliada del capitalismo como un orden social institucionalizado.

¹⁴ Véase James O'Connor, «Capitalism, Nature, Socialism: A Theoretical Introduction», *Capitalism, Nature, Socialism*, vol. 1, núm. 1, 1988, pp. 1-22.

¿Qué tipo de crítica al capitalismo deriva de la concepción aquí esbozada? La visión del capitalismo como un orden social institucionalizado exige una forma de reflexión crítica múltiple, muy similar a la desarrollada por Marx en *El capital*. Tal y como yo lo interpreto, Marx entrelaza una crítica sistémica de la tendencia inherente del capitalismo a la crisis (económica), una crítica normativa de su dinámica endógena de dominación (de clase) y una crítica política del potencial de transformación social emancipadora inherente a su forma característica de lucha (de clases). La concepción que yo he esbozado implica un entrelazamiento análogo de aspectos críticos, pero aquí el tejido es más complejo, ya que cada aspecto es internamente múltiple. La crítica de la crisis sistémica no solo incluye las contradicciones económicas analizadas por Marx, sino también las contradicciones entre ámbitos aquí analizadas, que desestabilizan las condiciones primordiales necesarias para la acumulación de capital al poner en peligro la reproducción social, la ecología y el poder político. La crítica a la dominación, igualmente, no solo abarca las relaciones de dominación de clase analizadas por Marx, sino también las de dominación de género, de dominación política y de dominación de la naturaleza. La crítica política abarca, por último, múltiples conjuntos de actores –clases, sexos, grupos de estatus, naciones, *demoi*, posiblemente incluso especies– y vectores de lucha: no solo la lucha de clases, sino también luchas en torno a los límites, acerca de las separaciones entre la sociedad, la organización política o la naturaleza, por un lado, y la economía, por otro.

Lo considerado como lucha anticapitalista es, por lo tanto, mucho más amplio de lo que tradicionalmente han supuesto los marxistas. Tan pronto como superamos el relato aparente y entramos en el relato subyacente, todas las condiciones primordiales indispensables para la explotación de los trabajadores y trabajadoras se convierten en focos de conflicto en la sociedad capitalista. No solo las luchas entre el trabajo y el capital en el lugar de producción, sino también las luchas por los límites relativos a la dominación de género, la ecología, el imperialismo y la democracia. Pero, igualmente importante: estas últimas aparecen ahora bajo otra luz: como luchas dentro del propio capitalismo, en torno al mismo y, en algunos casos, contra él. Si se entendiesen a sí mismas en estos términos, sería concebible que estas luchas pudieran cooperar o unirse.

II

¿PUEDE SER LA SOCIEDAD UN PURO CONJUNTO DE MERCANCÍAS?

REFLEXIONES POSPOLANYIANAS SOBRE LA CRISIS CAPITALISTA

Una crisis en tres dimensiones

Estamos atravesando actualmente una crisis muy severa y de gran complejidad. Sin embargo, carecemos de un marco conceptual con el que interpretarla, por no hablar de uno que pudiera ayudarnos a resolverla de forma emancipadora. Es evidente que la crisis actual es multidimensional y abarca no sólo la economía y las finanzas, sino también la ecología, la sociedad y la política. De esas dimensiones quiero destacar tres como especialmente sobresalientes. Existe, en primer lugar, la vertiente ecológica de la crisis, reflejada en el agotamiento de los recursos no renovables del planeta y en la progresiva destrucción de la biosfera, como refleja primero y ante todo el calentamiento global. En segundo lugar, tenemos el capítulo de la financiarización de la crisis, reflejado en la creación, aparentemente de la nada, de toda una economía en la sombra de títulos-valores, insustanciales pero capaces de devastar la economía «real» y de poner en peligro el sustento de miles de millones de personas. Por último está la hebra correspondiente a la reproducción social, reflejada en la creciente tensión, bajo el neoliberalismo, en lo que algunos denominan «cuidados» o «trabajo afectivo», pero que yo entiendo más ampliamente como las capacidades humanas disponibles para crear y mantener vínculos sociales, que incluyen el trabajo de socializar a los jóvenes, construir comunidades y reproducir los significados compartidos, las disposiciones afectivas y los horizontes de valor que sustentan la cooperación social. Tomadas individualmente, cada una de esas vertientes de la crisis es suficientemente aterradora, pero juntas nos ofrecen una constelación verdaderamente alarmante. Es la convergencia de esas tres vertientes, la ecológica, la financiera y la social, lo que constituye el carácter distintivo y la especial gravedad de la crisis actual.

En estas condiciones, una conclusión es irrefutable: una teoría crítica para nuestra época debe abarcar las tres dimensiones de la crisis. Evidentemente debe revelar la especificidad de cada una de ellas, pero también debería aclarar las formas en que se entrelazan la vertiente ecológica,

la financiarización y las líneas de reproducción social en la evolución de la crisis. Por último, esa teoría crítica debería explorar la posibilidad de que las tres deriven de una fuente común en la estructura profunda de nuestra sociedad y que las tres compartan una gramática común.

Hoy día, no obstante, carecemos de tal teoría crítica. Nuestra comprensión heredada de la crisis tiende a centrarse en un solo aspecto, típicamente el económico o el ecológico, que es aislado y privilegiado sobre los demás. La mayoría de los teóricos ecológicos aíslan la crisis de la naturaleza de la de las finanzas, mientras que la mayoría de los críticos de la economía política no logran relacionar ese dominio con la ecología; y ninguno de esos campos presta mucha atención a la crisis de la reproducción social, que se ha convertido en objeto de los estudios de género y la teoría feminista, permaneciendo por lo tanto encerrada en un gueto¹.

Hoy día, en cualquier caso, tal «separatismo crítico» es contraproducente. En el contexto actual, cuando la crisis es claramente tridimensional, necesitamos un planteamiento integrado amplio que conecte lo ecológico, lo económico y lo social. Evitando el economicismo, por un lado, y lo que llamaré «ecologicismo» por otro, tenemos que resucitar el proyecto de teorización social a gran escala, que intenta abarcar las tres dimensiones de la crisis y aclarar las relaciones existentes entre ellas. Al elucidar la naturaleza y las raíces de la crisis, tal perspectiva también permitiría revelar posibilidades para una resolución emancipadora.

El pensamiento de Karl Polanyi ofrece un punto de partida prometededor para tales teorizaciones; *La gran transformación*, su texto clásico de 1944, presenta una reflexión sobre una crisis anterior que conecta ecología, economía política y reproducción social. El libro concibe la crisis como un proceso histórico multifacético que comenzó con el auge del liberalismo económico en Gran Bretaña durante el siglo XIX y que procedió, a lo largo de un siglo y medio, a extenderse al mundo entero, trayendo consigo la subordinación imperial intensificada, depresiones económicas periódicas y guerras devastadoras. Para Polanyi, además, aquella crisis era menos un colapso económico en sentido estrecho que la desintegración de comunidades, la destrucción de los medios de vida y la devastación de la naturaleza. Sus raíces se hundían menos en las contradicciones intraeconómicas que en el cambio trascendental en el lugar que ocupaba la economía frente a la sociedad. Al invertir la relación, hasta entonces universal, en la que los mercados estaban integrados en las instituciones sociales y sometidos a normas éticas y morales y a la regulación política, los proponentes de la «autorregulación de los mercados» trataban de construir un mundo en

¹ Una excepción es el artículo de Adelheid Biesecker y Sabine Hofmeister «(Re)productivity: Sustainable relations both between society and nature and between the genders» (2010).

el que la sociedad, la moral, la ética y la política estuvieran subordinadas a estos, e incluso fueran modelados por ellos. Al concebir el trabajo, la tierra y el dinero como «factores de producción», trataban esas bases fundamentales de la vida como si fueran mercancías ordinarias y las sometían al intercambio mercantil. Los efectos de la «mercantilización ficticia», como la denominó Polanyi, eran tan destructivos de los hábitats, los medios de sustento y las comunidades, que provocaron un contramovimiento para la «protección de la sociedad». El resultado fue un patrón específico de conflicto social, que él llamó «el doble movimiento»: un conflicto en espiral entre los defensores del libre mercado, por un lado, y los proteccionistas sociales, por el otro, que llevó a un estancamiento político y, en última instancia, al fascismo y la Segunda Guerra Mundial (Polanyi [1944], 2001; ed. cast., 1989).

Encontramos aquí, pues, una descripción de la crisis que evita al menos dos formas de separatismo crítico. Eludiendo tanto el economicismo como el ecologicismo, *La gran transformación* entreteje un análisis del colapso financiero y económico con una descripción de la devastación natural y la desintegración social, subtendidos todos ellos por conflictos políticos intratables que la crisis no logró resolver, sino que por el contrario, exacerbó. Negándose a circunscribir su análisis al ámbito económico, por un lado, o al ecológico, por otro, Polanyi elaboró una concepción de la crisis que abarca ambas dimensiones, así como la de la reproducción social. Al incorporar esta última a su marco fue capaz además, al menos en principio, de incorporar un buen número de las preocupaciones feministas y de conectarlas de hecho con las preocupaciones de los ecologistas y economistas preocupados por la dimensión política de sus respectivas disciplinas.

Bastaría este aspecto para calificar a Polanyi como un recurso prometedor para quienes tratan de entender la crisis del siglo XXI. Pero hay otras razones, más específicas, para recurrir a él hoy en día. La exposición presentada en *La gran transformación* tiene fuertes ecos en los acontecimientos actuales. Hay al menos un argumento *prima facie* para la opinión de que la crisis actual fue provocada por los esfuerzos recientes para desembarazar a los mercados de los regímenes de gobernanza (nacionales e internacionales) establecidos después de la Segunda Guerra Mundial. Lo que hoy llamamos «neoliberalismo» es poco más que el segundo advenimiento de la misma fe del siglo XIX en el «mercado autorregulador», que desencadenó la crisis objeto de estudio por Polanyi. Ahora, como entonces, los intentos de implementar ese credo espolean los esfuerzos por mercantilizar la naturaleza, el trabajo y el dinero, como atestiguan los mercados en expansión de las emisiones de carbono y la biotecnología; la mercantilización del cuidado de los niños, la escolarización y el cuidado de los ancianos; y el auge de los derivados financieros. Ahora, como entonces, el efecto es saquear la naturaleza,

quebrantar las comunidades y destruir los medios de subsistencia. Hoy, además, como en la época de Polanyi, aparecen contramovimientos para proteger a la sociedad y a la naturaleza de los estragos del mercado. Ahora, como entonces, las luchas por la naturaleza, la reproducción social y las finanzas globales constituyen los nodos centrales y los focos de tensión de la crisis. A primera vista, pues, podemos entender la crisis actual como una segunda gran transformación, una gran transformación *redux*.

Por muchas razones, pues, la perspectiva de Polanyi contiene abundantes promesas para la teorización actual. Sin embargo, no deberíamos apresurarnos a abrazarla acríticamente. Aunque supera el economicismo y el ecologicismo, *La gran transformación* resulta, en una inspección más cercana, profundamente defectuosa. Enfocado unilateralmente en los efectos destructivos de los «mercados autorregulados», el libro pasa por alto los daños originados en otros sectores de la «sociedad» circundante. Preocupado exclusivamente por los efectos corrosivos de la mercantilización *sobre* las comunidades, descuida las injusticias *dentro* de ellas, como la esclavitud, la servidumbre y el patriarcado, que dependen de las construcciones sociales del trabajo, la tierra y el dinero precisamente como *no*-mercancías. Demonizando la mercantilización, el libro tiende a idealizar la protección social, ya que no tiene en cuenta que esa protección ha servido a menudo para afianzar jerarquías y exclusiones. Al contraponer una «mala economía» a una «buena sociedad», *La gran transformación* coquetea con el comunitarismo y es insuficientemente sensible a la dominación (Robotham, 2009).

Lo que necesitamos, pues, es una revisión del marco de trabajo de Polanyi. El objetivo debería ser una nueva perspectiva pospolanyiana que no solo supere el economicismo y ecologicismo, sino que también evite romantizar y reificar la «sociedad» y de este modo acabe blanqueando la dominación. Ése es precisamente el objetivo del presente trabajo. Trato de desarrollar en él una crítica que abarque tanto a «la sociedad» como a «la economía», para lo que me propongo examinar uno de los conceptos principales de Polanyi, a saber, la mercancía ficticia. Argumentaré que, si bien esa idea ofrece una base prometedora para un análisis estructural integrado de la crisis actual, debe ser reconstruida de modo que sea sensible y crítica con respecto a la dominación.

La mercantilización ficticia en *La gran transformación*

Permítanme comenzar por esbozar la idea de Polanyi de la mercantilización ficticia. Sostenía, como ya señalé, que el capitalismo industrial del siglo XIX inauguró una relación históricamente sin precedentes entre

«economía» y «sociedad». Anteriormente, los mercados habían sido «meros accesorios» de la vida económica, y nunca había existido algo parecido a una «economía» separada. La producción y la distribución estaban organizadas por instituciones que podríamos llamar «no económicas» (por ejemplo, el parentesco, la comunidad y el Estado) y sujetas a normas no económicas (religiosas, comunales o legales), que limitaban lo que podía ser comprado y vendido, por quién y en qué condiciones. La idea de un «mercado autorregulado», sujeto únicamente a la oferta y la demanda, era prácticamente impensable (Polanyi, pp. 46-58; ed. cast., pp. 84-101).

Todo eso cambió, sin embargo, con la invención de la idea completamente nueva de una «economía de mercado». Rechazando decididamente todos los criterios anteriores, los proponentes de esa idea preconizaban un sistema económico separado, institucionalmente diferenciado del resto de la sociedad y enteramente dirigido y controlado por los mecanismos del mercado. En ese sistema toda la producción se organizaría para la venta en mercados, que fijarían los precios, regidos de forma inmanente por la oferta y la demanda. No sólo los artículos de lujo o los bienes ordinarios, sino *todos los insumos de la producción*, incluidos el trabajo humano, las materias primas y el crédito, se comercializarían en tales «mercados autorregulados». Así, las condiciones necesarias para la producción de mercancías se convertirían ellas mismas en mercancías, lo cual significaba introducir la lógica de las relaciones mercantiles en prácticamente todos los aspectos de vida social. Lo que originalmente fue concebido como una economía separada colonizaría inevitablemente la sociedad circundante, rehaciendo esta última a imagen de la primera. Una «economía de mercado» solo podía existir en una «sociedad de mercado» (Polanyi, pp. 71-74; ed. cast., pp. 121-125).

Para Polanyi, sin embargo, esa idea de una «economía de mercado en una sociedad de mercado» es intrínsecamente irrealizable. Postular que trabajo, tierra y dinero pueden ser intercambiados como mercancías ordinarias equivale a suponer que la sociedad puede ser toda un puro conjunto de mercancías. Pero esa suposición, afirmaba Polanyi, es «totalmente ficticia» y los intentos de implementarla serán necesariamente contraproducentes. En realidad, el trabajo, la tierra y el dinero tienen un estatus especial, fundacional. Al constituir el propio tejido de la vida social, también proporcionan las condiciones primordiales necesarias para la producción de mercancías. Tratarlos como objetos ordinarios de intercambio de mercado supone, por lo tanto, atacar a la vez la «sustancia» de la sociedad y los presupuestos indispensables de una economía capitalista (Polanyi, pp. 75-79, 133-137; ed. cast., pp. 127-133, 211-217). El resultado solo podría ser una crisis de la sociedad, por un lado, y una crisis de la economía, por otro. La sociedad, en opinión de Polanyi, no puede ser un puro conjunto de mercancías.

Escribe Polanyi:

Permitir que el mecanismo del mercado dirija por su propia cuenta y decida la suerte de los seres humanos y de su medio natural, e incluso que de hecho decida acerca del nivel y de la utilización del poder adquisitivo, conduciría necesariamente a la destrucción de la sociedad. Y esto es así porque la pretendida mercancía denominada «fuerza de trabajo» no puede ser zarandeada, utilizada indiscriminadamente, o incluso desempleada, sin que se vean inevitablemente afectados los individuos humanos portadores de esa mercancía peculiar. Al disponer de la fuerza de trabajo de un hombre, el sistema pretende disponer de la entidad física, psicológica y moral «humana» que está ligada a esa fuerza. Desprovistos de la protectora cobertura de las instituciones culturales, los seres humanos perecerían, al ser abandonados en la sociedad: morirían convirtiéndose en víctimas de una desorganización social aguda, serían eliminados por el vicio, la perversión, el crimen y la inanición, y perecerían por los efectos de la exposición [y] la dislocación social [...]. La naturaleza se vería reducida a sus elementos, el entorno natural y los paisajes serían saqueados, los ríos polucionados, la seguridad militar comprometida, el poder de producir alimentos y materias primas destruido. Y, para terminar, la administración del poder adquisitivo por el mercado sometería a las empresas comerciales a liquidaciones periódicas, pues la alternancia de la penuria y de la superabundancia de dinero se mostraría tan desastrosa para el comercio como lo fueron las inundaciones y los periodos de sequía para la sociedad primitiva. Los mercados del trabajo, la tierra y el dinero *son* sin ninguna duda esenciales para la economía de mercado. Sin embargo, ninguna sociedad podría soportar, ni siquiera durante un breve lapso de tiempo, los efectos de semejante sistema de ficciones groseras a no ser que su sustancia humana y natural, así como su organización comercial, estuviesen protegidas contra los estragos de esa máquina sátrica (Polanyi, pp. 76-77; ed. cast., pp. 128-129).

Como veremos, este pasaje puede interpretarse de más de una manera. Sin embargo, su punto central está fuera de discusión: los esfuerzos para crear una «sociedad de mercado» organizada como un puro conjunto de mercancías, desencadenan necesariamente la crisis. Al desestabilizar la naturaleza, las finanzas y la reproducción social, tales esfuerzos no pueden sino socavar, tanto los elementos constitutivos de la vida social, como los presupuestos de la producción e intercambio de mercancías. También provocarían necesariamente resistencia.

La gran transformación relata el proceso que siguieron los intereses comerciales británicos durante el siglo XIX al tratar de mercantilizar el trabajo, la tierra y el dinero. Tal como nos cuenta Polanyi, sus acciones pusieron en marcha una crisis de gran alcance en tres dimensiones. En primer lugar, el

intento de crear un «mercado autorregulado» de la «fuerza de trabajo» desmoralizó de hecho a «los seres humanos que resultaban ser portadores de esa mercancía particular» (Polanyi, p. 76; ed. cast., p. 129). Fracturando las comunidades, fragmentando las familias y deteriorando los vínculos sociales, perturbó los procesos de reproducción social en los que se basan los mercados (Polanyi, p. 136; ed. cast., p. 216). En segundo lugar, los cercamientos de tierras, el libre comercio del grano y la importación de productos alimenticios baratos socavaron la agricultura y succionaron el fluido vital de las comunidades rurales, mientras la industria saqueaba el mundo y arrasaba la tierra en busca de «materias primas», al tiempo que contaminaba el aire y el agua. Así, el nuevo régimen económico efectivamente «redujo la naturaleza a sus elementos» y «desfiguró entornos naturales y paisajes», poniendo en peligro tanto las condiciones ecológicas de la producción como las condiciones de vida de los seres humanos. Por último, la especulación desenfrenada con la moneda y los instrumentos de crédito desestabilizó la oferta monetaria, haciendo que el valor del dinero fluctuara violentamente, devorando los ahorros, desalentando la inversión y privando tanto a productores como a consumidores de su capacidad de planear para el futuro. La mercantilización del dinero socavó las precondiciones temporales para la seguridad social y ontológica, así como las precondiciones financieras para la acumulación de capital (Polanyi, pp. 136-138, 201-209; ed. cast., pp. 215-17, 309-320). Para Polanyi, pues, el resultado de la mercantilización ficticia era la crisis, una crisis a la vez social, ecológica y económica, que golpeaba a la naturaleza y a la sociedad, así como al capital.

Mercantilización, dominación y emancipación

La idea de Polanyi de la mercantilización ficticia era notablemente profética. Cualesquiera que sean sus méritos para el periodo que describió, su identificación de la naturaleza, el trabajo y el dinero como nodos centrales de crisis es muy pertinente para el siglo XXI. Igualmente importante es que su concepción relacione estos tres puntos críticos de la crisis con una dinámica común. Así, la noción de mercantilización ficticia permite la perspectiva de una teoría integrada de la crisis, que abarque conjuntamente las preocupaciones de feministas, ecologistas y economistas políticos. Al conectar esos terrenos, promete superar los separatismos que actualmente dividen y debilitan la teorización crítica. De hecho, esa concepción ubica las tres corrientes de crítica como momentos interconectados de una crítica más amplia del capitalismo.

Sin embargo, tal como suele interpretarse, la presentación de Polanyi de la mercantilización ficticia descansa sobre unos fundamentos dudosos, derivados de la afirmación, planteada repetidamente en *La gran*

transformación, de que una mercancía es un bien (o servicio) producido para la venta (Polanyi, p. 75; ed. cast., p. 127). Basando su argumento en esta definición, Polanyi sostiene que el trabajo, la tierra y el dinero no pueden ser auténticas mercancías, porque ninguno de ellos fue producido para la venta. Ni el trabajo ni la tierra se producen en absoluto, afirma; y aunque el dinero es una creación humana, tiene el estatus de una convención social, similar al lenguaje, no el de un objeto producido para su venta (Polanyi, pp. 75, 137, 204-205; ed. cast., pp. 128, 216, 313-315). Cuando se comercializan, por lo tanto, ninguno de los tres se comporta como una verdadera mercancía. En cada caso, la condición original de no haber sido producido para la venta desestabiliza el proceso de mercantilización. Carentes de los orígenes adecuados, las posibles mercancías sólo pueden ser «ficticias».

Llamemos a ésta la «interpretación ontológica» de la mercantilización ficticia. Es problemática, creo, porque es esencialista, ahistórica e insensible a la dominación. Apelando a una condición original, la de no haber sido producidos para la venta, la interpretación ontológica postula que mercantilizar el trabajo, la tierra y el dinero equivale a violar su naturaleza intrínseca. Como consecuencia, oscurece su historicidad, encubriendo el hecho de que ninguno de los tres se encuentra nunca puro, sino únicamente en formas que ya han sido moldeadas por la actividad humana y las relaciones de poder. Esta interpretación tampoco registra que, mucho antes de que fueran mercantilizadas, las construcciones sociales del trabajo, la tierra y el dinero codificaban típicamente relaciones de dominación, como atestiguan el feudalismo, la esclavitud y el patriarcado, en ninguno de los cuales, como señalé antes, esos tres elementos constitutivos de la vida social aparecen como mercancías. Además, la interpretación ontológica orienta abrumadoramente la crítica de la mercantilización a sus efectos desintegradores de las comunidades sociales, centrándose en su tendencia a destruir las solidaridades y ataduras sociales existentes, que implícitamente asume dotadas de un valor que merece la pena preservar. Al asociar el cambio exclusivamente con la decadencia y el declive, pasa por alto la posibilidad, señalada por Marx, de que la mercantilización pueda generar efectos emancipadores, al disolver modos de dominación externos al mercado y crear las bases para nuevas solidaridades más inclusivas e igualitarias. Por el contrario, la interpretación ontológica oculta el hecho de que las luchas por proteger la naturaleza y la sociedad frente al mercado a menudo tienen como objetivo afianzar los privilegios y excluir a los «forasteros». Al ignorar la jerarquía y la exclusión, se presta a un proyecto defensivo: proteger de la mercantilización las construcciones vigentes del trabajo, la tierra y el dinero, junto con la dominación inherente a ellas. Excluyendo la consideración de los efectos cruzados y recíprocos, desalienta los intentos de estudiar las ventajas y desventajas de desarrollos históricos tan complejos

como la introducción de los mercados en economías autoritarias de mando o la apertura del mercado laboral a mujeres y antiguos esclavos. Dicho todo esto, la interpretación ontológica contrae la crítica de la crisis a un impulso defensivo y conservador que es en el mejor de los casos insensible y, en el peor, cómplice de las formas de dominación que no se basan en mecanismos de mercado.

Necesitamos, pues, otra interpretación de la mercantilización ficticia, historizada, no defensiva y sensible a la dominación. Un modelo útil, sugiero, es el ofrecido por el razonamiento de Hegel contenido en *La filosofía del derecho* sobre por qué en la sociedad no puede contratarse todo. En esa obra Hegel argumentó que una esfera de relaciones contractuales sólo es posible sobre la base de un trasfondo de relaciones sociales no contractuales; los esfuerzos por universalizar el contrato necesariamente lo socavan, destruyendo la base no contractual sobre la que se apoya (Hegel, *Grundlinien der Philosophie des Rechts*, 1821)². Adaptando el argumento de Hegel, podríamos definir la mercantilización ficticia como el intento de mercantilizar las condiciones de posibilidad del mercado. Entendidos de esta manera, los intentos de mercantilizar plenamente el trabajo, la tierra y el dinero son conceptualmente incoherentes e intrínsecamente autodestructivos, como los de un tigre que se muerde su propia cola. Por razones estructurales, por lo tanto, la sociedad no puede ser un puro conjunto de mercancías.

Llamemos a esta última la interpretación «estructural» de la mercantilización ficticia. A diferencia de la interpretación ontológica, ésta no supone una condición original del trabajo, la naturaleza y el dinero que se resista intrínsecamente a la mercantilización. Dirige su atención, por el contrario, a la tendencia de los mercados no regulados a destruir sus propias condiciones de posibilidad. Entiende esas condiciones, además, como socialmente construidas e históricamente específicas y, por consiguiente, como potencialmente entrelazadas con la dominación y sujetas a impugnación. Nos recuerda, en consecuencia, que no siempre vale la pena defender lo que erosiona la mercantilización y que ésta puede, en realidad, fomentar la emancipación al debilitar los soportes tradicionales de la dominación. La interpretación estructural, liberada del sesgo comunitario de la lectura ontológica, posibilita una crítica más compleja de la crisis capitalista. Sensible no solo a la desolidarización, sino también a la dominación, realza la fuerza crítica del concepto de la mercantilización ficticia.

² G. W. F. Hegel, *Grundlinien der Philosophie des Rechts*, 1821: a mi entender esta obra argumenta, en contra de la teoría del contrato social, que en la sociedad no puede contratarse todo e invoca ese argumento para establecer la necesidad de integrar el «derecho abstracto» en el contexto más amplio de la «vida ética». Para una interpretación detallada a lo largo de estas líneas, véase Rosenfeld (1989).

Permítaseme explicarme. La lectura estructural de la mercantilización ficticia pone en primer plano el carácter intrínsecamente autocontradictorio del capitalismo de libre mercado. En este sentido es análoga a la idea de Marx de la caída tendencial de la tasa de beneficio (Marx, *El capital*, vol. 3, especialmente el cap. XIII, «La ley en cuanto tal», pp. 247-268). Pero a diferencia de Marx, Polanyi identifica no una, sino tres contradicciones del capitalismo, la ecológica, la social y la financiera, cada una de las cuales sustenta una dimensión de la crisis. Y además, a diferencia de las de Marx, las contradicciones de Polanyi no son propias de la economía capitalista; son contradicciones en realidad entre el sistema económico y sus condiciones ambientales de posibilidad: entre la economía y la sociedad y entre la economía y la naturaleza. Para Polanyi, por último, cada una de las tres contradicciones se desarrolla siguiendo una lógica común: cada una pertenece a una condición necesaria de la producción, que el capitalismo a la vez precisa y tiende a erosionar. En el caso de la condición ecológica de la producción, lo que está en juego son los procesos naturales, que sustentan la vida y aportan los insumos materiales para el abastecimiento social. En el caso de la condición de la reproducción social, lo que está en juego son los procesos socioculturales, que proporcionan las relaciones solidarias, disposiciones afectivas y horizontes de valor capaces de sustentar la cooperación social, al tiempo que proporcionan los seres humanos apropiadamente socializados y capacitados que constituyen el «trabajo». En el caso de la condición monetaria de la producción, lo que está en juego es la capacidad de realizar intercambios a distancia y de almacenar valor para el futuro y de ahí la capacidad de interactuar ampliamente en el espacio y en el tiempo. Lo que está en juego en cada caso es la sostenibilidad: la del capitalismo, por un lado, y la de la sociedad y la naturaleza, por otro (cf. O'Connor, 1988).

En principio, pues, cada vertiente de la crisis se presta a una crítica estructural centrada en la sostenibilidad; y, efectivamente, de hecho, actualmente están circulando tres variantes distintas de dicha crítica. Una variante ecológica afirma que la subsunción cada vez más invasiva de la naturaleza como mercancía ficticia por parte del neoliberalismo está erosionando irreparablemente la base natural que sostiene la vida y suministra los insumos materiales para la producción de mercancías (véanse, por ejemplo, Lohmann, 2009; O'Connor, 1988, 1994; Shiva, 2000; Smith, 2007). Una variante feminista sostiene que la creciente mercantilización del trabajo de las mujeres, por un lado, y de los «cuidados», por otro, está agotando las capacidades de reproducción de las que depende la oferta de «fuerza de trabajo» y la sociedad como tal (véanse, por ejemplo, Bakker y Gill, 2003; Federici, 2012; Hochschild, 2003; Rai, Hoskyns & Thomas, 2014). Variantes marxianas y keynesianas afirman que la financiarización está destruyendo los presupuestos monetarios de la acumulación de capital,

así como la posibilidad de protección social políticamente organizada y suministro público de bienestar social³.

Cada una de esas críticas es poderosa y merece un mayor desarrollo, pero cada una capta una sola hebra de una totalidad mayor y debe ser conectada a las demás. Lejos de estar totalmente separadas unas de otras, las tres dimensiones de la crisis están íntimamente entrelazadas en la gramática profunda de la sociedad capitalista. Permítaseme sugerir cómo podrían conectarse a través de la noción polanyiana de mercantilización ficticia. Entendiendo esa noción estructuralmente, quiero mostrar cómo podríamos disociar su crítica tridimensional de la insostenibilidad del capitalismo, del *ethos* comunitario al que se unió sin pretenderlo, y cómo podríamos vincularlo a una crítica de la dominación.

La mercantilización ficticia en el siglo XXI

Comenzaré por la mercantilización del trabajo. A este respecto Polanyi fue con seguridad profético, sentando en 1944 las bases para una crítica feminista del capitalismo, aunque él mismo no la desarrollara. Sin limitarse a criticar la explotación, situó la mercantilización del trabajo en una perspectiva más amplia, la de la reproducción social, que afecta al mantenimiento de los lazos sociales que son indispensables tanto para la sociedad en general como para el intercambio mercantil en particular. Adoptando esa perspectiva, Polanyi entendió que la proletarianización tiene que ver tanto con el desarraigo de comunidades y solidaridades como con la explotación y las privaciones. Entendió, por lo tanto, que la mercantilización desenfrenada del trabajo amenaza al universo de sentido, disposiciones afectivas y horizontes de valor que sustentan la sociedad y la economía, al tiempo que ponen en peligro el suministro de la «fuerza de trabajo» adecuadamente cualificada y socializada que el capital requiere. Comprendió, finalmente, que en condiciones de proletarianización rampante, la reproducción social está destinada a ser un nodo de crisis y un foco de luchas (Polanyi, pp. 39, 83, 133; ed. cast., pp. 75, 138, 211). Como entendió Polanyi, el resultado solo podía ser una batalla a vida o muerte entre dos fuerzas sociales antagónicas: por un lado, el partido del liberalismo de libre mercado, empeñado en arrancar la fuerza de trabajo de su contexto vital y convertirla en un «factor de producción» al servicio de la obtención de beneficios; por otro, el partido de la protección social, en defensa de la vida, las familias y las comunidades, que siempre han rodeado al trabajo y le han infundido sentido social.

³ Para las críticas neokeynesianas, véanse Krugman (2008) y Skidelsky (2009). Para críticas neomarxianas, véanse Harvey (2010) y Albo, Gindin y Panitch (2010).

Pero a pesar de toda su perspicacia, la visión de Polanyi también contiene un importante punto ciego. Lo que no apreció fue que la construcción de la «fuerza de trabajo» como mercancía ficticia descansaba en la construcción simultánea de los «cuidados» como no-mercancía. El trabajo no remunerado de la reproducción social suministraba las condiciones necesarias de posibilidad para el trabajo asalariado; este último no podría existir, después de todo, en ausencia de las tareas domésticas, la crianza de niños, la escolarización, los cuidados afectivos y otras muchas actividades que mantienen los vínculos sociales y los acuerdos compartidos. Pero la división entre el trabajo remunerado «productivo» y el trabajo no remunerado «reproductivo» era abrumadoramente una división de género, que apuntalaba las formas capitalistas modernas de subordinación de la mujer. A falta de esa estructura de dominación de género profundamente arraigada, Polanyi se arriesgaba a inscribir el ideal del «salario familiar» en el corazón de su comprensión de la «protección social». En ese caso, lo que se protegería sería menos la «sociedad» como tal que los dispositivos basados en la jerarquía de género⁴.

El efecto fue desviar las ideas de Polanyi de la gramática del conflicto social. Al ignorar la historia de las luchas feministas contra la «protección», que incluían entre otras cosas la reivindicación del derecho de las mujeres al empleo, no vio que las luchas en torno a la mercantilización del trabajo tenían realmente tres caras: no solo incluían a los partidarios del mercado libre y a los defensores de la protección, sino también a los partidarios de la «emancipación», cuyo objetivo principal no era ni promover la mercantilización ni proteger de ella a la sociedad, sino liberarse de la dominación⁵. Las filas de la emancipación incluían ciertamente a las feministas, pero también a los miles de millones de esclavos, siervos, campesinos, pueblos racializados y habitantes de las áreas urbanas degradadas o hiperdegradadas para quienes un salario suponía la liberación de la esclavitud, del sometimiento feudal, de la subordinación racial, de la exclusión social y de la dominación imperial, así como del sexismo y el patriarcado. Tales actores se opusieron vigorosamente a las protecciones opresivas que les impedían vender su fuerza de trabajo, pero no por ello se convirtieron en partidarios del liberalismo de libre mercado. Más bien, sus luchas constituyeron un tercer polo del movimiento social, por encima y más allá de los dos polos identificados por Polanyi. No solo la

⁴ De hecho, la jerarquía de género estaba incorporada en prácticamente todos los regímenes de protección social establecidos por los Estados del bienestar posteriores a la Segunda Guerra Mundial. Evaluó las consecuencias de este hecho para la crítica de Polanyi en Fraser (2013b), especialmente en el capítulo 10, «Entre la mercantilización y la protección social: ambivalencias feministas en el contexto de la crisis capitalista».

⁵ Para una explicación más completa de la «emancipación» como un tercer polo de aspiración social, no reducible a la protección o mercantilización, véase Fraser (2011).

mercantilización y la protección social, sino también la emancipación. Por lo tanto, no se trataba de un doble movimiento, sino de lo que en otros lugares he llamado «triple movimiento»⁶.

Esta revisión permite una mejor comprensión de la dimensión «laboral» de la crisis actual. Introduciendo la problemática de la dominación (masculina) y la emancipación (de las mujeres), podemos captar aspectos cruciales de la presente constelación que quedan ocultos en las presentaciones más ortodoxas de las ideas de Polany. Es cierto, por supuesto, como sugieren estas, que el trabajo asalariado está en todas partes en crisis como consecuencia de la globalización neoliberal, como atestiguan las tasas astronómicas de desempleo, los ataques contra los sindicatos y la exclusión involuntaria de aproximadamente dos tercios de la población mundial de los mercados laborales oficiales. Pero eso no es todo. En otra vuelta de tuerca, gran parte de la actividad antes no remunerada de reproducción social está siendo ahora mercantilizada: véanse los florecientes mercados globales de adopciones, cuidado infantil y de bebés, servicios sexuales, cuidado de ancianos y tráfico de órganos. Añádase a esto el hecho de que cada vez son más las mujeres reclutadas para el trabajo asalariado. Así, pues, el neoliberalismo está proletarizando a quienes todavía hacen la mayor parte del trabajo no remunerado de la reproducción social; y lo está haciendo en el preciso momento en que también insiste en reducir la dotación pública de bienestar social y la provisión estatal de infraestructuras sociales. El resultado global es un déficit de cuidados. Para llenar el vacío, el capitalismo global importa trabajadores migrantes de los países más pobres a los más ricos. Típicamente son mujeres racializadas y/o procedentes de áreas rurales de regiones pobres del planeta las que se encargan de la reproducción y el cuidado realizado anteriormente por mujeres más ricas. Pero para ello, las migrantes deben transferir sus propias responsabilidades familiares y comunitarias a otras cuidadoras aún más pobres, que a su vez deben hacer lo mismo creando sucesivamente «cadenas globales de cuidados» cada vez más largas. Lejos de llenar el vacío en este terreno, el efecto neto de este déficit de cuidados es desplazarlo de las familias ricas a las más pobres, del Norte Global al Sur Global (Elson, 2002; Folbre, 2001; Hochschild, 2002; Rai *et al.*, 2014).

Aquí vemos una nueva forma intensificada de mercantilización ficticia. Ocupaciones que en otro tiempo conformaban el entorno no mercantilizado que hacía posible el trabajo mercantilizado están siendo ahora mercantilizadas a su vez. El resultado solo puede ser una crisis intensificada, a medida que el tigre muerde una porción cada vez mayor de su cola.

⁶ He elaborado el concepto de triple movimiento (que comprende la mercantilización, la protección social y la emancipación) en Fraser (2013a) y en Fraser (2011). Lo he aplicado a la política de género en Fraser (2013b).

No es de extrañar, pues, que en los últimos años hayan estallado luchas por la construcción social de «familia y trabajo» con el auge de movimientos feministas y de mujeres de todo tipo; de movimientos comunitarios de base, que tratan de defender los derechos a la vivienda, a la salud, a la capacitación laboral y a la garantía de los ingresos; de movimientos por los derechos de los y las migrantes, de las trabajadoras domésticas, los empleados públicos y de quienes realizan el trabajo de servicios sociales en hogares de ancianos, hospitales y guarderías infantiles con fines de lucro. Pero estas luchas no cobran la forma de un doble movimiento. Se entienden mejor, quizá, como luchas trilaterales, que incumben no sólo a los neoliberales y proteccionistas sociales, sino también a los defensores de la emancipación, incluidos aquellos y aquellas para quienes la explotación representa un avance.

Consideremos, a continuación, la mercantilización de la naturaleza. Aquí también Polanyi vio las cosas con antelación, sentando en 1944 las bases para una crítica ecológica del capitalismo *avant la lettre*. Comprendió que la naturaleza es una condición indispensable tanto para la vida social en general, como para la producción de mercancías en particular. Comprendió también que la mercantilización desenfrenada de la naturaleza es insostenible y está abocada a perjudicar tanto a la sociedad, como a la economía. Comprendió, para concluir, que la naturaleza, reducida a un factor de la producción y sometida al intercambio en un mercado no regulado, está destinada a convertirse en un nodo de crisis (Polanyi, pp. 136-137; ed. cast., pp. 215-217). Dicho proceso está abocado también a provocar resistencias, generando movimientos para proteger la naturaleza y los hábitats humanos frente a los estragos de los mercados. A este respecto Polanyi imaginó también un «doble movimiento», una batalla entre dos bandos, ecologistas y partidarios del libre mercado.

Esta perspectiva es sin duda pertinente hoy. En el siglo XXI la mercantilización de la naturaleza ha ido mucho más allá de todo lo que Polanyi pudiera imaginar, como atestiguan la privatización del agua, la bioingeniería de semillas estériles y las patentes sobre el ADN. Tales hechos son mucho más intrusivos y desestabilizadores que los cercamientos de tierras y el libre comercio del grano sobre los que él escribió. Lejos de limitarse a comerciar con objetos naturales ya existentes, esas formas de mercantilización generan otras nuevas; sondeando profundamente en la naturaleza, alteran su gramática interna, tanto como la línea de montaje alteró la gramática del trabajo humano (Kovel, 2007; Shiva, 2000; Tokar, 1997, 2001). Adaptando la terminología utilizada por Marx, se podría decir que estas formas nuevas de mercantilización ficticia llevan a la práctica no solo la «subsunción formal», sino la «subsunción real» de la naturaleza en el

capitalismo⁷, de modo que la naturaleza es ahora realmente producida para su venta. Además, el agotamiento de los recursos no renovables está mucho más avanzado hoy día que en tiempos de Polanyi; tan avanzado, de hecho, como para hacer creíble la perspectiva de un colapso ecológico a gran escala. Finalmente, la medicina neoliberal para los males de los mercados aplicados a la naturaleza es la creación de todavía más mercados, dando lugar a la aparición de mercados de nuevos y extraños productos como los permisos y compensaciones para las emisiones de carbono e, incluso, a otros aún más extraños contruidos a partir de estos últimos, como, por ejemplo, los mercados de «derivados medioambientales» concebidos como «tramos» titulizados cuyo activo subyacente son las emisiones de carbono y que son similares a las obligaciones garantizadas hipotecariamente, que estuvieron a punto de provocar el colapso del orden financiero global en 2008 y que ahora están siendo negociados agresivamente por Goldman Sachs (Lohmann, 2009).

No es de extrañar, pues, que en los últimos años hayan estallado luchas relacionadas con la naturaleza y hayan crecido los movimientos ecologistas e indígenas, que han emprendido batallas contra los intereses empresariales y los defensores del «desarrollo», por un lado, y contra los trabajadores y aspirantes a serlo que temen la pérdida de puestos de trabajo, por otro. Si la cuestión de la «naturaleza» fue alguna vez un punto central de la crisis, nunca lo fue tanto como ahora. Pero esos conflictos, como los que se dan en torno al trabajo y los cuidados, no cobran la forma de un simple enfrentamiento bilateral entre neoliberales y ambientalistas, sino que, al igual que sucede con el trabajo, la naturaleza es ahora un foco de conflictos para una compleja serie de fuerzas que también incluye a los sindicatos y a los pueblos indígenas, a las ecofeministas, a los ecosocialistas y a quienes se oponen al racismo medioambiental. También aquí, en otras palabras, se da un movimiento que no es doble sino triple. Tales luchas, en las que participan también los movimientos en pro de la emancipación, desmienten las perspectivas eco-fundamentalistas románticas que pretenderían prohibir absolutamente la mercantilización de la naturaleza, al igual que la crítica feminista de la protección patriarcal impugnó los enfoques comunitarios románticos, que pretendían prohibir cualquier forma de mercantilización de los trabajos relacionados con los cuidados. También en este caso, en consecuencia, lo que se necesita es una crítica estructural, despojada de toda nostalgia y vinculada a la crítica de la dominación.

Consideremos, finalmente, la mercantilización del dinero. También en este caso Polanyi fue notablemente profético. En el siglo XXI la

⁷ Para el uso de Marx, véase *El capital*, vol. 1, cap. XIV, p. 591). Sobre la «subsunción real de la naturaleza», véanse O'Connor (1994) y Smith (2007).

financiarización ha alcanzado nuevas alturas de vértigo, mucho más allá de lo que él podría haber imaginado. Con la invención de los derivados y su metástasis, la mercantilización del dinero ha flotado tan libre de la materialidad de la vida social como para cobrar una vida propia. Desvinculada de la realidad y fuera de control, la «titulización» ha desencadenado un tsunami de inseguridad que casi echa abajo la economía mundial, derribando gobiernos, devastando comunidades, inundando poblaciones con hipotecas *subprime* y destruyendo los puestos de trabajo y medios de vida de miles de millones de personas. Además, la financiarización ha amenazado recientemente con destruir el euro, la Unión Europea y cualquier pretensión de democracia, ya que los banqueros han invalidado los parlamentos e instalado gobiernos dispuestos a plegarse a su voluntad. ¿Es de extrañar, entonces, que la política se haya llenado de turbulencias en todas partes y que movimientos de izquierda y de derecha se movilicen en busca de una cobertura protectora? Las finanzas, más quizá incluso que en tiempos de Polanyi, están en el centro de la crisis capitalista.

Pero también aquí la perspectiva de Polanyi contiene un importante punto ciego. Él señaló al Estado territorial moderno como el principal escenario y agente de la protección social. Por supuesto, entendió que las capacidades reguladoras de los Estados dependen en buena medida de los acuerdos internacionales y criticó, por ejemplo, el régimen de libre comercio de comienzos del siglo XX por privar a los Estados europeos del control de su oferta de dinero e impedir que adoptaran políticas de pleno empleo y decisiones de gasto financiadas mediante el déficit (Polanyi, pp. 142-143, 227-236; ed. cast., pp. 224-226, 345-359). Pero la solución implícita era un nuevo régimen internacional que restableciera los controles nacionales de moneda, facilitando así las políticas protectoras a escala nacional. Lo que Polanyi no anticipó fue que el «liberalismo integrado» establecido después de la guerra serviría a algunos Estados mucho mejor que a otros⁸. En aquella época de descolonización, el imperialismo asumió una nueva forma, indirecta y «no política», basada en el intercambio desigual entre las excolonias recién independizadas y sus antiguos amos. Como resultado de ese intercambio desigual, los países ricos del centro podían seguir financiando su bienestar doméstico descargándolo sobre las espaldas de sus antiguos súbditos coloniales. Esa disparidad se ha visto exacerbada además en la era neoliberal por las políticas de ajuste estructural dictadas por organismos internacionales como el Fondo Monetario Internacional, que ha hecho uso del arma de la deuda para socavar aún más las capacidades protectoras de los Estados poscoloniales, obligándoles a despojarse de sus activos, abrir sus mercados y recortar el gasto social. Históricamente, por lo tanto, los acuerdos internacionales han ahondado las disparidades en la

⁸ La frase «liberalismo integrado» es de Ruggie (1982).

capacidad de los Estados para proteger a sus poblaciones de los caprichos de los mercados internacionales. *Dotando de un marco de referencia erróneo* a la protección social, han protegido de hecho a los ciudadanos del centro, pero no a los de la periferia⁹. De hecho, la protección social nacional prevista por Polanyi nunca se habría podido universalizar al mundo entero; su viabilidad en el Norte Global siempre dependía del valor extraído del Sur Global. Así, pues, incluso las variantes internamente más igualitarias de la socialdemocracia de posguerra se basaban en la depredación neoimperial externa.

Hoy, además, como vienen advirtiendo desde hace tiempo muchas fuerzas de izquierda y como han descubierto los griegos para su consternación, la construcción de Europa como unión económica y monetaria sin la correspondiente integración política y fiscal, simplemente desactiva las capacidades de protección de los Estados miembros sin crear capacidades de protección más amplias, a escala europea, para ocuparse de esa tarea. Pero eso es no todo. En ausencia de una regulación financiera global, incluso países muy ricos e independientes encuentran que sus esfuerzos en la protección social nacional se ven sometidos a la presión de las fuerzas del mercado global, que instituyen una «carrera hacia el abismo». La globalización de las finanzas requiere una nueva forma poswestfaliana de imaginar los ámbitos y los actores de la protección social. Lo que se requiere son, en primer lugar, ámbitos en los que el conjunto de personas con derecho a protección coincida con el de las personas sometidas a riesgo; y segundo, organismos públicos cuyas capacidades de protección y facultades reguladoras sean lo suficientemente robustas y amplias para poner un freno efectivo a los poderes privados transnacionales y para pacificar las finanzas globales (cf. Fraser, 2008).

No es de extrañar, pues, que las luchas actuales sobre las finanzas no se ajusten al esquema del doble movimiento. Junto a los neoliberales y los proteccionistas nacionales, que Polanyi ponía en primer plano, también encontramos movimientos alterglobalistas, movimientos por la democracia global o transnacional y los que tratan de transformar las finanzas para que dejen de ser empresas con ánimo de lucro y se conviertan en un servicio público, que pueda utilizarse para guiar la inversión, crear empleos, promover un desarrollo ecológicamente sostenible y apoyar la reproducción social, a la vez que se combaten formas muy arraigadas de dominación. Tales agentes representan una nueva configuración, que pretende integrar la protección social con la emancipación.

⁹ Sobre el concepto de «marco de referencia erróneo» [misframing], consúltese Fraser (2005). Para una discusión más completa del marco de referencia erróneo de las protecciones sociales y del colonialismo como un servicio pagado a cambio de protección, véase Fraser (2011).

Lo que todo esto muestra, creo, es que Polanyi tenía razón al señalar el trabajo, la tierra y el dinero como nodos centrales y puntos álgidos de crisis. Pero para poder aprovechar hoy sus ideas debemos enriquecer su perspectiva, conectando una crítica estructural de la mercantilización ficticia con una crítica de la dominación.

Conclusión

Permítaseme concluir, no obstante, volviendo a un punto que subrayé al principio. El propósito de centrar nuestra comprensión de la crisis en la naturaleza, la reproducción social y las finanzas no es tratar esas tres dimensiones por separado, sino por el contrario superar la separación de las diferentes críticas mediante el desarrollo de un marco integral único, capaz de abarcar a las tres y así conectar las preocupaciones de feministas, ecologistas y economistas preocupados por la dimensión política de sus respectivas disciplinas.

Lejos de estar estrictamente separadas, las tres vertientes de la crisis capitalista están inextricablemente entrelazadas, como lo están los tres procesos correspondientes de mercantilización ficticia. Ya he señalado que los neoliberales están presionando en todas partes a los gobiernos para reducir el déficit mediante la reducción de los gastos sociales, poniendo así en peligro la capacidad de las familias y comunidades para cuidar a sus integrantes y mantener los vínculos sociales; así, su respuesta a la crisis financiera está socavando la reproducción social. He mencionado asimismo la nueva especulación en derivados medioambientales. Lo que auguran esas «finanzas verdes» no es sólo una quiebra económica, sino también un colapso ecológico, ya que la promesa de obtener superbeneficios especulativos rápidos aparta al capital de las inversiones a gran escala y a largo plazo que se necesitan para desarrollar las energías renovables y para transformar modos de producción y formas de vida insostenibles basados en los combustibles fósiles (Lohmann, 2009). La destrucción resultante del medio ambiente está abocada a perturbar aún más los procesos de reproducción social y probablemente producirá efectos atroces como los conflictos de suma cero sobre el petróleo, el agua, el aire y las tierras cultivables, conflictos en los que solidaridades amplias dan paso a la «ética del sálvese quien pueda», los chivos expiatorios y el militarismo, y tal vez también al fascismo y la guerra mundial. En cualquier caso, no hay necesidad de apelar a tales predicciones para ver que las finanzas, la ecología y la reproducción social no están netamente separadas entre sí, sino que se entrelazan profunda e inextricablemente.

Este tipo de análisis ilustra cuatro puntos conceptuales esenciales que han sido fundamentales para mi argumentación y que me gustaría replantear ahora para concluir. En primer lugar, una teoría crítica para el siglo XXI debe ser integradora, orientada a entender la crisis actual como un todo. Será un buen comienzo desarrollar tal perspectiva, a partir de la idea de Polanyi de la mercantilización ficticia, para conectar tres principales dimensiones de la crisis, la ecológica, la socio-reproductiva y la financiera, concebidas las tres como momentos constitutivos de la crisis del *capitalismo*. En segundo lugar, la teoría crítica del siglo XXI debe ir más allá de Polanyi, conectando la crítica de la mercantilización con la crítica de la dominación. Para empezar hay que rechazar la interpretación ontológica estándar de la mercantilización ficticia, con sus matices comunitarios defensivos, en favor de una interpretación estructural sensible no solo a la desolidarización, sino también a la dominación. En tercer lugar, una teoría crítica válida para el siglo XXI debe desarrollar una concepción de la gramática de la lucha social, que vaya más allá de la idea de Polanyi del doble movimiento. Enlazando las luchas por la emancipación con las que se verifican contra la mercantilización y en defensa de la protección social —de hecho atravesándolas— debemos analizar las luchas actuales en términos de un triple movimiento en el que estos tres proyectos políticos se combinan y confluyen. Por último, para mencionar un punto que sólo se insinúa aquí, una teoría crítica de la crisis contemporánea necesita una perspectiva normativa compleja que integre los principales valores de cada polo del triple movimiento. Tal perspectiva debe integrar los intereses legítimos en cuanto a la solidaridad y la seguridad social que invocan los proteccionistas sociales con el interés fundamental en la no dominación, que es primordial para los movimientos de emancipación, sin descuidar la preocupación válida por la libertad negativa, que anima a los liberales partidarios del libre mercado más decentes y coherentes. Abrazando una comprensión amplia e integradora de la justicia social, tal proyecto serviría de inmediato para honrar las ideas de Polanyi y poner remedio a sus puntos ciegos.

Agradecimientos

Por sus útiles comentarios, estoy agradecida a Leila Brannstrom, Andries Gouws, Steven Lukes, Adrian Parr, Hartmut Rosa, Bill Scheuerman e Inés Valdez. Agradezco también su ayuda en la investigación a Blair Taylor.

Ayudas

Este trabajo contó con el respaldo del Instituto de Estudios Avanzados Stellenbosch; el Programa de profesor visitante de Humanidades en la

Universidad de Cambridge; el Centro para Estudios Avanzados «Justitia Amplificata», de la Universidad Goethe en Frankfurt; y el Forschungskolleg Humanwissenschaften de Bad Homburg, Alemania.

Bibliografía

- Albo, G., Gindin, S. y Panitch, L., *In and out of crisis*, Oakland (CA), PM Press, 2010.
- Bakker, I. y Gill, S., *Power, production and social reproduction*, Nueva York, Palgrave MacMillan, 2003.
- Biesecker, A. y Hofmeister, S., «(Re)productivity: Sustainable relations both between society and nature and between the genders», *Ecological Economics*, vol. 69, núm. 8, 2010, pp. 1703-1711.
- Elson, D., «Gender justice, human rights, and neoliberal economic policies», en M. Molyneux y S. Razavi (eds.), *Gender justice, development and rights*, Oxford, Oxford University Press, 2002, pp. 78-114.
- Federici, S., *Revolution at point zero: Housework, reproduction, and feminist struggle*, Nueva York, PM Press, 2012; ed. cast.: *Revolución en punto cero*, Madrid, Traficantes de sueños, 2013.
- Folbre, N., *The invisible heart: Economics and family values*, Nueva York, New Press, 2001.
- Fraser, N., «Reframing justice in a globalizing world», *New Left Review*, núm. 36, marzo-abril de 2005, pp. 69-88; ed. cast.: «Reinventar la justicia en un mundo globalizado», *New Left Review*, núm. 36, mayo-junio de 2005, pp. 31-50.
- _____, *Scales of justice: Reimagining political space in a globalizing world*, Nueva York, Columbia University Press and Polity Press, 2008.
- _____, «Marketization, social protection, emancipation: Toward a neo-Polanyian conception of capitalist crisis», en C. Calhoun y G. Derlugian (eds.), *Business as usual: The roots of the global financial meltdown*, Nueva York, NYU Press, 2011, pp. 137-158.
- _____, «A triple movement? Parsing the politics of crisis after Polanyi», *New Left Review*, núm. 81, mayo-junio de 2013a, pp. 119-132; ed. cast.: «¿Triple movimiento? Entender la política de la crisis a la luz de Polanyi», *NLR*, núm. 81, julio-agosto de 2013a, pp. 125-139.
- _____, *Fortunes of feminism: From state-managed capitalism to neoliberal crisis and beyond*, Londres, Verso, 2013b; ed. cast.: *Fortunas del feminismo. Del capitalismo gestionado por el Estado a la crisis neoliberal*, Madrid y Quito, Traficantes de Sueños e Instituto de Altos Estudios Nacionales, 2015.
- Harvey, D., *The enigma of capital*, Nueva York, Oxford University Press, 2010; ed. cast.: *El enigma del capital y las crisis del capitalismo*, Madrid, 2012.
- Hegel, G. W. F., *Grundlinien der Philosophie des Rechts*, 1821; ed. cast.: *Principios de la filosofía del Derecho*, Madrid, 1999.

- Hochschild, A., «Love and gold», en B. Ehrenreich y A. Hochschild (eds.), *Global Woman: Nannies, Maids and Sex Workers in the New Economy*, Berkeley (CA), Henry Holt, 2002, pp. 15-30.
- _____. *The commercialization of intimate life: Notes from home and work*, San Francisco (CA), University of California Press, 2003.
- Kovel, J., *The enemy of nature*, Londres, Zed Books, 2007.
- Krugman, P., *The return of depression economics and the crisis of 2008*, Nueva York, W. W. Norton, 2008.
- Lohmann, L., «Neoliberalism and the calculable world: The rise of carbon trading», en S. Böhm y S. Dabhi (eds.), *Upsetting the offset: The political economy of carbon markets*, Londres, Mayfly Books, 2009, pp. 25-40.
- Marx, K. *El capital*, Madrid, Siglo XXI, 2017.
- O'Connor, J., «Capitalism, nature, socialism: A theoretical introduction», en *Capitalism, Nature, Socialism*, vol. 1, núm. 1, 1988, pp. 11-38.
- O'Connor, M., «On the misadventures of capitalist nature», en M. O'Connor (ed.), *Is capitalism sustainable? Political economy and the politics of ecology*, Nueva York, Guilford, 1994, pp. 125-151.
- Polanyi, K., *The great transformation* [1944], Boston (MA), Beacon, 2001; ed. cast.: *La gran transformación*, Madrid, La Piqueta, 1989.
- Rai, S., Hoskyns, C. y Thomas, D., «Depletion: The cost of social reproduction», *International Feminist Journal of Politics*, vol. 16, núm. 2, pp. 86-105, 2014; en línea en <https://bit.ly/2ksghCg>.
- Robotham, D., «Afterword: learning from Polanyi», en C. Hann y K. Hart (eds.), *Market and society: The great transformation today*, Cambridge, Cambridge University Press, 2009, pp. 280-281.
- Rosenfeld, M., «Hegel and the dialectics of contract», *Cardozo Law Review*, vol. 10, 1989, pp. 1199-1269.
- Ruggie, J. G., «International regimes, transactions, and change: Embedded liberalism in the postwar economic order», *International Organization*, vol. 36, núm. 2, 1982, pp. 379-415.
- Shiva, V., «Life Inc: Biotechnology and the expansion of capitalist markets», *Sostenible?*, núm. 2, 2000, pp. 79-92.
- Skidelsky, R., *Keynes: The return of the master*, Nueva York, Public Affairs, 2009.
- Smith, N., «Nature as accumulation strategy» en L. Panitch y C. Leys (eds.), *Coming to terms with nature, Socialist Register*, vol. 43, Nueva York, Monthly Review Press, 2007, pp. 16-36.
- Tokar, B., *Earth for sale*, Cambridge (MA), South End Press, 1997.
- Tokar, B., *Redesigning life*, Londres, Zed Books, 2001.

III

MEJOR DOS KARLS QUE UNO

SOBRE LA INTEGRACIÓN DE POLANYI Y MARX PARA CONSTRUIR UNA TEORÍA CRÍTICA DE LA CRISIS ACTUAL

LA SITUACIÓN QUE AFRONTAMOS actualmente es una verdadera crisis; pero no puede captarse adecuadamente mediante los paradigmas recibidos de la teoría crítica. Mientras que esos paradigmas suelen ser unidimensionales, centrados sobre todo en la economía, la crisis actual es multidimensional y abarca no solo los puntos muertos económicos, sino también muchos otros: sociales, ecológicos y políticos, todos ellos entrelazados y exacerbándose entre sí. Sólo una teoría multidimensional puede captarla. Sin embargo, sería un error adoptar un planteamiento que convierta en fetiche la «multiplicidad» y la «contingencia». Ese tipo de pensamiento no está en condiciones de dilucidar nuestra situación mejor que el economicismo monista. Lejos de constituir una pluralidad dispersa, los diversos aspectos de la crisis actual están interconectados y comparten una fuente común. Todos se basan en la estructura profunda del capitalismo contemporáneo, que es globalizador, neoliberal y financiarizado. Una teoría crítica de la crisis contemporánea debe ser una teoría del capitalismo financiarizado, pero que evite cualquier asomo de economicismo reductor. En lugar de concebir el capitalismo restrictivamente como un sistema económico, tal teoría debe concebirlo ampliamente como un orden social institucionalizado (Fraser, 2014a). Solo tal visión expandida del capitalismo puede hacer justicia a una crisis a la vez multidimensional y enraizada en una formación social única e identificable.

Karl Polanyi nos ofrece uno de los dos modelos más prometedores para desarrollar este tipo de teoría crítica. El segundo modelo es el concebido por el otro Karl, Karl Marx. En mi opinión, cada uno de estos dos Karls ofrece algunas ideas indispensables para entender la crisis capitalista; pero también tienen algunos puntos ciegos desafortunados. Quien quiera desarrollar una teoría crítica de la crisis actual debe incorporar los puntos fuertes y superar los puntos débiles de cada uno de ellos. Pero ni siquiera eso es suficiente. Si queremos desarrollar una teoría que pueda aclarar toda la gama de fenómenos de la crisis, así como las perspectivas para una resolución emancipadora, debemos incorporar también las ideas de la teoría feminista, la teoría poscolonial/decolonial y la teoría ecológica, entre otras.

Mi objetivo en este artículo, no obstante, es mucho más modesto. Quiero explicar por qué creo que el pensamiento de Karl Polanyi puede contribuir a una teoría crítica de la crisis actual y dónde debe complementarse y revisarse mediante algunas ideas del otro Karl. De ahí mi título: *mejor dos Karls que uno*.

Mi argumentación se basa en una visión específica de lo que debería ser una teoría crítica de la crisis capitalista. A diferencia de los habituales parloteos sobre la crisis que tanto abundan hoy día, tal teoría debe abarcar dos niveles analíticos: primero, una perspectiva *estructural* de la crisis, que muestre las contradicciones profundas de nuestro orden social; y, segundo, una perspectiva de *acción social* o *del mundo de la vida*, que ilumine las luchas sociales que surgen como respuesta a esas contradicciones. Pero eso no es todo. Una teoría crítica de la crisis capitalista también debe vincular entre sí las dos perspectivas analíticas de un modo que revele las perspectivas de una resolución emancipadora (Habermas, 1975, pp. 1-8).

Tal como yo los entiendo, ambos Karls, Marx y Polanyi, pretendían efectuar este tipo de teorización, combinando perspectivas estructurales y de acción en un análisis de la crisis capitalista imbuida de objetivos emancipadores. Pero como sus planteamientos divergían tanto, sus teorías han sido consideradas generalmente como antitéticas y mutuamente excluyentes. Yo propongo, en cambio, tratarlos como complementarios. Aun sin ser estrictamente fiel a las intenciones de ninguno de los dos pensadores, mi lectura nos permite utilizar los puntos fuertes de cada uno de ellos para remediar las debilidades del otro; además, apunta hacia una concepción ampliada de la sociedad capitalista que nos puede ayudar a discernir las múltiples hebras interconectadas de su crisis actual.

Mi reflexión procederá en tres fases. Argumentaré primero, y quizá contraintuitivamente, que cabe entender que Karl Polanyi ofrece una crítica estructural de la crisis capitalista, y que esa crítica tiene algunas ventajas sobre la del otro Karl, así como algunas desventajas. Luego mantendré, en segundo lugar y menos controvertidamente, que Polanyi también proporciona una perspectiva teórica para la acción que supera algunos de los puntos ciegos de Marx, aunque introduce algunos propios. En esas dos primeras fases indicaré dónde y cómo se podrían combinar sus puntos de vista, preservando los aciertos y corrigiendo los errores. Y eso sentará las bases para el tercer paso de mi argumentación, en la que esbozaré los perfiles de una perspectiva integrada que pueda aclarar la crisis actual. El resultado general será que los dos Karls, adecuadamente revisados y conceptualmente integrados, son mejor que uno.

I. ¿Mercantilización ficticia o caída de la tasa de beneficio? Sobre la dimensión estructural de la crisis capitalista

Comenzaré sugiriendo que *La gran transformación* ofrece una teoría estructural de la crisis capitalista. Evidentemente, mi lectura del libro no es del todo fiel a las intenciones de Polanyi y podría ser cuestionada por dos motivos. En primer lugar, *La gran transformación* no habla de capitalismo sino de una «sociedad mercantil con economía de mercado» (Polanyi [1944], 2001, pp. 71-74, 141-146; ed. cast., 1989, pp. 121-125, 223-230). Y, en segundo, el centro de su planteamiento no es ni un sistema ni una estructura, sino un determinado tipo de *agencia*, especialmente en lo que se refiere a las iniciativas políticas deliberadas realizadas por los defensores del libre mercado para establecer una «economía de mercado» (Polanyi, pp. 71-72, 141-146; ed. cast., pp. 121-215, 223-230). Así, pues, tal como se suele interpretar, el libro está muy lejos del tipo de teoría de la crisis a dos niveles que pretendo desarrollar. Sin embargo, sostengo que Polanyi *ofrece* una perspectiva estructural de la crisis capitalista, que proporciona importantes perspectivas y que vale la pena desentrañar. Al interpretar su expresión «sociedad mercantil con economía de mercado» como sinónimo o eufemismo del capitalismo, tomo su consideración de la *mercantilización ficticia* como núcleo conceptual de una teoría de la crisis sistémica: la contrapartida en el pensamiento de Polanyi a la caída de la tasa de beneficio en el de Marx.

La mercantilización ficticia es el análogo del concepto de Marx en el siguiente sentido: al igual que la caída tendencial de la tasa de beneficio, califica los obstáculos y los sufrimientos sociales, no como problemas discretos que surgen al azar, sino como expresiones de tendencias a la crisis basadas en la estructura profunda de una formación social que institucionaliza imperativos contradictorios. Pero las dos ideas operan de manera muy diferente. Para Marx, la contradicción estructural fundamental del capitalismo es inherente a su economía. Para resumir brevemente el asunto (arriesgándome a ser infiel tanto a él como a Polanyi), la orientación del capitalismo hacia la acumulación ilimitada mediante la explotación del trabajo asalariado tiende con el tiempo a elevar la composición orgánica del capital, ejerciendo una presión a la baja sobre la tasa de beneficio, intensificando la competencia y fomentando la especulación financiera, tendencias que conducen periódicamente a crisis económicas (Marx, *El capital*, vol. 3, sección tercera, «Ley del descenso tendencial de la tasa de ganancia», pp. 247-306). Dejando a un lado los detalles, podemos decir que, para Marx, la crisis capitalista tiene sus raíces en un sistema económico que alberga dentro de sí mismo imperativos mutuamente contradictorios.

Para Polanyi, en cambio, la tendencia del capitalismo a la crisis estructural no es inherente a su economía. Consiste, por el contrario, en un conjunto de *contradicciones* entre la economía capitalista y su entorno natural y social. En pocas palabras: la sociedad y la naturaleza ofrecen condiciones indispensables para el funcionamiento de la economía; sin embargo, esta última las consume y las degrada sistemáticamente, poniendo en peligro en definitiva su propio funcionamiento. Lo que fundamenta la propensión del capitalismo a la crisis es pues, según Polanyi, la tendencia intrínseca del «mercado autorregulado» a desestabilizar sus propias condiciones de posibilidad, a través del proceso que él llama mercantilización ficticia. Permítaseme explicarlo.

Una «economía de mercado», nos dice Polanyi, depende de tres condiciones de fondo no mercantilizadas: primera, la naturaleza como fuente continua de «insumos productivos» y como un «sumidero» continuo de los desechos de la producción; segunda, las prácticas no asalariadas de reproducción social que forman y reponen a los seres humanos encarnados y culturizados que personifican el «factor de producción» conocido como «mano de obra»; y tercera, una oferta estable de dinero que puede servir como reserva de valor en el tiempo y como medio de intercambio por encima de la distancia. Para Polanyi, la «economía de mercado» necesita esas condiciones de fondo para funcionar. Pero dejado a su libre evolución, el «mercado autorregulado» las convierte inexorablemente en mercancías y, por lo tanto, las consume y desestabiliza. Una vez que se han troceado en objetos vendibles, la tierra, el trabajo y el dinero ya no pueden anclar y sostener las transacciones de mercado. Lejos de comportarse de manera ordenada como las mercancías ordinarias, se convierten en nodos centrales de la crisis capitalista (Polanyi, pp. 71-80; ed. cast., pp. 121-134).

La esencia de este argumento está bien reflejada en el título del libro de Piero Sraffa de 1960, *La producción de mercancías mediante mercancías*, lo que desde la perspectiva de Polanyi es un oxímoron. Si la producción de mercancías requiere un contexto primordial no mercantilizado en la naturaleza, el dinero y la reproducción social, entonces cualquier formación social que convierta esas cosas en mercancías tendrá problemas. El comercio de pseudomercancías, que no son tanto ontológicamente ficticias como prácticamente recalitrantes, es como un tigre que se come su propia cola¹.

Con este argumento, Polanyi señala el camino hacia una visión multidimensional de la crisis. Al desarrollar una concepción «intersectorial» de la contradicción capitalista, enriquece la descripción marxiana estándar de las tendencias del sistema a la crisis. Al dejar de estar restringidas a la economía propiamente dicha, las contradicciones del capitalismo incluyen

¹ Para esta interpretación de Polanyi, véase Fraser 2014b.

ahora la tendencia intrínseca del «mercado autorregulado» a desestabilizar la sociedad, así como la naturaleza. En efecto, Polanyi identifica tres contradicciones del capitalismo: la ecológica, la social y la financiera, cada una de las cuales sustenta una dimensión de crisis. Cada contradicción se refiere a una condición necesaria de la producción, que la economía capitalista necesita y tiende a erosionar simultáneamente. En el caso de la condición ecológica de la producción, lo que está en juego son los procesos naturales que sustentan la vida y proporcionan los insumos materiales para el abastecimiento social. En el caso de la condición de la reproducción social, lo que está en juego son los procesos socioculturales que suministran las relaciones solidarias, las disposiciones afectivas y los horizontes de valor que sustentan la cooperación social, al mismo tiempo que proporcionan los seres humanos cualificados y socializados apropiadamente que constituyen la «mano de obra». En el caso de la condición monetaria de la producción, lo que está en juego es la capacidad de realizar el intercambio a distancia y de almacenar el valor para el futuro y, por lo tanto, la capacidad para interactuar ampliamente en el espacio y en el tiempo. El resultado es una *teoría de la crisis capitalista caracterizada por una triple contradicción*, basada en una *comprensión intersectorial de la contradicción* y, por lo tanto, en una visión del *capitalismo como algo de más envergadura que una economía*.

Esta interpretación ofrece algunas ventajas importantes. Evitando el economicismo, proyecta la degradación ecológica y la dislocación social como expresiones no accidentales de contradicciones profundamente arraigadas; ya no son expresiones epifenoménicas de disfunciones económicas «reales», sino que *constituyen*, en sí y de por sí, dimensiones sistémicas de la crisis capitalista. Con la mercantilización ficticia, en consecuencia, Polanyi sentó las bases conceptuales para una teoría multidimensional de la crisis capitalista, al tiempo que señalaba el camino hacia una comprensión más amplia del capitalismo, que incluye no sólo la economía propiamente dicha, sino también las condiciones primordiales previas que la hacen posible (Fraser 2014b, pp. 548-549).

Sin embargo, sería un error concluir que Polanyi refuta a Marx. La presencia de contradicciones entre dominios o ámbitos no refuta la idea de que el subsistema económico del capitalismo propiamente dicho alberga (también) contradicciones internas. Esa idea capta una característica importante de un orden social sujeto a repetidas depresiones económicas y cracs financieros. Si no se tiene en cuenta la tendencia del sistema a acumular capital en exceso dando lugar a una «demanda» insuficiente, nos será difícil entender el colapso del sistema financiero mundial de 2007-2008. Por suerte no tenemos que abandonar la perspectiva de Marx para dejar espacio a la de Polanyi. Es perfectamente posible combinar la visión «intraeconómica» de la contradicción sistémica del primer Karl con la

visión «intersectorial» del segundo. Lejos de ser mutuamente excluyentes, las dos concepciones son en principio complementarias. A ese respecto, en consecuencia, dos Karls son mejor que uno. Solo necesitamos descubrir la mejor manera de integrarlos, cuestión a la que volveré en la tercera parte de mi argumentación.

Hay que decir, sin embargo, que Marx ofrece algo ausente en la obra de Polanyi: en concreto, el concepto del capital como valor que se autoexpande. Sin esa noción no tendríamos forma de entender por qué los «mercados autorregulados» se abren camino hacia franjas cada vez mayores de la vida social. Tampoco podríamos entender qué es lo que impulsa al sistema en cuanto tal, llevándolo a una expansión ilimitada y con ello a desestabilizar las propias condiciones primordiales que lo hacen posible. Si seguimos a Polanyi eludiendo el concepto de capital, en suma, perdemos de vista un motor importante de la propia dinámica de crisis que él observa tan perspicazmente. En este punto, el Karl del siglo XIX va por delante del Karl del siglo XX.

También hay que decir, finalmente, que Polanyi no logra desarrollar todo el potencial de su modelo intersectorial de la triple contradicción de la crisis capitalista. Ese modelo se basa, como señalé anteriormente, en una visión ampliada del capitalismo, que incluye no sólo la economía propiamente dicha sino también las propias condiciones primordiales que la hacen posible. En consecuencia, reclama una explicación de la *estructura* social del capitalismo y de las *divisiones institucionales* que constituyen su especificidad como orden social. Pero Polanyi no proporciona tal explicación, recurriendo en cambio a una fórmula binaria simple que opone «economía» a «sociedad». Esa formulación dualista es problemática como concepto a nivel de acción, como explicaré en el siguiente paso de mi argumentación; pero también es inadecuada desde una perspectiva estructural, como voy a esclarecer ahora.

El problema es que la categoría de «sociedad» de Polanyi es como una caja negra. Funcionando como un concepto demasiado genérico e inclusivo, combina todo lo que no es «economía», soslayando distinciones importantes entre, por ejemplo, los Estados y la sociedad civil, las familias y la esfera pública o las naciones y las comunidades subnacionales; de ahí que oscurezca la estructura institucional de la sociedad capitalista. Lo que dota a estas sociedades de su forma característica no es una división binaria entre economía y sociedad, sino, en realidad, una tríada de separaciones institucionalizadas: la separación, en primer lugar, entre la producción económica y la reproducción social («fábrica» separada de «familia», «trabajo» separado de «cuidados»); en segundo lugar, la separación entre la coordinación económica y la política (mercados separados de los Estados, el poder privado de las empresas escindido del poder público de los gobiernos); y

la separación, en tercer lugar, entre la cultura y la naturaleza (el espíritu separado de la materia, la historia de la estasis). Juntas, estas divisiones estructuran la relación de la economía capitalista con sus condiciones primordiales, y fundamentan de ese modo las contradicciones intersectoriales señaladas por Polanyi, así como algunas otras que olvidó, y nos permiten conceptualizarlas con mayor precisión.

Podemos afirmar, primero, que el capitalismo separa la producción de mercancías, basada en el trabajo asalariado, de la reproducción social, basada en gran parte en el trabajo no remunerado, especialmente de las mujeres; al hacer que la primera dependa de la segunda, cuyo valor sin embargo niega, el capitalismo desestabiliza periódicamente la reproducción social y pone en peligro potencialmente la producción económica. También podemos afirmar, en segundo lugar, que el capitalismo separa «lo económico» de «lo político», aun cuando también se aprovecha de este último ámbito; por lo tanto, al vaciar periódicamente los poderes públicos que aseguran la posibilidad de la apropiación privada del plusvalor, interrumpe u obstruye dicha apropiación. Y podemos afirmar, finalmente, que el imperativo institucionalizado del capitalismo en pro de la acumulación ilimitada se combina con su construcción de «la naturaleza» como «lo otro de la humanidad» para asegurar la instrumentalización y la canibalización de esta última en formas que podrían acabar poniendo en peligro la primera. En general, pues, podemos decir que la sociedad capitalista alberga al menos tres contradicciones intersectoriales, que corresponden a tendencias a la crisis: la socio-reproductiva, la política y la ecológica.

Hay mucho más que decir sobre cada una de esas tendencias a la crisis². Sin embargo, aquí solo quiero sugerir que una concepción del capitalismo como un *orden social institucionalizado* puede servir para clarificar las bases y el carácter de las contradicciones entre los distintos ámbitos, mientras que la fórmula binaria de Polanyi «economía contra sociedad» confunde esos asuntos. En definitiva, desbarata la fuerza crítica de su análisis de la crisis capitalista.

Esta conclusión es paradójica, por cierto. Anteriormente sugerí que la principal contribución del enfoque de Polanyi radicaba en su visión intersectorial de la contradicción capitalista, que tenía el potencial de enriquecer la visión intraeconómica del otro Karl. Vinculada a un modelo de triple contradicción de la crisis capitalista, la concepción de Polanyi prometía aclarar una tríada de tendencias a la crisis inherentes a la sociedad capitalista. Sin embargo, fracasó notablemente en cuanto a presentar una concepción amplia del capitalismo como algo de mayor envergadura que

² He examinado la contradicción social del capitalismo en Fraser, 2016. Sobre la contradicción política, véase Fraser, 2015.

una economía. Confiando en la fórmula binaria de la economía frente a la sociedad, oscureció las divisiones institucionales que sustentan las contradicciones existentes entre los diversos ámbitos que pretendía aclarar. La realización de todo el potencial que encierra la percepción de Polanyi requerirá la adopción de una concepción del capitalismo como un orden social basado en separaciones institucionales que arrastran a la sociedad a la crisis. El efecto será no solo corregir los puntos ciegos de Polanyi, sino también ayudarnos a integrar sus percepciones con las del otro Karl. Volveré sobre este punto en la tercera parte de mi argumentación.

II. ¿Doble movimiento o lucha de clases? Sobre la dimensión de acción social de la crisis capitalista

Ahora, sin embargo, paso a la segunda parte, que se refiere al nivel de acción social de la teoría de la crisis. Este nivel se refiere a las respuestas de los agentes sociales a sus experiencias de las contradicciones del capitalismo, incluidas las formas de lucha social en las que participan. La pieza central de este nivel de acuerdo con el marco de Polanyi es su concepto peculiar del *doble movimiento*. Con este concepto pretende discernir la forma característica de la lucha social que surge como respuesta a las crisis sistémicas del capitalismo. En opinión de Polanyi, la «sociedad» responde naturalmente contra las incursiones expansionistas de la economía, iniciando un contramovimiento «espontáneo» a los esfuerzos «planificados» de constituir «mercados autorregulados». Lo que resulta de este juego de movimientos y contramovimientos es toda una serie de choques entre partidarios de la mercantilización, por un lado, y defensores de la protección social, por otro. Examinando más de un siglo y medio de historia, desde principios del siglo XIX hasta la redacción de *La gran transformación* a mediados del XX, Polanyi considera que esos enfrentamientos ejemplifican la gramática característica del conflicto social en el capitalismo moderno. Su doble movimiento es la contrapartida de la lucha de clases del otro Karl (Polanyi, pp. 79-80, 136-140, 147, 156-157; ed. cast., pp. 133-34, 215-221, 231-232, 244-245).

Así, pues, también en el ámbito de la acción divergía el Karl del siglo XX del Karl del XIX. Mientras que Marx (supuestamente) restringió los conflictos relevantes para la crisis a las luchas entre capital y trabajo, que reflejaban las contradicciones económicas del sistema, Polanyi amplió el conjunto de tales conflictos relevantes para las crisis incluyendo las luchas extraeconómicas que corresponden a las incursiones desestabilizadoras de la economía en la sociedad y la naturaleza. En *La gran transformación* insistió de manera elocuente y persuasiva en que las luchas en la sociedad

capitalista no han sido alimentadas exclusivamente por daños económicos, como la explotación, la pauperización y el desempleo. Por el contrario, con la misma frecuencia han respondido a las deformaciones de los aspectos no monetizados de la vida, incluidos los hábitats en peligro de extinción, las familias desplazadas y las comunidades devastadas. (Polanyi, pp. 159-163; en cast., pp. 248-254).

Aquí, como antes, el planteamiento de Polanyi puede enriquecer el de Marx. De hecho, el conflicto social en las sociedades capitalistas ha asumido repetidamente la apariencia de luchas por la naturaleza, la reproducción social y la deuda. Desde mi punto de vista, éstas se entienden mejor como *luchas en torno a los límites*, ya que se refieren a la existencia, ubicación y carácter de las fronteras que separan la economía de la política, la producción de mercancías de la reproducción social y la sociedad humana de la naturaleza no humana (Fraser, 2014a, pp. 68-70). Esos límites marcan las separaciones institucionales que mencioné anteriormente, que son constitutivas de las sociedades capitalistas. Pero no se dan de una vez por todas; por el contrario, los agentes sociales se han movilizado repetidamente en torno a esos límites, intentando reubicarlos, disputarlos o defenderlos, especialmente en periodos de crisis, y algunas veces han logrado redibujarlos. Las luchas sobre si, dónde y cómo separar a los Estados de los mercados, las familias de las fábricas y la sociedad de la naturaleza, tan fundamentales para la sociedad capitalista, están tan profundamente arraigadas en su estructura institucional, como lo está la pugna sobre la tasa de explotación o la distribución de plusvalor. Los ejemplos incluyen las luchas por el agua limpia, la vivienda, los derechos de pesca y el cuidado de los niños, entre muchas otras. Se trata de luchas que rebasan la problemática de la distribución y se hallan relacionadas con la gramática de la vida capitalista. Diga lo que diga el economicismo marxista (que puede no ser el marxismo de Marx), ni son contradicciones secundarias, ni expresiones epifenoménicas de realidades económicas.

Evidentemente, Polanyi no usa la expresión «luchas en torno a los límites». Pero su idea del doble movimiento encaja perfectamente en esa categoría tal como la defino. Después de todo, su planteamiento atiende a (lo que Polanyi entiende) como la frontera existente entre «economía» y «sociedad». En principio, por lo tanto, el concepto de doble movimiento nos ofrece la oportunidad de expandir el concepto de Marx del conflicto capitalista, excesivamente restrictivo y centrado en la clase, sin caer en las nociones vacías y carentes de fundamento de «multiplicidad» y «contingencia».

Una vez más, sin embargo, sería un error concluir que el Karl del siglo XX simplemente refuta al Karl del XIX. Las luchas de clases siguen siendo importantes, de hecho endémicas, para la sociedad capitalista. Sería una locura descartar esa idea solo porque las líneas de combate de la militancia

obrero ahora se encuentren en Guangzhou, lejos de Manchester o Detroit. Afortunadamente, tampoco en ese caso hay impedimento para combinar las concepciones de Marx y de Polanyi. Las teóricas y teóricos críticos no necesitan abandonar las luchas de clases para incorporar las luchas en torno a los límites, ya que las dos nociones son complementarias, no antitéticas. Aquí también, con otras palabras, dos Karls son mejor que uno.

Desafortunadamente, sin embargo, ninguno de los dos Karls nos ofrece mucha orientación sobre cómo combinar sus respectivas concepciones, ni tampoco se plantean la pregunta crucial: si las sociedades capitalistas albergan dos tipos diferentes, pero igualmente característicos, de lucha social, ¿cómo estas se relacionan entre sí? ¿Es la lucha de clases intrínsecamente antagónica a la lucha en torno a los límites existentes entre los distintos ámbitos mencionados, o son susceptibles de articularse políticamente? Aquí, en consecuencia, queda por hacer el trabajo de integrar las perspectivas de los dos Karls.

Una tarea crucial es superar otro punto ciego en la visión de Polanyi. Al interpretar las (que yo llamo) luchas en torno a los límites en su modelo del doble movimiento, él sólo permitía dos posiciones: o bien optamos por la «economía» o bien por la «sociedad». El efecto es constituir la gramática de la lucha capitalista siguiendo las líneas de un rígido dualismo: por un lado, el partido de la «mercantilización», empeñado en extender el campo de la economía a la sociedad; por otro, el partido de la «protección», decidido a repeler esa incursión y a defender la sociedad (y la naturaleza) contra la economía. No hay (aparentemente) otras opciones.

Al igual que la dicotomía economía/sociedad que consideramos anteriormente, ese escenario es, no obstante, problemático por razones similares. Por un lado, la idea del doble movimiento tiene algunas resonancias normativas desafortunadas. Al enfrentar la mercantilización a la protección social, sugiere una economía fría, peligrosa y volátil, que socava una sociedad cálida, segura y estable. Pero la «sociedad» no es tan virtuosa y la reificación de Polanyi induce a pasar por alto sus aspectos desagradables, incluidos el sexismo, el racismo, la homofobia y el provincianismo excluyente. La «estabilidad» tampoco es un bien absoluto. La fórmula de Polanyi subestima el papel emancipador de la mercantilización en la desestabilización de opresiones tradicionales, y no logra validar el carácter intrínsecamente desestabilizador pero sin lugar a dudas emancipador, de las luchas contra tales opresiones. Aquí, de nuevo, el otro Karl tiene algo importante que enseñarnos. Marx comprendió mejor que Polanyi el carácter bilateral del capitalismo y la necesidad de una visión dialéctica.

Además, existen líneas importantes de la lucha social, que no encajan en ninguno de los polos de la diada mercantilización/protección. Basta mencionar las luchas por la abolición de la esclavitud, la liberación de las mujeres o el derrocamiento de la dominación colonial, procesos históricos todos ellos que se prolongaron durante el periodo que sirvió de marco a Polanyi sin que ninguna de ellas figurara de manera significativa en *La gran transformación*. Esos movimientos se opusieron enérgicamente a las formas jerárquicas y excluyentes de protección social, incluidas las que convertían a mujeres, esclavos y colonizados en «dependientes» y les impedían disponer libremente de su persona o de su trabajo. Pero los abolicionistas, las feministas y los anticolonialistas no eran partidarios del «mercado autorregulado», ya que también se oponían a los modos de dominación mediados por el mercado, como la superexplotación, el intercambio desigual y el imperialismo del libre comercio. No situados en ninguno de los ámbitos del doble movimiento de Polanyi, ocupaban una tercera posición, oscurecida por su análisis, que yo he denominado *emancipación*. Esos movimientos, que no pretendían ni defender la «sociedad» existente ni disolver esta última en «las aguas heladas del cálculo egoísta», intentaban, por el contrario, superar la dominación general tanto en la sociedad como en la economía. Con ese fin se aliaron tácticamente con mercantilizadores o con proteccionistas según las circunstancias, pero sin respaldar el proyecto de ninguna de las dos partes.

Si las teóricas y teóricos críticos intentamos hacer justicia a las luchas por la emancipación y al abanico completo de conflictos sociales presentes en el capitalismo actual, debemos revisar el nivel de acción social del marco ofrecido por Polanyi. Mi propuesta es transformar su doble movimiento en un *triple movimiento*, que comprende no dos, sino tres polos de lucha: mercantilización, protección social, emancipación (Fraser, 2011). Como explicaré en la siguiente sección, esta nueva figura puede permitir que las teóricas críticas analicen mejor sobre todo la gramática de la lucha social en el capitalismo financiarizado, problematizando las alianzas de dos contra uno que estructuran la constelación actual (Fraser, 2013; 2016).

Ambos Karls, Marx y Polanyi, estaban profundamente interesados en la dinámica de la lucha social en momentos de crisis capitalista aguda. Pero ninguno de los dos desarrolló una perspectiva que fuera plenamente adecuada a su propia época y, mucho menos, a la nuestra. En parte porque descuidó las luchas en torno a los límites, Marx predijo erróneamente la progresiva agudización y simplificación de la lucha de clases hasta que el mundo entero se dividiera en dos campos enfrentados entre sí para la batalla final. Polanyi era algo más cauteloso, sin duda; pero al descuidar las luchas por la emancipación, no consiguió fundamentar su esperanza de una alternativa democrático-socialista, que pusiera fin a los enfrentamientos

cada vez más graves entre los proteccionistas sociales y los partidarios del mercado libre, que en su opinión eran los que habían llevado al fascismo y la guerra mundial. Los conceptos de luchas en torno a los límites y de triple movimiento permiten corregir ambos conjuntos de puntos ciegos. Al considerar el primero superamos el esencialismo de clase de Marx y validamos la comprensión más amplia de Polanyi de la lucha anticapitalista; y con el segundo superamos las inclinaciones comunitarias de Polanyi y validamos la concepción más robusta de emancipación de Marx.

III. Repensar la crisis capitalista. Hacia una visión integrada

Esto me lleva a la tercera y última parte de mi argumento. ¿Cómo podríamos exactamente integrar los teóricos y teóricas críticos las ideas de los dos Karls para llegar a una crítica de la crisis del capitalismo contemporáneo? ¿Cómo podríamos combinar los puntos fuertes de cada uno de sus marcos al tiempo que corregimos sus puntos ciegos? ¿Y cómo podríamos integrar perspectivas adicionales, ausentes en sus respectivos marcos, extraídas de otras corrientes de la teorización crítica como el feminismo, el poscolonialismo, la teoría crítica de la «raza» y la ecología política? ¿Cómo podríamos concretar específicamente todos estos recursos en una crítica de las formas de la crisis estructural y de la lucha social que experimentamos ahora, en el capitalismo financiarizado de la época actual?

No intentaré dar aquí una respuesta sistemática directa a esas preguntas. En su lugar, concluiré ilustrando los usos potenciales del planteamiento que he defendido. Sugiero específicamente que cualquiera que quiera entender el significado y lo que está en juego en la reciente elección presidencial estadounidense podría avanzar considerablemente con este planteamiento. La victoria de Donald Trump tiene mucho que ver con la intersección de las contradicciones intraeconómicas del capitalismo con las contradicciones que se producen en el interior de sus diferentes ámbitos. También tiene mucho que ver con la intersección de dos conjuntos de luchas.

Consideremos la tremenda transformación del capitalismo iniciada en la década de 1970 y que ahora se está desmadejando. El aspecto estructural de esa transformación se entiende bien: mientras que el régimen anterior permitía a los Estados subordinar los intereses a corto plazo de las empresas privadas al objetivo a largo plazo de una acumulación sostenida, el actual autoriza a las finanzas globales a disciplinar a los Estados y a las poblaciones en beneficio de los intereses inmediatos de los inversores privados, haciendo daño incluso a la reproducción social e imponiendo la austeridad.

Pero el aspecto político se comprende peor. Yo lo caracterizaría en términos casi polanyianos. Con el objetivo de fomentar el crecimiento mediante el nexo entre producción en masa, consumo de masas y suministro público, el capitalismo administrado por el Estado representó una nueva síntesis creativa de los dos proyectos que Polanyi consideraba intrínsecamente antitéticos: la *mercantilización* y la *protección social*. Pero se unieron a expensas del tercer proyecto, ignorado por Polanyi, al que yo llamo *emancipación*, porque todo el edificio descansaba sobre la continua depredación (neo)imperial del Sur Global, sobre la institucionalización de la dependencia de las mujeres mediante el «salario familiar», y sobre la exclusión de la Seguridad Social, por motivos raciales, de los trabajadores agrícolas y domésticos. Durante la década de 1960, esos grupos se movilizaron activamente –¡y con razón!– en contra de un acuerdo que les exigía pagar el precio de la relativa seguridad y prosperidad de los demás.

Pero sus luchas se cruzaron fatalmente con otro frente de lucha, que se desarrolló en paralelo en el transcurso de las décadas posteriores. Ese otro frente enfrentaba a un partido ascendente de partidarios del libre mercado, empeñado en liberalizar y globalizar la economía capitalista, contra los declinantes movimientos obreros de los países del centro capitalista, que antes habían sido la base de apoyo más poderosa para la socialdemocracia, pero que ahora se hallaban a la defensiva, si no totalmente derrotados. En este contexto, los «nuevos movimientos sociales progresistas», que pretendían eliminar las jerarquías de género, sexo, etnicidad «racial» y religión, se encontraron enfrentados a poblaciones que deseaban defender su modo de vida y privilegios establecidos, ahora amenazados por el «cosmopolitismo» de la nueva economía posindustrial y financiarizada. La colisión de estos dos frentes de lucha produjo una nueva constelación política: *los defensores de la emancipación se unieron con los partidarios de la mercantilización para atacar conjuntamente la protección social*.

El fruto de esa alianza fue un «neoliberalismo progresista», que celebraba la «diversidad», la meritocracia y la «emancipación» al tiempo que desmantelaba las protecciones sociales, expropiaba los ahorros de la clase trabajadora ganados con tanto esfuerzo y afianzaba la precariedad generalizada. Hillary Clinton era la encarnación misma de esa constelación. ¿Es de extrañar que los partidarios de la protección social, que con razón se sentían superados por esa nueva alianza, se pusieran absolutamente furiosos? Abandonados por quienes redefinieron la emancipación en términos truncados, favorables al mercado, encontraron algo así como una expresión de protesta en Trump, con acentos de resentimiento y chovinismo. Por eso la competencia entre Clinton y Trump fue una lucha entre el partido «reaccionario» de la protección social, por un lado, y un partido «progresista», que encubre una orgía de mercantilización alimentada por la deuda con

una versión truncada, meritocrática, de la emancipación, por otro. No era una batalla en la que nosotros (la izquierda) no debiéramos tomar partido. Lo que ha faltado y ahora debemos crear es una tercera alternativa, que recurra al vasto y creciente fondo de revulsión social contra el orden actual. En pocas palabras: en lugar de apoyar la mercantilización en tanto que emancipación contra la protección social, deberíamos centrarnos en forjar *una nueva alianza de emancipación y protección social contra la mercantilización descontrolada*. Pero ese proyecto solo puede convertirse en realidad si desarrollamos una perspectiva crítica que se base libremente, de manera integrada, en las percepciones de nuestros dos Karls, así como en las (en otro tiempo) corrientes emancipadoras como el feminismo, el poscolonialismo, la teoría crítica de la raza y la ecología política, entre otras. En la medida en que las corrientes dominantes de esos movimientos se desplazaron hacia el campo neoliberal, necesitan a los Karls tanto como los Karls los necesitan a ellos.

Bibliografía

- Fraser, Nancy, «Marketization, Social Protection, Emancipation: Toward a Neo-Polanyian Conception of Capitalist Crisis», en *Business as Usual: The Roots of the Global Financial Meltdown*, volumen 1, de la serie *Possible Futures*, ed. Craig Calhoun y Georgi Derlugian, Nueva York, NYU Press, 2011, pp. 137-158.
- ____ «A Triple Movement? Parsing the Politics of Crisis after Polanyi», *New Left Review*, núm. 81, 2013, pp. 119-132; ed. cast.: «¿Triple movimiento? Entender la política de la crisis a la luz de Polanyi», *New Left Review*, núm. 81, julio-agosto de 2013, pp. 125-139; incluido en este volumen.
- ____ «Behind Marx's Hidden Abode: For an Expanded Conception of Capitalism», *New Left Review*, núm. 86 (2014a): pp. 55-72; ed. cast.: «Tras la morada oculta de Marx. Por una concepción ampliada del capitalismo», *New Left Review*, núm. 86, mayo-junio de 2014, pp. 57-76; incluido en este volumen.
- ____ «Can society be commodities all the way down?», *Economy and Society*, vol. 43, núm. 4, 2014b, pp. 541-558; incluido en este volumen.
- ____ «Legitimation Crisis? On the Political Contradictions of Financialized Capitalism», *Critical Historical Studies*, vol. 2, núm. 2, 2015, pp. 1-33.
- ____ «Contradictions of Capital and Care», *New Left Review*, núm. 100, 2016, pp. 99-117. ed. cast.: «Las contradicciones del capital y los cuidados», *New Left Review*, núm. 100, septiembre-octubre de 2016, pp. 111-132; incluido en este volumen.
- Habermas, Jürgen, *Legitimationsprobleme im Spätkapitalismus*, Frankfurt: Suhrkamp, 1973; en inglés, *Legitimation Crisis*, Boston, Beacon Press, 1975; ed. cast.: *Problemas de legitimación en el capitalismo tardío*, Buenos Aires, 1975.
- Marx, Karl. *El capital*, vol. 3, Madrid, Siglo XXI, 2017.

Polanyi, Karl, *The Great Transformation* [1944], 2ª ed., Boston (MA), Beacon, 2001; ed. cast.: *La gran transformación*, Madrid, 1989.

Sraffa, Piero, *Produzione di merci a mezzo di merci. Premesse a una critica della teoria económica*, Turín, Einaudi, 1960; ed. inglés: *Production of Commodities by Means of Commodities: Prelude to a Critique of Economic Theory*, Cambridge: Cambridge University Press, 1975; ed. cast.: *Producción de mercancías por medio de mercancías. Preludio a una crítica de la teoría económica*, Barcelona, 1960.

SEGUNDA PARTE
TEORIZAR LA CRISIS ACTUAL COMO UNA
CRISIS DEL CAPITALISMO

IV LAS CONTRADICCIONES DEL CAPITAL Y DE LOS CUIDADOS

LA «CRISIS DE LOS CUIDADOS» es en este momento uno de los principales temas de debate público¹. A menudo relacionada con ideas como «pobreza de tiempo», «equilibrio familia-trabajo» y «agotamiento social», hace referencia a las presiones que desde diversos puntos están actualmente exprimiendo un conjunto clave de capacidades sociales: las disponibles para tener y criar niños, cuidar de amigos y familiares, mantener hogares y comunidades más amplias, y sostener relaciones más en general². Históricamente, estos procesos de «reproducción social» han estado considerados trabajo de mujeres, aunque los hombres siempre han realizado también parte de los mismos. Los cuidados, que comprenden tanto trabajo afectivo como material y a menudo se realizan sin remuneración, son indispensables para la sociedad. Sin ellos no podría haber cultura, ni economía, ni organización política. Ninguna sociedad que sistemáticamente debilite su reproducción social logra perdurar mucho. Hoy en día, sin embargo, una nueva forma de sociedad capitalista está haciendo exactamente eso. El resultado es una enorme crisis no solo de los cuidados, sino también de la reproducción social en su sentido más amplio.

Entiendo esta crisis como uno de los componentes de una «crisis general», que incluye también vectores económicos, ecológicos y políticos,

¹ Una traducción al francés de este ensayo se pronunció en París el 14 de junio de 2016 en forma de Conferencia Marc Bloch de la École des Hautes Études en Sciences Sociales, en cuya página digital está disponible. Debo dar las gracias a Pierre-Cyrille Hautcoeur por invitarme a dar la conferencia, a Johanna Oksala por estimular los debates, a Mala Htun y Eli Zaretsky por sus útiles comentarios, y a Selim Heper por su ayuda con la investigación.

² Véanse, entre otros muchos ejemplos recientes, Ruth Rosen, «The Care Crisis», *The Nation*, 27 de febrero de 2007; Cynthia Hess, «Women and the Care Crisis», Institute for Women's Policy Research, *Briefing Paper*, núm. 401, abril de 2013; Daniel Boffey, «Half of All Services Now Failing as uk Care Sector Crisis Deepens», *The Guardian*, 26 de septiembre de 2015. Respecto a la «pobreza de tiempo», véanse Arlie Hochschild, *The Time Bind*, Nueva York, 2001; Heather Boushey, *Finding Time*, Cambridge (MA), 2016. Respecto al «equilibrio familia-trabajo», véanse Heather Boushey y Amy Rees Anderson, «Work-Life Balance», *Forbes*, 26 de julio de 2013; Martha Beck, «Finding Work-Life Balance», *Huffington Post*, 10 de marzo de 2015. Respecto al «agotamiento social», véase Shirin Rai, Catherine Hoskyns y Dania Thomas, «Depletion: The Cost of Social Reproduction», *International Feminist Journal of Politics*, vol. 16, núm. 1, 2013.

que se entrecruzan y exacerban mutuamente. El aspecto de la reproducción social forma una dimensión importante de esta crisis general, pero a menudo queda olvidado en los actuales debates, que se centran principalmente en los peligros económicos o ecológicos. Este «separatismo crítico» es problemático; el aspecto social es tan fundamental en la crisis general que ninguno de los otros puede entenderse adecuadamente haciendo abstracción de él. Sin embargo, también puede afirmarse lo contrario. La crisis de la reproducción social no es un elemento independiente y no puede entenderse adecuadamente por sí sola. ¿Cómo deberíamos interpretarla, entonces? Yo sostengo que la «crisis de los cuidados» es mejor interpretarla como una expresión más o menos aguda de las contradicciones socio-reproductivas del capitalismo financiarizado. Esta formulación sugiere dos ideas. En primer lugar, las actuales tensiones a las que están sometidos los cuidados no son accidentales, sino que tienen unas profundas raíces sistémicas en la estructura de nuestro orden social, que yo denomino aquí capitalismo financiarizado. No obstante, y este es el segundo punto, la actual crisis de la reproducción social indica que hay algo podrido no solo en la actual forma financiarizada del capitalismo, sino en la sociedad capitalista *per se*.

Sostengo que toda forma de sociedad capitalista alberga una contradicción o «tendencia a la crisis» socio-reproductiva profundamente asentada: por una parte, la reproducción social es una de las condiciones que posibilitan la acumulación sostenida de capital; por otra, la orientación del capitalismo a la acumulación ilimitada tiende a desestabilizar los procesos mismos de reproducción social sobre los cuales se asienta. Esta contradicción socio-reproductiva del capitalismo se sitúa en la base de la denominada crisis de los cuidados. Aunque inherente al capitalismo como tal, asume una forma diferente y distintiva en cada forma históricamente específica de la sociedad capitalista: en el capitalismo liberal competitivo del siglo XIX; en el capitalismo gestionado por el Estado posterior a la Segunda Guerra Mundial; y en el capitalismo neoliberal financiarizado de nuestro tiempo. Los déficits de cuidados que experimentamos hoy son la forma que esta contradicción adopta en esta tercera fase, la más reciente, del desarrollo capitalista.

Para desarrollar esta tesis, propongo explicar primero la contradicción social del capitalismo como tal, en su forma general. En segundo lugar, esbozo su evolución histórica en las dos fases anteriores del desarrollo capitalista. Por último, sugiero interpretar los «déficits de los cuidados» de hoy en día como expresiones de la contradicción social del capitalismo en su actual fase financiarizada.

Uso parasitario del mundo de vida

La mayoría de los estudiosos de la crisis contemporánea se centran en las contradicciones internas del sistema económico capitalista. En el núcleo de este, afirman, radica una tendencia innata a la autodesestabilización, que se expresa periódicamente mediante crisis económicas. Este punto de vista es acertado hasta cierto punto, pero no aporta una imagen completa de las tendencias inherentes del capitalismo a la crisis. Al adoptar una perspectiva economicista, interpreta el capitalismo de manera excesivamente restrictiva como un sistema económico puro y simplemente. Por el contrario, asumiré una interpretación más amplia del capitalismo, que abarca tanto su economía formal como las condiciones primordiales «no económicas» de la misma. Dicho punto de vista nos permite conceptualizar y criticar toda la gama de tendencias del capitalismo a la crisis, incluidas las que afectan a la reproducción social.

Mi argumento es que el subsistema económico del capitalismo depende de actividades de reproducción social externas a él, que constituyen una de las condiciones primordiales que posibilitan su existencia. Otras condiciones primordiales son las funciones de gobernanza desempeñadas por los poderes públicos y la disponibilidad de la naturaleza como fuente de «insumos productivos» y como «sumidero» de los residuos de la producción³. Aquí me centraré, sin embargo, en el modo en el que la economía capitalista depende —podría decirse que se aprovecha sin coste alguno— de actividades de reposición, prestación de cuidados e interacción que producen y sostienen vínculos sociales, aunque no les asigna valor monetario y los trata como si fuesen gratuitos. Denominada de diversas formas («cuidados», «trabajo afectivo» o «subjetivación»), dicha actividad forma los sujetos humanos del capitalismo, sosteniéndolos como seres naturales personificados, al tiempo que los constituye como seres sociales, formando sus *habitus* y los *ethos* culturales en los que se mueven. El trabajo de traer al mundo y socializar a los niños es fundamental para este proceso, al igual que cuidar a los ancianos, mantener los hogares, construir comunidades y sostener los significados, las disposiciones afectivas y los horizontes de valor compartidos que apuntalan la cooperación social. En las sociedades capitalistas, buena parte de esta actividad, aunque no toda, se efectúa al margen del mercado: en viviendas, barrios, asociaciones de la sociedad

³ Las condiciones políticas primordiales necesarias para una economía capitalista se analizan en Nancy Fraser, «Legitimation Crisis?», *Critical Historical Studies*, vol. 2, núm. 2, 2015. Las condiciones ecológicas se analizan en James O'Connor, «Capitalism, Nature, Socialism: A Theoretical Introduction», *Capitalism, Nature, Socialism*, vol. 1, núm. 1, 1988; y en Jason W. Moore, *Capitalism in the Web of Life*, Londres y Nueva York, 2015; ed. cast.: *El capitalismo en la trama de la vida*, Madrid, Traficantes de sueños, 2020].

civil, redes informales e instituciones públicas tales como los colegios; y una parte relativamente pequeña de la misma adopta la forma de trabajo asalariado. La actividad de reproducción social no asalariada es necesaria para la existencia del trabajo asalariado, para la acumulación de plusvalor y para el funcionamiento del capitalismo como tal. Ninguna de estas cosas podría existir en ausencia del trabajo doméstico, la crianza de niños, la enseñanza escolar, los cuidados afectivos y toda una serie de actividades que sirven para producir nuevas generaciones de trabajadores y reponer las existentes, así como para mantener los vínculos sociales y las mentalidades compartidas. La reproducción social es una condición primordial indispensable para la posibilidad de la producción económica en una sociedad capitalista⁴.

Al menos desde la era industrial, sin embargo, las sociedades capitalistas han separado el trabajo de reproducción social del trabajo de reproducción económica. Asociando el primero con las mujeres y el segundo con los hombres, han remunerado las actividades «reproductivas» con la moneda del «amor» y la «virtud», al tiempo que compensaban el «trabajo productivo» con dinero. De este modo, las sociedades capitalistas crearon una base institucional para formas nuevas y modernas de subordinación de las mujeres. Separando el trabajo reproductivo del universo de las actividades humanas en general, en el que antes el trabajo de las mujeres ocupaba un lugar reconocido, lo relegaron a una «esfera doméstica» de nueva institucionalización en la que la importancia social de dicho trabajo quedó oscurecida. Y en este mundo nuevo, en el que el dinero se convirtió en el principal medio de poder, el hecho de no estar remunerado selló la cuestión: quienes efectúan dicho trabajo están estructuralmente subordinadas a aquellos que reciben salarios monetarios, aunque su trabajo proporcione una precondition necesaria para el trabajo asalariado, al tiempo que el mismo resulta saturado de nuevos y falseados ideales domésticos de feminidad.

En general, por lo tanto, las sociedades capitalistas separan la reproducción social de la producción económica, asociando la primera con las mujeres, y oscureciendo su importancia y su valor. Paradójicamente, sin embargo, hacen depender sus economías oficiales de los mismísimos procesos de reproducción social cuyo valor rechazan. Esta peculiar relación de

⁴ Muchas teóricas feministas han planteado versiones de este argumento. Desde la perspectiva de las formulaciones feministas-marxistas, véanse Lise Vogel, *Marxism and the Oppression of Women*, Boston, 2013; Silvia Federici, *Revolution at Point Zero*, Nueva York, 2012; ed. cast.: *Revolución en punto cero*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2013; y Christine Delphy, *Close to Home*, Londres y Nueva York, 2016. Otra elaboración convincente es la de Nancy Folbre, *The Invisible Heart*, Nueva York, 2002. Desde la perspectiva de la «teoría de la reproducción social», véanse Barbara Laslett y Johanna Brenner, «Gender and Social Reproduction», *Annual Review of Sociology*, vol. 15, 1989; Kate Bezanson y Meg Luxton (eds.), *Social Reproduction*, Montreal, 2006; Isabella Bakker, «Social Reproduction and the Constitution of a Gendered Political Economy», *New Political Economy*, vol. 12, núm. 4, 2007; Cinzia Arruzza, «Functionalist, Determinist, Reductionist», *Science & Society*, vol. 80, núm. 1, 2016.

separación-dependencia-rechazo es una fuente inherente de inestabilidad: por un lado, la producción económica capitalista no es autosuficiente, sino que depende de la reproducción social; por otro, su tendencia a la acumulación ilimitada amenaza con desestabilizar los mismísimos procesos y capacidades reproductivas que el capital necesita (y también el resto de nosotros). Con el tiempo la consecuencia puede ser, como veremos, la de hacer peligrar las condiciones sociales necesarias para la economía capitalista. Se trata, en efecto, de una «contradicción social» inherente a la estructura profunda de la sociedad capitalista. Como las contradicciones económicas resaltadas por los marxistas, también esta cimienta una tendencia a las crisis. En este caso, sin embargo, la contradicción no se sitúa «dentro» de la economía capitalista, sino en la frontera que simultáneamente separa y conecta producción y reproducción. Ni intraeconómica ni intradoméstica, es una contradicción *entre* estos dos elementos constituyentes de la sociedad capitalista. A menudo, por supuesto, esta contradicción es silenciada y la tendencia correspondiente a las crisis permanece oculta. Se agudiza, sin embargo, cuando la tendencia del capital a ampliar la acumulación se desancla de sus bases sociales y se vuelve contra ellas. En dicho caso, la lógica de la producción económica se antepone a la de la reproducción social, desestabilizando los mismísimos procesos de los que depende el capital, y haciendo peligrar las capacidades sociales, tanto domésticas como públicas, necesarias para sostener la acumulación a largo plazo. Destruyendo sus propias condiciones de posibilidad, la dinámica de acumulación de capital se muerde de hecho su propia cola.

Realizaciones históricas

Esta es la estructura de la tendencia general del «capitalismo como tal» a la crisis social. Sin embargo, la sociedad capitalista solo existe en formas históricas o regímenes de acumulación específicos. La organización capitalista de la reproducción social ha experimentado de hecho grandes cambios históricos, a menudo como resultado de la protesta política; en especial en periodos de crisis en los que los actores sociales luchan en torno a los límites que separan la «economía» de la «sociedad», la «producción» de la «reproducción» y el «trabajo» de la «familia», y en ocasiones consiguen trazarlos de nuevo. Estas «luchas en torno a los límites», como yo las llamo, son tan fundamentales para las sociedades capitalistas como la lucha de clases analizadas por Marx, y los cambios que producen marcan transformaciones de alcance histórico⁵. Una perspectiva que sitúe en primer plano

⁵ Nancy Fraser, «Behind Marx's Hidden Abode: For an Expanded Conception of Capitalism», *New Left Review*, núm. 86, marzo-abril de 2014, pp. 55-72; ed. cast.: «Tras la morada oculta de Marx», *NLR*, núm. 86, mayo-junio de 2014, analiza las luchas en torno a los límites y critica la concepción del capitalismo como una economía, y se halla incluido en el presente volumen.

estos cambios puede distinguir al menos tres regímenes de reproducción social asociados a modelos específicos de producción económica en la historia del capitalismo.

El primero es el régimen de capitalismo competitivo liberal del siglo XIX. Combinando explotación industrial en el centro europeo de la economía-mundo capitalista con la expropiación colonial en la periferia, este régimen tendía a dejar a los trabajadores reproducirse de manera «autónoma», fuera de los circuitos del valor monetizado, mientras los Estados se mantenían al margen. Pero también creó un nuevo imaginario burgués de domesticidad. Catalogando la reproducción social como territorio de las mujeres dentro de la familia privada, este régimen elaboró el ideal de «esferas separadas», al tiempo que privaba a la mayoría de las condiciones necesarias para realizarlo.

El segundo régimen es el capitalismo gestionado por el Estado propio del siglo XX. Basado en la producción industrial y en elevados niveles de consumo familiar en los países más desarrollados de la economía-mundo capitalista y sustentado por la continuación de la expropiación colonial y poscolonial en la periferia, este régimen organizó la reproducción social a través de la provisión estatal y corporativa de bienestar social. Al modificar el modelo victoriano de esferas separadas, promovió el ideal aparentemente más moderno del «salario familiar», a pesar de que, de nuevo, relativamente pocas familias lograron alcanzarlo.

El tercer régimen es el capitalismo financiarizado y globalizador del momento actual. Este régimen ha deslocalizado los procesos de producción, trasladándolos a regiones de bajos salarios, ha atraído a las mujeres a la fuerza de trabajo remunerada y ha promovido la desinversión estatal y corporativa en bienestar social. Al externalizar el trabajo de los cuidados a familias y comunidades, ha disminuido simultáneamente la capacidad de ambas para efectuarlo. El resultado, en medio de una creciente desigualdad, es una organización dualizada de la reproducción social, mercantilizada para aquellos que pueden pagarla, privatizada para aquellos que no pueden, todo ello disimulado por el ideal aún más moderno de la «familia con dos proveedores».

En cada régimen, por lo tanto, las condiciones socio-reproductivas para la producción capitalista han asumido una forma institucional diferente y materializado un orden normativo distinto: primero «esferas separadas», después «el salario familiar» y ahora la «familia con dos proveedores». En cada uno de estos casos, también, la contradicción social de la sociedad capitalista ha asumido un aspecto diverso, encontrando expresión en un conjunto distinto de fenómenos de crisis. En cada régimen, por último, la contradicción social del capitalismo ha incitado diferentes luchas sociales: lucha de clases, sin duda, pero también luchas en torno a los límites, ambas

entremezcladas a su vez con otras que pretendían la emancipación de las mujeres, de los esclavos y de los pueblos colonizados.

Relegación de las mujeres al hogar

Considérese, en primer lugar, el capitalismo competitivo liberal del siglo XIX. En esa época, los imperativos de la producción y de la reproducción parecían situarse directamente en contradicción directa. En los primeros centros fabriles de los países del centro de la economía-mundo capitalista, los industriales introdujeron a mujeres y niños en sus fábricas y minas, ansiosos por explotar sus reducidos niveles salariales y su supuesta docilidad. Con un salario de miseria y obligados a trabajar largas jornadas en condiciones insalubres, estas trabajadoras y trabajadores se convirtieron en iconos del desprecio del capital por las relaciones y las capacidades sociales que sostenían su productividad⁶. El resultado fue una crisis al menos en dos planos: por una parte, una crisis de la reproducción social entre las clases pobres y trabajadoras, cuya capacidad de sustento y de reposición se tensaron hasta llegar al borde del punto de ruptura; por otra, un pánico moral entre las clases medias, a las que les escandalizaba lo que consideraban la «destrucción de la familia» y la «desexualización» de las mujeres proletarias. Tan desesperada llegó a ser la situación, que hasta críticos tan perspicaces como Marx y Engels confundieron este conflicto directo inicial entre producción económica y reproducción social con el punto final del mismo. Imaginando que el capitalismo había entrado en su crisis terminal, creyeron que, al destruir la familia de clase obrera, el sistema estaba también erradicando la base de la opresión de las mujeres⁷. Pero lo que de hecho ocurrió fue exactamente lo contrario: con el tiempo, las sociedades capitalistas encontraron recursos para gestionar esta contradicción mediante la creación de «la familia» en su forma restringida moderna, la invención de nuevos e intensificados significados de la diferencia de género y la modernización de la dominación masculina.

El proceso de ajuste empezó, en el centro europeo, con una legislación proteccionista. La idea era estabilizar la reproducción social limitando la explotación de mujeres y niños en el trabajo fabril⁸. Encabezada por los reformadores de clase media en alianza con las nacientes organizaciones obreras, esta «solución» reflejaba una compleja amalgama de motivos

⁶ Louise Tilly y Joan Scott, *Women, Work, and Family*, Londres, 1987.

⁷ Karl Marx y Friedrich Engels, *Manifiesto of the Communist Party*, en *The Marx-Engels Reader*, Nueva York, 1978, pp. 487-488; ed. cast.: *Manifiesto del partido comunista*, Madrid, 1997; Friedrich Engels, *The Origin of the Family, Private Property and the State*, Chicago (IL), 1902, pp. 90-100; ed. cast.: *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*, Madrid, 2006.

⁸ Nancy Woloch, *A Class by Herself*, Princeton (NJ), 2015.

diferentes. Uno de los objetivos, célebremente puesto de relieve por Karl Polanyi, era el de defender la «sociedad» contra la «economía»⁹. Otro era el de apaciguar la ansiedad por la «nivelación de género». Pero estos motivos estaban también relacionados con algo más: la insistencia en la autoridad masculina sobre mujeres y niños, en especial dentro de la familia¹⁰. Como resultado, la lucha por garantizar la integridad de la reproducción social acabó ligada a la defensa de la dominación masculina.

El efecto pretendido, sin embargo, era el de silenciar la contradicción social en el núcleo capitalista, incluso mientras la esclavitud y el colonialismo la elevaban a un tono extremo en la periferia. Creando lo que Maria Mies denominó la «*housewifization*», esto es, la relegación de las mujeres al hogar, como la otra cara de la colonización¹¹, el capitalismo competitivo liberal elaboró un nuevo imaginario de género centrado en esferas separadas. Presentando a la mujer como «el ángel del hogar», sus defensores pretendían crear un lastre estabilizador contra la volatilidad de la economía. El feroz mundo de la producción debía estar flanqueado por un «refugio en un mundo despiadado»¹². Mientras cada parte se atuviese a la esfera que se le había asignado como propia y sirviese de complemento de la otra, el potencial conflicto entre ellas se mantendría oculto.

En realidad, esta «solución» demostró ser muy inestable. La legislación proteccionista no podía garantizar la reproducción del trabajo cuando los salarios se mantenían por debajo de lo necesario para sostener una familia; cuando los bloques de viviendas atestados y rodeados de contaminación impedían la intimidad y dañaban los pulmones; cuando el propio empleo (si es que se tenía) estaba sometido a salvajes fluctuaciones debido a las quiebras, los desplomes bursátiles y los pánicos financieros. Y esas soluciones tampoco satisfacían a los trabajadores. Luchando por mejoras salariales y mejores condiciones de trabajo, formaron sindicatos, acudieron a la huelga y se afiliaron a partidos obreros y socialistas. Desgarrado por un conflicto de clase de amplio espectro y cada vez más agudo, el capitalismo no parecía tener el futuro asegurado.

Las esferas separadas resultaron igual de problemáticas. Las mujeres pobres, racializadas y obreras no estaban en condiciones de satisfacer los ideales victorianos de domesticidad; si bien la legislación proteccionista

⁹ Karl Polanyi, *The Great Transformation* [1944], Boston (MA), 2001, pp. 87, 138-139, 213; ed. cast.: *La gran transformación*, Barcelona, 2016.

¹⁰ Ava Baron, «Protective Labour Legislation and the Cult of Domesticity», *Journal of Family Issues*, vol. 2, núm. 1, 1981.

¹¹ Maria Mies, *Patriarchy and Accumulation on a World Scale*, Londres, 2014, p. 74; ed. cast.: *Patriarcado y acumulación a escala mundial*, Madrid, Traficantes de sueños, 2019.

¹² Eli Zaretsky, *Capitalism, the Family and Personal Life*, Nueva York, 1986; Stephanie Coontz, *The Social Origins of Private Life*, Londres, 1988.

mitigó su explotación directa, no proporcionó respaldo material o compensación por los salarios perdidos. Y tampoco las mujeres de clase media que podían acomodarse a los ideales victorianos estaban siempre satisfechas con su situación, que combinaba el confort material y el prestigio moral con la minoría de edad jurídica y la dependencia institucionalizada. Para ambos grupos, la «solución» de las esferas separadas se produjo en gran medida a expensas de las mujeres. Pero también las enfrentó entre sí: véanse los debates del siglo XIX por la prostitución, que alineaban las preocupaciones filantrópicas de las mujeres victorianas de clase media contra los intereses materiales de sus «hermanas caídas»¹³.

Una dinámica distinta se desplegó en la periferia. Allí, mientras el colonialismo extractivo devastaba las poblaciones sometidas, ni las esferas separadas ni la protección social disfrutaban de influencia alguna. Lejos de intentar proteger las relaciones de reproducción social autóctonas, las potencias metropolitanas promovían activamente su destrucción. Se saqueaba a los campesinos, se destrozaban sus comunidades, para obtener los alimentos, los productos textiles, los minerales y la energía baratos sin los que la explotación de los trabajadores industriales de la metrópoli no habría sido rentable. En las Américas, por su parte, las capacidades reproductivas de las mujeres esclavizadas eran instrumentalizadas para los cálculos de beneficio de los plantadores, que de manera sistemática separaban a las familias esclavas vendiendo sus miembros a diferentes propietarios¹⁴. Los niños nativos eran también arrancados de sus comunidades, recluidos en colegios de misioneros y sometidos a disciplinas de asimilación coercitivas¹⁵. Cuando hacían falta racionalizaciones, el estado «atrasado, patriarcal» de las organizaciones de parentesco precapitalistas de los indígenas era muy útil. También aquí, entre los colonialistas, las filántropas encontraron una plataforma pública, animando «a los hombres blancos a salvar a las mujeres de piel oscura de los hombres de piel oscura»¹⁶.

En ambos escenarios, la periferia y el centro, los movimientos feministas se encontraron sorteando un campo de minas político. Rechazando la dependencia de la mujer casada y las esferas separadas y, al mismo tiempo, exigiendo el derecho a votar, a negarse a mantener relaciones sexuales, a disponer de propiedades, a firmar contratos, a ejercer profesiones y a controlar sus propios salarios, las feministas liberales parecían valorar la

¹³ Judith Walkowitz, *Prostitution and Victorian Society*, Cambridge, 1980; Barbara Hobson, *Uneasy Virtue*, Chicago (IL), 1990.

¹⁴ Angela Davis, «Reflections on the Black Woman's Role in the Community of Slaves», *The Massachusetts Review*, vol. 13, núm. 2, 1972.

¹⁵ David Wallace Adams, *Education for Extinction*, Kansas (KS), 1995; Ward Churchill, *Kill the Indian and Save the Man*, San Francisco (CA), 2004.

¹⁶ Gayatri Spivak, «Can the Subaltern Speak?», en Cary Nelson y Lawrence Grossberg (eds.), *Marxism and the Interpretation of Culture*, Londres, 1988, p. 305.

aspiración «masculina» a la autonomía sobre los ideales «femeninos» de la crianza. Y en este punto, aunque en pocos más, sus homólogas feministas socialistas se mostraban completamente de acuerdo. Concibiendo la entrada de las mujeres en el trabajo remunerado como la ruta hacia la emancipación, también estas últimas preferían los valores «masculinos» asociados con la producción a los asociados con la reproducción. Estas asociaciones eran ideológicas, sin duda, pero tras ellas radicaba una intuición profunda: a pesar de las nuevas formas de dominación que traía consigo, la erosión de las relaciones de parentesco tradicionales provocada por el capitalismo contenía un impulso emancipador.

Atrapadas en una doble pinza, muchas feministas encontraban escaso consuelo en cualquiera de los dos lados del doble movimiento de Polanyi: ni el de la protección social, con su adscripción a la dominación masculina, ni el de la mercantilización, con su descuido de la reproducción social. Incapaces de rechazar o asumir sin más el orden liberal, necesitaban una tercera alternativa, que llamaron emancipación. En la medida en la que las feministas lograron personificar el término, aprovecharon de hecho la dualista figura polanyiana y la sustituyeron por lo que podríamos denominar un «triple movimiento». En este conflicto a tres bandas, los partidarios de la protección y los partidarios de la mercantilización no solo chocaron mutuamente, sino que también lo hicieron con los defensores de la emancipación: con las feministas, sin duda, pero también con socialistas, abolicionistas y anticolonialistas de ambos géneros, todos los cuales se esforzaban por enfrentar entre sí las dos fuerzas polanyianas, al mismo tiempo que chocaban entre ellos. Por muy prometedora que fuese en teoría, dicha estrategia era difícil de llevar a la práctica. En la medida en la que los esfuerzos por «proteger la sociedad de la economía» eran identificados con la defensa de la jerarquía de género, podía deducirse fácilmente que la oposición feminista a la dominación masculina respaldaba las fuerzas económicas que hacían estragos en la clase trabajadora y en las comunidades periféricas. Estas asociaciones demostrarían ser sorprendentemente duraderas, hasta mucho después de que el capitalismo competitivo liberal se hundiera bajo el peso de sus múltiples contradicciones en los cataclismos de las guerras interimperialistas, las depresiones económicas y el caos financiero internacional, dando lugar a mediados del siglo XX a un nuevo régimen, el del capitalismo gestionado por el Estado.

El fordismo y el salario familiar

Emergiendo de las cenizas de la Gran Depresión y de la Segunda Guerra Mundial, el capitalismo gestionado por el Estado desactivó de diferente

manera la contradicción entre la producción económica y la reproducción social al situar el poder estatal del lado de la reproducción. Asumiendo cierta responsabilidad pública por el «bienestar social», los Estados de esta época intentaron contrarrestar los efectos corrosivos no solo de la explotación, sino también del desempleo masivo sobre la reproducción social. Este objetivo fue asumido por igual tanto por los Estados del bienestar democráticos del centro capitalista como por los Estados desarrollistas de la periferia recién independizados, a pesar de sus diferentes recursos y capacidades para hacerlo realidad.

De nuevo, los motivos eran mixtos. Un estrato de las elites ilustradas había llegado a pensar que el interés cortoplacista del capital de exprimir al máximo los beneficios debía subordinarse a las necesidades más duraderas de sostener la acumulación en el tiempo. La creación del régimen gestionado por el Estado estaba pensada para salvar el sistema capitalista de sus propias propensiones desestabilizadoras, así como del espectro de la revolución en una época de movilización de masas. La productividad y la rentabilidad exigían la promoción «biopolítica» de una fuerza de trabajo sana y preparada, con intereses en el sistema, y no una desarrapada muchedumbre revolucionaria¹⁷. La inversión pública en atención sanitaria, enseñanza, cuidado de niños y pensiones de jubilación, complementada por las aportaciones empresariales, se consideraron una necesidad en una época en la que las relaciones capitalistas habían penetrado en la vida social hasta tal extremo que las clases trabajadoras ya no disponían de medios para reproducirse por sí solas. En esta situación, la reproducción social debía ser interiorizada, introducida en el ámbito del orden capitalista oficialmente gestionado.

Ese proyecto encajaba con la nueva problemática de la «demanda» económica. Con el objetivo de suavizar los ciclos de auge y depresión endémicos del capitalismo, los reformadores económicos intentaron asegurar un crecimiento continuo, que permitiese que los trabajadores del centro de la economía-mundo capitalista cumplieren su doble tarea en tanto que consumidores. Aceptando la sindicación, que permitió subir los salarios, y el gasto del sector público, que creaba puestos de trabajo, los responsables de las políticas públicas de esa época reinventaron el hogar como espacio privado para el consumo doméstico de objetos de uso cotidiano producidos en masa¹⁸. Enlazando la cadena de montaje con el consumismo familiar de la clase trabajadora, por una parte, y con

¹⁷ Michel Foucault, «Governmentality», en Graham Burchell, Colin Gordon y Peter Miller (eds.), *The Foucault Effect*, Chicago (IL), 1991, pp. 87-104; M. Foucault, *The Birth of Biopolitics, Lectures at the Collège de France 1978-1979*, Nueva York, 2010, p. 64 [ed. orig.: *La naissance de la biopolitique. Cours au Collège de France (1978-1979)*, París, 2004; ed. cast.: *Nacimiento de la biopolítica. Curso del Collège de France (1978-1979)*, Madrid, 2009].

¹⁸ Kristin Ross, *Fast Cars, Clean Bodies*, Cambridge (MA), 1996; Dolores Hayden, *Building Suburbia*, Nueva York, 2003; Stuart Ewen, *Captains of Consciousness*, Nueva York, 2008.

la reproducción apoyada por el Estado, por otra, este modelo fordista forjó una novedosa síntesis de mercantilización y protección social, proyectos que Polanyi había considerado antitéticos.

Pero fueron sobre todo las clases trabajadoras –hombres y mujeres– las que encabezaron la lucha por la provisión pública, actuando por razones propias. Para ellos, la cuestión era la plena participación en la sociedad como ciudadanos democráticos y, por lo tanto, la dignidad, los derechos, la respetabilidad y el bienestar material, para todos los cuales se entendía que hacía falta una vida familiar estable. Al optar por la socialdemocracia, las clases trabajadoras estaban, por consiguiente, valorando también la reproducción social frente al devorador dinamismo de la producción económica. En efecto, votaban por la familia, el país y el mundo de la vida, y contra la fábrica, el sistema y la máquina. A diferencia de la legislación protectora del régimen liberal, la solución del capitalismo de Estado derivó de un compromiso entre clases y representó un avance democrático y, a diferencia de su predecesor, las nuevas soluciones sirvieron también, al menos para algunos y durante algún tiempo, para estabilizar la reproducción social. Para los trabajadores de la etnia mayoritaria en el centro de la economía-mundo capitalista, estas soluciones aliviaron las presiones materiales sobre la vida familiar y promovieron la incorporación política.

Pero antes de apresurarnos a proclamar una edad de oro, deberíamos registrar las exclusiones constitutivas que hicieron posible estos logros. Como antes, la defensa de la reproducción social en el centro fue unida al (neo)imperialismo; los regímenes fordistas financiaban en parte los derechos sociales mediante la continua expropiación de la periferia –incluida la «periferia dentro del centro»–, que persistió en formas viejas y nuevas después de la descolonización¹⁹. Por su parte, los Estados poscoloniales, atrapados en el punto de mira de la Guerra Fría, dirigieron el grueso de sus recursos, ya de por sí mermados por la depredación imperial, a proyectos de desarrollo a gran escala, que a menudo suponían la expropiación de «sus propias» poblaciones indígenas. La reproducción social, para la inmensa mayoría de la periferia, seguía siendo externa, mientras se dejaba a las poblaciones rurales defenderse por sí solas. Como su predecesor, también el

¹⁹ En esta era, el apoyo estatal a la reproducción social fue financiado mediante la recaudación tributaria y fondos específicos a los que contribuían tanto los trabajadores como el capital metropolitanos en diferentes proporciones, dependiendo de las relaciones de poder de clase dentro de cada Estado concreto. Pero esas corrientes de ingresos estaban infladas por el valor desviado de la periferia mediante los beneficios extraídos de la inversión extranjera directa y el intercambio económico desigual: Raúl Prebisch, *The Economic Development of Latin America and its Principal Problems*, Nueva York, 1950 [ed. cast.: *El desarrollo económico de América Latina y algunos de sus principales problemas*, Nueva York, 1949]; Paul Baran, *The Political Economy of Growth*, Nueva York, 1957; ed. cast.: *La economía política del crecimiento*, México DF, 1967; Geoffrey Pilling, «Imperialism, Trade and “Unequal Exchange”: The Work of Aghiri Emmanuel», *Economy and Society*, vol. 2, núm. 2, 1973; Gernot Köhler y Arno Tausch, *Global Keynesianism*, Nueva York, 2001.

régimen gestionado por el Estado estaba entrelazado con la jerarquía racial: la seguridad social estadounidense excluía a los trabajadores domésticos y agrícolas de su cobertura, privando así de hecho a muchos afroamericanos estadounidenses de sus derechos sociales²⁰. Y la división racial del trabajo reproductivo, comenzada durante la esclavitud, asumió con el régimen de Jim Crow una nueva forma en la que las mujeres de color realizaban un trabajo mal remunerado criando a los hijos y limpiando las casas de las familias «blancas» a expensas de las suyas propias²¹.

Y tampoco la jerarquía de género estaba ausente de estas soluciones. En un periodo —aproximadamente entre la década de 1930 y finales de la de 1950— en el que los movimientos feministas no disfrutaban de mucha visibilidad pública, prácticamente nadie cuestionó la opinión de que la dignidad de la clase trabajadora exigía «el salario familiar», la autoridad masculina en el hogar y un firme sentido de diferencia de género. Como resultado, la amplia tendencia general del capitalismo gestionado por el Estado en los países del centro de la economía-mundo capitalista fue la de valorizar el modelo heteronormativo de familia determinada por el género, basado en el hombre proveedor y la mujer encargada de la casa. La inversión pública en la reproducción social fortaleció estas normas. En Estados Unidos, el sistema de bienestar social asumió una forma dualizada, dividida en ayuda estigmatizada a mujeres y niños (blancos) que carecían de acceso a un salario masculino, por una parte, y el seguro social respetable para aquellos catalogados como «trabajadores», por otra²². Por el contrario, las soluciones europeas atrincheraban la jerarquía androcéntrica de diferente manera, en la división entre las pensiones para madres y los derechos ligados al trabajo asalariado, fomentadas en muchos casos por agendas pronatalistas nacidas de la competición interestatal²³. Ambos modelos validaron, asumieron y fomentaron el salario familiar. Al institucionalizar estas interpretaciones androcéntricas de la familia y del trabajo, naturalizaron la heteronormatividad y la jerarquía de género, sustrayéndolas en gran medida a la protesta política.

²⁰ Jill Quadagno, *The Color of Welfare*, Oxford, 1994; Ira Katznelson, *When Affirmative Action Was White*, Nueva York, 2005.

²¹ Jacqueline Jones, *Labor of Love, Labor of Sorrow*, Nueva York, 1985; y Evelyn Nakano Glenn, *Forced to Care*, Cambridge (MA), 2010.

²² Nancy Fraser, «Women, Welfare, and the Politics of Need Interpretation», en N. Fraser, *Unruly Practices*, Minneapolis, 1989; Barbara Nelson, «Women's Poverty and Women's Citizenship», *Signs: Journal of Women in Culture and Society*, vol. 10, núm. 2, 1985; Diana Pearce, «Women, Work and Welfare», en Karen Wolk Feinstein (ed.), *Working Women and Families*, Beverly Hills (CA), 1979; Johanna Brenner, «Gender, Social Reproduction, and Women's Self-Organization», *Gender & Society*, vol. 5, núm. 3, 1991.

²³ Hilary Land, «Who Cares for the Family?», *Journal of Social Policy*, vol. 7, núm. 3, 1978; Harriet Holter (ed.), *Patriarchy in a Welfare Society*, Oslo, 1984; Mary Ruggie, *The State and Working Women*, Princeton (NJ), 1984; Birte Siim, «Women and the Welfare State», en Clare Ungerson (ed.), *Gender and Caring*, Nueva York, 1990; Ann Shola Orloff, «Gendering the Comparative Analysis of Welfare States», *Sociological Theory*, vol. 27, núm. 3, 2009.

En todos estos aspectos, la socialdemocracia sacrificó la emancipación a una alianza entre protección social y mercantilización, aun cuando mitigase la contradicción social del capitalismo durante varias décadas. Pero el régimen capitalista estatal empezó a resquebrajarse; primero políticamente en la década de 1960, cuando irrumpió la nueva izquierda mundial y empezó a cuestionar, en nombre de la emancipación, las exclusiones imperiales, de género y raciales, así como el paternalismo burocrático de dicho Estado; y, después, económicamente en la década de 1970, cuando la estanflación, la «crisis de la productividad» y el descenso de las tasas de beneficio en el sector industrial galvanizaron los esfuerzos neoliberales para desencadenar la mercantilización. Lo que se sacrificó, cuando esas dos partes unieron fuerzas, fue la protección social.

Las familias con dos proveedores

Como el régimen liberal antes que él, el orden capitalista gestionado por el Estado se disolvió en el transcurso de una prolongada crisis. En la década de 1980, los observadores perspicaces podían distinguir ya los esbozos emergentes de un nuevo régimen, que acabaría convirtiéndose en el capitalismo financiarizado de la época actual. Globalizador y neoliberal, este régimen promueve la desinversión estatal y empresarial del bienestar social, al tiempo que atrae a las mujeres a la fuerza de trabajo remunerada, externalizando los cuidados a las familias y las comunidades al mismo tiempo que reduce la capacidad de estas para encargarse de ellos. El resultado es una organización nueva y dualizada de la reproducción social, mercantilizada para quienes pueden pagarla y privatizada para los que no, mientras algunas de las pertenecientes a la segunda categoría proporcionan cuidados a cambio de salarios (bajos) a los de la primera. Mientras tanto, el doble ataque de la crítica feminista y la desindustrialización ha privado definitivamente al «salario familiar» de toda credibilidad. Ese ideal ha dado lugar a la norma actual de la «familia con dos proveedores».

El principal impulsor de estos cambios –y el rasgo definitorio de este régimen– es la nueva centralidad de la deuda. La deuda es el instrumento mediante el cual las instituciones financieras globales presionan a los Estados para que reduzcan el gasto social, impongan las políticas de austeridad y, en general, coludan con los inversores para extraer valor de las poblaciones indefensas. A través de la deuda también se despoja en gran medida a los campesinos del Sur global mediante una nueva ronda de apropiación de tierras por las grandes empresas, destinada a monopolizar la energía, el agua, los terrenos cultivables y las «compensaciones de emisiones de carbono». También cada vez más a través de la deuda

prosigue la acumulación en el centro histórico capitalista: a medida que el trabajo precario y mal remunerado en el sector servicios sustituye al trabajo industrial sindicalizado, los salarios caen por debajo de los costes de reproducción socialmente necesarios; en esta «economía de trabajos precarios», el mantenimiento del gasto en consumo exige incrementar los niveles de endeudamiento, que crecen exponencialmente²⁴. Actualmente, en otras palabras, el capital canibaliza las condiciones de vida de las clases trabajadoras, impone disciplina a los Estados, transfiere riqueza de la periferia al centro capitalista y succiona valor de los hogares, las familias, las comunidades y la naturaleza esencialmente mediante la deuda.

El efecto es intensificar la contradicción inherente entre la producción económica y la reproducción social en el capitalismo. Mientras que el régimen anterior otorgaba poder a los Estados para subordinar los intereses cortoplacistas de las empresas privadas al objetivo de la acumulación sostenida a largo plazo, en parte estabilizando la reproducción mediante la provisión pública, el régimen actual autoriza al capital financiero a imponer disciplina a los Estados y a los ciudadanos en favor de los intereses inmediatos de inversores privados, en buena medida exigiendo la desinversión pública en reproducción social. Y mientras que el régimen anterior alió la mercantilización y la protección social contra la emancipación, este genera una configuración aún más perversa, en la que la emancipación se une a la mercantilización para debilitar la protección social.

El nuevo régimen emergió de la fatal intersección de dos conjuntos de luchas. Uno de esos conjuntos enfrentó a una parte ascendente, los partidarios del libre mercado, inclinados a liberalizar y globalizar la economía capitalista, contra los movimientos obreros cada vez más débiles en los países del centro capitalista; en otro tiempo la base más poderosa de respaldo a la socialdemocracia, estos últimos están ahora a la defensiva, si no completamente derrotados. El otro conjunto de luchas enfrentó a los «nuevos movimientos sociales» progresistas, opuestos a las jerarquías de género, sexo, «raza», etnia y religión, contra poblaciones que intentaban defender mundos de la vida y privilegios establecidos, ahora amenazados por el «cosmopolitismo» de la nueva economía. De la colisión de estos dos conjuntos de luchas emergió un resultado sorprendente: un neoliberalismo «progresista», que celebra la «diversidad», la meritocracia y la «emancipación» al tiempo que dismantela las protecciones sociales y vuelve a externalizar la reproducción social. El resultado no es solo abandonar poblaciones indefensas a las depredaciones del capital, sino también

²⁴ Adrienne Roberts, «Financing Social Reproduction», *New Political Economy*, vol. 18, núm. 1, 2013.

redefinir la emancipación en los términos del mercado²⁵. Los movimientos de emancipación participaron en este proceso. Todos ellos –incluido el movimiento antirracista, el multiculturalismo, el movimiento LGTBI y el movimiento ecologista– generaron corrientes neoliberales proclives al mercado. Pero la trayectoria feminista demostró ser especialmente decisiva, dada la prolongada vinculación de género y reproducción social por parte del capitalismo. Como cada uno de sus regímenes predecesores, el capitalismo financiarizado institucionaliza la división producción-reproducción sobre una determinada base de género. A diferencia de sus predecesores, sin embargo, su imaginario dominante es el individualismo liberal y la igualdad de género: las mujeres se consideran iguales a los hombres en todas las esferas y merecen igualdad de oportunidades para realizar sus talentos, también –quizá en especial– en la esfera de la producción. La reproducción, por el contrario, se percibe como un residuo retrógrado, un obstáculo que impide el avance en el camino hacia la liberación y del que, de un modo u otro, hay que prescindir.

A pesar de su aura feminista, o quizá debido a ella, esta concepción ejemplifica la actual forma de contradicción social del capitalismo, que asume una nueva intensidad. Además de disminuir la provisión pública y atraer a las mujeres al trabajo asalariado, el capitalismo financiarizado ha reducido los salarios reales, aumentando así el número de horas de trabajo remunerado que cada hogar necesita para sostener a la familia y provocando una desesperada pelea por transferir el trabajo de cuidados a otros²⁶. Para llenar el «vacío de los cuidados», el régimen importa trabajadores migrantes de los países más pobres a los más ricos. Típicamente, son mujeres racializadas, a menudo de origen rural, de regiones pobres, las que asumen el trabajo reproductivo y de cuidados antes desempeñado por mujeres más privilegiadas. Pero para hacerlo, las migrantes deben transferir sus propias responsabilidades familiares y comunitarias a otras cuidadoras aún más pobres, que deben a su vez hacer lo mismo, y así sucesivamente, en «cadenas de cuidados globales» cada vez más largas. Lejos de cubrir el vacío de los cuidados, el resultado neto es desplazarlo de las familias más ricas a otras más pobres, del Norte global al Sur global²⁷. Este escenario encaja en las estrategias de género de los Estados poscoloniales endeudados y privados de recursos, sometidos a los programas de ajuste estructural del FMI. Desesperadamente necesitados de divisas fuertes, algunos de ellos

²⁵ Fruto de una alianza inverosímil entre los partidarios del libre mercado y los «nuevos movimientos sociales», el nuevo régimen está revolviendo todas las alineaciones políticas habituales, enfrentando a feministas neoliberales «progresistas» como Hillary Clinton contra populistas nacionalistas y autoritarios como Donald Trump.

²⁶ Elizabeth Warren y Amelia Warren Tyagi, *The Two-Income Trap*, Nueva York, 2003.

²⁷ Arlie Hochschild, «Love and Gold», en Barbara Ehrenreich y Arlie Hochschild (eds.), *Global Woman*, Nueva York, 2002, pp. 15-30; Brigitte Young, «The “Mistress” and the “Maid” in the Globalized Economy», *Socialist Register*, núm. 37, 2001.

han promovido activamente la emigración de las mujeres para efectuar cuidados remunerados en el extranjero que les aporta remesas, mientras que otros han promovido la inversión extranjera directa mediante la creación de zonas francas dedicadas a la producción para la exportación, a menudo en sectores, como los textiles y el montaje de aparatos electrónicos, que prefieren emplear a trabajadoras²⁸. En ambos casos, las capacidades de reproducción social quedan aún más debilitadas.

Dos fenómenos que se han producido recientemente en Estados Unidos ejemplifican la gravedad de la situación. El primero es la creciente popularidad de la «congelación de óvulos», un procedimiento que cuesta normalmente 10.000 dólares, pero que ahora es ofrecido de forma gratuita por las empresas de las tecnologías de la información como compensación no salarial dirigida a empleadas muy cualificadas. Ansiosas por atraer y conservar a estas trabajadoras, empresas como Apple y Facebook les ofrecen un fuerte incentivo para posponer la maternidad, diciendo, en efecto: «Espera, y ten tus hijos a los cuarenta o a los cincuenta, o incluso los sesenta; dedícanos tus años productivos, de mayor energía, a nosotros»²⁹. Otro fenómeno que se está produciendo en Estados Unidos es igualmente sintomático de la contradicción entre reproducción y producción: la proliferación de caras bombas mecánicas, de alta tecnología, para extraer leche materna. Esta es la «solución» preferida en un país con una elevada tasa de participación femenina en la población activa, sin permiso de maternidad o paternidad obligatorio, y enamorado de la tecnología. Este es también un país en el que el amamantamiento es *de rigeur*, pero ha cambiado más allá de todo posible reconocimiento. Ya no se trata de que un niño o niña mame del pecho de su madre, sino que ahora la madre «amamanta» ordeñándose su propia leche mecánicamente y almacenándola para que después una niñera se la dé con el biberón. En un contexto de grave pobreza de tiempo, los sacaleches de manos libres con doble copa son los más apetecidos, porque permiten a la madre extraerse la leche de ambos senos a la vez, mientras conduce de camino al trabajo³⁰.

²⁸ Jennifer Bair, «On Difference and Capital», *Signs*, vol. 36, núm. 1, 2010.

²⁹ «Apple and Facebook offer to freeze eggs for female employees», *The Guardian*, 15 de octubre de 2014. Algo importante es que esta compensación no está ya reservada exclusivamente a la clase directiva-técnica-profesional. El ejército estadounidense ofrece congelación de óvulos gratuita a las mujeres reclutadas que amplíen su periodo de servicio activo en el extranjero: «Pentagon to Offer Plan to Store Eggs and Sperm to Retain Young Troops», *The New York Times*, 3 de febrero de 2016. En este caso, la lógica del militarismo se impone a la de la privatización. Que yo sepa, nadie ha planteado aún la inminente cuestión de qué hacer con los óvulos de una militar fallecida en combate.

³⁰ Courtney Jung, *Lactivism: How Feminists and Fundamentalists, Hippies and Yuppies, and Physicians and Politicians Made Breastfeeding Big Business and Bad Policy*, Nueva York, 2015, especialmente pp. 130-131. La Affordable Care Act (también denominada «Obamacare») exige ahora que las aseguradoras sanitarias proporcionen gratuitamente estos sacaleches a sus beneficiarias. De modo que tampoco esta ventaja es ya prerrogativa exclusiva de mujeres privilegiadas. El efecto ha sido crear un mercado nuevo y enorme para los fabricantes, que están produciendo grandes remesas de

Dadas presiones como estas, ¿sorprende que las luchas por la reproducción social hayan explotado en años recientes? A menudo las feministas del Norte describen su objetivo como el «equilibrio entre familia y trabajo»³¹, pero las luchas referentes a la reproducción social abarcan mucho más: los movimientos comunitarios por la vivienda, la atención sanitaria, la seguridad alimentaria y una renta básica no condicionada; las luchas por los derechos de los migrantes, de los trabajadores domésticos y de los empleados públicos; las campañas para sindicalizar a los trabajadores del sector servicios empleados en residencias de ancianos, hospitales y guarderías con ánimo de lucro; y las luchas por servicios públicos tales como la atención en centros de día a niños y ancianos, por una jornada laboral más corta y por un permiso de maternidad y paternidad generoso y remunerado. Unidas, estas reivindicaciones equivalen a la demanda de una reorganización masiva de la relación entre producción y reproducción: por soluciones sociales que permitan a personas de cualquier clase, sexo, orientación sexual y color combinar las actividades de reproducción social con un trabajo seguro, interesante y bien remunerado.

Las luchas en torno a los límites referentes a la reproducción social son tan centrales para la actual coyuntura como las luchas de clase en el ámbito de la producción económica. Responden, sobre todo, a una «crisis de los cuidados», que tiene sus raíces en la dinámica estructural del capitalismo financiarizado. Globalizado e impulsado por la deuda, este capitalismo está expropiando sistemáticamente las capacidades disponibles para sostener las conexiones sociales. Proclamando el nuevo ideal de familia con dos proveedores, atrae a los movimientos de emancipación, que se unen con los defensores de la mercantilización para oponerse a los partidarios de la protección social, ahora cada vez más resentidos y chovinistas.

¿Otra mutación?

¿Qué podría emerger de esta crisis? La sociedad capitalista se ha reinventado varias veces en el transcurso de su historia. En especial, en momentos de crisis general, cuando múltiples contradicciones —políticas, económicas, ecológicas y socio-reproductivas— se entremezclan y exacerban mutuamente, las luchas en torno a los límites han estallado en los ámbitos de las

sacaleches en las fábricas de sus subcontratistas chinos: Sarah Kliff, «The breast pump industry is booming, thanks to Obamacare», *The Washington Post*, 4 de enero de 2013.

³¹ Lisa Belkin, «The Opt-Out Revolution», *The New York Times*, 26 de octubre de 2003; Judith Warner, *Perfect Madness: Motherhood in the Age of Anxiety*, Nueva York, 2006; Lisa Miller, «The Retro Wife», *New York Magazine*, 17 de marzo de 2013; Anne-Marie Slaughter, «Why Women Still Can't Have It All», *Atlantic*, julio-agosto de 2012, y *Unfinished Business: Women Men Work Family*, Nueva York, 2015; Judith Shulevitz, «How to Fix Feminism», *The New York Times*, 10 de junio de 2016.

divisiones institucionales constitutivas del capitalismo: allí donde la economía se cruza con el sistema de gobierno, donde la sociedad se cruza con la naturaleza, y donde la producción se cruza con la reproducción. En esas fronteras, los actores sociales se han movilizadado para redibujar el mapa institucional de la sociedad capitalista. Sus esfuerzos propugnaron el cambio, primero, del capitalismo competitivo liberal del siglo XIX al capitalismo gestionado por el Estado del XX, y después al capitalismo financiarizado de la época actual. Históricamente, la contradicción social del capitalismo ha conformado también una importante corriente de precipitación de la crisis, cuando la frontera que separa la reproducción social de la producción económica se ha convertido en un importante ámbito y objeto de lucha. En cada caso, el orden de género de la sociedad capitalista ha sido cuestionado y el resultado ha dependido de las alianzas forjadas entre los principales polos de un triple movimiento: mercantilización, protección social, emancipación. Esas dinámicas propulsaron el cambio, primero, de las esferas separadas al salario familiar y, después, a la familia con dos proveedores.

¿Qué sigue a todo ello en la actual coyuntura? ¿Son las actuales contradicciones del capitalismo financiarizado suficientemente graves como para considerarse una crisis general y deberíamos, por consiguiente, prever otra mutación de la sociedad capitalista? ¿Galvanizará la presente crisis luchas de suficiente amplitud y visión como para transformar el régimen actual? ¿Podría una nueva forma de feminismo socialista romper el idilio del movimiento feminista predominante con la mercantilización y, al mismo, tiempo forjar una nueva alianza entre la emancipación y la protección social? Y de ser así, ¿con qué fin? ¿Cómo podría reinventarse hoy la división entre reproducción y producción y qué puede sustituir a la familia de dos proveedores?

Nada de lo que he dicho aquí sirve para responder directamente a estas cuestiones, pero al presentar el trabajo preliminar que nos permite plantearla he intentado arrojar cierta luz sobre la actual coyuntura. He sugerido, específicamente, que las raíces de la actual «crisis de los cuidados» se encuentran en la inherente contradicción social del capitalismo o, en realidad, en la forma aguda que esa contradicción adopta hoy en el capitalismo financiarizado. Si eso es cierto, entonces esta crisis no se resolverá haciendo pequeños arreglos en las políticas sociales. La senda de su resolución solo puede avanzar mediante una profunda transformación estructural de este orden social. Lo que hace falta, ante todo, es superar el rapaz sometimiento de la reproducción a la producción que tiene lugar en el capitalismo financiarizado, pero esta vez sin sacrificar ni la emancipación ni la protección social. Esto, a su vez, exige reinventar la distinción entre producción y reproducción y reimaginar el orden de género. Queda por ver si el resultado de todo ello será compatible con el capitalismo.

V

¿ES EL CAPITALISMO NECESARIAMENTE RACISTA?

EL CAPITALISMO SIEMPRE ha estado profundamente entrelazado con la opresión racial. Esta afirmación es claramente válida para el capitalismo de plantaciones basado en la utilización de esclavos durante el siglo XVIII y principios del XIX; pero es igualmente cierta para el capitalismo industrializado penetrado por el régimen de Jim Crow del siglo XX. Nadie puede dudar tampoco razonablemente de que la opresión racial persista en el capitalismo desindustrializador, asolado por la crisis hipotecaria y el encarcelamiento masivo del momento presente. Pese a las claras diferencias existentes entre ellas, ninguna de esas formas del capitalismo «realmente existente» podría considerarse no racista. Hasta el día de hoy la sociedad capitalista, en todas sus formas, ha estado marcada por la opresión racial.

¿Cuál es la naturaleza de este vínculo? ¿Es contingente o estructural? ¿Surgió por casualidad el nexo capitalismo/racismo, y podrían haber sido las cosas, en principio, de otra manera? ¿O estaba el capitalismo destinado desde el principio a dividir a las poblaciones por su «raza»? ¿Y qué se puede decir del capitalismo actual? ¿Está inserto el racismo en la estructura profunda del capitalismo contemporáneo? ¿O es posible ahora, en el siglo XXI, un capitalismo no racista?

Estas preguntas no son en absoluto nuevas. Forman el núcleo de una corriente profunda pero poco apreciada de teorización crítica, conocida como *marxismo negro*. Esta tradición, que floreció entre la década de 1930 y la de 1980, incluye a figuras tan destacadas como C. L. R. James, W. E. B. Du Bois, Eric Williams, Oliver Cromwell Cox, Stuart Hall, Walter Rodney, Angela Davis, Manning Marable, Barbara Fields, Robin D. G. Kelley, Cedric Robinson y Cornel West¹. Aunque sus enfoques divergían

¹ C. L. R. James, *The Black Jacobins*, London, Penguin Books, 1938; W. E. B. Du Bois, *Black Reconstruction in America, 1860-1880*, Nueva York, Brace&Court, 1935; Eric Williams, *Capitalism and Slavery*, Chapel Hill (NC), University of North Carolina Press, 1944; ed. cast.: *Capitalismo y esclavitud*, Madrid, Traficantes de sueños, 2011; Oliver Cromwell Cox, *Caste, Class, and Race: A Study of Social Dynamics*, Nueva York, Monthly Review Press, 1948; Stuart Hall, «Race, Articulation, and Societies Structured in Dominance», *Sociological Theories: Race and Colonialism*, Nueva York, UNESCO, 1980, pp. 305-345; Walter Rodney, *How Europe*

respecto a cuestiones específicas, cada uno de estos pensadores estudió a fondo el nexo capitalismo/racismo. Al menos durante la década de 1980, sus reflexiones estuvieron a la vanguardia de lo que ahora llamamos «teoría crítica de la raza».

Posteriormente, no obstante, la cuestión del vínculo del capitalismo con la raza quedó abandonada en la agenda teórico-crítica. Con la merma del radicalismo de la nueva izquierda y el colapso del comunismo realmente existente, el capitalismo dejó de ser considerado como un tema de investigación serio en muchos lugares, mientras que el marxismo era cada vez más rechazado como superado. Como consecuencia, las cuestiones de la raza y el racismo fueron de hecho cedidas a pensadores que trabajaban en los paradigmas liberales y posestructuralistas. Aunque esos pensadores hicieron algunas contribuciones impresionantes a la teoría crítica y a la más convencional de la raza, no intentaron aclarar la relación entre el capitalismo y la opresión racial.

Hoy, sin embargo, hay una nueva generación de teóricos y teóricas críticos sobre el racismo, compuesta por pensadores como Michael Dawson, Ruth Wilson Gilmore, Cedric Johnson, Barbara Ransby y Keeanga-Yamahtta Taylor, que está revitalizando esa problemática, reconsiderando de nuevo el nexo capitalismo/racismo a la luz de los acontecimientos del siglo XXI². Las razones no son difíciles de discernir. El auge conjunto de una nueva generación de activistas antirracistas militantes, por un lado, y de un agresivo populismo etnonacionalista supremacista blanco por parte de la nueva extrema derecha, por otro, ha elevado dramáticamente los retos de la teoría crítica de la raza. Muchos aprecian ahora, también, que el contexto más amplio para ambas posturas es una crisis cada vez más profunda de la sociedad capitalista contemporánea, una crisis que al mismo tiempo se exagera y hace más visibles sus formas características de opresión racial.

Underdeveloped Africa, Washington DC, Howard University Press, 1981; Angela Davis, *Women, Race, and Class*, Londres, The Women's Press, 1982 [ed. cast.: *Mujeres, raza y clase*, Madrid, 2005]; Manning Marable, *How Capitalism Underdeveloped Black America*, Nueva York, South End Press, 1983; Barbara Fields, «Slavery, Race, and Ideology in the United States of America», *New Left Review*, núm. 1/181, mayo-junio de 1990, pp. 95-118; Robin D. G. Kelley, *Hammer and Hoe: Alabama Communists during the Great Depression*, Chapel Hill (NC), University of North Carolina Press, 1990 y *Race Rebels: Culture, Politics, and the Black Working Class*, Nueva York, Free Press, 1996; Cedric Robinson, *Black Marxism*, Chapel Hill (NC), University of North Carolina Press, 1999; y Cornel West, «The Indispensability Yet Insufficiency of Marxist Theory» y «Race and Social Theory», ambos en *The Cornel West Reader* Nueva York, Basic Civitas Books, 1999, pp. 213-230 y 251-267.

² Michael C. Dawson, *Blacks In and Out of the Left*, Cambridge (MA), Harvard University Press, 2013; Ruth Wilson Gilmore, *Golden Gulag: Prisons, Surplus, Crisis, and Opposition in Globalizing California*, Berkeley y Los Angeles (CA), University of California Press, 2017; Cedric Johnson, *Revolutionaries to Race Leaders: Black Power and the Making of African American Politics*, Minneapolis (MN), University of Minnesota Press, 2007; Barbara Ransby, *Making All Black Lives Matter: Reimagining Freedom in the Twenty-First Century*, Berkeley y Los Angeles (CA), University of California Press, 2018; Keeanga-Yamahtta Taylor, *From #Black Lives Matter to Black Liberation*, Chicago, Haymarket, 2016; ed. cast.: *Un destello de libertad. De #blacklivesmatter a la liberación negra*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2017.

Por último, el capitalismo ya no es un término tabú y el marxismo está disfrutando de un renacimiento en toda regla. En esta situación, las cuestiones centrales del marxismo negro han vuelto a ser apremiantes: ¿Es el capitalismo *necesariamente* racista? ¿Se puede superar la opresión racial dentro de la sociedad capitalista?

Con el objetivo de avanzar en esta problemática, opté por aprovechar la ocasión de mi discurso presidencial para repasar esas venerables cuestiones. El planteamiento que propongo combina las habituales oposiciones agudas entre estructura e historia, necesidad y azar, que oscurecen las complejidades del nexo capitalismo/racismo. Contra los defensores de la contingencia, sostendré que existe una base estructural para el persistente vínculo del capitalismo con la opresión racial. Esa base reside, como explicaré, en la dependencia del sistema de dos procesos analíticamente distintos pero imbricados de acumulación de capital, *explotación* y *expropiación*. Es la separación de estas dos últimas y su asignación a dos diferentes poblaciones lo que sustenta la opresión racial en la sociedad capitalista. Contra los defensores de la necesidad, en cambio, voy a argumentar que el nexo explotación/expropiación del capitalismo no está labrado en piedra, sino que, por el contrario, muta históricamente de modo paulatino en el curso del desarrollo capitalista, que puede verse como una secuencia de *regímenes cualitativamente diferentes de acumulación racializada*. En cada fase, una configuración históricamente específica de explotación y expropiación sustenta un paisaje peculiar de racialización. Cuando seguimos esa secuencia hasta el presente, nos encontramos con algo nuevo: una forma de capitalismo que desdibuja la separación histórica entre explotación y expropiación. Ya no las asigna a dos sectores de la población claramente demarcados, sino que parece estar disolviendo la base estructural de la opresión racial que se mantuvo en la sociedad capitalista durante cuatrocientos años. Sin embargo, en mi opinión la opresión racial persiste en formas que no son ni estrictamente necesarias ni meramente contingentes. El resultado es un nuevo conjunto de desafíos para la teoría marxista negra y el activismo antirracista en el siglo XXI.

En lo que sigue desarrollaré este argumento en tres partes. Primero defenderé la tesis de que el capitalismo alberga una base estructural para la opresión racial, dado que se basa en la expropiación como condición necesaria para la explotación. Luego, en una segunda parte, historizaré esa estructura esbozando las configuraciones cambiantes de esos dos ejes en las fases principales de la historia del capitalismo. En una tercera parte, finalmente, consideraré las perspectivas de superación de la opresión racial en una nueva forma de sociedad capitalista que aún descansa en la explotación y la expropiación, pero no las asigna a dos sectores de la población estructuralmente delimitadas.

1.1. Tres perspectivas del capitalismo: intercambio, explotación, expropiación

¿Es *necesariamente* racista el capitalismo? Todo depende de lo que se entienda exactamente por capitalismo y de la perspectiva desde la cual lo concibamos. Vale la pena explorar tres de esas perspectivas. Un primer acercamiento, impartido en los cursos de economía, asumido en las empresas y consagrado en el sentido común, considera el capitalismo a través de la lente del *intercambio* de mercado. Un segundo enfoque, familiar para los socialistas, sindicalistas y otros protagonistas de las luchas laborales, ubica el quid del capitalismo en un nivel más profundo, en la *explotación* del trabajo asalariado en la producción de mercancías. Una tercera perspectiva, desarrollada por los críticos del imperialismo, pone en cambio el foco de atención en la *expropiación* por el capital de los pueblos conquistados. Aquí sugiero combinar las perspectivas segunda y tercera, con lo que accederemos a lo que pierde por su cuenta cada uno de los tres enfoques considerados: una base estructural en la sociedad capitalista para la opresión racial.

Consideremos, en primer lugar, la perspectiva del intercambio. Desde esta perspectiva, el capitalismo es considerado pura y simplemente como un sistema económico. Organizado para maximizar el crecimiento y la eficiencia, se centra en la institución del mercado, donde agentes interesados intercambian equivalentes a partir de relaciones de independencia entre ellos. Visto de esta manera, el capitalismo no puede sino ser indiferente al color de la piel. Sin interferencias y siguiendo su propia lógica economizadora, el sistema disolvería cualquier jerarquía racial preexistente y evitaría la generación de cualesquiera nuevas. Desde el punto de vista del intercambio, el vínculo entre el racismo y el capitalismo es totalmente contingente.

Mucho podría decirse sobre este punto de vista, pero lo más importante para mis propósitos actuales es lo siguiente: desvincula el capitalismo del racismo mediante un *fiat* definitorio. Al definir el capitalismo estrechamente como una lógica de maximización del beneficio, ciega a los colores, la visión centrada en el intercambio relega cualquier impulso racial a fuerzas externas al mercado, que distorsionan el funcionamiento de este último. El culpable es, por lo tanto, no (lo que se entiende como) capitalismo, sino la sociedad que lo alberga. El racismo proviene de la historia, la política y la cultura, todos los cuales son considerados externos al capitalismo y conectados sólo contingentemente con él. El efecto es formalizar el capitalismo, reduciéndolo a una lógica economizadora de medios/fines y despojándolo de sus contenidos históricos y políticos. De ese modo, la visión centrada en el mercado oculta un punto crucial que será fundamental para mi argumentación: *por razones estructurales, las economías capitalistas requieren precondiciones e insumos «no económicos», algunos de los cuales generan*

opresión racial. Al no tener en cuenta esa dependencia, tal punto de vista ofusca los mecanismos de acumulación y dominación propios del sistema.

Algunos de esos mecanismos son revelados, en cambio, por nuestra segunda perspectiva. Más amplio, menos formal y mucho menos optimista, ese punto de vista fue concebido por Karl Marx, quien entendía el capitalismo como un sistema de *explotación*. Como es sabido, penetró bajo la consabida perspectiva del intercambio de mercado hasta el nivel más profundo de la producción de mercancías, donde pretendía descubrir el secreto de la acumulación del capital en su explotación de los trabajadores asalariados. Marx puso el acento en que en el capitalismo los trabajadores no son siervos ni esclavos, sino individuos libres para acudir al mercado laboral y vender allí su «fuerza de trabajo». En realidad, por supuesto, tienen pocas alternativas reales: privados de cualquier acceso directo a los medios de producción, solo pueden asegurarse la subsistencia trabajando para un capitalista a cambio de un salario. Esa transacción tampoco redundaría principalmente en su beneficio. Lo que desde la primera perspectiva es un intercambio de equivalentes, para Marx no es sino un juego de manos. Los trabajadores del capitalismo, recompensados únicamente con el coste promedio socialmente necesario para su propia reproducción, no tienen acceso al plusvalor que genera su trabajo, acumulado por el contrario por el capitalista. Y ahí está precisamente la cuestión. El quid del sistema es para Marx la explotación, entendida como una relación entre dos clases: por un lado, los capitalistas que poseen los medios de producción de la sociedad y se apropian del excedente producido; por otro, los productores libres pero carentes de propiedades, obligados a vender diariamente su fuerza de trabajo para subsistir. El capitalismo, en opinión de Marx, no es una mera economía, sino un sistema social de dominación de clase, centrado en la explotación por el capital del trabajo libre empleado en la producción de mercancías.

La perspectiva de Marx tiene muchas virtudes, una de las cuales al menos es incontestable. Al contemplar el capitalismo a través de la lente de la explotación se hace visible lo que la perspectiva del intercambio oscurecía: la base estructural en que se apoya la sociedad capitalista para posibilitar la *dominación a la clase trabajadora*. Sin embargo, este enfoque no es capaz de revelar ninguna base estructural comparable para la opresión racial. En ese punto, al menos, la perspectiva de la explotación se encuentra incómodamente cerca de la del intercambio. Aunque demuestra que el capital se acumula sobre las espaldas del trabajador asalariado libre, arroja poca o ninguna luz sobre el papel que desempeña la raza en el sistema y por qué ese papel ha sido tan sobresaliente en la historia del capitalismo. Al no abordar ese problema, sólo puede transmitir la impresión de que el vínculo del sistema con la opresión racial es contingente.

Sin embargo, esa conclusión es demasiado apresurada. El problema radica en que al enfocar tan estrechamente el proceso mediante el que el capital explota el trabajo asalariado, Marx no concedía una consideración sistemática a algunos procesos igualmente fundamentales ligados a esa explotación. Pienso en dos de esos procesos que podrían revelar, de ser investigados, vínculos profundos con la opresión racial. El primero es el papel crucial jugado en la acumulación de capital por el trabajo no libre, dependiente y no asalariado, con lo que me refiero al trabajo que es *expropiado*, no explotado, sometido a una dominación no mediada por un contrato salarial. El segundo se refiere al papel de las decisiones políticas para conferir el estatus de individuos y ciudadanos libres a determinados «trabajadores», mientras se mantiene a otros privados de ese privilegio, por ejemplo a los esclavos personales, a los siervos por contrato forzado [*indentured*] o por deudas, a los sujetos colonizados, a los miembros «nativos» de «naciones dependientes» y a los delincuentes condenados a trabajos forzados³.

Estos dos asuntos —el trabajo dependiente y el sometimiento político—, sobresalen no obstante cuando asumimos el punto de vista de la expropiación. Esta visión del capitalismo, desarrollada por diversos teóricos del imperialismo, amplía el marco más allá de «la metrópoli» para abarcar la conquista y el saqueo de los pueblos de «la periferia». Adoptando una perspectiva global, revelan una parte bárbara oculta de la modernidad capitalista: por debajo de las sutilezas superficiales del consentimiento y el contrato, aparece la violencia bruta y el robo descarado. El efecto es arrojar una nueva luz sobre el intercambio y la explotación, que ahora aparecen como la punta de un iceberg mayor y más siniestro.

La perspectiva de la expropiación es reveladora, sin duda. Lo que no está tan claro, sin embargo, es si la expansión imperial es estructuralmente intrínseca del capitalismo y, en tal caso, cómo se relaciona la expropiación de los pueblos dependientes y subyugados con la explotación de los «trabajadores libres». Tampoco disponemos de un estudio sistemático de la relación con la «raza» de esa combinación de explotación con expropiación.

Mi tesis es que la expropiación es, de hecho, intrínseca de la sociedad capitalista y su vínculo con la «raza». En pocas palabras, como explicaré, la

³ Sería falso decir que Marx no consideró en absoluto esos procesos. Por el contrario, en *El capital*, por ejemplo, escribió sobre la esclavitud, el colonialismo, la emigración forzada de los irlandeses y el «ejército industrial de reserva». Pero con la excepción de la última, esas cuestiones no fueron elaboradas sistemáticamente. Tampoco generaron categorías que desempeñaran un papel integral y estructural en su concepción del capitalismo. Véase Karl Marx, *El capital*, Libro I, Madrid, Siglo XXI, 2017: cap. XXIII.3, pp. 719-731; cap. XXIII.5 f, pp. 791-805; cap. XXIV.6, pp. 842-852; y cap. XXV, pp. 857-867. En cambio, una larga sucesión de pensadores posteriores han tratado de incorporar al marxismo el análisis de la opresión racial. Véanse las notas 1 y 2 anteriores. Mi propia propuesta se basa en las suyas, aunque también desarrolle una argumentación conceptual propia.

sujeción de aquéllos a quienes *expropia* el capital es una condición oculta de posibilidad para la libertad de aquéllos a quienes *explota*. Carentes del estudio de la primera, no podemos entender completamente la segunda. Tampoco podemos vislumbrar la base estructural del entrelazamiento histórico del capitalismo con la opresión racial.

Para desarrollar esta afirmación, utilizaré una concepción ampliada del capitalismo, que combina elementos de las dos últimas perspectivas aquí recogidas. Penetrando bajo el nivel familiar del *intercambio*, combinaré la «morada oculta» marxiana de la *explotación* con los momentos aún más confusos de la *expropiación*. Al teorizar la relación entre esos dos ejes, dejaré al desnudo la base estructural del profundo arraigo del entrelazamiento del capitalismo con la opresión racial.

1.2. La expropiación como un modo de acumulación: un argumento económico

Permítaseme comenzar definiendo la expropiación. Distinta de la explotación marxiana, la expropiación es la acumulación por otros medios. Prescindiendo de la relación contractual a través de la cual el capital adquiere «fuerza de trabajo» a cambio de salarios, la expropiación opera mediante la *confiscación* de capacidades y recursos que luego *introduce ineluctablemente* en los circuitos de expansión del capital. La confiscación puede ser flagrante y violenta, como en la esclavitud del Nuevo Mundo, o puede quedar velada por un manto comercial, como en los préstamos predatorios y las ejecuciones derivadas del endeudamiento de la época actual. Los sujetos expropiados pueden ser comunidades rurales o indígenas en la periferia capitalista, o miembros de grupos sometidos o subordinados en el núcleo capitalista. Una vez expropiados pueden acabar como proletarios explotados si tienen suerte, o si no como pobres, chabolistas, aparceros, «nativos» o esclavos, sometidos a nuevas expropiaciones fuera del nexo salarial. Los bienes confiscados pueden ser mano de obra, tierra, animales, herramientas, minerales o depósitos de energía, pero también seres humanos, sus relaciones sexuales y capacidades reproductivas o sus hijos y órganos corporales. Lo esencial, sin embargo, es que las capacidades expropiadas se incorporan al proceso de expansión de valor que define al capital. El robo simple no es suficiente. A diferencia del tipo de saqueo que precedió al auge del capitalismo, la expropiación en el sentido que presento aquí es *confiscación constrictiva al servicio de la acumulación*.

La expropiación en este sentido cubre una multitud de injusticias, la mayoría de las cuales tienen una fuerte correlación con la opresión racial. La asociación es clara en prácticas ampliamente asociadas con la historia temprana del capitalismo, pero que todavía siguen practicándose, como

la conquista territorial, la anexión de tierras, la esclavitud, el trabajo forzado, el secuestro de niños y la violación sistemática. Pero la expropiación también asume formas más «modernas», como el trabajo carcelario, el tráfico sexual transnacional, las apropiaciones de tierras y las ejecuciones derivadas de procesos de endeudamiento depredadores, que también están vinculadas con la opresión racial y, como veremos, con el imperialismo contemporáneo.

Pero la conexión no es solo histórica y contingente. Por el contrario, hay razones estructurales para el recurso continuo del capital a la expropiación racializada. Por definición, un sistema dedicado a la expansión ilimitada y la apropiación privada de plusvalor confiere a los propietarios de capital un profundo interés en la confiscación de mano de obra y medios de producción a las poblaciones sometidas. La expropiación eleva sus beneficios reduciendo los costes de producción de dos maneras: por un lado, suministrando insumos baratos, tales como energía y materias primas; por otro, proporcionando medios de subsistencia de bajo coste, como alimentos y textiles, que permiten pagar salarios más bajos. Así, confiscando recursos y capacidades a los sujetos no libres o dependientes, los capitalistas pueden explotar más rentablemente a los «trabajadores libres». Y así se vinculan los dos «ejes»; detrás de Manchester está siempre Misisipi⁴.

La expropiación, ventajosa incluso en tiempos «normales», resulta especialmente atractiva en periodos de crisis económica, cuando sirve como una solución crítica, aunque temporal, para restaurar una rentabilidad decreciente. Lo mismo ocurre con las crisis políticas, que en ocasiones pueden desactivarse o evitarse mediante la transferencia del valor confiscado a las poblaciones que parecen no amenazar al capital a quienes sí lo hacen, otra distinción que a menudo se relaciona con la «raza»⁵.

En general, pues, resulta que la expropiación es una característica estructural del capitalismo y una condición habilitadora —no confesada— para la explotación. Lejos de representar procesos separados y paralelos,

⁴ Esta formulación se hace eco de un pensamiento de Jason Moore, quien señala la continua dependencia de la expropiación del trabajo no remunerado tanto de la naturaleza como de las personas como condición de posibilidad de una producción rentable. Escribe: «Las tecnologías que maximizan la productividad restablecen la acumulación en todo el sistema, cuando ponen en marcha una vasta apropiación de la naturaleza descapitalizada. Para cada Ámsterdam hay una cuenca del Vístula. Para cada Manchester, un delta del Mississippi». Jason W. Moore, «The Capitalocene Part II: Accumulation by Appropriation and the Centrality of Unpaid Work/Energy», *The Journal of Peasant Studies*, vol. 45, núm. 2, 2018, DOI: 10.1080/03066150.2016.1272587, 2017.

⁵ Como explicaré en la siguiente sección, tales tácticas de dividir para gobernar movilizan jerarquías de estatus racialmente codificadas que distinguen a los ciudadanos de los súbditos, a los nacionales de los extranjeros, a los individuos libres de los esclavos, a los «europeos» de los «nativos», a los «blancos» de los «negros», a los «trabajadores» con derechos de los «intrusos aprovechados», etcétera.

esos dos ejes son aspectos sistémicamente imbricados y profundamente entrelazados de un único sistema-mundo capitalista. Y la división entre ellos se relaciona tosca pero inequívocamente con lo que Du Bois llamó «la línea de color». Dicho de otro modo, la expropiación de «otros» racializados constituye una condición necesaria para la explotación de los «trabajadores».

Permítaseme aclarar esta idea contrastándola con la descripción de Marx de la «acumulación originaria» o «primitiva»⁶, de la cual se diferencia en dos aspectos. En primer lugar, la acumulación primitiva denota el proceso empapado en sangre y lodo por el que el capital se acumuló inicialmente al principio del sistema⁷. La expropiación, en cambio, designa un proceso confiscatorio *continuo*, esencial para sostener la acumulación en un sistema propenso a las crisis. En segundo lugar, Marx introduce la acumulación primitiva para explicar la génesis histórica de la división de clase entre trabajadores sin propiedades y propietarios capitalistas de los medios de producción. La expropiación también explica esto, pero pone a la vista otra división social, igualmente arraigada y significativa, pero no teorizada sistemáticamente por Marx. Me refiero a la división social entre «trabajadores libres», a quienes el capital explota en su trabajo asalariado, y los sujetos no libres o dependientes, que canibaliza por otros medios.

Esta segunda división es fundamental para la presente investigación. Mi tesis es que las dinámicas racializadoras de la sociedad capitalista están insertas en la «marca» estructural que distingue *sujetos libres para la explotación* de *sujetos dependientes para la expropiación*. Pero esta argumentación requiere un cambio de planteamiento, de «lo económico» a «lo político». Sólo tematizando los órdenes políticos de la sociedad capitalista podremos comprender la constitución de esa distinción y con ella la fabricación de la «raza».

1.3. La expropiación como un modo de sometimiento: un argumento político

La distinción entre expropiación y explotación es a la vez económica y política. Considerados económicamente, esos términos designan mecanismos de acumulación de capital, modos de expandir el valor analíticamente distintos pero entrelazados. Considerados políticamente, tienen que ver con los modos de dominación, especialmente con las jerarquías de estatus que distinguen a los individuos y ciudadanos titulares de derechos, de los

⁶ K. Marx, *El capital*, cit., Libro I, cap. XXIV.1, pp. 807-809.

⁷ Para otro estudio que extiende el concepto de acumulación primitiva más allá del acaparamiento inicial de recursos, véase el capítulo sobre «Acumulación primitiva extendida» en Robin Blackburn, *The Making of New World Slavery: From the Baroque to the Modern, 1492-1800*, Londres, Verso, 2010.

pueblos sometidos, siervos no libres y miembros dependientes de familias y grupos subordinados. En la sociedad capitalista, como insistió Marx, los trabajadores explotados tienen el estatus legal de individuos libres, autorizados a vender su fuerza de trabajo a cambio de un salario. Una vez separados de los medios de producción y proletarizados, quedan protegidos, al menos en teoría, de (nuevas) expropiaciones. En este sentido, su estatus difiere considerablemente de aquellos cuyo trabajo, propiedad y/o persona *aún* están sujetos a confiscación por parte del capital. Lejos de disfrutar de protección, estas últimas poblaciones están todavía indefensas frente a nuevas expropiaciones. Su condición, constituida como intrínsecamente sujeta a abuso y usurpación, es la de *vulnerabilidad*. Privados de protección política, carecen de medios para establecer límites a lo que otros pueden hacerles.

En general, pues, la distinción entre los dos ejes es función no sólo de la acumulación sino también de la dominación. Son las agencias *políticas* –sobre todo los Estados– las que proporcionan o niegan protección en la sociedad capitalista. Y son también los Estados, en buena medida, los que codifican y hacen cumplir las jerarquías de estatus, que distinguen a ciudadanos de súbditos, nacionales de extranjeros, trabajadores con derechos de intrusos dependientes. Construyendo sujetos explotables y expropiables, al tiempo que distinguen a unos de otros, las prácticas estatales de la *subjetivación política* constituyen un requisito indispensable para la «auto»expansión del capital⁸.

Sin embargo, los Estados no actúan solos en este sentido. También están implicados acuerdos geopolíticos. Lo que posibilita la subjetivación política a escala nacional es un sistema internacional que «reconoce» a los Estados y autoriza los controles fronterizos que distinguen a los residentes legales de los «extranjeros ilegales». Basta pensar en los conflictos actuales en torno a los migrantes y refugiados para ver cuán fácilmente se codifican racialmente esas jerarquías habilitadas geopolíticamente del estatus político.

⁸ La dependencia de la acumulación con respecto a la subjetivación es un caso especial de un fenómeno mayor. También en otros aspectos el «subsistema económico» del capitalismo depende para su propia existencia de condiciones externas a él, incluyendo algunas que solo pueden ser aseguradas por los poderes políticos. Evidentemente, la acumulación requiere un marco legal para garantizar los derechos de propiedad, hacer cumplir los contratos y resolver disputas. Igualmente necesarias son las fuerzas represivas, que suprimen las rebeliones, mantienen el orden y gestionan la disidencia. Las iniciativas políticas dirigidas a gestionar la crisis también han demostrado ser indispensables en varios momentos de la historia del capitalismo, así como la dotación pública de infraestructuras, bienestar social y, por supuesto, el dinero. Análizo esas funciones políticas indispensables en «Behind Marx's Hidden Abode: For an Expanded Conception of Capitalism», *New Left Review*, núm. 86, mayo-junio de 2014; pp. 55-72; ed. cast.: «Tras la morada oculta de Marx: por una concepción ampliada del capitalismo», *New Left Review*, núm. 86, mayo-junio, pp. 57-76, y en «Legitimation Crisis? On the Political Contradictions of Financialized Capitalism», *Critical Historical Studies*, núm. 2, 2015, pp. 1-33. Aquí me centro, en cambio, en la función igualmente necesaria de la subjetivación política.

Lo mismo ocurre con otro conjunto de jerarquías de estatus, enraizadas en la geografía imperialista del capitalismo. Esa geografía divide el mundo en «núcleo» y «periferia». Históricamente, el núcleo ha aparecido como el corazón emblemático de la explotación, mientras que la periferia parecía el lugar paradigmático de la expropiación. Esa división fue explícitamente racializada desde el principio, al igual que las jerarquías de estatus asociadas con ella: ciudadanos metropolitanos frente a sujetos coloniales, individuos libres frente a esclavos, «europeos» frente a «nativos», «blancos» frente a «negros», etcétera. Estas jerarquías también sirven para distinguir poblaciones y regiones adecuadas para la explotación de las destinadas a la expropiación.

Para ver cómo, analicemos más de cerca la subjetivación política, especialmente en los procesos que distinguen a los *trabajadores/ciudadanos libres explotables*, de los *súbditos dependientes expropiables*. Ambos estatus fueron políticamente constituidos, pero de diferentes maneras. En el núcleo capitalista, los artesanos, campesinos y arrendatarios desposeídos se convirtieron en trabajadores-ciudadanos explotables mediante procesos históricos de compromisos de clase, que canalizaron sus luchas por la emancipación por vías convergentes con los intereses del capital, dentro de los marcos legales liberales de los Estados nacionales. Por el contrario, los que se convirtieron en sujetos continuamente expropiables, ya fuera en la periferia o en el núcleo, no encontraron tal acomodación, ya que sus levantamientos eran más a menudo aplastados por la fuerza de las armas. Si la dominación de los primeros estaba envuelta en el consentimiento y la legalidad, la de los segundos radicaba descaradamente en la pura represión.

Además, a menudo los dos estatus se constituyeron mutuamente, codefiniéndose efectivamente. En Estados Unidos el estatus del trabajador-ciudadano adquirió gran parte del aura de libertad, que legitima la explotación en contraste con la condición dependiente y degradada de los esclavos y pueblos indígenas, cuyas personas y tierras podían ser repetidamente confiscadas con impunidad⁹. Al codificar el estatus de sujeto de los segundos, el Estado estadounidense construyó simultáneamente el estatus normativo de los primeros.

Como se ha señalado, no obstante, la fabricación política de sujetos dependientes dentro del capitalismo siempre ha excedido las fronteras estatales. Por razones sistémicas, arraigadas en las lógicas entrelazadas de la rivalidad geopolítica y el expansionismo económico, Estados poderosos pasaron a constituir sujetos expropiables en áreas alejadas, en zonas periféricas del sistema-mundo capitalista. Saqueando los confines más lejanos del mundo, las potencias coloniales europeas, seguidas por el Estado imperial

⁹ Judith Shklar, *American Citizenship: The Quest for Inclusion*, Cambridge (MA), Harvard University Press, 1998.

estadounidense, convirtieron a miles de millones de personas en súbditos, desprovistos de protección política, maduros y listos para la confiscación. El número de sujetos expropiables creados por esos Estados superan con creces el número de trabajadores-ciudadanos que «emanciparon» para su explotación. Tampoco cesó el proceso con la liberación de los pueblos sometidos al dominio colonial. Por el contrario, masas de nuevos sujetos expropiables son creadas diariamente, incluso en el momento presente, por las operaciones conjuntas de los Estados poscoloniales, sus antiguos amos coloniales y los poderes transestatales, que engrasan la maquinaria de la acumulación, incluidas las instituciones financieras globales que promueven la desposesión por deudas.

El hilo común aquí, una vez más, es la vulnerabilidad política: la incapacidad de establecer límites e invocar protecciones. La vulnerabilidad es el significado más profundo de la expropiabilidad, lo que la diferencia de la explotabilidad. Y *la expropiabilidad es la condición de indefensión y de hallarse sometido a abuso y usurpación*, lo que constituye el núcleo de la *opresión racial*. Lo que distingue a los *ciudadanos libres explotables* de los *sujetos dependientes expropiables* es la marca «racial» como signo de abuso y usurpación.

Con esto concluye la primera parte de mi argumentación. Mi tesis, a este respecto, es que el capitalismo alberga una base estructural para la opresión racial. Esa base se oscurece cuando consideramos el sistema de modo demasiado estrecho, ya sea desde el punto de vista del intercambio mercantil o desde el de la explotación del trabajo libre asalariado. El culpable aparece a la luz, sin embargo, cuando se amplía el marco para incluir el tercer eje de la expropiación, entendido como una condición necesaria para la explotación, distinta de esta última pero entrelazada con ella. Adoptando esa perspectiva ampliada sobre el capitalismo, que abarca tanto la «política» como la «economía», obtenemos acceso a la dependencia no contingente de un estrato de personas no libres o subyugadas, racialmente marcadas como intrínsecamente sujetos a abuso y usurpación. Ahí, en la separación constitutiva del capitalismo entre la explotación y la expropiación, se encuentra la base estructural para su persistente vínculo con la opresión racial.

2.1 La historización de la estructura explotación/expropiación: los regímenes de acumulación racializada

Sin embargo, la estructura que he descrito es susceptible de variación. Lejos de venir dada de una vez por todas en los comienzos del capitalismo, ha sufrido varios cambios importantes en el curso del desarrollo capitalista.

En algunas fases, la explotación y la expropiación estaban claramente separadas la una de la otra, centrándose la explotación en el núcleo europeo y quedando reservada para la «aristocracia obrera» (hombre blanco), mientras que la expropiación se daba principalmente en la periferia imponiéndose a personas de color. En otras fases, por el contrario, esas separaciones se difuminaban. Tales cambios han reconfigurado periódicamente la dinámica de la opresión racial en la sociedad capitalista, que no puede entenderse abstrayéndose de ellos. En este sentido, *el nexo capitalismo/racismo no es sólo estructural, sino también histórico*.

Para aclarar esta doble condición, paso ahora a la segunda parte de mi argumentación en la que esbozo un estudio de la historia del capitalismo como una sucesión de *regímenes de acumulación racializada*. Este análisis coloca en primer plano las *relaciones históricamente específicas entre expropiación y explotación* en cada una de las fases principales del desarrollo capitalista. Para cada régimen, especifico la geografía y demografía de los dos ejes: la medida en que están separados uno de otro, situados en diferentes regiones y asignados a distintas poblaciones. Para cada régimen, también, tomo nota del peso relativo de los dos ejes y las formas específicas en que se encuentran imbricados entre sí. Finalmente, distingo las formas de subjetivación política que caracterizan cada fase.

Comienzo con el capitalismo comercial o mercantil entre los siglos XVI y XVIII. Esa era la época que Marx tenía en mente cuando acuñó la frase «acumulación primitiva» [*ursprüngliche*], con la que señalaba que el principal impulsor de la acumulación en esta fase del capitalismo no fue la explotación, sino la expropiación. Se trataba, pues, de confiscar, ya fuera mediante los cercamientos de tierras en el núcleo o mediante la conquista, el saqueo y la «caza de pieles negras» en toda la periferia¹⁰. Esos métodos precedieron durante mucho tiempo al surgimiento de la industria moderna. Antes de la explotación a gran escala de los trabajadores fabriles, se dio la expropiación masiva de cuerpos, trabajo, tierras y riquezas minerales, en Europa y especialmente en el «Nuevo Mundo». La expropiación superaba con mucho a la explotación en el capitalismo comercial, y ello tuvo grandes consecuencias para la jerarquía de estatus.

Lo cierto es que ese régimen generó precursores de las subjetivaciones racializadas que se hicieron tan relevantes en fases posteriores: «europeos» frente a «nativos», individuos libres frente a siervos, «blancos» frente a «negros», etcétera. Pero estas distinciones eran mucho menos agudas en

¹⁰ K. Marx, *El capital*, cit., Libro I, cap. XXIV, 6, pp. 843-844: «In der wirklichen Geschichte spielen bekanntlich Eroberung, Unterjochung, Raubmord, kurz Gewalt die große Rolle [...] Die Expropriation des ländlichen Produzenten, des Bauern, von Grund und Boden bildet die Grundlage des ganzen Prozesses».

una época en la que prácticamente *todas* las personas sin propiedades tenían el estatus de súbditos, no de ciudadanos portadores de derechos. En aquel periodo, prácticamente *todos* carecían de protección política frente a la expropiación y la situación de la mayoría no era de libertad sino de dependencia. Como consecuencia, ese estatus no conllevaba el estigma especial que adquirió en las fases posteriores del capitalismo, cuando los trabajadores varones de la mayoría étnica empleados en el centro de la economía-mundo capitalista obtuvieron los derechos liberales mediante la lucha política. Fue mucho más tarde, con la democratización de los Estados metropolitanos y el aumento de la explotación a gran escala basada en las fábricas del trabajo libre asalariado, cuando el contraste entre «razas libres y sometidas» se agudizó, dando lugar al orden de estatus supremacista blanco en toda regla que asociamos con el capitalismo moderno¹¹.

Eso es precisamente lo que sucedió cuando el capitalismo mercantil dio paso en el siglo XIX a lo que se llama engañosamente capitalismo «liberal» o del «*laissez faire*». En este nuevo régimen explotación y expropiación resultaron más equilibradas e interconectadas. Ciertamente es que la confiscación de tierras y de mano de obra continuó a buen ritmo mientras los Estados europeos consolidaban el dominio colonial y Estados Unidos perpetuaba su «colonia interna», primero mediante la extensión de la esclavitud racializada y, luego, después de la abolición, transformando a los libertos en siervos por deudas mediante el sistema de aparcería. Ahora, sin embargo, la expropiación en marcha en la periferia se entrelazó con una explotación altamente rentable en el núcleo. Lo nuevo era el auge de la fabricación industrial a gran escala, que forjó el proletariado descrito por Marx, alterando las formas de vida tradicionales y desencadenando conflictos de clase. Finalmente, las luchas por democratizar los Estados metropolitanos dieron lugar a una versión de la ciudadanía conforme al sistema para los trabajadores explotados. Al mismo tiempo, sin embargo, la brutal represión de las luchas anticoloniales aseguraba el mantenimiento de la subyugación en la periferia. Así, el contraste entre dependencia y libertad se agudizó y resultó cada vez más racializado, configurado en dos «razas» categóricamente diferentes de seres humanos. De esta manera surgió el *trabajador-ciudadano explotable «blanco»* como reverso antitético de su propia condición miserable consagrada: el *sujeto dependiente racializado explotable*. Y el racismo moderno encontró un anclaje duradero en la estructura profunda de la sociedad capitalista.

¹¹ Nancy Fraser y Linda Gordon, «A Genealogy of “Dependency”: Tracing a Keyword of the US Welfare State», *Signs: Journal of Women in Culture and Society*, vol. 19, núm. 2, invierno de 1994, pp. 309-336. Reimpreso en Nancy Fraser, *Fortunes of Feminism: From State-Managed Capitalism to Neoliberal Crisis*, Londres, Verso, 2013; ed. cast.: *Fortunas del feminismo*, Madrid y Quito, Traficantes de Sueños - IAEN, 2015.

La racialización se fortaleció aún más por la aparente separación entre expropiación y explotación en el capitalismo «liberal». En este régimen, ambos ejes parecían ubicados en diferentes regiones y asignados a diferentes poblaciones: una esclavizada o colonizada, la otra «libre». De hecho, no obstante, la división nunca fue tan tajante y seca, ya que algunas industrias extractivas empleaban sujetos coloniales como trabajadores asalariados, y sólo una minoría de trabajadores explotados en el núcleo capitalista lograba escapar plenamente de la expropiación en curso. Además, pese a su aparente distancia, ambos ejes estaban imbricados sistémicamente: era la expropiación de poblaciones en la periferia (incluida la periferia dentro del centro) la que suministraba alimentos, productos textiles, minerales y energía baratos sin los que la explotación de los obreros industriales de las zonas metropolitanas no habría sido rentable. En la era «liberal», por lo tanto, los dos ejes eran motores distintos de acumulación, pero estaban mutuamente ajustados, dentro de un único sistema-mundo capitalista.

El nexo entre expropiación y explotación mutó nuevamente en el siglo XX, comenzando en el periodo de entreguerras, y se consolidó después de la Segunda Guerra Mundial. El nuevo régimen del «capitalismo gestionado por el Estado» suavizó la separación entre ambos ejes sin abolirla. En esta época, la expropiación ya no excluía la explotación, sino que se combinaba directamente con ella, como en los mercados laborales segmentados del centro capitalista. En esos contextos, el capital se cobraba una prima confiscatoria de los trabajadores racializados, pagándoles menos que a los «blancos» y por debajo de los costes socialmente necesarios para su reproducción. Ahí, en consecuencia, la expropiación se articulaba directamente con la explotación, formando parte de la constitución interna del trabajo asalariado.

Los afroamericanos son un buen ejemplo. Desplazados por la mecanización de la agricultura y emigrados a las ciudades del norte de Estados Unidos, muchos se unieron al proletariado industrial, pero principalmente como trabajadores de segunda clase, confinados a los trabajos más duros y más bajos. En esa época su explotación se superpuso a la expropiación, ya que el capital no pagaba los costes totales de su reproducción. Lo que sostuvo esa situación fue su subordinación política continua bajo el régimen de Jim Crow. Durante toda la época del capitalismo gestionado por el Estado, los negros estadounidenses quedaron privados de protección política, al negarles la plena ciudadanía por medio de la segregación, las dificultades para el voto y otras innumerables humillaciones institucionalizadas. Incluso cuando estaban empleados en fábricas situadas en el norte del país, todavía seguían siendo sujetos más o menos

expropiables, no titulares de derechos totalmente libres. Eran expropiados y explotados simultáneamente¹².

Aunque enmarañó la línea entre esos dos ejes, el régimen del capitalismo de Estado elevó el diferencial de estatus entre ellos. Estados del bienestar recientes en el centro capitalista añadieron valor simbólico y material adicional al estatus del ciudadano-trabajador, a medida que expandían las protecciones y ventajas para quienes gozaran de él. La institucionalización de los derechos laborales, la negociación colectiva y los seguros sociales no sólo estabilizaron la acumulación en beneficio del capital, sino que también integraran políticamente a los «trabajadores» que eran «meramente» explotados. El efecto, no obstante, fue la intensificación de la comparación perniciosa con los excluidos de esa designación, estigmatizando aún más a los «otros» racializados. La vulnerabilidad prolongada de estos últimos, notoriamente anómala y vivida como injusta, se convirtió en la diana de una protesta militante sostenida durante la década de 1960, cuando los activistas de los derechos civiles y del Black Power tomaron las calles.

En la periferia, mientras tanto, estallaron luchas por la descolonización, dando lugar a su debido tiempo a una amalgama diferente de los dos ejes. La independencia prometió elevar el estatus de los antiguos colonizados, que dejarían de ser sujetos dependientes para convertirse en ciudadanos titulares de derechos. Lo cierto es que algunas capas de la clase trabajadora lograron alcanzar esa mejora, pero precariamente y en términos inferiores. En una economía global basada en el «intercambio desigual», su explotación también estaba impregnada de expropiación, ya que los regímenes comerciales esgrimidos contra ellos desviaban el valor hacia el centro de la economía-mundo capitalista, a pesar del desmantelamiento del régimen colonial. Además, los limitados avances de unos pocos eran negados a la gran mayoría, que permanecía fuera del nexo salarial y sometida a una confiscación descarada. Ahora, sin embargo, los expropiadores no eran sólo gobiernos extranjeros y empresas transnacionales, sino también Estados

¹² Lo que sugiero es que la situación de la mano de obra racializada en el capitalismo gestionado por el Estado combinaba elementos de expropiación con elementos de explotación. Por un lado, los trabajadores de color en el centro estadounidense recibían un salario, pero inferior al coste medio socialmente necesario para su reproducción. Por otro, tenían el estatus formal de personas libres y ciudadanos estadounidenses, pero no podían recurrir a los poderes públicos para reivindicar sus derechos; por el contrario, los que se suponía que debían protegerlos de la violencia eran a menudo los que la ejercían sobre ellos. Así, su estatus amalgamaba aspectos políticos y económicos de los dos ejes. Se entiende mejor de esta manera, como una amalgama o un híbrido de explotación y expropiación, que mediante el concepto más familiar de «superexplotación». Aunque este término es indudablemente sugerente, se centra exclusivamente en la economía de la brecha salarial racial, al tiempo que ignora el estatus diferencial. Mi planteamiento, en cambio, tiene como objetivo mostrar el entrelazamiento de la depredación económica con la subordinación política. Sobre la superexplotación, véase por ejemplo, Ruy Mauro Marini, *Dialéctica de la dependencia*, México DF, Ediciones Era, 1973.

poscoloniales. Las estrategias «desarrollistas» de estos últimos, centradas principalmente en la industrialización por sustitución de importaciones, a menudo implicaban la expropiación de «sus propias» poblaciones indígenas. E incluso los Estados desarrollistas que hicieron serios esfuerzos para mejorar la condición de campesinos y trabajadores tuvieron un escaso éxito. La combinación de recursos estatales limitados, regímenes neoimperiales de inversión y comercio, y desposesión continua de tierras dio lugar a que en las antiguas colonias permaneciera borrosa la línea de demarcación entre los dos ejes.

En el capitalismo administrado por el Estado, por lo tanto, la explotación ya no aparecía tan separada de la expropiación, articulándose ambas internamente en el trabajo industrial racializado, por un lado, y en una ciudadanía poscolonial comprometida, por otro. Sin embargo, la distinción entre ellas no desapareció, persistiendo variantes «puras» de cada una de ellas en el centro y la periferia. Poblaciones sustanciales estaban siendo todavía pura y simplemente expropiadas; y eran casi invariablemente personas de color. Otras eran «meramente» explotadas; y eran con mayor frecuencia europeas y «blancas». Lo innovador, no obstante, fue la aparición de casos híbridos en los que alguna gente estaba sometida simultáneamente a la expropiación y a la explotación. Seguían siendo una minoría bajo el capitalismo administrado por el Estado, pero anunciaban el mundo por venir.

Cuando consideramos el régimen actual, vemos una vasta expansión de la hibridación expropiación/explotación. Esta fase, a la que llamo de «capitalismo financiarizado», descansa sobre un nexo novedoso y específico. Por un lado, se ha producido un cambio drástico en la geografía y demografía de los dos ejes. Actualmente se produce una explotación industrial a gran escala fuera del centro histórico de la economía-mundo capitalista, en los países BRIC de la semiperiferia. Al mismo tiempo, la expropiación aumenta; tanto, de hecho, que amenaza con superar de nuevo a la explotación como fuente de valor. Estas pautas de comportamiento están estrechamente relacionadas. A medida que la industria migra y se verifica una metástasis de las finanzas, la expropiación se universaliza, afectando no sólo a los sujetos tradicionales, sino también a quienes estaban antes protegidos por su condición de ciudadanos-trabajadores e individuos libres.

La deuda es uno de los principales culpables, ya que las instituciones financieras globales presionan a los Estados a confabularse con los inversores en la extracción de valor de las poblaciones indefensas. Es en buena parte mediante la deuda como los campesinos son desposeídos y se intensifican los acaparamientos empresariales de tierras en la periferia capitalista. Pero ellos no son las únicas víctimas. Prácticamente *todos* los individuos poscoloniales no propietarios son expropiados a través de la

deuda soberana, mientras los Estados poscoloniales se endeudan con prestamistas internacionales y quedan atrapados en el dispositivo del «ajuste estructural», viéndose obligados a abandonar el desarrollismo en favor de políticas liberalizadoras que transfieren riqueza al capital empresarial y las finanzas globales. Además, la reestructuración, lejos de reducir la deuda, no hace más que agravarla, elevando estratosféricamente la relación entre el servicio de la deuda y el PNB y condenando a innumerables generaciones a la expropiación, algunas mucho antes de que nazcan e independientemente de si están o no sometidas también a la explotación.

La acumulación procede cada vez más por expropiación, también en el centro histórico de la economía-mundo capitalista. A medida que el trabajo precario mal retribuido en el sector servicios reemplaza al trabajo industrial sindicalizado, los salarios caen por debajo de los costes de reproducción socialmente necesarios. Los trabajadores que solían ser «meramente» explotados son ahora también expropiados. Esa doble condición, anteriormente reservada para minorías pero que paulatinamente se generaliza, se ve agravada por el asalto al Estado del bienestar. El salario social decrece, al desviar los ingresos tributarios anteriormente dedicados a la infraestructura pública y los derechos sociales al servicio de la deuda y «reducción del déficit», con la esperanza de aplacar a «los mercados». Y mientras los salarios reales se desploman, los servicios que solían proporcionarse públicamente se descargan sobre familias y comunidades, es decir, principalmente sobre las mujeres, que además suelen estar empleadas en puestos precarios y, por lo tanto, son explotadas y expropiadas en un vaivén sin fin. En el centro, además, como en la periferia, una carrera hacia el abismo reduce los impuestos empresariales, agotando aún más las arcas estatales y justificando pretendidamente una mayor «austeridad», completando de hecho un círculo vicioso. Obsequios adicionales a las empresas destruyen los derechos laborales ganados duramente, incrementando la vulnerabilidad de trabajadores anteriormente protegidos. Aun así, se espera que, al igual que otros, compren artículos baratos fabricados muy lejos. En estas condiciones, el gasto continuo del consumidor requiere que aumente su deuda, lo que engorda a los inversores mientras expropia a los ciudadanos-trabajadores de todos los colores, pero especialmente a los prestatarios racializados, que son inducidos a contraer deudas de alto riesgo hiperepropiadoras y adelantos usurarios sobre el salario. En cada nivel y en cada región, por lo tanto, la deuda es el motor que impulsa las nuevas oleadas de expropiación del capitalismo financiarizado.

En el régimen actual, entonces, nos encontramos con un nuevo entrelazamiento de la explotación con la expropiación, y con una nueva lógica de subjetivación política. En lugar de la anterior división tajante entre sujetos expropiables dependientes y trabajadores explotables libres, nos topamos

con un continuo. En un extremo se encuentra la masa creciente de súbditos expropiables indefensos; en el otro, las filas cada vez más reducidas de trabajadores-ciudadanos protegidos, sometidos «sólo» a la explotación. En el centro se encuentra una nueva figura, formalmente libre, pero agudamente vulnerable: el *trabajador-ciudadano expropiado y explotado*. Esta nueva figura, que ya no se limita a poblaciones periféricas y minorías raciales, se está convirtiendo en la norma.

Sin embargo, el continuo expropiación/explotación se mantiene racializado. Las personas de color todavía están representadas de manera desproporcionada en el extremo expropiador del espectro, como vemos en Estados Unidos. Los estadounidenses negros y morenos a quienes se les había negado crédito durante mucho tiempo, confinados a viviendas segregadas de baja calidad, y con salarios muy escasos para acumular ahorros, fueron sistemáticamente buscados por los proveedores de préstamos de alto riesgo y, en consecuencia, sufrieron las tasas más altas de ejecuciones hipotecarias en el país. De forma parecida, pueblos y barrios poblados por esas minorías, que desde hace mucho tiempo carecían de recursos públicos, se han visto especialmente afectados por los cierres de centros productivos, que no solo les cuestan empleos sino también ingresos fiscales y, por lo tanto, fondos para escuelas, hospitales y mantenimiento de las infraestructuras básicas, lo cual ha provocado finalmente debacles como Flint y el Lower Ninth Ward de Nueva Orleans. Finalmente, los varones negros, siempre sometidos a sentencias diferenciadas cada vez más duras y largas de penas de prisión, a trabajos forzados y a violencia socialmente tolerada, incluso a manos de la policía, son masivamente confinados a un «complejo carcelario-industrial», mantenido a pleno rendimiento por una «guerra contra las drogas», que apunta a la posesión de pequeñas cantidades de *crack*, y por tasas de desempleo desproporcionadamente altas. A pesar del cambio en el nexo expropiación/explotación, el racismo sigue vivo y goza de buena salud en el capitalismo financiarizado.

2.2. El nexo capitalismo/racismo revisado a la luz de su historia

La presentación anterior constituye la segunda parte de mi argumentación, pero arroja una luz diferente sobre la parte anterior. El repaso del desarrollo capitalista como una sucesión de regímenes raciales no es un mero ejercicio cronológico, sino que nos consigna una recompensa conceptual. Altera nuestra visión de la estructura que sustenta la opresión racial en la sociedad capitalista.

Mi tesis puede ser ahora reformulada de la siguiente manera: por razones estructurales, la acumulación de capital siempre requiere la expropiación tanto como la explotación. Pero el modo preciso en que el sistema construye sus sujetos humanos y los asigna a esos dos procesos varía históricamente. La historia narrada aquí registra toda una gama de diferentes posibilidades. El capitalismo colonial del siglo XIX y principios del XX instaló una división bien definida. Trabajadores-ciudadanos libres y con derechos, sometidos «únicamente» a la explotación, fueron tajantemente separados de los sujetos racializados, políticamente indefensos y expuestos a la expropiación. El capitalismo financiarizado del siglo XXI, en cambio, prescinde de esa tajante división. Lejos de separar claramente a los expropiados de los explotados, somete simultáneamente a quien carece de propiedad, sin importar su estado o condición, al impacto de ambos ejes.

3. ¿Es todavía necesariamente racista el capitalismo?

¿Qué se deduce de todo esto para la teoría y la práctica del antirracismo? ¿Significa la presente atenuación de la división expropiación/explotación que la estructura que apuntalaba quinientos años de opresión racial capitalista se está disolviendo por fin? ¿*Ha dejado de ser* necesariamente racista el capitalismo? Y si es así, ¿se está disolviendo también el poder del racismo para dividir a las poblaciones?

El análisis presentado aquí sugiere el desmoronamiento, si no la completa desaparición, de la base estructural del racismo en la sociedad capitalista. Desde sus orígenes hasta el presente, el capitalismo siempre ha requerido tanto la expropiación como la explotación. En el pasado, no obstante, también requería su mutua separación y su asignación a dos poblaciones distintas, separadas por la línea de color. Actualmente, en cambio, ese segundo requisito ya no se cumple. Por el contrario, el régimen actual recluta a casi todos los adultos sin propiedades para el trabajo asalariado, pero la abrumadora mayoría recibe menos que los costes socialmente necesarios para su reproducción. Al reducir el «salario social» mediante el desmantelamiento de la dotación pública, atrapa a la mayor parte de la población no propietaria en los tentáculos de la deuda. Universalizando la precariedad, el capitalismo financiarizado explota y expropia en un mismo movimiento a casi todos los individuos.

Así y todo, la opresión racial sobrevive en esta fase del capitalismo. Las personas de color siguen siendo racializadas y están mucho más expuestas que las demás a la pobreza, al desempleo, a perder su hogar, a quedar expuestas a severas privaciones y a ponerse enfermas; a ser víctimas de crímenes y préstamos depredatorios; a ser encarceladas y condenadas a

muerte; a ser acosadas y asesinadas por la policía; a ser utilizadas como carne de cañón o esclavas sexuales y a convertirse en refugiadas o «daños colaterales» de guerras interminables; a ser desposeídas y obligadas a huir de la violencia, la pobreza y los desastres inducidos por el cambio climático, sólo para ser confinadas en jaulas en las fronteras o ahogarse en el mar.

Tomadas en su conjunto, estas situaciones suponen un desafío. Por un lado, el capitalismo financiarizado está disolviendo la estructura político-económica que apuntalaba la opresión racial en los regímenes anteriores; por otro, todavía alberga disparidades raciales y fomenta los antagonismos. La pregunta es ¿por qué? ¿Por qué el racismo sobrevive a la desaparición de la tajante diferencia entre los dos ejes? ¿Por qué los que ahora comparten la condición objetiva de una explotación dotada de muchos de los rasgos de la expropiación no se consideran a sí mismos como compañeros de viaje a bordo del mismo barco (con vías de agua e incapaz de navegar)? ¿Por qué no se unen para oponerse al nexo más impreciso entre expropiación y explotación del capitalismo financiarizado que perjudica a todos?

Que tales alianzas no aparecieran antes en la historia del capitalismo no es sorprendente. Anteriormente, la separación racializada entre los dos ejes alentó a los «trabajadores libres» del centro capitalista a disociar sus intereses y objetivos de los de los sujetos dependientes en la periferia, incluida la periferia dentro del propio centro. Como consecuencia, lo que se entendía como lucha de clases se desconectaba demasiado fácilmente de las luchas contra la esclavitud, el imperialismo y el racismo, cuando no se oponían directamente a ellas, siendo también cierto en ocasiones lo contrario. Movimientos orientados a la superación de la opresión racial a veces renunciaban a las alianzas con los «trabajadores» (asalariados) llegando incluso a despreciarlos. El efecto combinado a lo largo de la historia del capitalismo fue debilitar las fuerzas que aspiraban a la emancipación.

Pero eso era entonces. ¿Cuáles son las perspectivas para tales alianzas hoy, cuando la opresión racial en la sociedad capitalista ya no es estrictamente «necesaria»? La perspectiva esbozada aquí sugiere un pronóstico mixto. Objetivamente, el capitalismo financiarizado ha suavizado la separación mutua entre los dos ejes que apuntaló el racismo en el pasado. Subjetivamente, sin embargo, la nueva configuración puede agravar el antagonismo racial, al menos a corto plazo. Cuando siglos de estigma, abuso y usurpación confluyen con la voraz necesidad del capital de sujetos a los que explotar y expropiar, el resultado es una intensa inseguridad y paranoia y, por lo tanto, una lucha desesperada por la seguridad y una exacerbación del racismo.

Cierto es que quienes eran anteriormente protegidos de (mucho) depredación están ahora menos dispuestos a compartir sus cargas, y

no simplemente porque sean racistas, aunque algunos también lo sean. También ellos tienen quejas legítimas, que surgen de un modo u otro, y no siempre como deberían. En ausencia de un movimiento interracial para abolir un sistema social que impone una expropiación casi universal, sus quejas encuentran expresión en las filas crecientes del populismo autoritario de derechas. Esos movimientos prosperan hoy prácticamente en todos los países del centro histórico del capitalismo, así como en algunos de la antigua periferia. Representan la respuesta totalmente predecible al «neoliberalismo progresista» de nuestra época. Las elites que encarnan esa perspectiva apelan cínicamente a la «equidad», mientras se extiende la expropiación, pidiendo a quienes eran antes protegidos de lo peor, gracias a su posición como «blancos» o «europeos», que renuncien a ese estatus privilegiado, abracen su creciente precariedad y se rindan al abuso y la usurpación, mientras canalizan sus recursos a los inversores y no les ofrecen a cambio nada más que una aprobación moral¹³.

En este contexto, las perspectivas políticas para una sociedad posracial no son tan optimistas, pese a la posibilidad de una apertura estructural. Las alianzas multirraciales no emergen espontáneamente de la nueva configuración, más borrosa, de los dos ejes. Por el contrario, en el mundo brutalmente depredador del capitalismo financiarizado, los antagonismos raciales van en aumento. Hoy día, cuando podría ser posible en principio un capitalismo no racial, resulta rechazado en la práctica, gracias a una combinación tóxica de disposiciones sedimentadas, ansiedades exacerbadas y manipulaciones cínicas.

Antes de lamentarnos de este hecho, no obstante, debemos preguntarnos qué podría significar exactamente un capitalismo no racial en las condiciones actuales. De acuerdo con una interpretación, sería un régimen en el que la gente de color estaría representada proporcionalmente en los puestos de mando de las finanzas globales y el poder político, por un lado, y entre las víctimas expropiadas y explotadas, por otro. La consideración de esta posibilidad —llamémosla «capitalismo *financiarizado* no racial»—, no proporcionaría mucho consuelo a los antirracistas, ya que significaría seguir empeorando las condiciones de vida de la gran mayoría de las personas de color, entre otros. El capitalismo financiarizado no racial, orientado a la *paridad dentro de una desigualdad creciente*, llevaría en el mejor de los casos a la *igualdad de oportunidades* en la dominación, en medio de una creciente animosidad racial.

¹³ En cuanto al neoliberalismo progresista, véase Nancy Fraser, «The End of Progressive Neoliberalism», *Dissent* primavera de 2017 y en línea en <https://bit.ly/2ive0Tj>. Además, «From Progressive Neoliberalism to Trump and Beyond», *American Affairs* vol. 1, núm. 4, invierno de 2017, pp. 46-64, y en línea en <https://bit.ly/2KxCUxb> e incluido en este mismo volumen.

El análisis expuesto aquí sugiere la necesidad apremiante de una transformación más radical. Frente al postulado del neoliberalismo progresista, el racismo no puede ser derrotado por la igualdad de oportunidades en la dominación, del mismo modo que no se podía vencer al liberalismo ordinario mediante las reformas jurídicas. Por la misma razón, y por mucho que insista el nacionalismo negro, el antídoto no reside en las cuotas empresariales, el control de la comunidad o la autodeterminación, ni tampoco, por mucho que insista el socialismo tradicionalmente entendido, un planteamiento centrado exclusivamente en la explotación puede emancipar a las personas racializadas, ni en realidad a los trabajadores y trabajadoras de cualquier otro color; también es necesario apuntar a la expropiación a la que siempre está vinculada la explotación. Lo que se necesita, de hecho, es superar el obstinado nexo establecido por el capitalismo entre expropiación y explotación para transformar la matriz global, para erradicar ambos ejes del capitalismo mediante la abolición del sistema expandido que genera su simbiosis.

Superar el racismo hoy día requiere alianzas interraciales dirigidas a lograr esa transformación. Aunque tales alianzas no surjan automáticamente como consecuencia del cambio estructural, se pueden construir mediante un esfuerzo político sostenido. El *sine qua non* para ello es una perspectiva que destaque la simbiosis entre la explotación y la expropiación en el capitalismo financiarizado. Al revelar su imbricación mutua, tal perspectiva sugiere que ninguna de las dos puede superarse aisladamente. Su destino está inextricablemente ligado, como lo está el de las poblaciones en otro tiempo tajantemente separadas y ahora tan incómodamente juntas. Hoy día, cuando los explotados son también expropiados y viceversa, podría ser posible, finalmente, tejer una alianza entre ambos. Tal vez, al difuminar la línea entre los dos ejes, el capitalismo financiarizado está creando la base material para su abolición conjunta. Pero depende de nosotros aprovechar la ocasión y convertir esa posibilidad histórica en una fuerza histórica real para la emancipación.

Agradecimientos

Agradezco a Robin Blackburn, Sharad Chari, Rahel Jaeggi y Eli Zaretsky sus útiles comentarios; a Daniel Boscov-Ellen su ayuda en mi investigación; y sobre todo a Michael Dawson su inspiración y estímulo.

VI

LA CRISIS DE LA DEMOCRACIA COMO CRISIS CAPITALISTA

SOBRE LAS CONTRADICCIONES POLÍTICAS DEL CAPITALISMO FINANCIARIZADO

ACTUALMENTE NOS ENFRENTAMOS a una crisis de la democracia. Eso está más allá de toda discusión; sin embargo, no se comparte en la misma medida que esa crisis no es endógena y que su origen no se encuentra exclusivamente en el ámbito político. Contra el sentido común bienpensante, no se puede resolver restaurando el civismo, preservando el bipartidismo, oponiéndose al tribalismo o defendiendo los discursos orientados a la verdad y basados en los hechos. Contra la teoría más reciente sobre la democracia, tampoco se puede resolver reformando el ámbito político, fortaleciendo «el código democrático», reactivando «el poder constituyente», liberando la fuerza del «agonismo» o fomentando «iteraciones democráticas»¹. Todas esas propuestas caen en un error que yo llamo «politicismo», por analogía con el economicismo, que pasa por alto la fuerza causal de la sociedad extrapolítica. Al tratar el orden político como autodeterminante, no lo sitúa dentro de la matriz social que genera sus deformaciones.

De hecho, la crisis actual de la democracia está firmemente anclada en una matriz social. Representa una hebra de una crisis más amplia y de mayor alcance, que también abarca otros aspectos: ecológicos, económicos y sociales. Inextricablemente entrelazada con esas otras hebras, no puede entenderse aisladamente de ellas. Los males democráticos de hoy día, ni endógenos ni meramente sectoriales, forman la hebra política específica de una *crisis general* que está engullendo todo nuestro orden social. Sus bases subyacentes se encuentran en los nervios de ese orden social, en las estructuras institucionales y la dinámica constitutiva de este último. Atado a procesos que trascienden la crisis política y democrática, solo se puede comprender desde una perspectiva crítica de la *totalidad social*.

¿Qué es exactamente esta totalidad social? Muchos observadores perspicaces la identifican con el neoliberalismo, y no sin razón. Es cierto, como sostiene Colin Crouch, que los gobiernos democráticos se ven ahora

¹ He seleccionado estas expresiones como representación de una variedad de perspectivas diferentes en la teoría democrática, las de William E. Connolly, Andreas Kalyvas, Chantal Mouffe y Seyla Benhabib, respectivamente; pero también podría haber elegido otras.

abrumados, si no totalmente sometidos, por corporaciones oligopolísticas de alcance global, últimamente liberadas del control público². También es cierto, como sostiene Wolfgang Streeck, que el declive de la democracia en el Norte Global coincide con una revuelta fiscal coordinada del capital empresarial y la creación de mercados financieros globales como nuevos soberanos a los que los gobiernos elegidos deben obedecer³. Tampoco se puede disputar la afirmación de Wendy Brown de que el poder democrático está siendo vaciado desde dentro por las racionalidades políticas neoliberales, que valoran por encima de todo la eficiencia y la elección, y por modos de subjetivación que exigen la «autorresponsabilidad» y la maximización del «capital humano» propio⁴. Por último, Stephen Gill acierta al insistir en que la acción democrática está siendo contrarrestada por un «nuevo constitucionalismo» que se encierra a escala transnacional en la política macroeconómica neoliberal a través de tratados como el ADPIC y el TLCAN, que consagran las restricciones del libre comercio como triunfos políticos y excluyen una legislación social y ambiental sólida en interés público⁵. Ya se consideren individualmente o juntos, estos aspectos transmiten la idea totalmente plausible de que lo que amenaza nuestra democracia es el neoliberalismo.

Sin embargo, el problema es más profundo. El neoliberalismo es, después de todo, una forma de capitalismo y la crisis democrática actual no es en modo alguno la primera del capitalismo. Tampoco es probable, si el capitalismo perdura, que sea la última. Por el contrario, cada fase importante del desarrollo capitalista ha generado y ha sido transformada por procesos de extrema agitación política. El capitalismo mercantil fue periódicamente agitado y finalmente destruido por una serie de rebeliones de esclavos en la periferia y de revoluciones democráticas en las metrópolis. Su sucesor, el capitalismo de *laissez-faire*, acumuló un siglo y medio de turbulencia política, incluidas múltiples revoluciones socialistas y golpes fascistas, dos guerras mundiales e innumerables levantamientos anticoloniales, antes de dar paso en la era de entreguerras y en la posguerra al capitalismo administrado por el Estado. Este último régimen no fue ajeno

² Colin Crouch, *The Strange Non-Death of Neoliberalism*, Cambridge, Polity, 2011.

³ Wolfgang Streeck, *Buying Time: The Delayed Crisis of Democratic Capitalism*, Londres y Nueva York, Verso, 2014; ed. cast.: *Comprando tiempo: La crisis pospuesta del capitalismo democrático*, Buenos Aires, 2016.

⁴ Wendy Brown, *Undoing the Demos: Neoliberalism's Stealth Revolution*, Nueva York, Zone Books, 2015; ed. cast.: *El pueblo sin atributos: la secreta revolución del neoliberalismo*, Barcelona, 2016.

⁵ Stephen Gill, «New Constitutionalism, Democratisation and Global Political Economy», *Pacific Review* vol. 10, núm. 1, 1998, pp. 23-38. Para una enunciación más reciente, véase Stephen Gill, «Market Civilization, New Constitutionalism and World Order», en Stephen Gill y A. Claire Cutler (eds.), *New Constitutionalism and World Order*, Cambridge, Cambridge University Press, 2015, pp. 29-44.

a las crisis políticas, habiendo resistido una ola masiva de rebeliones anticoloniales, un levantamiento global de la Nueva Izquierda, una Guerra Fría prolongada y una carrera armamentista nuclear antes de sucumbir frente a la subversión neoliberal, que dio paso al actual régimen del capitalismo globalizado y financiarizado.

Esta historia sitúa la actual crisis democrática bajo una luz más amplia. Las tribulaciones políticas del neoliberalismo, por agudas que sean, no representan sino el último capítulo de una historia más larga, la de las vicisitudes políticas del capitalismo como tal. No solo el neoliberalismo, sino el *capitalismo*, es propenso a la crisis política y hostil a la democracia.

Esa es, en cualquier caso, la tesis que defenderé aquí. Al tratar la crisis actual de la democracia como una hebra de la crisis general de la totalidad social, tomaré como objeto de esa crisis la *sociedad capitalista en su forma actual*; pero también argumentaré la tesis más sólida de que *toda* forma de capitalismo alberga una *contradicción política* profundamente arraigada, que la aboca a la crisis política. Al igual que las demás contradicciones del capitalismo —económicas, ecológicas, sociales—, esta está inscrita en su ADN. Lejos de representar una anomalía, pues, la crisis democrática que experimentamos hoy es la forma que asume esa contradicción en la fase actual del capitalismo, que llamaré *capitalismo financiarizado*.

1. La contradicción política del capitalismo «como tal»

Mi tesis se basa en una concepción ampliada del capitalismo y la crisis capitalista. Muchos pensadores de izquierda, entre ellos la mayoría de los marxistas, entienden el capitalismo de manera limitada, como un sistema económico sin más. Concentrados en las contradicciones internas de la economía, como la caída de la tasa de ganancia, equiparan la crisis capitalista con disfunciones del sistema económico como las depresiones, quiebras en serie y desplomes del mercado. El efecto es impedir un análisis completo de las tendencias del capitalismo a la crisis al omitir sus contradicciones y formas de crisis *no económicas*. Lo que se excluye, sobre todo, son las crisis basadas en *contradicciones entre ámbitos*, contradicciones que surgen cuando los imperativos económicos del capitalismo chocan con los imperativos de reproducción de los ámbitos no económicos, cuya salud es esencial para la acumulación continua de capital, por no mencionar su impacto sobre el bienestar humano.

Un ejemplo es lo que he llamado la contradicción «reproductiva social» de la sociedad capitalista. Los marxistas han ubicado correctamente el secreto de la acumulación en la «morada oculta» de la producción de

mercancías, donde el capital explota el trabajo asalariado. Pero no siempre han apreciado plenamente que ese proceso descansa sobre la morada aún más oculta del trabajo de cuidados no remunerado, a menudo realizado por mujeres, que forma y repone a los sujetos humanos que constituyen la «fuerza de trabajo». El capital, que depende profundamente de tales actividades socio-reproductivas, no les otorga empero un valor (monetizado), las trata como gratuitas e infinitamente disponibles y no asume ninguna responsabilidad por su sustento. Por eso, abandonado a sí mismo, y dado su incesante impulso hacia una acumulación ilimitada, siempre corre el peligro de desestabilizar los procesos de reproducción social de los que depende⁶.

Otro ejemplo de contradicción entre ámbitos es el ecológico. Por un lado, la acumulación de capital depende de la naturaleza, como un «grifo» que suministra insumos materiales y energéticos para la producción de mercancías y como un «sumidero» que absorba los desechos de esta última. Por otro lado, el capital rechaza los costes ecológicos que genera, asumiendo de hecho que la naturaleza puede reponerse de forma autónoma e indefinida. También en este caso, la economía del capitalismo tiende a comerse su propia cola, desestabilizando las condiciones netamente naturales en las que se basa⁷. En ambos casos una contradicción entre ámbitos fundamenta una propensión a un tipo de crisis capitalista que trasciende lo económico: crisis reproductiva social, en un caso, y crisis ecológica, en el otro.

Estas consideraciones sugieren una concepción ampliada del capitalismo: no sólo una economía, sino algo mayor, *un orden social institucionalizado*. La cuestión es que, más allá de su subsistema económico, la sociedad capitalista también abarca los ámbitos no económicos que apoyan su economía, como son la reproducción social y la naturaleza no humana. Como tal, alberga una pluralidad de tendencias a la crisis, no solo las derivadas de contradicciones intraeconómicas, sino también las basadas en contradicciones entre ámbitos, entre economía y sociedad, por un lado, y entre economía y naturaleza, por otro. Así, pues, no solo las contradicciones marxianas, sino también las polanyianas están integradas en la sociedad capitalista.

Esta concepción más amplia ofrece una forma de entender las dificultades actuales de la democracia que escapa a la trampa del politicismo. Ya no se consideran independientes y aparecen como una nueva hebra de la crisis

⁶ Nancy Fraser, «Contradictions of Capital and Care», *New Left Review*, núm. 100, julio-agosto de 2016, pp. 99-117; ed. cast.: «Las contradicciones del capital y los cuidados», *NLR*, núm. 100, septiembre-octubre de 2016, pp. 111-132.

⁷ Para un planteamiento clásico de la «segunda contradicción [ecológica] del capitalismo», véase James O'Connor, «Capitalism, Nature, Socialism: A Theoretical Introduction», en *Capitalism, Nature, Socialism*, vol. 1, núm. 1, 1988, pp. 1-22. La idea se desarrolla aún más en Nancy Fraser y Rahel Jaeggi, *Capitalism: A Conversation in Critical Theory*, Londres, Polity, 2018, pp. 35-37, 90-101.

capitalista, basada en otra contradicción más entre ámbitos, en concreto entre los imperativos de la acumulación de capital y el mantenimiento de los poderes públicos de los que también depende la acumulación. Esta *contradicción política del capitalismo* se puede expresar en pocas palabras: el poder público legítimo y eficaz es una condición de posibilidad para la acumulación sostenida de capital, pero el impulso del capitalismo hacia una acumulación sin límites tiende a desestabilizar con el tiempo los poderes públicos de los que depende. Desde este punto de vista, la crisis democrática actual es una hebra de la crisis capitalista, cuyos contornos más amplios proporcionan la clave para su resolución.

Prosigamos con esta hipótesis señalando, primero, que el capital depende de los poderes públicos para establecer y hacer cumplir sus normas constitutivas. La acumulación es inconcebible, después de todo, en ausencia de un marco legal que respalde la empresa privada y el intercambio mercantil. Depende crucialmente de los poderes públicos para garantizar los derechos de propiedad, hacer cumplir los contratos y resolver las disputas; para reprimir las rebeliones, mantener el orden y gestionar la disidencia; para sostener los regímenes monetarios que constituyen el fluido vital del capital; para emprender operaciones de prevención o gestión de la crisis; y para codificar y hacer cumplir tanto las jerarquías oficiales de estatus, —por ejemplo, las que distinguen a los ciudadanos de los «extranjeros»,—, como las no oficiales, por ejemplo, las que distinguen a los «trabajadores» libres y explotables, que tienen derecho a vender su fuerza de trabajo, de los «otros» dependientes y expropiables, cuyos bienes y personas pueden ser simplemente incautados⁸.

Históricamente, los poderes públicos en cuestión se han alojado principalmente en Estados territoriales, incluyendo los que operaban como potencias coloniales. Fueron los sistemas legales de tales Estados los que establecieron los contornos de ámbitos aparentemente despolitizados dentro de las cuales los actores privados podían acometer y lograr sus intereses «económicos», libres de interferencias «políticas». Fueron asimismo los Estados territoriales los que movilizaron la «fuerza legítima» para sofocar la resistencia a las expropiaciones mediante las que se originaron y consolidaron las relaciones capitalistas de propiedad. Luego fueron también los Estados nacionales los que otorgaron derechos subjetivos a algunos y se los negaron a otros. Finalmente, fueron esos Estados los que nacionalizaron y suscribieron el dinero. Habiendo constituido así la economía capitalista, esos poderes políticos tomaron posteriormente medidas para

⁸ Para una descripción de esta última distinción en relación, aproximada pero inequívoca, con la línea de color global, véase Nancy Fraser, «Is Capitalism Necessarily Racist?», *Proceedings and Addresses of the American Philosophical Association*, vol. 92, 2018, pp. 21-42, incluido en el capítulo 5 de este mismo libro.

fomentar las capacidades del capital para acumular ganancias y superar retos. Construyeron y mantuvieron infraestructuras, compensaron los «fallos del mercado», dirigieron el desarrollo económico, fortalecieron la reproducción social, mitigaron las crisis económicas y gestionaron las consecuencias políticas asociadas.

Pero eso no es todo. Una economía capitalista también tiene condiciones políticas de posibilidad en el ámbito geopolítico. Lo que está en juego ahí es la organización del espacio más amplio en el que están integrados los Estados territoriales. En ese espacio el capital parece moverse con bastante facilidad, dado su impulso expansionista intrínseco, tan profundamente arraigado, y su tendencia a extraer valor de las regiones periféricas y dirigirlo hacia su centro. Pero su capacidad de operar a través de las fronteras, de expandirse mediante el comercio internacional y de beneficiarse de la depredación de los pueblos subyugados dependen no solo del poderío militar nacional-imperial, sino también de los acuerdos políticos transnacionales: del derecho internacional, los acuerdos negociados entre las grandes potencias y de los regímenes supranacionales, que pacifican parcialmente (de una manera favorable al capital) un ámbito que a veces se imagina como un estado de naturaleza. A lo largo de su historia, la economía del capitalismo ha dependido de las capacidades militares y organizativas de una sucesión de potencias hegemónicas globales, que han tratado de fomentar la acumulación a una escala cada vez mayor dentro del marco de un sistema político multiestatal⁹.

En ambas escalas, la estado-territorial y la geopolítica, la economía capitalista tiene una enorme deuda con los poderes políticos externos a ella. Esos poderes «no económicos» son indispensables para las principales corrientes de acumulación: para la explotación del trabajo libre y la producción e intercambio de mercancías; para la expropiación de los pueblos racializados sometidos y la succión de valor de la periferia al centro; y para la organización de las finanzas, el espacio y el conocimiento que permiten la acumulación de intereses y rentas. Las fuerzas políticas (al igual que la reproducción social y la naturaleza no humana) no son en modo alguno complementos marginales, sino elementos constitutivos de la sociedad capitalista. Los poderes públicos, esenciales para su funcionamiento, son parte integrante del orden social institucionalizado que es el capitalismo.

Pero el mantenimiento del poder político se encuentra en una tensa relación con el imperativo de la acumulación de capital. La razón radica en la topografía institucional específica del capitalismo, que separa «lo económico»

⁹ Giovanni Arrighi, *The Long Twentieth Century: Money, Power and the Origins of Our Time* (Londres y Nueva York, Verso, 1994; ed. cast.: *El largo siglo XX. Dinero y poder en los orígenes de nuestra época*, Madrid, Ediciones Akal, 2ª ed., 2014).

de lo «político». A este respecto, las sociedades capitalistas difieren de otras formas anteriores en las que esas instancias se fusionaron de hecho, como por ejemplo en la sociedad feudal, donde el control sobre la fuerza de trabajo, la tierra y la fuerza militar correspondía a la única institución del señorío y el vasallaje. En la sociedad capitalista, por el contrario, el poder económico y el poder político están separados; a cada uno se le asigna su propia esfera, dotada de sus propias condiciones específicas y de su *modus operandi*¹⁰. El poder de organizar la producción se privatiza y se transfiere al capital, que se supone que aplica únicamente las sanciones «naturales» y «no políticas» del hambre y la necesidad. La tarea de gobernar los órdenes «no económicos», incluidos los que proporcionan las condiciones externas para la acumulación, recae en el poder público, que es el único que puede utilizar los medios «políticos» de la ley y la violencia «legítima». En el capitalismo, por lo tanto, lo económico no es político, y lo político no es económico.

Esta separación, definitiva de lo que es el capitalismo, limita severamente el alcance de lo político. Al devolver vastos aspectos de la vida social al dominio del «mercado» (en realidad, a las grandes corporaciones), los declara fuera del alcance de la toma de decisiones democráticas, la acción colectiva y el control público. Su estructura misma, por lo tanto, nos priva de la capacidad de decidir colectivamente qué y cuánto queremos producir, sobre qué base energética y mediante qué tipo de relaciones sociales. También nos priva de la capacidad de determinar cómo queremos usar el excedente social que producimos colectivamente; cómo queremos relacionarnos con la naturaleza y con las generaciones futuras; cómo queremos organizar el trabajo de reproducción social y su relación con el de la producción. El capitalismo, en suma, es fundamentalmente antidemocrático. Incluso en el mejor de los casos, la democracia en una sociedad capitalista debe ser forzosamente limitada y débil.

Pero la sociedad capitalista no está en su mejor momento, y cualquier democracia que le sirva de marco será también necesariamente inestable e insegura. El problema es que el capital, por su propia naturaleza, trata de tenerlo todo a la vez. Por un lado, se sirve del poder político, aprovechando los regímenes legales, las fuerzas represivas, las infraestructuras y las agencias reguladoras que son indispensables para la acumulación. Al mismo tiempo, la sed de ganancias tienta periódicamente a algunas fracciones de la clase capitalista a rebelarse contra el poder público, a denigrarlo como inferior a los mercados y a planear debilitarlo. En tales casos, cuando los intereses a corto plazo triunfan sobre la supervivencia a largo plazo, el capital es como un tigre que se come su propia cola. Amenaza con destruir las condiciones políticas de su propia posibilidad.

¹⁰ Ellen Meiksins Wood, «The Separation of the Economic and the Political in Capitalism», *New Left Review*, núm. 1/127, mayo-junio de 1981, pp. 66-95.

El meollo del problema se resume en cuatro palabras que comienzan por «D». En primer lugar, las sociedades capitalistas *deslindan* sus economías de sus poderes políticos organizados. En segundo lugar, constituyen economías *dependientes* de los poderes políticos para poder funcionar. Pero tercero, como el capital solo reconoce formas de valor monetizadas, se *desentiende* de los bienes públicos y de sus costes de reemplazo. Empecinada en una acumulación sin límites, por último, la economía del capitalismo se inclina a *desestabilizar* periódicamente los poderes políticos que ella misma necesita.

Juntas, estas cuatro palabras que comienzan por «D» explican una contradicción política enraizada en la estructura institucional de la sociedad capitalista. Al igual que las contradicciones económicas que los marxistas han enfatizado, ésta también fundamenta una tendencia a la crisis. En este caso, sin embargo, la tensión no se encuentra «dentro» de la economía, sino más bien en la frontera que a la vez separa y conecta la economía y la política en la sociedad capitalista. Inherente al capitalismo como tal, esta contradicción entre ámbitos aboca *toda* forma de sociedad capitalista a la crisis política.

2. Historización de la contradicción política del capitalismo

Hasta ahora he venido presentando la estructura de esta tendencia a la crisis política para el capitalismo como tal. Sin embargo, la sociedad capitalista no existe «como tal», sino en formas o regímenes de acumulación históricamente específicos. Y lejos de darse de una vez por todas, la división constitutiva del capitalismo entre «lo económico» y «lo político» está sujeta a impugnación y cambio. Especialmente en periodos de crisis, los agentes sociales luchan por los límites que delimitan la economía de la política, y a veces logran redibujarlos. En el siglo XX, por ejemplo, la agudización del conflicto de clases obligó a los Estados a asumir nuevas responsabilidades para promover el empleo y el crecimiento económico. En el periodo previo al siglo XXI, por el contrario, los partidarios del «libre mercado» alteraron las reglas internacionales de manera que incentivaron fuertemente a los Estados a abandonar tales esfuerzos. El resultado, en ambos casos, fue revisar los límites previamente establecidos entre economía y política. Esa división ha mutado varias veces en el curso de la historia del capitalismo, al igual que los poderes públicos que hicieron posible la acumulación en cada etapa.

Tales cambios, producto de lo que he llamado «luchas fronterizas»¹¹, marcan transformaciones históricas enormes de la sociedad capitalista. Si

¹¹ Nancy Fraser, «Behind Marx's Hidden Abode: For an Expanded Conception of Capitalism», *New Left Review* 86, marzo-abril de 2014, pp. 55-72; ed. cast.: «Tras la morada oculta de Marx: por una concepción ampliada del capitalismo», *NLR*, núm. 86, mayo-junio de 2014, pp. 57-76. Incluido en este volumen.

adoptamos una perspectiva que los ponga en primer plano, podemos distinguir cuatro regímenes de acumulación en la historia del capitalismo: un régimen de capitalismo mercantil al principio, un régimen de capitalismo competitivo de *«laissez-faire»* en el siglo XIX, un régimen de capitalismo monopolista administrado por el Estado durante el siglo XX, y el régimen actual de capitalismo globalizador y financiarizado. En cada caso, las condiciones políticas para la economía capitalista adoptaron formas institucionales diferentes tanto a escala estatal-territorial como geopolítica. En cada caso, también, la contradicción política de la sociedad capitalista asumió un aspecto diferente y se expresó en un conjunto diferente de fenómenos de crisis. Finalmente, en cada régimen la contradicción política del capitalismo suscitó diferentes formas de lucha social. Consideremos brevemente las formas peculiares en que se desarrollaron esas dinámicas durante los tres primeros regímenes, antes de pasar al presente.

Consideremos, primero, la fase mercantil inicial del capitalismo, que predominó durante dos o tres siglos, aproximadamente del XVI al XVIII. En aquella fase la economía del capitalismo estaba solo parcialmente separada del Estado. Ni la tierra ni el trabajo eran verdaderas mercancías; y la mayoría de las interacciones cotidianas, incluso en los pueblos y ciudades del corazón de Europa, todavía estaban regidas por normas económico-morales. Los gobernantes absolutistas usaban sus poderes para regular el comercio interno dentro de sus territorios, aunque también se beneficiaban del saqueo externo, que se efectuaba mediante la fuerza militar, y del comercio a larga distancia, que se organizó de forma capitalista bajo la primera hegemonía genovesa y luego neerlandesa, mediante la expansión del mercado mundial de esclavos, metales preciosos y artículos de lujo. El resultado fue una división interna/externa: la regulación comercial dentro del territorio nacional, «la ley del valor» fuera de él.

Aunque esa división se mantuvo por un tiempo, al final no pudo sostenerse. Las tensiones dentro de ese orden se intensificaron a medida que la lógica del valor, que operaba internacionalmente, comenzó a penetrar en el espacio doméstico de los países europeos, alterando las relaciones sociales existentes entre los terratenientes y sus dependientes y fomentando nuevos entornos profesionales y comerciales en los centros urbanos, que se convirtieron en semilleros del pensamiento liberal e incluso revolucionario. Igualmente corrosivo y cargado de consecuencias fue el creciente endeudamiento de los gobernantes. Al necesitar ingresos, algunos de ellos se vieron obligados a convocar organismos protoparlamentarios, que no pudieron controlar al final. Y eso condujo en varios casos a la revolución.

Debido a esa combinación de corrosión económica y agitación política, el capitalismo mercantil fue desplazado en el siglo XIX por un nuevo régimen, a menudo llamado capitalismo «liberal» o de *«laissez-faire»*, aunque

esos términos son muy engañosos, como veremos. Durante esa fase, el nexo economía/política se reconfiguró. Los principales Estados capitalistas europeos ya no utilizaban el poder público directamente para regular el comercio interno, sino que construyeron «economías» en las que la producción y el intercambio parecían operar de manera autónoma, libres de un control político abierto, a través del mecanismo «puramente económico» de la oferta y la demanda. Lo que subyacía a esa construcción era un nuevo orden legal, que consagraba la supremacía de los contratos, la propiedad privada, los mercados para fijar los precios y los derechos subjetivos asociados de los «individuos libres», entendidos estos como operadores en igualdad de condiciones en pro de la maximización de sus beneficios. El efecto fue institucionalizar, a escala nacional, una división aparentemente neta entre el poder público de los Estados, por un lado, y el poder privado del capital, por otro. Pero, por supuesto, los Estados siempre usaban el poder represivo para santificar las expropiaciones de tierras que transformaban las poblaciones rurales en proletarios «doblemente libres». De este modo se establecieron las precondiciones de clase para la explotación a gran escala del trabajo asalariado, que, combinado con la energía de combustibles fósiles, impulsó un despegue masivo de la producción industrial, y con él un intenso conflicto de clase. En algunos países metropolitanos los movimientos sindicales militantes y sus aliados pudieron forzar un compromiso de clase. Los trabajadores de la etnia mayoritaria disponían del derecho de voto y la ciudadanía política, reconociendo como contrapartida al capital el derecho a dominar el lugar de trabajo y explotarlos en él. En la periferia, en cambio, no se alcanzaron tales compromisos. Abandonando toda pretensión de abstención política, las potencias coloniales europeas utilizaron el poder militar para aplastar las rebeliones. Imponiendo el saqueo generalizado de las poblaciones subyugadas, consolidaron el dominio colonial sobre la base del «imperialismo de libre comercio» bajo la hegemonía británica, todo lo cual plantea serias dudas sobre la expresión «capitalismo liberal».

Prácticamente desde el principio, además, ese régimen se vio afectado por la inestabilidad, tanto económica como política. En los países democratizadores del centro, la igualdad política mantenía una relación tensa con la desigualdad socioeconómica; y los derechos políticos extendidos allí encontraban difícil acomodo en la mente de algunos sometidos brutalmente en la periferia. Igualmente corrosiva fue la contradicción, diagnosticada por Hannah Arendt, entre el impulso ilimitado y transterritorializador de la lógica económica del capitalismo colonial y el carácter limitado y territorialmente restringido de sus políticas democráticas¹². No

¹² Hannah Arendt, *The Origins of Totalitarianism*, Nueva York, Harcourt, Brace, Jovanovich, 1973; ed. cast.: *Los orígenes del totalitarismo*, Madrid, Alianza, 2006. Sobre el conflicto entre el impulso transterritorial de la acumulación ilimitada y la lógica territorial del dominio político, véase también David Harvey, «The 'New' Imperialism: Accumulation By Dispossession», *Socialist Register*, vol. 40, 2014, pp. 63-87.

es de extrañar, pues, que tal como destacó Karl Polanyi, esta configuración de economía/política se mostrara crónicamente sacudida por la crisis. En el aspecto económico, el capitalismo «liberal» se vio zarandeado por depresiones periódicas, recesiones y pánicos; en el ámbito político, generó intensos conflictos de clase, luchas fronterizas y revoluciones, todas ellas alimentando y alimentadas por el caos financiero internacional, las rebeliones anticoloniales y las guerras interimperialistas¹³. En el siglo XX las múltiples contradicciones de esta forma de capitalismo habían hecho metástasis en una crisis general prolongada, que solo se resolvió finalmente después de la Segunda Guerra Mundial con la instalación de un nuevo régimen.

En ese nuevo régimen capitalista administrado por el Estado, los Estados del centro comenzaron a usar el poder público de manera más proactiva dentro de sus propios territorios para prevenir o mitigar las crisis. Empoderados por el sistema de controles del capital de Bretton Woods, establecido bajo la hegemonía estadounidense, invirtieron en infraestructuras, asumieron algunos costes de la reproducción social, promovieron el pleno empleo y el consumismo de la clase trabajadora, aceptaron a los sindicatos como socios en la negociación corporativa trilateral, dirigieron activamente el desarrollo económico, compensaron los «fallos del mercado» y, en general, disciplinaron al capital por su propio bien. Esas medidas, destinadas en parte a asegurar las condiciones para la acumulación sostenida de capital privado, ampliaron el alcance de la política al tiempo que la domeñaban; integraron estratos potencialmente revolucionarios al aumentar el valor de su ciudadanía y darles una participación en el sistema. El efecto fue estabilizar las relaciones durante varias décadas, pero con un coste. Los acuerdos que otorgaron «ciudadanía social» a los trabajadores industriales de la etnia mayoritaria en el centro capitalista descansaban sobre algunas condiciones primordiales previas no tan agradables: la dependencia de las mujeres a través del salario familiar, exclusiones raciales/étnicas y la continua expropiación imperial en el «Tercer Mundo», la cual prosiguió, por medios antiguos y nuevos, incluso después de la descolonización, limitando severamente las capacidades de los nuevos Estados independientes para estabilizar sus sociedades, dirigir el desarrollo y proteger a sus poblaciones de la depredación mediada por el mercado. El efecto fue plantar algunas bombas de tiempo políticas, cuya detonación finalmente convergía con otros procesos para derribar ese régimen.

Al final, el capitalismo administrado por el Estado también se encontró con sus propias contradicciones, tanto económicas como políticas. La subida de los salarios y la generalización de los aumentos de productividad

¹³ Karl Polanyi, *The Great Transformation* [1944], 2ª ed., Boston, Beacon, 2001; ed. cast.: *La gran transformación*, Barcelona, 2016.

se combinaron para reducir la tasa de ganancia industrial en el centro, lo que provocó nuevos esfuerzos por parte del capital para liberar a las fuerzas del mercado de la regulación política. Y de ahí brotó una Nueva Izquierda global capaz de desafiar las opresiones, exclusiones y depredaciones sobre las que descansaba todo el edificio. Lo que siguió fue un periodo prolongado de crisis, a veces aguda, a veces lenta, durante el cual el acuerdo capitalista administrado por el Estado fue reemplazado sigilosamente por el actual régimen de capitalismo financiarizado, al que ahora me referiré.

3. Contradicciones políticas del capitalismo financiarizado

El capitalismo financiarizado ha rehecho una vez más la relación economía/política. En este régimen, los bancos centrales y las instituciones financieras mundiales han reemplazado a los Estados como árbitros de una economía cada vez más globalizada. Son ellos, no los Estados, quienes ahora establecen las reglas que gobiernan las relaciones primordiales de la sociedad capitalista: entre trabajo y capital, entre ciudadanos y Estados, entre centro y periferia, y algo que es crucial para todo lo anterior, entre deudores y acreedores. Estas últimas relaciones son decisivas para el capitalismo financiarizado e impregnan todas las demás. Es en gran parte a través de la deuda como el capital canibaliza ahora el trabajo, disciplina a los Estados, transfiere riqueza de la periferia al centro y absorbe valor de la sociedad y la naturaleza. A medida que la deuda fluye a través de Estados, regiones, comunidades, hogares y empresas, el resultado es un cambio dramático en la relación de la economía con la política.

El régimen anterior había facultado a los Estados para subordinar los intereses a corto plazo de las empresas privadas al objetivo a largo plazo de la acumulación sostenida. El actual, por el contrario, autoriza al capital financiero para disciplinar a los Estados y al público en general en favor de los intereses inmediatos de los inversores privados. El efecto es un doble golpe. Por un lado, las instituciones estatales que antes respondían (en cierta medida) a los ciudadanos son cada vez menos capaces de resolver los problemas de estos últimos o de satisfacer sus necesidades. Por otro lado, los bancos centrales y las instituciones financieras mundiales que han obstaculizado las capacidades estatales son «políticamente independientes»: no rinden cuentas a los ciudadanos y tienen libertad para actuar en nombre de los inversores y acreedores. Mientras tanto, la escala de problemas apremiantes como el calentamiento global, excede el alcance y la influencia de los poderes públicos. Estos últimos se ven superados, en cualquier caso, por las corporaciones transnacionales y los flujos financieros globales, que eluden el control de las agencias políticas atadas a un territorio limitado.

El resultado general es una incapacidad creciente de los poderes públicos para controlar a los poderes privados. De ahí la asociación del capitalismo financiarizado con la «desmocratización» y la «posdemocracia».

El cambio a un régimen centrado en la acumulación a través de la deuda surgió como resultado de una importante reestructuración del orden internacional, incluyendo el desmantelamiento del marco de Bretton Woods de controles de capital, tipos de cambio fijos y convertibilidad al oro, por un lado, y la reutilización del Banco Mundial y del Fondo Monetario Internacional como agentes de la liberalización económica, por otro, procesos ambos impulsados por Estados Unidos y destinados a prolongar su hegemonía. Pronto siguió el asalto liderado por este país al Estado desarrollista, primero a través del «Consenso de Washington», y luego mediante el «ajuste estructural». A medida que se impuso la liberalización a punta de pistola de la deuda en gran parte del Sur Global, los Estados endeudados se apresuraron a conseguir moneda fuerte abriendo Zonas de Procesamiento de Exportaciones y promoviendo la emigración laboral a la espera de remesas. Mientras tanto, la reubicación de la industria manufacturera en la semiperiferia potenció al capital en dos aspectos: primero, disparando una carrera hacia el abismo en el Sur y, segundo, diezmando a los sindicatos poderosos en el centro capitalista, debilitando así el apoyo político a la socialdemocracia. Mientras tanto, la abolición de los controles de capital y la creación del euro privaron a casi todos los Estados del control sobre sus monedas, poniéndolos a merced de los mercados de bonos y las agencias de calificación, inhabilitando así una herramienta crítica de gestión de la crisis¹⁴. Los Estados del centro quedaron en una posición que ya conocían desde hacía mucho tiempo los de la periferia: la subyugación a fuerzas económicas mundiales que no pueden controlar.

Una respuesta fue el cambio de política del «keynesianismo público», basado en «impuestos y gastos», al «keynesianismo privatizado», que alentaba la deuda del consumidor para promover continuos altos niveles de gasto en consumo en condiciones desfavorables de caída de los salarios reales, aumento de la precariedad y disminución de los ingresos públicos procedentes de la tributación empresarial. El efecto, como sabemos, fue la crisis financiera de 2007-2008, que no hizo más que consolidar el control de los acreedores privados sobre el poder público. Tras orquestar las crisis de su deuda soberana, los bancos centrales y las instituciones financieras mundiales obligaron a los Estados bajo la coacción del asalto por los mercados de bonos a instituir la «austeridad», lo que significaba sacrificar los intereses de sus ciudadanos a los de los prestamistas internacionales.

¹⁴ La excepción es Estados Unidos, que simplemente puede imprimir más dólares, que sirven como «dinero mundial».

La Unión Europea, que en otro tiempo se había considerado el avatar de la «democracia posnacional», se apresuró a cumplir las ordenes de los banqueros e inversores, perdiendo a ojos de muchos su pretensión de legitimidad democrática.

En general, el capitalismo financiarizado es la era de la «gobernanza sin gobierno», es decir, de dominación sin la hoja de parra del consentimiento. En este régimen no son los Estados sino las estructuras de gobernanza transnacionales, como la UE, la OMC, el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (ALCAN) y el Acuerdo sobre los Aspectos de los Derechos de Propiedad Intelectual relacionados con el Comercio (ADPIC), los que dictan la mayor parte de las reglas coercitivas que ahora se aplican a grandes áreas de interacción social en todo el mundo. Estos organismos, que no rinden cuentas ante nadie y actúan abrumadoramente en interés del capital, están «constitucionalizando» las nociones neoliberales de «libre comercio» y «propiedad intelectual», conectándolas con el régimen global y evitando por adelantado la legislación democrática laboral y medioambiental. Finalmente, a través de toda una variedad de medios, ese régimen ha promovido la captura del poder público por el poder privado (empresarial), al tiempo que lo colonizaba internamente, fijando como modelo para su *modus operandi* el de las empresas privadas. Los estudiosos foucaultianos de la gubernamentalidad han descrito admirablemente esta «racionalidad política neoliberal».

El efecto conjunto ha sido vaciar el poder público a todos sus niveles. Las agendas políticas se reducen en todas partes, tanto por un fiat externo (las exigencias de «los mercados», «el nuevo constitucionalismo»), como por la cooptación interna (captura empresarial, privatización, propagación de la racionalidad política neoliberal). Asuntos que en otro momento se consideraron claramente dentro del ámbito de la acción política democrática ahora se declaran fuera de sus límites y se transfieren a «los mercados» en beneficio de las finanzas y el capital empresarial. ¡Y ay de los que se opongan a ellos! En el régimen actual, los facilitadores del capital se enfrentan descaradamente a cualquier poder público o fuerza política que pueda desafiarlos, ya sea dejando sin efecto elecciones y referéndums que rechacen la austeridad, como en Grecia en 2015, o evitando las candidaturas de figuras populares que parezcan inclinadas a seguir ese camino, como en Brasil en 2017-2018. Mientras tanto, en esta época, los principales grupos económicos capitalistas (Big Fruit, Big Pharma, Big Energy y Big Arms) han proseguido su larga práctica de promover el autoritarismo y la represión, el imperialismo y la guerra en todo el mundo. Les debemos en gran medida la crisis actual de refugiados, tanto a ellos como a los agentes estatales a los que están vinculados.

Así, pues, el actual régimen de acumulación ha generado una crisis de gobernabilidad democrática. Pero lejos de ser endógena, esta crisis se basa en la dinámica contradictoria y autodesestabilizadora de la sociedad capitalista. Lo que algunos llaman nuestro «déficit democrático» es en realidad la forma históricamente específica que asume la contradicción política intrínseca del capitalismo en su fase actual, cuando la financiarización desbocada inunda el ámbito político, disminuyendo sus poderes hasta el punto de que no puede resolver problemas apremiantes, incluidos los que, como el calentamiento global, ponen en peligro las perspectivas de acumulación a largo plazo, por no mencionar la vida tal como la conocemos en este planeta. En esta fase del capitalismo, como en cualquier otra, la crisis democrática no es meramente sectorial, sino un aspecto de un cúmulo de crisis más amplio, que también tiene otros aspectos: ecológico, socialreproductivo y económico. Nuestra actual crisis democrática, inextricablemente entrelazada con estas otras, es parte integrante de la *crisis general del capitalismo financiarizado*. No se puede resolver, por lo tanto, sin resolver la crisis general, sin transformar de cabo a rabo el orden social.

4. Crisis hegemónica del capitalismo financiarizado

Sin embargo, hay más que decir sobre la actual crisis democrática. En este artículo la he considerado principalmente desde una perspectiva estructural, como el desarrollo no accidental de contradicciones inherentes al capitalismo financiarizado. Esa perspectiva es indispensable, como espero haber demostrado, pero no basta para aclarar el alcance total de la crisis actual, que, como toda crisis general, también incluye una dimensión hegemónica.

Una crisis, después de todo, no es simplemente un atolladero en el mecanismo social. Ni una obstrucción en los circuitos de acumulación ni un bloqueo en el sistema de gobierno merecen la etiqueta de «crisis» en el verdadero sentido de la palabra, que incluye no solo los puntos muertos del sistema, sino también las respuestas que les dan los agentes sociales. Contrariamente a las empobrecidas concepciones de los «teóricos de sistemas», nada puede considerarse verdaderamente como una crisis hasta que se experimente como tal. Lo que parece una crisis para un observador externo no se convierte en algo históricamente generativo hasta que los participantes en la sociedad no la perciben como tal; hasta que, por ejemplo, intuyen que los problemas apremiantes que experimentan no surgen pese al orden establecido, sino que precisamente se deben a él y no pueden resolverse dentro de él. Solo entonces, cuando una masa crítica decide que ese orden puede y debe ser transformado por la acción colectiva, un punto muerto objetivo se dota de una voz subjetiva. Entonces, y solo entonces,

podemos hablar de crisis en el sentido más amplio de *una encrucijada histórica trascendental que exige una decisión*¹⁵.

Eso es precisamente lo que está sucediendo hoy. Las disfunciones políticas del capitalismo financiarizado ya no son «simplemente objetivas», sino que han impulsado (¿por fin?) a millones de personas en todo el mundo a abandonar la política habitual hasta ese momento. Lo que los observadores podrían haber considerado antes una crisis en sí ahora se ha convertido en una crisis para sí. Basta recordar el voto del Brexit, la elección y la presidencia de Donald Trump y el creciente auge de los partidos populistas de derechas y cuasi fascistas, ya no «sólo» en el sur de Asia y en el norte y centro-este de Europa, sino también en Brasil. También deberíamos mencionar, como fenómeno inverso, los notables resultados de candidatos populistas de izquierda en el sur de Europa y Estados Unidos (incluidos algunos autodenominados «socialistas democráticos») y el creciente apoyo al ala de Corbyn del Partido Laborista en el Reino Unido. Por diferentes que sean, esos fenómenos sugieren una decisión generalizada de librarse del neoliberalismo y de los partidos que lo han posibilitado. Los agentes que los impulsan, rechazando las elites políticas y el sentido común reinantes, están pensando en otros términos, contemplando nuevas perspectivas y nuevos proyectos políticos. El resultado es una nueva fase en la gestación de la crisis capitalista: lo que parecía una «mera» aglomeración de puntos muertos del sistema es ahora una crisis de hegemonía en toda regla¹⁶. Esos dos aspectos, el hegemónico y el estructural, se refuerzan mutuamente constituyendo juntos la dinámica de la crisis general actual del capitalismo financiarizado.

Tales crisis no suceden todos los días. Históricamente raras, representan momentos clave en la historia del capitalismo, decisivos cuando el modelo de vida social entra en una situación de caos. En esos momentos, la pregunta candente es: ¿quién logrará construir una contrahegemonía viable y sobre qué base? En otras palabras, ¿quién guiará el proceso de transformación social, en interés de quién y con qué fin? Como vimos, el proceso por el que la crisis general conduce a la reorganización social ha tenido lugar varias veces en la historia moderna, en gran medida en beneficio del capital. Mediante ese proceso, el capitalismo se ha reinventado una y otra vez. A la búsqueda de la restauración de la rentabilidad y la domesticación de la oposición, sus defensores han rediseñado la división economía/política, reconfigurando ambos «ámbitos», así como la relación entre ellos

¹⁵ Reinhart Koselleck, «Crisis», *Journal of the History of Ideas*, vol. 67, núm. 2, abril de 2006, pp. 357-400.

¹⁶ Para un análisis de la dimensión hegemónica de la crisis actual de la democracia, véase Nancy Fraser, «From Progressive Neoliberalism to Trump – and Beyond», *American Affairs*, vol. I, núm. 4 (invierno de 2017), pp. 46-64, incluido en este libro.

y con la reproducción social y la naturaleza no humana. Al hacerlo han reorganizado no solo el modo de dominación política, sino también las formas establecidas de explotación y expropiación y con ellas la dominación de clase y la jerarquía de estatus, así como el sometimiento político. Reinventando nuevamente esas líneas de fractura, a menudo han logrado canalizar energías rebeldes hacia nuevos proyectos hegemónicos que beneficiaban abrumadoramente al capital.

¿Se repetirá este proceso hoy?

La pugna por resolver la crisis democrática actual, así como la propia crisis, no puede ser ni sectorial ni independiente. Lejos de afectar únicamente a las instituciones políticas, plantea las preguntas más fundamentales y generales de la organización social: ¿dónde trazaremos la línea que delimite la economía de la política, la sociedad de la naturaleza, la producción de la reproducción? ¿Cómo distribuiremos nuestro tiempo entre el trabajo y el ocio, la vida familiar, la política y la sociedad civil? ¿Cómo usaremos el excedente social que producimos colectivamente? ¿Y quién será exactamente quien decida sobre estos asuntos? ¿Lograrán quienes persiguen únicamente la obtención de beneficios convertir las contradicciones del capitalismo en nuevas oportunidades para acumular riqueza? ¿Cooptarán a sectores importantes de la rebelión, mientras reorganizan la dominación social? ¿O será finalmente un alzamiento masivo contra el capital «el acto mediante el que la raza humana que viaja en este tren [desbocado] echa mano del freno de emergencia»?¹⁷.

La respuesta depende en parte de cómo entendamos la crisis actual. Si nos atenemos a las interpretaciones *politicistas* habituales, interpretaremos las tribulaciones de la democracia como un tipo independiente de problemas políticos. Moralizaremos sobre la necesidad de civismo, bipartidismo y respeto a la verdad, mientras dejamos de ver las fuentes profundas del problema. Navegando altaneramente por encima de las preocupaciones de los «deplorables» ignorantes, desdeñaremos las reivindicaciones de esas masas enormes en todo el mundo que rechazan el neoliberalismo y

¹⁷ Walter Benjamin, «Paralipomena zu *Über den Begriff der Geschichte*», en Walter Benjamin, *Gesammelte Schriften I*, Frankfurt am Main, Suhrkamp, 1991, «Anmerkungen zu Seite 691-704», p. 1232. La línea es de una de las notas preparatorias para su texto «Sobre el concepto de la historia»; la cita completa dice lo siguiente: «*Marx sagt, die Revolutionen sind die Lokomotive der Weltgeschichte. Aber vielleicht ist dem gänzlich anders. Vielleicht sind die Revolutionen der Griff des in diesem Zuge reisenden Menschengeschlechts nach der Notbremse*» [Marx dijo que las revoluciones son la locomotora de la historia mundial. Pero quizá las cosas son muy diferentes. Puede que las revoluciones sean el acto por el que la raza humana que viaja en ese tren echa mano del freno de emergencia].

exigen un cambio fundamental. Si no reconocemos sus agravios legítimos (aunque sean interpretados erróneamente y se expresen en la dirección equivocada), nos volveremos irrelevantes en la lucha actual por construir una contrahegemonía. La alternativa que he esbozado aquí consiste en considerar las tribulaciones actuales de la democracia como una expresión de contradicciones profundamente arraigadas en la estructura institucional del capitalismo financiarizado y, por lo tanto, como una hebra de la crisis general en curso de ese orden social. Esa interpretación no ofrece respuestas fáciles, sin duda, pero tiene la notable virtud de señalar nos la dirección correcta, desafiándonos a reinventar, si no abolir, el orden disfuncional y antidemocrático que es el capitalismo.

TERCERA PARTE
POLÍTICA ANTISISTÉMICA

VII

EL FEMINISMO, EL CAPITALISMO Y LA ASTUCIA DE LA HISTORIA

ME GUSTARÍA ECHAR un vistazo general a la segunda ola feminista. No a una u otra corriente activista, ni a una u otra tendencia de teorización feminista; y no a una u otra porción geográfica del movimiento, ni a un determinado estrato sociológico de mujeres. Quiero, por el contrario, intentar analizar la segunda ola feminista en su conjunto, como un fenómeno social que ha marcado una época. Volviendo a contemplar casi cuarenta años de activismo feminista, quiero plantear una evaluación general de la trayectoria y la importancia histórica del movimiento. Espero también, sin embargo, que mirar hacia atrás nos ayude a mirar hacia delante. Reconstruyendo el camino recorrido, espero arrojar luz sobre los retos que afrontamos hoy, en una época de masiva crisis económica, incertidumbre social y realineamiento político¹.

Voy a hablar, por lo tanto, sobre los contornos amplios y el significado general de la segunda ola del feminismo. Narración histórica y análisis socio-teórico a partes iguales, mi relato gira en torno a tres puntos sucesivos, cada uno de los cuales sitúa la segunda ola del feminismo en relación con un momento específico de la historia del capitalismo. El primer punto hace referencia a los comienzos del movimiento en el contexto de lo que yo denomino el «capitalismo organizado de Estado». En este artículo me propongo rastrear la aparición de la segunda ola feminista a partir de la nueva izquierda antiimperialista, como un cuestionamiento radical del androcentrismo que permea las sociedades capitalistas dirigidas por el Estado en la época de posguerra. Conceptuando esta fase, identificaré la promesa emancipadora del movimiento con su sentimiento de injusticia expandido y su crítica estructural de la sociedad. El segundo punto se refiere al proceso de evolución del feminismo en el contexto social drásticamente cambiado del creciente

¹ Este ensayo surgió como conferencia principal del Coloquio de Cortona sobre «Género y ciudadanía: nuevos y viejos dilemas, entre la igualdad y la diferencia», celebrado en noviembre de 2008. Agradezco sus útiles comentarios a las participantes en Cortona, en especial Bianca Becalli, Jane Mansbridge, Ruth Milkman y Eli Zaretsky y a las participantes en un seminario de la EHESS en el *Groupe de sociologie politique et morale*, en especial Luc Boltanski, Estelle Ferrarese, Sandra Laugier, Patricia Paperman y Laurent Thévenot.

neoliberalismo. A este respecto, propongo no sólo proyectar los extraordinarios éxitos del movimiento, sino también la inquietante convergencia de algunos de sus ideales con las exigencias de una emergente forma nueva del capitalismo: posfordista, «desorganizado», transnacional. Conceptualizando esta fase, preguntaré si la segunda ola del feminismo proporcionó inconscientemente un ingrediente clave de lo que Luc Bolstanski y Ève Chiapello llaman «el nuevo espíritu del capitalismo». El tercer punto hace referencia a una posible reorientación del feminismo en el actual contexto de crisis capitalista y realineamiento político estadounidense, que podría marcar los comienzos de un paso del neoliberalismo a una nueva forma de organización social. A este respecto, propongo examinar las perspectivas para reactivar la promesa emancipadora del feminismo en un mundo golpeado por la doble crisis del capital financiero y de la hegemonía estadounidense, y que ahora espera la evolución de la presidencia de Obama.

En general, por lo tanto, propongo situar la trayectoria de la segunda ola feminista en relación con la reciente historia del capitalismo. De este modo, espero ayudar a recuperar la teorización feminista socialista que me inspiró por primera vez hace décadas y que parece seguir ofreciendo nuestra mejor esperanza para aclarar las perspectivas de justicia de género en el periodo actual. Mi objetivo, sin embargo, no es reciclar desfasadas teorías de sistemas duales, sino por el contrario integrar lo mejor de las recientes teorías feministas y lo mejor de las recientes teorías críticas sobre el capitalismo.

Para aclarar la base lógica de este enfoque, permítaseme explicar mi insatisfacción con la que quizá sea la percepción más generalizada sobre la segunda ola del feminismo. A menudo se dice que la capacidad relativa del movimiento para transformar la cultura contrasta de manera aguda con su incapacidad relativa para transformar las instituciones. Esta evaluación tiene doble filo: por una parte, los ideales feministas de igualdad de género, tan polémicos en décadas anteriores, se sitúan ahora directamente en la corriente social mayoritaria; por otra parte, todavía no se han realizado en la práctica. Así, las críticas feministas, por ejemplo, al acoso sexual, el tráfico sexual y la desigualdad salarial, que parecían incendiarias no hace mucho, se admiten ampliamente en la actualidad; pero este cambio abismal en las actitudes no ha eliminado en absoluto dichas prácticas. Y así, frecuentemente se aduce que el feminismo de la segunda ola ha provocado una gigantesca revolución cultural, pero el enorme cambio en las *mentalités* (todavía) no se ha traducido en un cambio estructural e institucional.

Hay algo que decir a favor de este punto de vista, que señala con acierto la amplia aceptación actual de las ideas feministas. Pero la tesis del éxito cultural acompañado por el fracaso institucional no ayuda mucho a ilustrar la importancia histórica y las perspectivas futuras de la segunda ola feminista. Plantear que las instituciones van por detrás de la cultura, como

si esta una pudiera cambiar sin cambiar las primeras, sugiere que sólo necesitamos hacer que las primeras se pongan a la altura de la segunda para hacer realidad las esperanzas feministas. El efecto es el de oscurecer una posibilidad más compleja e inquietante: que la difusión de las actitudes culturales nacidas de la segunda ola del feminismo ha formado parte de otra transformación social, involuntaria e imprevista para las activistas feministas: una transformación en la organización social del capitalismo de posguerra. Esta posibilidad puede formularse de manera más aguda: los cambios culturales propulsados por la segunda ola, saludables en sí mismos, han servido para legitimar una transformación estructural de la sociedad capitalista que avanza directamente en contra de las visiones feministas de una sociedad justa.

En este artículo, mi objetivo es explorar esta inquietante posibilidad. Mi hipótesis puede enunciarse del siguiente modo: lo verdaderamente nuevo de la segunda ola del feminismo fue su modo de entretener, en la crítica al capitalismo organizado de Estado androcéntrico, tres dimensiones de injusticia de género analíticamente específicas: económica, cultural y política. Al someter el capitalismo organizado de Estado a un examen amplio y polifacético, en el que esas tres perspectivas se entremezclaban libremente, las feministas generaron una crítica simultáneamente ramificada y sistemática. En las décadas posteriores, sin embargo, las tres dimensiones de la injusticia se separaron, tanto entre sí como de la crítica del capitalismo. Con la fragmentación de la crítica feminista se produjo la incorporación selectiva y la recuperación parcial de parte de sus corrientes. Separadas unas de otras y de la crítica social que las había integrado, las esperanzas de la segunda ola feminista se reclutaron al servicio de un proyecto que divergía por completo de nuestra visión integral más amplia de una sociedad justa. En un hermoso ejemplo de la astucia de la historia, los deseos utópicos encontraron una segunda vida a modo de corrientes de sentimiento que legitimaron la transición a una nueva forma de capitalismo: posfordista, transnacional, neoliberal.

A continuación, me propongo elaborar esta hipótesis en tres pasos, que se corresponden con los tres puntos argumentales antes mencionados. En el primer paso, reconstruiré la crítica de la segunda ola feminista al capitalismo androcéntrico organizado por el Estado, y que integraba preocupaciones acerca de tres perspectivas sobre la justicia, esto es, la redistribución, el reconocimiento y la representación. En un segundo paso, esbozaré la desintegración de esa constelación y del reclutamiento selectivo de parte de sus corrientes para legitimar el capitalismo neoliberal. En el tercero, sopesaré las perspectivas de recuperación de la promesa emancipadora del feminismo en el actual momento de crisis económica y apertura política.

I. El feminismo y el capitalismo organizado de Estado

Permítaseme empezar situando la aparición de la segunda ola del feminismo en el contexto del capitalismo organizado de Estado. Por «capitalismo organizado de Estado» quiero decir la formación social hegemónica en la época de posguerra, una formación social en la que los Estados guiaban activamente sus economías nacionales². Estamos muy familiarizados con la forma adoptada por el capitalismo organizado de Estado en los Estados del bienestar de lo que entonces se denominaba el Primer Mundo, que usaban herramientas keynesianas para suavizar los ciclos de auge-depresión endémicos en el capitalismo. Basándose en las experiencias de la Gran Depresión y de la planificación en tiempos de guerra, estos Estados aplicaban diversas formas de *dirigisme*, incluida la inversión en infraestructuras, las políticas industriales, la tributación redistributiva, la provisión social, la regulación de las empresas, la nacionalización de sectores industriales clave y la desmercantilización de los bienes públicos. Aunque fueron los países más ricos y poderosos de la OCDE los que con más éxito consiguieron «organizar» el capitalismo en las décadas posteriores a 1945, podía encontrarse también en el denominado Tercer Mundo una variante del capitalismo organizado de Estado. En las antiguas colonias empobrecidas, «Estados desarrollistas» recientemente independizados intentaban usar sus capacidades más limitadas para propulsar el crecimiento económico nacional mediante políticas de sustitución de importaciones, inversión en infraestructuras, nacionalización de sectores industriales clave y gasto público en educación³.

En general, por lo tanto, uso esta expresión para hacer referencia a los Estados del bienestar de la OCDE y a los Estados desarrollistas poscoloniales en el periodo posterior a la Segunda Guerra Mundial. Después de todo, fue en estos países donde primero surgió la segunda ola feminista a comienzos de la década de 1970. Para explicar qué fue exactamente lo que provocó su erupción, permítaseme señalar cuatro características específicas de la cultura política del capitalismo organizado de Estado:

- *Economicismo*. Por definición, el capitalismo organizado de Estado suponía el uso del poder político público para regular los mercados

² Se puede encontrar un análisis de esta expresión en Friedrich Pollock, «State Capitalism: Its Possibilities and Limitations», en Andrew Arato y Eike Gebhardt (eds.), *The Essential Frankfurt School Reader*, Londres, 1982, pp. 71-94.

³ Entonces, además, la vida económica del bloque comunista estaba notoriamente organizada por el Estado, y hay quienes siguen insistiendo en llamarlo capitalismo organizado de Estado. Aunque pueda haber cierta verdad en ese punto de vista, yo sigo la senda más convencional de excluir a la región en este primer momento de mi estudio, en parte porque hasta 1989 no emergió el feminismo de segunda generación como fuerza política en los países para entonces excomunistas.

económicos (y en algunos casos sustituirlos). Se trataba en gran medida de una gestión de las crisis en interés del capital. No obstante, los Estados en cuestión derivaban buena parte de su legitimidad política de la afirmación de que promovían la inclusión, la igualdad social y la solidaridad entre clases. Pero estos ideales se interpretaban de un modo economicista y centrado en la clase. En la cultura política del capitalismo organizado de Estado, las cuestiones sociales se enmarcaban principalmente en términos distributivos, como cuestiones referentes a la asignación equitativa de los bienes divisibles, en especial la renta y los puestos de trabajo, mientras que las divisiones sociales se observaban principalmente a través del prisma de la clase. Así, la injusticia social por antonomasia era la distribución económica injusta, y su expresión paradigmática era la desigualdad de clase. El efecto de este imaginario centrado en la clase y economicista fue el de marginar, u oscurecer por completo, otras dimensiones, ámbitos y ejes de injusticia.

- *Androcentrismo*. De ahí se deducía que la cultura política del capitalismo organizado de Estado contemplaba al ciudadano típico ideal como un trabajador varón perteneciente a la mayoría étnica: sostén económico y hombre de la familia. También se suponía en general que el salario de este trabajador debía ser el principal, si no el único, soporte económico de su familia, mientras que cualquier salario ganado por su esposa debía ser meramente complementario. Profundamente sexista, esta interpretación del «salario familiar» servía de ideal social, con una connotación de modernidad y movilidad ascendente, y de base para la política estatal en materia de empleo, bienestar social y desarrollo. Ciertamente, el ideal eludía a la mayoría de las familias, porque el salario de un hombre rara vez bastaba para mantener a los hijos y a una esposa desempleada. Y ciertamente, también, la industria fordista a la que el ideal iba ligado pronto se vería superada por un pujante sector servicios de bajos salarios. Pero en las décadas de 1950 y 1960, el ideal de salario familiar aún servía para definir las normas de género y para disciplinar a quienes las contraviniesen, reforzando la autoridad de los hombres en el hogar y canalizando las aspiraciones hacia el consumo doméstico privatizado. Igualmente importante, al valorizar el trabajo asalariado, la cultura política del capitalismo organizado de Estado oscurecía la importancia social del trabajo de cuidados no asalariado y del trabajo reproductivo. Al institucionalizar perspectivas de la familia y del trabajo androcéntricas, naturalizaba las injusticias de género y las retiraba de la protesta política.
- *Estatismo*. El capitalismo organizado de Estado era también estatista, lleno de valores tecnocráticos y gerenciales. Al confiar en expertos profesionales para diseñar las políticas, y en las organizaciones burocráticas para aplicarlas, los Estados del bienestar y los desarrollistas trataban a aquellos

a cuyo servicio supuestamente estaban, como clientes, consumidores y contribuyentes más que como ciudadanos activos. El resultado fue una cultura despolitizada, que trataba las cuestiones de la justicia como asuntos técnicos, que debían ser solucionados mediante el cálculo experto y la negociación corporativista. Lejos de recibir poder para interpretar sus necesidades democráticamente a través de la deliberación política y la protesta, los ciudadanos comunes se situaron (en el mejor de los casos) como receptores pasivos de satisfacciones definidas y dispensadas desde arriba.

- *Westfalianismo*. Por último, el capitalismo organizado de Estado era, por definición, una formación nacional, destinada a movilizar las capacidades de los Estados-nación para apoyar el desarrollo económico nacional en nombre –si no siempre en interés– de la ciudadanía nacional. Posibilitada por el marco regulador de Bretton Woods, esta formación descansaba en una división del espacio político en unidades políticas territorialmente delimitadas. Como resultado, la cultura política del capitalismo organizado de Estado institucionalizó la perpectiva «westfaliana» de que las obligaciones de justicia vinculantes sólo son aplicables entre conciudadanos. Subtendiendo la mayor parte de la lucha social en la era de posguerra, esta opinión canalizaba las reivindicaciones de justicia hacia el campo político interno de los Estados territoriales. La consecuencia, más allá de su apoyo de boquilla a los derechos humanos internacionales y a la solidaridad antiimperialista, fue la de truncar el alcance de la justicia, marginando, o incluso oscureciendo por completo, las injusticias cometidas fuera de las propias fronteras⁴.

En general, por lo tanto, la cultura política del capitalismo organizado de Estado era economicista, androcéntrica, estatista y westfaliana, características todas ellas que fueron objeto de ataque a finales de la década de 1960 y durante la de 1970. En aquellos años de radicalismo explosivo, las feministas de segunda ola se unieron a sus compañeros y compañeras de la nueva izquierda y antiimperialistas para cuestionar el economicismo, el estatismo y (en menor grado) el westfalianismo del capitalismo organizado de Estado, y al tiempo protestaron contra el androcentrismo de éste, y con él, contra el sexismo de sus camaradas y aliados. Consideremos estos puntos uno a uno.

- *El feminismo de segunda ola contra el economicismo*. Negándose a identificar en exclusiva la injusticia con la mala distribución entre las clases,

⁴ Véase un análisis completo sobre el «imaginario político westfaliano» en Nancy Fraser, «Reframing Justice in a Globalizing World», *New Left Review*, núm. 36, noviembre-diciembre de 2005; ed. cast.: «Reinventar la justicia en un mundo globalizado», *NLR*, núm. 36, enero-febrero de 2006.

las feministas de la segunda ola se unieron a otros movimientos emancipadores para abrir el restrictivo imaginario economicista del capitalismo organizado de Estado. Politizando «lo personal», expandieron el significado de la justicia, reinterpretando como injusticias desigualdades sociales que se habían pasado por alto, tolerado o racionalizado desde tiempo inmemorial. Al rechazar el enfoque exclusivo del marxismo en la economía política y el enfoque exclusivo del liberalismo en el derecho, revelaron injusticias situadas en otras partes: en la familia y en las tradiciones culturales, en la sociedad civil y en la vida cotidiana. Además, el feminismo de la segunda ola expandió el número de ejes que podían albergar injusticias. Rechazando la primacía de la clase, las feministas socialistas, las feministas negras y las feministas antiimperialistas se opusieron también a los esfuerzos de las feministas radicales para situar el género en esa misma posición de categoría privilegiada. Al centrarse no sólo en el género, sino también en la clase, la raza, la sexualidad y la nacionalidad, anticiparon una alternativa «interseccional», que hoy en día se halla ampliamente aceptada. Por último, las feministas de la segunda ola ampliaron el alcance de la justicia para incluir asuntos antes privados como la sexualidad, las tareas domésticas, la reproducción y la violencia contra las mujeres. Al hacerlo, ampliaron de hecho el concepto de injusticia para abarcar no sólo desigualdades económicas, sino también jerarquías de estatus y asimetrías de poder político. Con la ventaja que da la retrospectiva, podemos decir que sustituyeron una visión monista y economicista de la justicia por una comprensión tridimensional y más amplia, que abarcaba la economía, la cultura y la política.

El resultado no fue una mera lista de cuestiones aisladas. Por el contrario, lo que conectó la plétora de injusticias recientemente descubiertas fue la idea de que la subordinación de las mujeres era sistémica y se basaba en las estructuras profundas de la sociedad. Las feministas de la segunda ola discutieron, por supuesto, sobre cómo calificar mejor la totalidad social: como «patriarcado», como una amalgama de «sistemas duales» de capitalismo y patriarcado, como sistema imperialista mundial, o, y ésta es la que yo prefiero, como una sociedad capitalista, históricamente específica, organizada por el Estado de forma androcéntrica y estructurada por tres órdenes de subordinación interrelacionados: mala distribución, falta de reconocimiento y falta de representación. Pero a pesar de tales diferencias, la mayoría de las feministas de la segunda ola – con la notable excepción de las liberales– coincidían en que para superar la subordinación de las mujeres hacía falta transformar radicalmente las estructuras profundas de la totalidad social. Este empeño común en la transformación sistémica denotaba que el movimiento tenía sus orígenes en el fermento emancipador más amplio de la época.

- *El feminismo de la segunda ola contra el androcentrismo.* Si bien la segunda ola feminista compartió el aura general de radicalismo de la década de 1960, mantuvo no obstante una tensa relación con otros movimientos emancipadores. Su principal blanco, después de todo, era la injusticia de *género* del capitalismo organizado de Estado, algo que difícilmente constituía una prioridad para los antiimperialistas no feministas y para los miembros de la nueva izquierda. Al intensificar su crítica del androcentrismo del capitalismo organizado de Estado, además, las feministas de la segunda ola también debían afrontar el sexismo dentro de la izquierda. Para las feministas liberales y radicales, esto no suponía un problema excesivo; simplemente podían separarse y abandonar a la izquierda. Para las feministas socialistas, las antiimperialistas y las de color, por el contrario, la dificultad estaba en afrontar el sexismo dentro de la izquierda y seguir formando parte de ella.

Durante un tiempo, al menos, las feministas socialistas consiguieron mantener ese difícil equilibrio. Situaron el núcleo del androcentrismo en la división de género del trabajo que sistemáticamente devaluaba las actividades desempeñadas por las mujeres o asociadas con ellas, tanto remuneradas como no remuneradas. Aplicando este análisis al capitalismo organizado de Estado, descubrieron conexiones estructurales profundas entre la responsabilidad de las mujeres en la mayor parte de los cuidados no remunerados, su subordinación en el matrimonio y en la vida personal, la segmentación de género de los mercados laborales, el dominio de los hombres en el sistema político y el androcentrismo de las prestaciones sociales, la política industrial y los planes de desarrollo. En efecto, pusieron en evidencia que el salario familiar era el punto en el que convergían la mala distribución de género, la falta de reconocimiento y la falta de representación. El resultado fue una crítica que integraba economía, cultura y política en un análisis sistemático de la subordinación de las mujeres en el capitalismo organizado de Estado. Lejos de aspirar simplemente a promover la plena incorporación de las mujeres a la sociedad capitalista como asalariadas, las feministas de la segunda ola feminista pretendían transformar las estructuras profundas del sistema y los valores que lo animaban, en parte privando de su carácter al trabajo asalariado y valorizando las actividades no asalariadas, en especial los cuidados socialmente necesarios proporcionados por las mujeres.

- *El feminismo de la segunda ola contra el estatismo.* Pero las objeciones feministas al capitalismo organizado de Estado se referían tanto al procedimiento como al contenido. Como sus aliados de la nueva izquierda, rechazaron el espíritu burocrático-gerencial del capitalismo organizado de Estado. A la crítica generalizada contra la organización fordista que se dio en la década de 1960, añadieron un análisis de género, interpretando que la cultura de instituciones de gran tamaño y jerarquizadas expresaba

la masculinidad modernizada del estrato profesional-gerencial del capitalismo organizado de Estado. Desarrollando un contraespíritu horizontal de sororidad conectada, las feministas de la segunda ola crearon una práctica organizativa completamente nueva de aumento de la concienciación. Al intentar cubrir la profunda división estatista entre la teoría y la práctica, se convirtieron en un movimiento contracultural y democratizador: antijerárquico, participativo y demótico. En una época en la que aún no existía el acrónimo «ONG», académicas, juristas y trabajadoras sociales feministas se identificaban más con los movimientos de base que con el espíritu profesional reinante entre los expertos despolitizados.

Pero al contrario que sus camaradas contraculturales, la mayoría de las feministas no rechazaban las instituciones estatales pura y simplemente, pretendiendo, por el contrario, infundirles determinados valores feministas en pro de la consecución de un Estado democrático y participativo, que incrementase el poder de sus ciudadanos. Reimaginando de hecho la relación entre Estado y sociedad, intentaron transformar a aquellas situadas como objetos pasivos de las políticas de bienestar social y de las políticas desarrollistas en sujetos activos dotados de poder para participar en los procesos democráticos de interpretación de la necesidad. El objetivo, en consecuencia, no era tanto el de dismantelar las instituciones estatales como transformarlas en agencias que promoviesen, y de hecho expresasen, una justicia de género.

- *El feminismo de la segunda ola en contra y a favor del westfalianismo.* Más ambigua, quizá, fue la relación del feminismo con la dimensión westfaliana del capitalismo organizado de Estado. Dados sus orígenes en el fermento mundial de la época contra la Guerra de Vietnam, el movimiento estaba claramente dispuesto a mostrarse sensible ante las injusticias transfronterizas y, en especial, las feministas del mundo en vías de desarrollo, cuya crítica de género se entremezclaba con la crítica al imperialismo. Pero aquí, como en casi todas partes, la mayoría de las feministas contemplaban los respectivos Estados como los principales destinatarios de sus exigencias. Así, las feministas de la segunda ola tendían a reinscribir el marco westfaliano en la práctica, a pesar de que lo criticasen en teoría. Ese marco, que dividía al mundo en unidades políticas territorialmente delimitadas, seguía siendo la opción por defecto en una época en la que aún parecía que los Estados poseían las capacidades necesarias para dotar de dirección a la sociedad y en la que la tecnología que permitía la formación internacional de redes en tiempo real todavía no estaba disponible. En el contexto del capitalismo organizado de Estado, por lo tanto, el lema «la sororidad entre mujeres es planetaria» (en sí ya criticada como imperialista) funcionaba más como gesto abstracto que como proyecto político poswestfaliano que pudiera llevarse a la práctica.

En general, el feminismo de la segunda ola siguió siendo ambiguamente westfaliano, a pesar de que rechazaba el economicismo, el androcentrismo y el estatismo del capitalismo organizado de Estado. Respecto a todas estas cuestiones, sin embargo, manifestaba considerables matices. Al rechazar el economicismo, las feministas de este periodo nunca dudaron de la importancia fundamental de la justicia distributiva y de la crítica de la economía política para el proyecto de emancipación de las mujeres. Lejos de querer minimizar la dimensión económica de la injusticia de género, intentaron, por el contrario, profundizarla al aclarar que dicha injusticia estaba relacionada con las dos dimensiones adicionales de la cultura y la política. De igual modo, al rechazar el androcentrismo del salario familiar, las feministas de la segunda ola nunca intentaron sustituirlo sin más por la familia con dos perceptores salariales. Para ellas, la superación de la injusticia de género suponía poner fin a la devaluación sistemática de los cuidados de la familia y la división de género del trabajo, tanto remunerado como no remunerado. Por último, al rechazar el estatismo del capitalismo organizado de Estado, las feministas de la segunda ola nunca dudaron de que se necesitasen instituciones políticas fuertes y capaces de organizar la vida económica al servicio de la justicia. Lejos de querer mercados libres del control estatal, buscaban democratizar el poder del Estado, maximizar la participación ciudadana, fortalecer la responsabilidad y aumentar los flujos comunicativos entre el Estado y la sociedad.

En resumen, la segunda ola feminista asumió un proyecto político transformador, basado en una interpretación más amplia de la injusticia y en la crítica sistémica a la sociedad capitalista. Las corrientes más avanzadas del movimiento consideraron que las suyas eran unas luchas multidimensionales, dirigidas simultáneamente contra la explotación económica, la jerarquía de estatus y el sometimiento político. El feminismo les parecía, además, parte de un proyecto emancipador más amplio en el que la lucha contra las injusticias de género estaba necesariamente ligada a la lucha contra el racismo, el imperialismo, la homofobia y el dominio de clase, todo lo cual exigía transformar las estructuras profundas de la sociedad capitalista.

II. El feminismo y el «nuevo espíritu del capitalismo»

Al final, sin embargo, ese proyecto se quedó en gran medida malogrado, víctima de fuerzas históricas más profundas, que no fueron bien interpretadas en aquel momento. Con la ventaja que da la retrospectiva, vemos ahora que el ascenso de la segunda ola feminista coincidió con un cambio histórico en el carácter del capitalismo, de la variante organizada por el Estado, que acaba de analizarse, al neoliberalismo. Inviertiendo la fórmula anterior,

que pretendía «usar la política para domesticar los mercados», los partidarios de esta nueva forma de capitalismo proponían usar los mercados para domesticar la política. Desmantelando elementos claves del marco de Bretton Woods, eliminaron los controles del capital que habían permitido la dirección keynesiana de las economías nacionales. En lugar del *dirigisme* promovieron la privatización y la liberalización; en lugar de prestaciones públicas y ciudadanía social, «goteo» y «responsabilidad personal»; en lugar de Estados del bienestar y desarrollistas, el «Estado de la competencia» escueto y mezquino. Probado en América Latina, este enfoque sirvió para guiar buena parte de la transición al capitalismo en Europa oriental y central. Aunque públicamente preconizado por Thatcher y Reagan, en el Primer Mundo sólo se aplicó de manera gradual y desigual. En el Tercer Mundo, por el contrario, la neoliberalización se impuso a punta de deuda, como un programa forzoso de «ajuste estructural», que echó abajo todos los principios fundamentales del desarrollismo y obligó a los Estados poscoloniales a transferir sus activos, abrir sus mercados y recortar el gasto social.

Curiosamente, la segunda ola feminista floreció en estas nuevas condiciones. Lo que había empezado como un movimiento contracultural radical pasaba ahora a convertirse en un fenómeno social de masas de base amplia. Atrayendo partidarios de toda clase, etnia, nacionalidad e ideología política, las ideas feministas penetraron en todos los resquicios de la vida social y transformaron la idea que todos los afectados tenían de sí mismos. El efecto no sólo fue el de ampliar enormemente las filas de activistas, sino también remodelar las percepciones lógicas de la familia, el trabajo y la dignidad.

¿Fue mera coincidencia que la segunda ola feminista y el neoliberalismo prosperasen unidos? ¿O había una perversa y soterrada afinidad electiva entre ellos? Esta segunda posibilidad es herética, por su puesto, pero es peligroso no investigarla. Desde luego, el ascenso del neoliberalismo transformó drásticamente el terreno en el que operaba el feminismo de la segunda ola. La consecuencia, argumentaré aquí, fue la de resignificar los ideales feministas⁵. Aspiraciones que tenían un claro impulso emancipador en el contexto del capitalismo organizado de Estado asumían un significado mucho más ambiguo en la época neoliberal. Situados los Estados del bienestar y desarrollistas bajo el ataque de los partidarios del libre mercado, las críticas feministas del economicismo, el androcentrismo, el estatismo y el westfalianismo asumieron una nueva valencia. Permítaseme aclarar esta dinámica de la resignificación volviendo a contemplar los cuatro núcleos de la crítica feminista.

⁵ Tomo la expresión «resignificación» de Judith Butler, «Contingent Foundations», en Seyla Benhabib, Judith Butler, Drucilla Cornell y Nancy Fraser, *Feminist Contentions. A Philosophical Exchange*, Londres, 1994.

- *El antieconomicismo feminista resignificado*. El ascenso del neoliberalismo coincidió con una gran alteración en la cultura política de las sociedades capitalistas. En este periodo, las exigencias de justicia se expresaron cada vez más como reivindicaciones para que se reconociesen la identidad y la diferencia⁶. Este cambio «de la redistribución al reconocimiento» fue acompañado por fuertes presiones para transformar el feminismo de la segunda ola en una variante de las políticas de identidad. Una variante progresista, sin duda, pero que tendía no obstante a ampliar en exceso la crítica de la cultura, al tiempo que restaba importancia a la crítica de la economía política. En la práctica, se tendió a subordinar las luchas socioeconómicas a las luchas por el reconocimiento, mientras que en los sectores académicos la teoría cultural feminista empezó a eclipsar a la teoría social feminista. Lo que había empezado como un correctivo necesario al economicismo evolucionó con el tiempo a un culturalismo igualmente tendencioso. Así, en lugar de llegar a un paradigma más amplio y rico, que pudiera abarcar la redistribución y el reconocimiento, las feministas de la segunda ola cambiaron de hecho un paradigma truncado por otro.

El momento, además, no podía ser peor. El cambio al reconocimiento encajaba muy claramente con un neoliberalismo ascendente, que no quería más que reprimir cualquier recuerdo del igualitarismo social. Así, las feministas absolutizaron la crítica a la cultura precisamente en el momento en el que las circunstancias exigían redoblar la atención a la crítica de la economía política. A medida que la crítica se dividía, además, la corriente cultural no sólo se desgajó de la corriente económica, sino también de la crítica al capitalismo que previamente las había integrado. Desligadas de la crítica al capitalismo y dispuestas para articulaciones alternativas, estas corrientes podían ser atraídas hacia lo que Hester Eisenstein ha denominado «una relación peligrosa» con el neoliberalismo⁷.

- *El antiandrocentrismo feminista resignificado*. Sólo era cuestión de tiempo, por lo tanto, que el neoliberalismo resignificase la crítica feminista del androcentrismo. Para explicar cómo propongo adaptar un argumento presentado por Luc Boltanski y Ève Chiapello. En su importante libro *Le nouvel esprit du capitalisme*, estos autores sostienen que el capitalismo se rehace periódicamente a sí mismo en momentos de ruptura histórica, en parte recuperando corrientes de crítica dirigidas contra él⁸. En

⁶ Respecto a este cambio en la gramática de las reivindicaciones políticas, véase Nancy Fraser, «From Redistribution to Recognition?», *New Left Review*, núm. 1/212, julio-agosto de 1995; ed. cast.: «¿De la redistribución al reconocimiento? Dilemas de la justicia en la era "postsocialista"», *New Left Review*, núm. 0, Madrid, enero-febrero de 2000.

⁷ Hester Eisenstein, «A Dangerous Liaison? Feminism and Corporate Globalization», *Science and Society*, vol. 69, núm. 3, 2005.

⁸ Luc Boltanski y Ève Chiapello, *Le nouvel esprit du capitalisme*, París, 1999; ed. cast.: *El nuevo espíritu del capitalismo*, Madrid, 2002; ed. ing.: *The New Spirit of Capitalism*, Londres, 2005. Eli

dichos momentos, elementos de la crítica anticapitalista se resignifican para legitimar una forma nueva y emergente de capitalismo, que por lo tanto se ve dotado con un mayor significado moral necesario para motivar a las nuevas generaciones a respaldar el trabajo inherentemente absurdo de la acumulación indefinida. Para Boltanski y Chiapello, el nuevo «espíritu» que ha servido para legitimar el flexible capitalismo neoliberal de nuestro tiempo surgió de la crítica «artista» de la nueva izquierda al capitalismo organizado de Estado, que denunciaba el gris conformismo de la cultura corporativa. Fue en los acentos de Mayo del 68, afirman, donde los teóricos de la gestión neoliberales propusieron un nuevo capitalismo «conexionista», de «proyecto», en el que las rígidas jerarquías organizativas dieran paso a equipos horizontales y redes flexibles, y liberasen así la creatividad individual. El resultado fue una nueva narrativa del capitalismo con consecuencias en el mundo real; una narrativa que envolvió a las nuevas empresas tecnológicas de Silicon Valley y que hoy encuentra su más pura expresión en los valores de Google.

El argumento de Boltanski y Chiapello es original y profundo. Sin embargo, al no tener en cuenta el género no capta todo el carácter del espíritu del capitalismo neoliberal. Ciertamente, ese espíritu incluye una narrativa masculinista del individuo libre, sin trabas, automodelado, que ellos describen muy bien. Pero el capitalismo neoliberal se relaciona tanto con Walmart, las maquiladoras y el microcrédito como con Silicon Valley y Google. Y sus trabajadores indispensables son desproporcionadamente mujeres, no sólo mujeres jóvenes y solteras, sino también casadas y con hijos; no sólo mujeres racializadas, sino también mujeres prácticamente de todas las nacionalidades y etnias. Como tales, las mujeres han entrado en tromba en los mercados de trabajo de todo el mundo; la consecuencia ha sido la de menoscabar de una vez por todas el ideal de salario familiar que el capitalismo organizado de Estado propugnaba. En el capitalismo neoliberal «desorganizado», ese ideal se ha sustituido por la norma de la familia con dos perceptores de salario. No importa que la realidad que subyace al nuevo ideal sean los niveles salariales deprimidos, la caída de la seguridad en el trabajo, el descenso del nivel de vida, un fuerte aumento del número de horas trabajadas a cambio del salario por familia, la exacerbación del doble turno –ahora a menudo triple o cuádruple– y el aumento de los hogares en los que la cabeza de familia es una mujer. El capitalismo desorganizado saca peras del olmo elaborando una nueva narrativa del avance femenino y la justicia de género.

Zaretsky, «Psychoanalysis and the Spirit of Capitalism», *Constellations*, vol. 15, núm. 3, 2008, interpreta el psicoanálisis como el espíritu de «la segunda revolución industrial», y concluye presentando el feminismo como el espíritu de la «tercera».

Por inquietante que pueda parecer, sugiero que el feminismo de la segunda ola ha aportado involuntariamente un ingrediente clave del nuevo espíritu del neoliberalismo. Nuestra crítica al salario familiar proporciona ahora buena parte de la narrativa que inviste al capitalismo flexible de un significado más elevado y de un argumento moral. Dotando a sus luchas diarias de un significado ético, la narrativa feminista atrae a las mujeres de ambos extremos del espectro social: en un extremo, los cuadros femeninos de las clases medias profesionales, decididas a romper el techo de cristal; en el otro, las temporeras, las trabajadoras a tiempo parcial, las empleadas de servicios con bajos salarios, las empleadas domésticas, las trabajadoras del sexo, las migrantes, las maquiladoras y las solicitantes de microcréditos, que no sólo buscan rentas y seguridad material, sino también dignidad, superación personal y liberación de la autoridad tradicional. En ambos extremos, el sueño de la emancipación de las mujeres va atado al motor de la acumulación capitalista. Así, la crítica del feminismo de la segunda ola al salario familiar ha disfrutado de una perversa continuación. En otro tiempo pieza fundamental del análisis radical sobre el androcentrismo del capitalismo, sirve hoy para intensificar la valorización del trabajo asalariado del capitalismo.

- *El antiestatismo feminista resignificado.* El neoliberalismo también ha resignificado el antiestatismo del periodo anterior, convirtiéndolo en una ayuda para los planes destinados a reducir la acción del Estado *tout court*. En el nuevo clima, parecía no haber más que un paso entre la crítica de la segunda ola feminista al paternalismo del Estado social y la crítica de Thatcher contra el Estado niñera. Ciertamente, esa fue la experiencia en Estados Unidos, donde las feministas contemplaron impotentes cómo Bill Clinton transformaba la matizada crítica que ellas hacían de un sistema de asistencia escaso, sexista y estigmatizador en un plan para «acabar con el Estado del bienestar tal y como lo conocemos», que abolió el derecho federal al subsidio por bajos ingresos. En las antiguas colonias, por su parte, la crítica al androcentrismo del Estado desarrollista se transformó en entusiasmo por las ONG, que emergieron por todas partes para cubrir el vacío dejado por los Estados cada vez más reducidos. Ciertamente, las mejores de estas organizaciones proporcionaban a poblaciones privadas de servicios públicos la ayuda que con tanta urgencia necesitaban. Sin embargo, a menudo el efecto fue el de despolitizar los grupos locales y desviar sus agendas hacia direcciones favorecidas por los financiadores del Primer Mundo. Por su propia naturaleza de cubrir deficiencias y vacíos, además, la acción de las ONG no ayudaba mucho a cuestionar el enorme

retroceso de la provisión pública, ni a construir un apoyo político para la acción estatal receptiva⁹.

La explosión del microcrédito ilustra el dilema. Contraponiendo los valores feministas de asunción de poder y participación desde abajo a la burocracia inductora de pasividad del estatismo jerárquico, los arquitectos de estos proyectos han diseñado una síntesis innovadora de la autoayuda individual y la formación de redes comunitarias, la supervisión por parte de las ONG y los mecanismos de mercado, todo ello con el objetivo de combatir la pobreza y el sometimiento de género de las mujeres. Los resultados hasta el momento incluyen una enorme cifra de devolución de préstamos y pruebas anecdóticas de vidas transformadas. Lo que se ha ocultado, sin embargo, en el alborozo feminista que rodea a estos proyectos, es una inquietante coincidencia: el microcrédito ha florecido al mismo tiempo que los Estados han abandonado los esfuerzos macroestructurales de lucha contra la pobreza, esfuerzos que el préstamo a pequeña escala no puede ni mucho menos sustituir¹⁰. También en este caso, la crítica feminista al paternalismo burocrático ha sido recuperada por el neoliberalismo. Una perspectiva destinada originalmente a transformar el poder estatal en vehículo para dar soberanía a los ciudadanos y para la justicia social se usa ahora para legitimar la mercantilización y la reducción del Estado.

- *El feminismo a favor y en contra del westfalianismo resignificado.* Por último, el neoliberalismo alteró para mejor y para peor la ambigua relación del feminismo de la segunda ola con el marco westfaliano. En el nuevo contexto de la «globalización» ya no se puede decir que el Estado territorial delimitado es el único contenedor legítimo de las obligaciones de justicia y de las luchas a favor de ésta. Las feministas se han unido a los ecologistas, a los activistas por los derechos humanos y a quienes critican a la OMC para cuestionar ese punto de vista. Movilizando intuiciones poswestfalianas impracticables en el capitalismo organizado de Estado, han captado injusticias transfronterizas que se habían marginado o descuidado en la época anterior. Utilizando nuevas tecnologías de comunicación para establecer redes transnacionales, las feministas han promovido estrategias innovadoras como el «efecto bumerán», que moviliza la opinión pública mundial para iluminar abusos locales y

⁹ Sonia Alvarez, «Advocating Feminism: The Latin American Feminist ngo “Boom”», *International Feminist Journal of Politics*, vol. 1, núm. 2, 1999; Carol Barton, «Global Women’s Movements at a Crossroads», *Socialism and Democracy*, vol. 18, núm. 1, 2004.

¹⁰ Uma Narayan, «Informal Sector Work, Microcredit and Third World Women’s “Empowerment”: A Critical Perspective», artículo presentado en el XXII Congreso Mundial de Filosofía del Derecho y Filosofía Social, mayo de 2005, Granada; H. Eisenstein, «A Dangerous Liaison? Feminism and Corporate Globalization», cit.

avergonzar a los Estados que los permiten¹¹. El resultado fue una forma nueva y prometedora de activismo feminista: transnacional, multiescalar y poswestfaliano.

Pero el giro transnacional también provocó dificultades. A menudo bloqueadas en el plano estatal, muchas feministas dirigieron sus energías hacia el ámbito «internacional», en especial a una sucesión de congresos relacionados con Naciones Unidas, desde Nairobi a Viena, Pekín y demás. Estableciendo una presencia en la «sociedad civil global» desde la que abordar nuevos regímenes de gobernanza mundial, se vieron involucradas en algunos de los problemas que ya hemos señalado. Por ejemplo, campañas a favor de los derechos humanos de las mujeres centradas abrumadoramente en las cuestiones de la violencia y la reproducción, descuidando, por ejemplo, la pobreza. Ratificando la división propia de la Guerra Fría entre derechos civiles y políticos, por una parte, y derechos sociales y económicos, por otra, estos esfuerzos han dado primacía, además, al reconocimiento sobre la redistribución. Además, estas campañas intensificaron la ongización de la política feminista, ampliando el abismo entre profesionales y grupos locales, al tiempo que concedían una voz desproporcionada a las elites angloparlantes. Dinámicas análogas han operado en la participación feminista en el aparato político de la Unión Europea, en especial dada la ausencia de movimientos de mujeres verdaderamente transnacionales a escala europea. Así, la crítica feminista al westfalianismo ha demostrado ser ambigua en la era del neoliberalismo. Lo que empezó como un saludable intento de ampliar el alcance de la justicia más allá del Estado-nación ha acabado encajando en ciertos aspectos con las necesidades administrativas de una nueva forma de capitalismo.

En general, por lo tanto, el destino del feminismo en la era neoliberal presenta una paradoja. Por una parte, el movimiento contracultural relativamente pequeño del periodo anterior se ha ampliado exponencialmente, difundiendo con éxito sus ideas por todo el planeta. Por otra, las ideas feministas han experimentado un sutil cambio de valencia en el contexto alterado. Claramente emancipadoras en la época del capitalismo organizado de Estado, las críticas al economicismo, el androcentrismo, el estatismo y el westfalianismo parecen ahora plagadas de ambigüedad, susceptibles de cubrir las necesidades de legitimación de una nueva forma de capitalismo. Después de todo, este capitalismo preferiría con creces afrontar las reivindicaciones de reconocimiento y no las reivindicaciones de redistribución,

¹¹ Margaret Keck y Kathryn Sikkink, *Activists Beyond Borders: Advocacy networks in International Politics*, Ithaca (NY), 1998.

a medida que construye un nuevo régimen de acumulación sobre la piedra angular del trabajo asalariado de las mujeres e intenta eximir a los mercados de la regulación social para operar con la mayor libertad posible a escala planetaria.

III. ¿Un futuro abierto?

Hoy, sin embargo, este capitalismo se encuentra también en una encrucijada crítica. Ciertamente, la crisis financiera mundial y la respuesta decididamente posneoliberal a dicha crisis por parte de los principales Estados –todos ellos keynesianos a estas alturas– marcan el comienzo del fin del neoliberalismo como régimen económico. La elección de Barack Obama puede señalar el rechazo decisivo, incluso en el seno de la bestia, del neoliberalismo como proyecto político. Quizá estemos contemplando los primeros movimientos de una nueva oleada de movilización destinada a articular una alternativa. Quizá, en consecuencia, estemos al borde de otra «gran transformación», tan masiva y profunda como la que acabo de describir.

Si es así, por lo tanto, la forma de la sociedad sucesora será objeto de intensa contestación en el próximo periodo. Y el feminismo participará de manera importante en esa contestación, en dos niveles distintos: en primer lugar, como movimiento social cuyas fortunas he trazado aquí, que intentará garantizar que el régimen sucesor institucionalice un compromiso con la justicia de género. Pero también, en segundo lugar, como diseño discursivo general que las feministas en el primer sentido ya no poseen y no controlan; un significativo vacío del bien (similar, quizá, a «democracia»), que puede invocarse y se invocará para legitimar una variedad de escenarios distintos, no todos los cuales promueven la justicia de género. Derivado del feminismo en su primer sentido, de movimiento social, este segundo sentido discursivo del «feminismo» se ha desmadrado. A medida que el discurso se independiza del movimiento, éste se enfrenta cada vez más con una versión extrañamente sombría de sí mismo, un doble siniestro al que no puede sencillamente abrazar ni repudiar por completo¹².

En este artículo, he trazado la danza desconcertante de estos dos feminismos en el cambio del capitalismo organizado de Estado al neoliberalismo. ¿Qué debería concluirse de ese cambio? Ciertamente no que el feminismo de la segunda ola ha fracasado pura y simplemente, ni que sea culpable del triunfo del neoliberalismo. Desde luego, los ideales feministas no son inherentemente problemáticos; y no están siempre destinados a ser

¹² Esta fórmula del «feminismo y sus dobles» podría elaborarse de manera útil con respecto a las elecciones presidenciales estadounidenses de 2008, en las que las dobles siniestros fueron Hillary Clinton y Sarah Palin.

resignificados con fines capitalistas. Concluyo, por el contrario, que aquellas de nosotras para quienes el feminismo es ante todo un movimiento a favor de la justicia de género necesitamos ampliar nuestra conciencia histórica, porque operamos en un terreno poblado también por nuestro siniestro doble.

Con ese fin, permítaseme volver a la cuestión de cómo se explica nuestra «relación peligrosa» con el neoliberalismo, si es que puede explicarse. ¿Somos víctimas de una desgraciada coincidencia, que por casualidad nos encontrábamos en el lugar y en el momento equivocados y fuimos presa del más seductor de los oportunistas, un capitalismo tan indiscriminado que estaba dispuesto a instrumentalizar cualquier perspectiva, incluso una inherentemente ajena a él? ¿O hay, como ya he sugerido, cierta afinidad subterránea y electiva entre el feminismo y el neoliberalismo? Si dicha afinidad existe, radica en la crítica a la autoridad tradicional¹³. Dicha autoridad es desde hace tiempo objetivo del activismo feminista, que busca, al menos desde Mary Wollstonecraft, emancipar a las mujeres del sometimiento personalizado a los hombres, ya sean padres, hermanos, sacerdotes, ancianos o esposos. Pero la autoridad tradicional también se convierte en algunos periodos en un obstáculo para la expansión capitalista, parte del contenido social circundante en el que los mercados se han insertado históricamente y que ha servido para confinar la racionalidad económica dentro de una esfera limitada¹⁴. En el momento actual, estas dos críticas a la autoridad tradicional, la feminista y la neoliberal, parecen converger.

Donde el feminismo y el neoliberalismo divergen, por el contrario, es acerca de las formas postradicionales de subordinación de género: restricciones en la vida de las mujeres que no adoptan la forma del sometimiento personalizado, sino que surgen de procesos estructurales o sistémicos en los que las acciones de tantas personas están abstracta o impersonalmente mediadas. Un caso paradigmático es lo que Susan Okin ha denominado el «ciclo de vulnerabilidad claramente asimétrica y socialmente causada por el matrimonio», en el que la responsabilidad tradicional de las mujeres de cuidar a los hijos ayuda a modelar los mercados de trabajo que las perjudican, dando como resultado una desigualdad de poder en el mercado económico, lo cual a su vez refuerza y exacerba la desigualdad de poder en la familia¹⁵. Dichos procesos de subordinación mediados por el mercado son la savia del capitalismo neoliberal. Hoy, en consecuencia, deberían

¹³ Debo este argumento a Eli Zaretsky (comunicación personal). Cf. H. Eisenstein, «A Dangerous Liaison? Feminism and Corporate Globalization», cit.

¹⁴ En algunos periodos, aunque no siempre. En muchos contextos, el capitalismo tiene muchas más posibilidades de adaptarse a la autoridad tradicional que de cuestionarla. Respecto a la inserción de los mercados, véase Karl Polanyi, *The Great Transformation* [1944], Boston, 2001.

¹⁵ Susan Okin, *Justice, Gender and the Family*, Nueva York, 1989, p. 138.

convertirse en el gran objetivo de la crítica feminista, ahora que intentamos distinguirnos del neoliberalismo y evitar su resignificación. El objetivo, por supuesto, no es dejar la lucha contra la autoridad masculina tradicional, que sigue siendo un momento necesario de la crítica feminista. Es, por el contrario, interrumpir el tránsito fácil de esa crítica a su doble neoliberal; sobre todo, volviendo a conectar las luchas contra el sometimiento personalizado con la crítica a un sistema capitalista que, aunque promete liberación, sustituye de hecho un modo de dominación por otro.

Con la esperanza de hacer progresar esta agenda, me gustaría concluir contemplando por última vez mis cuatro focos de la crítica feminista:

- *Antieconomicismo posneoliberal.* El posible alejamiento del neoliberalismo ofrece la oportunidad de reactivar la promesa emancipadora de la segunda ola feminista. Adoptando un análisis plenamente tridimensional de la injusticia, podríamos ahora integrar de un modo más equilibrado las dimensiones de redistribución, reconocimiento y representación que se escindieron en la época anterior. Cimentando esos aspectos fundamentales de la crítica feminista en un sentido robusto y actualizado de la totalidad social, deberíamos reconectar la crítica feminista con la crítica al capitalismo, y así resituar el feminismo directamente en la izquierda.
- *Antiandrocentrismo posneoliberal.* De igual modo, el posible giro hacia una sociedad posneoliberal ofrece la oportunidad de romper el vínculo espurio entre nuestra crítica al salario familiar y el capitalismo flexible. Recuperando nuestra crítica al androcentrismo, las feministas podríamos militar a favor de una forma de vida que prive de su carácter central al trabajo asalariado y valore actividades no mercantilizadas como el trabajo de cuidados. Ahora desempeñadas en gran parte por mujeres, dichas actividades deberían convertirse en componentes valiosos de una vida buena para todos.
- *Antiestatismo posneoliberal.* La crisis del neoliberalismo ofrece también la oportunidad de romper el vínculo entre nuestra crítica al estatismo y la mercantilización. Reclamando el manto de la democracia participativa, las feministas podrían militar ahora a favor de una nueva organización del poder político, que subordine el gerencialismo al incremento del poder de los ciudadanos. El objetivo, sin embargo, no es el de disipar el poder público, sino fortalecerlo. Así, la democracia participativa que intentamos alcanzar hoy es aquella que usa la política para domesticar los mercados y dirigir la sociedad en interés de la justicia.
- *Antiwestfalianismo posneoliberal.* Por último, la crisis del neoliberalismo ofrece la oportunidad de resolver, de modo productivo, la ambigüedad

que desde hace tiempo mantenemos respecto al marco westfaliano. Dado el actual alcance transnacional del capital, las capacidades públicas necesarias hoy no pueden albergarse exclusivamente en el Estado territorial. A este respecto, en consecuencia, la tarea es la de romper la identificación exclusiva de la democracia con la comunidad política físicamente delimitada. Uniéndose a otras fuerzas progresistas, las feministas podrían militar a favor de un nuevo orden político poswestfaliano: un orden multiescalar y democrático en todos los niveles. Combinando la subsidiaridad con la participación, la nueva constelación de poderes democráticos debería ser capaz de corregir las injusticias presentes en todas las dimensiones, en todos los ejes y en todas las escalas, incluidas las injusticias transfronterizas.

Sugiero, por lo tanto, que éste es un momento en el que las feministas deberíamos pensar a lo grande. Habiendo observado cómo la avalancha neoliberal instrumentalizaba nuestras mejores ideas, tenemos ahora un resquicio para reclamarlas. Si aprovechamos este momento, podríamos sencillamente dirigir el arco de la inminente transformación hacia la justicia, y no sólo con respecto al género.

VIII

¿TRIPLE MOVIMIENTO?

COMPRENDER LA POLÍTICA DE LA CRISIS A LA LUZ DE POLANYI

EN MUCHOS ASPECTOS, la crisis actual se parece a la de la década de 1930, descrita por Karl Polanyi en *La gran transformación*¹. Ahora, como entonces, el incansable impulso para ampliar y liberalizar los mercados está causando estragos en todas partes, destruyendo los medios de vida de miles de millones de personas; deshaciendo familias, debilitando comunidades y rompiendo solidaridades; devastando ecosistemas y expropiando la naturaleza en todo el planeta. Ahora, como entonces, los intentos de mercantilizar la naturaleza, el trabajo y el dinero están desestabilizando la sociedad y la economía: véanse, si no, las consecuencias destructivas del comercio desregulado en los ámbitos de la biotecnología, la compensación de las emisiones de carbono y, por supuesto, los derivados financieros; el impacto sobre el cuidado de niños, la enseñanza y la atención de las personas mayores. Ahora, como entonces, el resultado es una crisis de dimensiones múltiples: no solo económicas y financieras, sino también ecológicas y sociales.

Asimismo, nuestra crisis parece compartir una clara lógica de estructura profunda con la analizada por Polanyi. Ambas parecen radicar en una dinámica común, que él denominó «mercantilización ficticia». En ambas épocas, la nuestra y la suya, los fundamentalistas del libre mercado han intentado mercantilizar todas las condiciones previas necesarias para la producción de mercancías. Convirtiendo el trabajo, la naturaleza y el dinero en objetos a la venta en mercados «autorregulados», proponían considerar esas bases fundamentales de la producción y el intercambio como mercancías iguales que cualesquiera otras. De hecho, sin embargo, el proyecto era contradictorio en sí mismo. Como un tigre que se muerde la cola, el liberalismo amenaza ahora, al igual que antes su predecesor, con erosionar los soportes mismos de los que depende del capitalismo. El resultado en ambos casos era completamente predecible: completa desestabilización del sistema económico, por un lado, y de la naturaleza y la sociedad, por otro.

¹ Una versión anterior de este artículo se pronunció en forma de «Conferencia Rosa Luxemburgo» en Berlín el 22 de noviembre de 2012. Agradezco el apoyo del Rosa Luxemburg Stiftung, el Einstein Stiftung (Berlín), el Forschungskolleg Humanwissenschaften (Bad Homburg) y el Centro de Estudios Avanzados «Justitia Amplificata», Frankfurt. Gracias también a Blair Taylor por su ayuda en la investigación.

Dadas estas similitudes estructurales, no sorprende que muchos analistas de la actual crisis estén recuperando la obra magna de Polanyi, ni que muchos hablen de nuestro tiempo como una «segunda gran transformación», una «gran transformación recurrente»². No obstante, la actual coyuntura diverge de la de la década de 1930 en un aspecto crucial: a pesar de las similitudes estructurales, la respuesta política actual es asombrosamente distinta. En la primera mitad del siglo XX, los enfrentamientos sociales que rodearon la crisis formaron lo que Polanyi denominó un «movimiento doble». En su opinión, los partidos políticos y los movimientos sociales se coligaron a un lado o al otro de una línea de falla simple. De un lado se situaron las fuerzas políticas y los intereses comerciales que defendían la liberalización de los mercados y la ampliación de la mercantilización; del otro, un frente de amplia base e interclasista, que incluía obreros urbanos y terratenientes, socialistas y conservadores, que buscaba «proteger a la sociedad» de los pillajes del mercado. Con la agudización de la crisis, además, los partidarios de la «protección social» ganaron la partida. En contextos tan divergentes como el Estados Unidos del *New Deal*, la Rusia estalinista, la Europa fascista y, más tarde, la socialdemocracia de posguerra, las clases políticas parecieron coincidir al menos en este punto: dejados a su libre albedrío, los mercados de trabajo, naturaleza y dinero «autorregulados» destruirían la sociedad. Para salvarla era necesaria la regulación política.

Hoy, sin embargo, no existe dicho consenso. Las elites políticas son explícita o implícitamente neoliberales (fuera de Latinoamérica y China, al menos). Preocupadas por proteger primero y ante todo a los inversores, prácticamente todas ellas –incluidos los autoproclamados socialdemócratas– exigen «austeridad» y «reducción del déficit», a pesar de las amenazas que dichas políticas suponen para la economía, la sociedad y la naturaleza. Mientras tanto, la oposición popular no está unida en torno a una alternativa partidaria de la solidaridad, a pesar de brotes intensos pero efímeros como Occupy y los Indignados españoles, cuyas protestas carecen en general de contenido programático. Los movimientos sociales progresistas son más longevos y están mejor institucionalizados, sin duda; pero adolecen de

2 El número de interpretaciones de este tipo es enorme. Entre los ejemplos se encuentran: Michael Burawoy, «A Sociology for the Second Great Transformation?», *Annual Review of Sociology*, vol. 26, 2000, pp. 693-695; Michael Brie y Dieter Klein, «The Second Great Transformation», *International Critical Thought*, vol. 1, núm. 1, 2011, pp. 18-28; Giovanna Zincone y John Agnew, «The Second Great Transformation», *Space and Polity*, vol. 4, núm. 1, 2000, pp. 5-21; Edward Webster y Robert Lambert, «Markets against Society: Labour's Predicament in the Second Great Transformation», en Ann Dennis y Devorah Kalekin-Fishman (eds.), *The isa Handbook in Contemporary Sociology*, Londres, 2009; Mitchell Bernard, «Ecology, Political Economy and the Counter-Movement», en Stephen Gill y James Mittelman (eds.), *Innovation and Transformation in International Studies*, Cambridge, 1997, pp. 75-89; Ronaldo Munck, «Globalization and Democracy: A New "Great Transformation"», *Annals of the American Academy of Political and Social Science*, vol. 581, núm. 1, 2002, pp. 10-21.

fragmentación y no se han unido en un proyecto coherente contra el neoliberalismo. Dicho esto, carecemos de un movimiento doble en el sentido dado por Polanyi³. El resultado, por lo tanto, es una desconexión curiosa. Mientras que la crisis actual parece seguir una lógica estructural polanyiana, basada en la dinámica de la mercantilización ficticia, no manifiesta una lógica política polanyiana, representada por el doble movimiento.

¿Qué deberíamos hacer con esta desconexión? ¿Cómo se puede explicar el carácter decididamente no polanyiano del paisaje político en el siglo XXI, y cómo deberíamos evaluar la actual constelación? ¿Por qué las elites políticas actuales no defienden proyectos reguladores destinados a salvar el sistema económico capitalista –por no hablar de la sociedad y la naturaleza– del pillaje de mercados descontrolados? ¿Y por qué no se unen los movimientos sociales en torno a un proyecto contrahegemónico destinado a defender medios de vida amenazados, comunidades golpeadas y ecosistemas en peligro? ¿Nos enfrentamos a errores políticos, errores de liderazgo, defectos de análisis, errores de juicio? ¿Representa, por el contrario, la actual constelación de enfrentamientos políticos, en ciertos aspectos, un avance respecto al escenario planteado por Polanyi? ¿Refleja conocimientos adquiridos con esfuerzo que señalan fallos en la idea del movimiento doble? En este artículo propongo abordar estas cuestiones en dos fases. Primero, evaluaré algunas hipótesis muy citadas sobre por qué el actual paisaje político se desvía del análisis de Polanyi. Después plantearé una hipótesis alternativa, que desde mi punto de vista ilustra mejor nuestra situación. Esta hipótesis exige que revisemos la idea de movimiento doble planteada por Polanyi, de tal modo que aclare mejor las perspectivas de transformación social emancipadora en el siglo XXI.

¿Un fallo de liderazgo?

Empecemos, por lo tanto, preguntando por qué no hay doble movimiento en el siglo XXI. Por qué, a pesar de las condiciones estructurales en apariencia favorables, no hay un proyecto contrahegemónico dirigido a proteger la sociedad y la naturaleza del neoliberalismo. Por qué las clases políticas de nuestro tiempo ceden la creación de la política pública a los banqueros centrales, y por qué sus filas incluyen tan pocos keynesianos convencidos, y mucho menos socialistas, dispuestos a defender las alternativas que propugnen la solidaridad. Por qué no existe una amplia coalición de nuevos partidarios del *New Deal*: sindicalistas, desempleados y trabajadores

³ Michael Burawoy, «From Polanyi to Pollyanna: The False Optimism of Global Labour Studies», *Global Labour Journal*, vol. 1, núm. 2, 2010, pp. 301-313, ofrece un saludable correctivo al «polianismo» [en referencia al personaje de Pollyanna] de muchos polanyianos actuales.

precarios; feministas, ecologistas y antiimperialistas; socialdemócratas y socialistas democráticos. Por qué ningún Frente Popular insiste en que los costes de la mercantilización ficticia no debería pagarlos la «sociedad» en sí, sino aquellos cuyo insaciable impulso de acumular capital precipitó la crisis. Por qué las protestas creativas de los Indignados y del movimiento Occupy no han encontrado una expresión política coherente, sostenida y capaz de plantear un reto creíble a los «malhechores de la riqueza», como Franklin Roosevelt los habría llamado, y a los gobiernos que hacen lo que dichos malhechores les ordenan.

Varias explicaciones se sugieren por sí mismas. La más sencilla atribuye la ausencia de un movimiento doble a los fallos de los líderes políticos. Esta hipótesis podría haberse ocurrido a cualquiera que siguiese la campaña presidencial estadounidense. Para consternación de muchos, Barack Obama se mostró reacio o incapaz de articular una alternativa al descarado neoliberalismo de Romney y Ryan. En el debate presidencial televisado el 3 de octubre de 2012, por ejemplo, el moderador planteó al presidente una pregunta sencilla: ¿en qué difieren su punto de vista sobre la función del Estado y el de Romney? Haría falta un psicoanalista para medir la profundidad total de la incapacidad del presidente para articular una respuesta, la indecisión expresada en su lenguaje corporal y en el tono de voz, y el carácter azorado de su respuesta:

Bien, definitivamente creo que hay diferencias. La primera función del Estado federal es la de ofrecer seguridad al pueblo estadounidense [...] Pero también creo que el Estado tiene la capacidad –la administración federal tiene la capacidad– de ayudar a abrir oportunidades y crear escaleras de oportunidad, y de crear entornos en los que el pueblo estadounidense pueda prosperar [...] el genio de Estados Unidos es el sistema de libertad de empresa, y la libertad, y el hecho de que cada uno pueda crear un negocio cuando quiera [...] Pero como entendía Abraham Lincoln, algunas cosas es mejor hacerlas juntos [...] Porque queremos abrir estas puertas de oportunidad a todos los estadounidenses, porque si todos los estadounidenses tienen su oportunidad, todos estaremos mejor⁴.

Comparemos esto con la burla clara que Franklin Roosevelt hizo de sus adversarios, defensores fundamentalistas del mercado, en la campaña de 1936, en la que se presentó a la reelección; de nuevo, la transcripción no puede hacer justicia al discurso de Roosevelt: su sarcasmo lleno de seguridad y el evidente placer en burlarse de la clara mala fe de sus adversarios:

⁴ Véase el debate presidencial del 3 de octubre de 2012 en YouTube, de 1:09 a 1:10:35.

Permítanme advertirles a ustedes y a la nación contra la evasión fácil que dice: «Por supuesto que creemos en esas cosas: creemos en la seguridad social, creemos que hay que crear puestos de trabajo para los desempleados, creemos que hay que salvar las viviendas. Que nos caigamos muertos, si no creemos en todas estas cosas. Pero no nos gusta el modo de hacerlas del actual gobierno. Entregádnoslas a nosotros. Las haremos todas, haremos más, las haremos mejor, y lo más importante de todo, hacerlas no le costará nada a nadie»⁵.

La comparación demuestra que la hipótesis del fallo de liderazgo es verdaderamente convincente. Un individuo carismático puede de hecho marcar una diferencia en el curso de la historia, y ciertamente las perspectivas de un doble movimiento en la actualidad mejorarían si la carga la liderase Franklin Delano Roosevelt, y no Obama. No obstante, esta idea no basta para explicar por qué no hay un doble movimiento en la actual coyuntura. Otra cosa sería que estuviésemos tratando de las flaquezas de un solo individuo. Pero Obama no es el único líder con puntos débiles. Es el patrón más extendido —el colapso general del keynesianismo entre las elites— el que debe explicarse. Enfrentados a la incapacidad de todo el estrato gobernante para intentar en serio impedir el descarrilamiento inminente, no podemos ceñirnos a hipótesis centradas en la psicología individual.

Trabajo y financiarización

Busquemos, en consecuencia, una explicación más profunda, relacionada con un cambio fundamental en el carácter del capitalismo desde la década de 1930. La cuestión aquí es el paso de un régimen de acumulación fordista, basado en la producción industrial, a uno posfordista, dominado por las finanzas. En el capitalismo fordista imperante en tiempos de Polanyi, el trabajo ocupaba un lugar fundamental, ya que su explotación constituía el principal motor de la acumulación de capital. Los trabajadores industriales poseían considerable influencia: la concentración facilitaba la organización y la amenaza de no acudir a trabajar era un arma potente. El trabajo organizado constituía la espina dorsal de un frente popular amplio, que dirigía los esfuerzos para regular el capitalismo y proteger la sociedad de los efectos desintegradores del *laissez-faire*⁶. Estructuralmente, por lo tanto, el capitalismo industrial generó una base electoral y política previa para el polo protector del doble movimiento.

⁵ Véase «FDR: “Let me warn you [...]” (1936)», en YouTube.

⁶ Beverly Silver, *Forces of Labor*, Cambridge, 2003; ed. cast.: *Fuerzas de trabajo*, Madrid, 2005. Göran Therborn, «Class in the 21st Century», *New Left Review*, núm. 78, noviembre-diciembre de 2012, pp. 5-29; ed. cast.: «Las clases en el siglo XXI», *New Left Review*, núm. 78, enero-febrero de 2013.

La situación del capitalismo actual es fundamentalmente distinta. En la actual coyuntura, el capital prefiere, en la medida de lo posible, eludir el arriesgado negocio de la producción. Simplificando el circuito de la acumulación, los inversores encuentran beneficio en la compra y la venta de dinero y de nuevos productos financieros que mercantilizan el riesgo, evitando así la dependencia del trabajo, cuya función queda en todo caso más reducida aún por las nuevas tecnologías. Necesariamente, por lo tanto, el trabajo carece de la fuerza que tenía en la década de 1930. La fabricación se traslada a la semiperiferia, el número de afiliados sindicales se desploma, y el arma de la huelga pierde buena parte de su fuerza, el menos en el norte globalizado. Igualmente importante, la división de clase entre trabajo y capital deja de parecer evidente en sí misma, al quedar ofuscada por la división aparentemente más destacada entre las filas decrecientes de quienes poseen empleo estable, por un lado, y los sometidos a una precariedad cada vez mayor, el precariado, por otro. En esta situación, el trabajo organizado no habla en nombre de la sociedad propiamente dicha. En opinión de algunos, defiende los privilegios de una minoría que disfruta de una módica seguridad social frente al número mucho mayor de quienes no disponen de ella.

Por razones estructurales, por lo tanto, el trabajo no puede aportar la espina dorsal al polo protector de un doble movimiento en el siglo XXI. Y no hay un sucesor obvio a la vista: el precariado, o la «multitud», tiene de su parte la fuerza de los números, pero su situación no conduce a la organización; y buena parte del mismo no posee nada que el capital necesite y de lo que pudiera privarlo. Tanto jóvenes como agricultores, consumidores, mujeres, la ya no tan «nueva» clase de los trabajadores simbólicos, que últimamente aparece disfrazada de *hackers* y piratas informáticos, han puesto a prueba su peso político y descubierto que les falta. Dicho esto, un capitalismo dominado por las finanzas plantea formidables obstáculos políticos a la dinámica política polanyiana. Por su propia naturaleza, no genera ninguna fuerza social identificable y capaz de encabezar una contrahegemonía, y mucho menos unos «sepultureros» claros.

Esta hipótesis de cambio de la producción a las finanzas permite conocer en parte las condiciones que militan contra la aparición de un movimiento doble en la época actual. Pero no capta todo el espectro de posibilidades políticas. Por una parte, porque este enfoque olvida considerar las perspectivas de los trabajadores fuera del norte globalizado. Y por otra, porque se centra en el sistema económico formal, sin abordar el terreno más amplio de la *reproducción social*, que en la actualidad sirve de ámbito de oposición principal al neoliberalismo (véanse en todo el mundo las batallas por la educación, la sanidad, la vivienda, el agua, la contaminación, los alimentos y la vida comunitaria). Por consiguiente, también la hipótesis de la financierización se centra parcialmente en las relaciones de clase como base exclusiva

o principal de la lucha política, mientras que no considera las relaciones de *status*, que en la actualidad constituyen las principales bases de movilización (véanse las políticas de reconocimiento, supuestamente los principios generales dominantes en la protesta actual, que organizan enfrentamientos por cuestiones de género, sexualidad, religión, lengua, raza/etnia y nacionalidad). Por último, esta hipótesis olvida el aspecto discursivo de la política: los principios generales de las reivindicaciones que median entre estructura y agente, los imaginarios sociales a través de los cuales los seres sociales experimentan, interpretan y evalúan las condiciones sociales.

¿Una crisis del marco de referencia?

La tercera hipótesis se centra en otro cambio estructural que ha tenido lugar desde la década de 1930. Lo que ha cambiado, en este caso, es la escala en la que se experimenta la crisis, y por lo tanto el marco de referencia a través del cual debe abordarse. Lo que está en juego, específicamente, es el cambio de un escenario de crisis propio del siglo XX, enmarcado en términos nacionales, que requería la acción de Estados territoriales, a un escenario del siglo XXI, que ha desestabilizado el marco de referencia nacional sin haber generado aún un sustituto viable⁷. En tiempos de Polanyi no hacía falta decir que el Estado territorial moderno era el principal ámbito y agente de la protección social. Los parámetros del proyecto protector del movimiento doble estaban, por lo tanto, claros: para gestionar su economía nacional, el Estado necesitaba movilizar el presupuesto nacional, lo cual a su vez exigía controlar la moneda nacional. Prácticamente lo primero que Franklin Roosevelt hizo al asumir el cargo en 1933 fue sacar a Estados Unidos del patrón oro. Esta fue la medida que posibilitó toda la gama de políticas y programas, incluida la Seguridad Social, que asociamos con el *New Deal*. Tras la Segunda Guerra Mundial, asimismo, tanto en Estados Unidos como en otras partes, el marco de referencia nacional siguió especificando los principales parámetros de protección social, ya que definía como agente protector al Estado nacional; como objeto que debía gestionarse, la economía nacional; como medio que debía emplearse, la política nacional en sus declinaciones fiscal, monetaria e industrial; y como conjunto de titulares del derecho, a la protección a los ciudadanos nacionales. Igualmente importante, la comunidad imaginada de la nación aportaba las actitudes y los valores solidarios, que convertían la protección en un proyecto político viable capaz de atraer un amplio respaldo⁸.

⁷ Respecto a la desestabilización del marco de referencia nacional, véase Nancy Fraser, «Reinventar la justicia en un mundo globalizado», *NLR*, núm. 36, enero-febrero de 2006, pp. 31-50.

⁸ Por supuesto, este marco de referencia era también un *marco de referencia erróneo*, porque excluía del conjunto de quienes tenían derecho a la protección a la totalidad de los sujetos no

Hoy, sin embargo, el marco de referencia nacional ya no se da por sentado. Tras el catastrófico desastre de la Segunda Guerra Mundial, Estados Unidos encabezó la construcción de un sistema capitalista mundial basado en el marco de referencia de Bretton Woods, con el objetivo de combinar el libre comercio internacional y la regulación estatal en el ámbito nacional. Pero esa formación de compromiso se vino abajo en pocas décadas. En la década de 1970, Estados Unidos empezaba a convertirse en una nación *rentista*; hundiendo el sistema de cambio monetario fijo, invirtiendo su capital en el extranjero e incurriendo en una deuda soberana masiva, cedió el control de su moneda y debilitó su capacidad para manejar su economía. Otros países más débiles perdieron también la capacidad para fomentar el desarrollo, si alguna vez la habían tenido. Debido a prolongadas historias de sometimiento colonial, así como a la continuación, tras la independencia, de la depredación imperialista por otros medios, los Estados poscoloniales nunca disfrutaron de capacidades protectoras iguales a las de los países situados en el centro de la economía-mundo capitalista, una disparidad posteriormente exacerbada por las políticas neoliberales de ajuste estructural. A su vez, la construcción de Europa a modo de unión económica y monetaria, sin la correspondiente integración política y fiscal, inhabilitó las capacidades protectoras de los países miembros sin crear equivalentes más amplios, a escala europea, que asumiesen esas competencias. Hoy, las pruebas nos rodean: Grecia está reducido a un protectorado, España, Portugal e Irlanda están gobernados desde Bruselas, y el Banco Central Europeo establece los límites de la política interior incluso de Alemania y Francia. El resultado es que el proyecto de protección social ya no puede preverse en el marco de referencia nacional. Sin alternativa en el horizonte que lo sustituya, el proyecto parece perder credibilidad. En consecuencia, carecemos de otro presupuesto crucial del doble movimiento.

La hipótesis del «marco de referencia» ayuda verdaderamente a comprender la dificultad de establecer un contrapeso a la hegemonía del neoliberalismo en el siglo XXI. Arroja luz sobre la debilidad de los movimientos nacionales que defienden la protección social y que se dan principalmente en formas contrahistóricas y retrógradas como el *lepenisme* en Francia o Amanecer Dorado en Grecia. Pero no explica la debilidad de alternativas transnacionales más amplias. ¿Por qué no hay un movimiento paneuropeo contra la austeridad? Si los capitalistas se han organizado globalmente para ampliar el alcance de los mercados y liberarlos de los

nacionales situados en la periferia a quienes el mercado ponía en peligro y cuyo trabajo ayudaba a financiar las prestaciones sociales en los países del centro de la economía-mundo capitalista. Respecto a este concepto de «marco de referencia erróneo», véase Nancy Fraser, «Marketization, Social Protection, Emancipation: Toward a Neo-Polanyian Conception of Capitalist Crisis», en Craig Calhoun y Georgi Derluignan (eds.), *Business as Usual: The Roots of the Global Financial Meltdown*, Nueva York, 2001, pp. 137-158.

controles nacionales, ¿por qué los partidarios de la protección social no han organizado un contramovimiento de escala comparable? En resumen, ninguna de las hipótesis aquí consideradas es plenamente satisfactoria. Y tampoco bastaría una combinación simple de las tres: incluso aunque consiguiésemos articular psicología, financiarización y globalización, seguiríamos siendo incapaces de captar las dinámicas específicamente *políticas* que han hecho descarrilar el escenario previsto por Polanyi. Todavía tendríamos que preguntarnos por qué la «sociedad» no se organiza políticamente para protegerse de la «economía». Por qué no hay un doble movimiento en el siglo XXI.

Emancipación: la tercera ausente

Siempre que una cuestión resiste tercamente un interrogatorio sostenido, vale la pena considerar si se ha planteado de manera equivocada. Cuando preguntamos por qué no se da un movimiento doble en el siglo XXI, repetimos un gesto hipotético familiar, como sucede con la pregunta ¿por qué no hubo revoluciones socialistas en los Estados industriales avanzados del centro de la economía-mundo capitalista? El problema a este respecto está claro: centrándonos en lo que falta, olvidamos lo que está presente. Supongamos, sin embargo, que reformulamos nuestra pregunta de manera más abierta, examinando los principios básicos de las luchas sociales realmente existentes en las décadas transcurridas desde la publicación de *La gran transformación*.

Con este fin, consideremos la enorme gama de luchas sociales que no encuentran lugar alguno en el esquema del movimiento doble. Me refiero a la extraordinaria gama de movimientos de emancipación que irrumpieron en escena en la década de 1960 y se extendieron con rapidez por todo el mundo durante los años siguientes: antirracismo, antiimperialismo, pacifismo, nueva izquierda radical, segunda ola feminista, movimiento LGBT, multiculturalismo, etcétera. Centrados más a menudo en el reconocimiento que en la redistribución, estos movimientos eran muy críticos con las formas de protección social institucionalizadas en los Estados del bienestar y desarrollistas de posguerra. Observando con detenimiento las normas culturales codificadas en las dotaciones sociales, sacaron a la luz jerarquías y exclusiones sociales injustas. Por ejemplo, la Nueva Izquierda puso de manifiesto el carácter opresivo de las protecciones sociales burocráticamente organizadas, que privaban de independencia a sus beneficiarios, convirtiendo a los ciudadanos en clientes. Los activistas antiimperialistas y pacifistas criticaron el marco de referencia nacional de las protecciones sociales del primer mundo, financiadas sobre los hombros de pueblos

coloniales a los que excluían; de ese modo, revelaron la injusticia de protecciones «mal enmarcadas», en las que la escala de la exposición al peligro —a menudo transnacional— no coincidía con la escala en la que se organizaba la protección, típicamente nacional. Las feministas, por su parte, revelaron el carácter opresivo de protecciones basadas en el «salario familiar» y en visiones androcéntricas del «trabajo» y la «contribución», demostrando que lo que se protegía no era tanto la «sociedad» *per se* como la dominación masculina. Los activistas LGBT desenmascararon el carácter injusto de una atención pública basada en definiciones restrictivas y heteronormativas de la familia. Los activistas por los derechos de las personas con diversidad funcional pusieron de manifiesto el carácter excluyente de ecosistemas edificados que codificaban visiones de la movilidad y de la capacidad propias de los no diversos funcionalmente. Los multiculturalistas revelaron el carácter opresivo de protecciones sociales basadas en autopercepciones religiosas o etnoculturales mayoritarias, que penalizaban a los miembros de grupos minoritarios, etcétera.

En todos los casos, el movimiento criticaba un aspecto de la «sustancia ética» —*Sittlichkeit*— que componía la protección social. En el proceso, despojaron para siempre el término «protección» de su inocencia. Conscientes de que un salario podía servir como recurso contra la dominación basada en el *status*, estos movimientos desconfiaban por naturaleza de quienes idealizaban la protección y demonizaban los mercados. Al exigir acceso, y no protección, su principal objetivo no era defender la «sociedad» sino superar la dominación. No obstante, los movimientos de emancipación no defendían el liberalismo económico. Aunque se apartaron de la «sociedad», no por ello se convirtieron en partidarios de la «economía». Conscientes de que la mercantilización a menudo servía más para cambiar la función de la dominación que para eliminarla, eran también instintivamente escépticos respecto a aquellos que vendían el mercado «autorregulado» como una panacea. Desconfiando de los intentos de totalizar la mercantilización, no reivindicaron la libertad de contrato como un fin en sí mismo, sino por el contrario como medio de emancipación, concebida en sentido amplio.

En general, por lo tanto, los movimientos sociales de posguerra no encajan en ningún extremo del movimiento doble. Al no defender ni la mercantilización ni la protección social, abrazaron otro proyecto político, que denominaré emancipación. Oculto por la figura de Polanyi, este proyecto debe recibir un lugar central en nuestros esfuerzos por aclarar los principios generales de la lucha social en el siglo XXI. Yo propongo, en consecuencia, analizar la actual constelación por medio de una figura distinta, que denomino el *triple movimiento*. Como la figura de Polanyi, el triple movimiento sirve de mecanismo analítico para determinar los principios generales de la lucha social en la sociedad capitalista. Pero a diferencia

del doble movimiento, delinea un conflicto a tres bandas entre adalides de la mercantilización, defensores de la protección social y partidarios de la emancipación. El objetivo no es simplemente una mayor inclusividad, sin embargo. Se trata, por el contrario, de captar las relaciones cambiantes entre estos tres conjuntos de fuerzas políticas, cuyos proyectos se entrecruzan y colisionan entre sí. El triple movimiento pone de manifiesto el hecho de que cada polo puede aliarse en principio con cualquiera de los otros dos en contra el tercero.

Ambivalencia política

Hablar de un triple movimiento es plantear que cada uno de los tres polos que lo constituyen es inherentemente ambivalente. Podemos ver ya, *contra* Polanyi, que la protección social es a menudo ambivalente, ofreciendo alivio contra los efectos desintegradores de los mercados *sobre* las comunidades, al tiempo que simultáneamente afianza la dominación *dentro* de dichos mercados y *entre* ellos. Pero lo mismo puede decirse de los otros dos términos. La mercantilización puede de hecho tener los efectos negativos resaltados por Polanyi. Pero como comprendió Marx, puede también engendrar efectos positivos en la medida en la que las protecciones que desintegra son opresivas, como, por ejemplo, cuando se introducen mercados de bienes de consumo en economías dirigidas, burocráticamente administradas, o cuando se abren mercados de trabajo a quienes han sido involuntariamente excluidos de ellos. Y la emancipación tampoco es, y esto es importante, inmune a la ambivalencia, porque no solo produce liberación sino también tensiones en el tejido de solidaridades existente. Incluso cuando supera la dominación, la emancipación puede ayudar a disolver la base ética solidaria de la protección social, abriendo así el camino a la mercantilización.

Visto de este modo, cada término tiene un *telos* propio y una potencial ambivalencia al interactuar con los otros dos. *Contra* Polanyi, por lo tanto, el conflicto entre mercantilización y protección social no puede entenderse como algo aislado de la emancipación. Igualmente, sin embargo, posteriores conflictos entre protección y emancipación no pueden entenderse como algo aislado de la fuerza mediadora de la neoliberalización. Podemos en consecuencia efectuar una crítica paralela a los movimientos de emancipación. Si Polanyi olvidó el impacto de las luchas por la emancipación sobre los conflictos existentes entre mercantilización y protección social, estos movimientos han descuidado a menudo el impacto de los proyectos de mercantilización sobre sus luchas con las fuerzas proteccionistas.

Hemos visto que los movimientos emancipadores se opusieron a las protecciones opresoras después de la guerra. En todos los casos, el movimiento reveló un tipo de dominación y reivindicó la emancipación. Sin embargo, estas reivindicaciones eran también ambivalentes: podían en principio alinearse con la mercantilización o con la protección social. En el primer caso, en el que la emancipación se alineaba con la mercantilización, no solo servía para erosionar la dimensión opresiva, sino también la base solidaria de la protección social pura y simplemente. En el segundo caso, en el que la emancipación se alineaba con la protección social, no erosionaba la sustancia ética en el que se basaba la protección social, sino que lo transformaba.

De hecho, todos aquellos movimientos abarcaban tanto tendencias proteccionistas como mercantilizadoras. En cada caso, las corrientes liberales gravitaban hacia la mercantilización, mientras que las socialistas y socialdemócratas tenían más probabilidades de alinearse con fuerzas defensoras de la protección social. Se podría decir, sin embargo, que la ambivalencia de la emancipación se ha resuelto en años recientes a favor de la mercantilización. Insuficientemente sintonizadas con el ascenso de las fuerzas del libre mercado, las corrientes hegemónicas de la lucha emancipadora han propiciado una «relación peligrosa» con el neoliberalismo, aportando una parte del «nuevo espíritu» o de la justificación carismática de una nueva forma de acumulación de capital calificada de «flexible», de «respetuosa con la diferencia» y de «propiciatoria de la creatividad desde abajo»⁹. Como resultado, la crítica emancipadora a la protección opresiva ha convergido con la crítica neoliberal a la protección *per se*. En la zona de conflicto del triple movimiento, la emancipación ha unido fuerzas con la mercantilización para defenderse de la protección social.

Aquí, por fin, empezamos a reconocer el estado real del juego político en el siglo XXI. En la actual alineación, el partido neoliberal, envalentado, aprovecha la fuerza que le proporciona el carisma prestado por los movimientos emancipadores. Disfrazándose de insurrección, adopta los acentos de la emancipación para acusar a la protección social de encadenar la libertad. Mientras tanto, el abatido partido favorable a la protección lucha por librarse de la tara de la dominación puesta de manifiesto por los movimientos emancipadores. Desmoralizado, a la defensiva y carente de convicción, no genera ninguna fascinación, ninguna concepción contrahegemónica capaz de galvanizar la oposición al neoliberalismo. Por último, el partido de la emancipación se encuentra frente a un peligroso

⁹ Respecto a la relación peligrosa entre feminismo y neoliberalismo, véase Nancy Fraser, «Feminism, Capitalism and the Cunning of History», *NLR*, núm. 56, marzo-abril de 2009, e incluido en el presente volumen; y «Feminist Ambivalence and Capitalist Crisis», ambos en Nancy Fraser, *Fortunes of Feminism*, Londres y Nueva York, 2013; ed. cast.: *Fortunas del feminismo*, Madrid y Quito, Traficantes de Sueños e Instituto de Altos Estudios Nacionales, 2015.

precipicio. Oscilando entre los otros dos polos, sus corrientes dominantes cruzan repetidamente la línea que separa las críticas válidas a la protección opresiva y las reivindicaciones legítimas de acceso al mercado de trabajo, por un lado, de la aceptación ciega de un individualismo meritocrático y un consumismo privatizado, por otro.

Repensar la política de la crisis

Al aclarar esta constelación, el movimiento triple resalta los retos específicamente políticos a los que se enfrentan los esfuerzos por establecer un proyecto contrahegemónico frente al neoliberalismo. Al analizar el campo de las luchas realmente existentes, permite abordar las gramáticas de las reivindicaciones y los imaginarios sociales, que median las respuestas de los actores políticos a su situación. Este planteamiento político no invalida las tres hipótesis antes consideradas, sino que las enriquece y complementa. Ante todo, aclara los procesos que han desmoralizado a las elites socialdemócratas, dotado al neoliberalismo del carisma que ha permitido su hegemonía, y debilitado y dispersado a las fuerzas de la emancipación. Igualmente importante, el movimiento triple sugiere una evaluación pospolanyiana del actual estado de la lucha política. Por la sencilla razón de que da a entender que no deberíamos llorar la ausencia de un movimiento doble. Por mucho que complique la lucha contra el neoliberalismo, el ascenso de la emancipación representa un avance. No hay vuelta a las interpretaciones jerárquicas, excluyentes y comunitarias de la protección social, cuya inocencia ha quedado sacudida para siempre, y con razón. A partir de ahora, no puede existir la protección sin emancipación.

Al mismo tiempo, el movimiento triple sugiere la necesidad de complicar el proyecto de emancipación. Al revelar la ambivalencia de esta última, dicho análisis da a entender que la emancipación no es el nombre único, absolutamente incluyente, para todo lo bueno. Depende, por el contrario, de qué forma da el encuentro histórico con otros proyectos entrecruzados—sobre todo, la mercantilización y la protección social— al impulso de superar la dominación. Un proyecto emancipador marcado por la fe ingenua en el contrato, la meritocracia y el avance individual será fácil de desviar hacia otros fines, como ocurre en la actualidad. Sin embargo, el proyecto emancipador unido al rechazo total de los mercados entrega de hecho a los defensores del libre mercado ideales liberales indispensables, al tiempo que abandona a miles millones de personas de todo el mundo que entienden con razón que hay algo peor que ser explotado: a saber, que no lo consideren a uno digno de ser explotado. En general, por lo tanto, no hay emancipación sin cierta síntesis entre mercantilización y protección social.

Por último, el movimiento triple nos sugiere un proyecto político a aquellos que seguimos defendiendo la emancipación. Deberíamos decidir romper nuestra relación peligrosa con el neoliberalismo y forjar una nueva alianza bien fundamentada con la protección social. Realineando de ese modo los polos del movimiento triple podríamos integrar nuestro perdurable interés por la no dominación con el interés igualmente válido por la solidaridad y la seguridad social. Al mismo tiempo, podríamos rescatar el indispensable interés por la libertad negativa de los usos neoliberales a los que ha sido aplicado. Asumiendo una interpretación más amplia de la justicia social, dicho proyecto serviría de inmediato para honrar las ideas de Polanyi y remediar sus puntos ciegos.

IX DEL NEOLIBERALISMO PROGRESISTA A TRUMP Y MÁS ALLÁ

QUIENQUIERA QUE HABLE HOY de «crisis» puede verse desdeñado como un charlatán, dada la banalización del término en una infinidad de parloteos inacabables. Pero hay un sentido preciso en el que afrontamos ahora *efectivamente* una crisis. Si la caracterizamos con precisión y detallamos su dinámica peculiar, podremos determinar mejor lo que se necesita para resolverla, y sobre esa base podríamos vislumbrar también un camino que nos lleve más allá del punto muerto actual y ello mediante un realineamiento político hacia la transformación de la sociedad.

A primera vista, la crisis actual parece ser política. Su expresión más espectacular está aquí, en Estados Unidos: Donald Trump, con su elección, su presidencia y toda la discordia que las rodea. Pero no escasean ejemplos análogos en otros lugares: el desastre del Brexit en el Reino Unido; la mengua de legitimidad de la Unión Europea y la desintegración de los partidos socialdemócratas y de centro-derecha que la presidían; el creciente auge de los partidos racistas, antiinmigrantes, en la totalidad del norte y centro-este de Europa; y el surgimiento de fuerzas autoritarias, que podrían calificarse incluso como profascistas, en América Latina, Asia y el Pacífico. Nuestra crisis política, si es eso lo que es, no es solo estadounidense, sino global.

Lo que hace plausible esta afirmación es que, a pesar de sus diferencias, todos esos fenómenos comparten una característica común. Todos ellos suponen un debilitamiento dramático, cuando no un colapso, de la autoridad de las clases y los partidos políticos prevalecientes. Es como si millones de personas en todo el mundo hubieran dejado de compartir el sentido común que sustentó la dominación política durante las últimas décadas. Es como si hubieran perdido la confianza en la buena fe de las elites y buscaran nuevas ideologías, organizaciones y líderes. Dada la escala del seísmo, es poco probable que sea una coincidencia. Supongamos, en consecuencia, que nos enfrentamos a una crisis política *global*.

Por tremendo que suene, ello sólo es una parte de la historia. Los fenómenos evocados constituyen la hebra específicamente *política* de una crisis multifacética más amplia, que también tiene otros aspectos —económico,

ecológico y social—, que en conjunto cabe entender como una *crisis general*. Lejos de ser meramente sectorial, la crisis política no puede ser entendida con independencia de los bloqueos a los que responde en otras instituciones, aparentemente no políticas. En Estados Unidos, esos bloqueos incluyen la metástasis de las finanzas; la proliferación de los McJobs precarios en el sector servicios; la hipertrofia de la deuda de los consumidores para permitirles la compra de productos baratos producidos en otros lugares; aumentos asociados en las emisiones de carbono, en los fenómenos meteorológicos extremos y en la negación del cambio climático; encarcelamiento racializado masivo y violencia policial sistémica; aumento de las tensiones en la vida familiar y comunitaria, debido en parte al alargamiento de la jornada laboral, las horas extraordinarias y la disminución de las ayudas sociales. Juntas, todas esas fuerzas han venido deteriorando nuestro orden social durante algún tiempo sin producir un terremoto político. Ahora, sin embargo, todas las apuestas están cerradas. En el actual rechazo generalizado de la política convencional, esta crisis sistémica objetiva ha encontrado su voz política subjetiva. La expresión política de nuestra crisis general es una *crisis de hegemonía*.

Donald Trump es el emblema paradigmático de esta crisis hegemónica. Pero no podemos entender su ascenso a menos que aclaremos las condiciones que lo han promovido. Y eso significa identificar la cosmovisión que el trumpismo desplazó y cartografiar el proceso a través del cual se desintegró. Las ideas indispensables para ello provienen de Antonio Gramsci. «Hegemonía» es el término con el que designaba el proceso por el que una clase dirigente naturaliza su dominación instalando los presupuestos de su propia cosmovisión como el sentido común de la sociedad en su conjunto. Su contrapartida organizativa es el «bloque hegemónico»: una coalición de fuerzas sociales dispares que la clase dominante reúne y a través de la cual afirma su liderazgo. Si pretenden desafiar esa supremacía, las clases dominadas deben construir un nuevo sentido común —una «contrahegemonía»—, más persuasivo, y una nueva alianza política —o «bloque contrahegemónico»—, más poderosa.

A estas ideas de Gramsci hay que sumar una más. Cada bloque hegemónico incorpora un conjunto de supuestos sobre lo que es justo y correcto y lo que no lo es. Desde mediados del siglo XX cuando menos, en Estados Unidos y Europa la hegemonía capitalista se ha forjado combinando dos aspectos diferentes del derecho y la justicia, uno enfocado a la *distribución*, y el otro al *reconocimiento*. El aspecto distributivo configura una visión de cómo debe asignar la sociedad los bienes divisibles, especialmente la renta. Este aspecto habla de la estructura económica de la sociedad, pero también, oblicuamente, de sus *divisiones de clase*. El aspecto del reconocimiento dispone un sentido de cómo debe repartir la sociedad el respeto y la estima, las marcas morales de admisión y pertenencia. Este aspecto, enfocado al orden prevaleciente en la sociedad, se refiere a sus *jerarquías de estatus*.

La distribución y el reconocimiento constituyen conjuntamente los componentes normativos esenciales a partir de los cuales se constituyen las hegemonías. Al unir esta idea con las de Gramsci, podemos decir que lo que ha posibilitado el ascenso de Trump y del trumpismo ha sido la quiebra de un bloque hegemónico anterior y el desprestigio de su nexo normativo peculiar de distribución y reconocimiento. Analizando la construcción y el resquebrajamiento de ese nexo, podremos clarificar no solo el trumpismo, sino también las perspectivas que pueden abrirse tras la desaparición de Trump para un bloque contrahegemónico que pudiera resolver la crisis. Permítaseme explicarlo.

La hegemonía del neoliberalismo progresista

Antes de Trump, el bloque hegemónico que dominaba la política estadounidense era el *neoliberalismo progresista*. Puede sonar como un oxímoron, pero fue una alianza real y poderosa de dos compañeros de cama improbables: por un lado, las corrientes liberales dominantes en los nuevos movimientos sociales (feminismo, antirracismo, multiculturalismo, ecologismo y derechos LGTBTI); por otro, los sectores de la economía estadounidense más dinámicos y de mayor prestigio de la producción «simbólica» y la industria financiera (Wall Street, Silicon Valley y Hollywood). Lo que mantuvo unida a esa extraña pareja fue una combinación peculiar de diversos puntos de vista sobre la distribución y el reconocimiento.

El bloque neoliberal-progresista combinó un programa económico plutocrático/expropiador con una política de reconocimiento liberal-meritocrática. El componente distributivo de esa amalgama era neoliberal. Las clases que dirigían ese bloque, decididas a liberar las fuerzas del mercado de la pesada mano del Estado y de la piedra de molino de los «impuestos y gastos», pretendían liberalizar y globalizar la economía capitalista, lo que significaba, en realidad, su financiarización: el desmantelamiento de barreras y protecciones contra la libre circulación de capital; la desregulación del sector bancario y el crecimiento vertiginoso de la deuda depredadora; así como la desindustrialización, el debilitamiento de los sindicatos y la difusión del trabajo precario y mal pagado. Esas políticas, popularmente asociadas con Ronald Reagan, pero sustancialmente implementadas y consolidadas por Bill Clinton, debilitaron en extremo el nivel de vida de los trabajadores y de la clase media, mientras que transferían riqueza y valor hacia arriba, principalmente al 1 por 100 más acomodado, por supuesto, pero también a los estratos superiores de las clases profesionales-gerenciales.

No fueron los neoliberales progresistas los que imaginaron esa economía política. El honor pertenece a la derecha: a sus luminarias intelectuales entre las que se cuentan Friedrich Hayek, Milton Friedman y James M. Buchanan; a sus políticos visionarios, como Barry Goldwater y Ronald Reagan; y a sus multimillonarios hombres de negocios adalides y financiadores de la causa como Charles y David Koch, entre otros. Pero la versión «fundamentalista» de derechas del neoliberalismo no podía hacerse hegemónica en un país cuyo sentido común estaba todavía impregnado del pensamiento del *New Deal*, la «revolución de los derechos» y un cúmulo de movimientos sociales descendientes de la Nueva Izquierda. Para que el proyecto neoliberal pudiera triunfar había que reenvasarlo, dotarlo de un mayor atractivo y vincularlo a otras aspiraciones no económicas de emancipación. Sólo presentándola como *progresista* podía una economía política profundamente *regresiva* convertirse en el centro dinámico de un nuevo bloque hegemónico.

Les tocó, en consecuencia, a los «Nuevos Demócratas» contribuir con el ingrediente esencial: una política progresista de reconocimiento. Recurriendo a las fuerzas progresistas de la sociedad civil, difundieron un código de reconocimiento que era superficialmente igualitario y emancipador. En el núcleo de ese código había ideales de «diversidad», «empoderamiento» de las mujeres, derechos LGTBI, posracialismo, multiculturalismo y ecologismo. Esos ideales fueron interpretados de un modo específico y limitado totalmente compatible con la *goldmansachsificación* de la economía estadounidense. Proteger el medio ambiente significaba el mercadeo de las emisiones de (dióxido de) carbono. Promover la propiedad de la vivienda significaba créditos de alto riesgo agrupados y revendidos como valores respaldados por hipotecas. Igualdad significaba meritocracia.

La reducción de la igualdad a pura meritocracia fue especialmente fatídica. El programa neoliberal-progresista para un orden justo no pretendía abolir las jerarquías sociales, sino «diversificarlas», «empoderando» a mujeres, personas de color y minorías sexuales dotadas de talento para elevarlas al estrato superior; y ese ideal era intrínsecamente *específico de clase*: orientado a asegurar que los individuos «merecedores» de los «grupos subrepresentados» pudieran escalar posiciones y situarse a la altura de los varones blancos heterosexuales *de su propia clase*. La variante feminista es reveladora, pero lamentablemente no única. Centrada en «lanzarse» [*leaning in*] y «romper el techo de cristal», sus principales beneficiarias solo podían ser aquéllas que ya estaban en posesión del capital social, cultural y económico requerido. Todas las demás quedarían atrapadas en el sótano.

Esa política de reconocimiento, por sesgada que fuera, logró seducir a importantes corrientes de los movimientos sociales progresistas e integrarlas en el nuevo bloque hegemónico. Ciertamente es que no todas las feministas,

antirracistas, multiculturalistas, etcétera, se dejaron arrastrar a la causa neoliberal-progresista. Pero quienes lo fueron, a sabiendas o no, constituían el sector más amplio y visible de sus respectivos movimientos, mientras que quienes se resistieron quedaron arrumbados en los márgenes. Los progresistas del bloque neoliberal-progresista fueron, sin duda, sus socios menores, mucho menos poderosos que sus aliados de Wall Street, Hollywood, y Silicon Valley. Sin embargo, aportaron algo esencial a esta peligrosa relación: el carisma, un «nuevo espíritu del capitalismo». Exudando un aura de emancipación, ese nuevo «espíritu» cargó la actividad económica neoliberal con un escalofrío de emoción. Asociado ahora con la visión de futuro y la liberación cosmopolita y moralmente avanzada, lo que antes era deprimente se convirtió de repente en emocionante. Gracias en buena medida a ese código, las políticas que fomentaron una gran redistribución ascendente de riqueza y los ingresos adquirieron una pátina de legitimidad.

Para lograr la hegemonía, sin embargo, el bloque neoliberal-progresista emergente tuvo que derrotar a dos rivales diferentes. En primer lugar tuvo que vencer a los restos no insustanciales de la coalición *New Deal*. Anticipándose al «New Labour» de Tony Blair, el ala clintonita del Partido Demócrata desarticuló silenciosamente esa antigua alianza. Como reemplazo de un bloque histórico que había unido con éxito las organizaciones obreras, los inmigrantes, los afroamericanos, las clases medias urbanas y algunas facciones del gran capital industrial durante varias décadas, forjaron una nueva alianza entre empresarios, banqueros, habitantes de las urbanizaciones residenciales, «trabajadores de lo simbólico», nuevos movimientos sociales, latinos y jóvenes, al tiempo que mantenían el apoyo de los afroamericanos, que percibían que no tenían otro espacio adonde ir. Bill Clinton, en su campaña por la nominación presidencial demócrata en 1991-1992, ganó la batalla hablando sobre la diversidad, el multiculturalismo y los derechos de las mujeres, aun cuando se preparaba para escoltar el paseo triunfal de Goldman Sachs.

La derrota del neoliberalismo reaccionario

El neoliberalismo progresista también tuvo que derrotar a un segundo competidor, con el que compartía más de lo que aparentaba. Ese antagonista era *el neoliberalismo reaccionario*. Localizado principalmente en el Partido Republicano y menos coherente que su rival predominante, este segundo bloque ofrecía un nexo diferente de distribución y reconocimiento. Combinaba una política neoliberal similar de distribución, con una política reaccionaria diferente de reconocimiento. Mientras afirmaba fomentar las pequeñas empresas y la pequeña industria, el auténtico

proyecto del neoliberalismo reaccionario se centraba en fortalecer las finanzas, la producción militar y la energía extractiva, todo ello en beneficio, principalmente, del 1 por 100 global. Lo que se suponía que debía hacerlo digerible para la base que pretendía reunir era una visión excluyente de un orden de estatus justo: etnonacional, antiinmigrante y procristiano, cuando no abiertamente racista, patriarcal y homófobo.

Esa fue la fórmula, que permitió durante un par de décadas la coexistencia de cristianos evangélicos, blancos sureños, habitantes de zonas rurales y pequeños núcleos de población y estratos desafectos de la clase trabajadora blanca, por incómodo que ello resultara, con libertarios, seguidores del Tea Party, la Cámara de Comercio y los hermanos Koch, además de con un puñado de banqueros, magnates del sector inmobiliario y de la energía, capitalistas especializados en inversiones de riesgo y especuladores de los fondos de cobertura. Dejando a un lado los énfasis sectoriales, sobre las grandes cuestiones de la economía política el neoliberalismo reaccionario no difería sustancialmente de su rival neoliberal progresista. Evidentemente, hubo algunas discusiones entre los dos partidos sobre los «impuestos a los ricos», en las que el Partido Demócrata acostumbraba a ceder. Pero ambos bloques apoyaban el «libre comercio», los bajos impuestos a las empresas y el recorte de derechos laborales, la primacía de los intereses de los accionistas, las retribuciones estratosféricas de los altos directivos y la desregulación financiera. Ambos bloques eligieron líderes que buscaban «grandes acuerdos» destinados a recortar derechos. Las diferencias clave entre ellos se referían al reconocimiento, no a la distribución.

El neoliberalismo progresista ganó también esa batalla, aunque pagando un precio. Centros fabriles en descomposición, especialmente en el llamado *rust belt* fueron sacrificados. Esa región, junto con los nuevos centros industriales del sur, sufrió un severo golpe como consecuencia de tres medidas de Bill Clinton: el TLCAN, la admisión de China en la OMC (justificada, en parte, por una supuesta promoción de la democracia) y la derogación de la normativa vinculada al modelo Glass-Steagall, que separaba los bancos de depósito y los bancos de inversión. Juntas, esas políticas y sus sucesoras arrasaron comunidades, cuya existencia se había basado en la industria. En el transcurso de dos décadas de hegemonía neoliberal progresista, ninguno de los dos bloques principales hizo ningún esfuerzo serio para apoyar a esas comunidades. Para los neoliberales, sus economías no eran competitivas y debían quedar sujetas a la «corrección del mercado». Para los progresistas, sus culturas habían quedado atrapadas en el pasado, atadas a valores provincianos obsoletos que pronto desaparecerían en una nueva distribución cosmopolita. Los neoliberales progresistas no podían encontrar ninguna razón sobre uno u otro criterio —distribución o reconocimiento— para defender el *rust belt* y las comunidades fabriles sureñas

El vacío hegemónico y el esfuerzo por colmarlo

El universo político que tumbó Trump era altamente restrictivo. Estaba construido en torno a la oposición entre dos versiones del neoliberalismo que se distinguían principalmente sobre el eje del reconocimiento. Y aunque se podía elegir entre el multiculturalismo y el etnonacionalismo, uno y otro coincidían en la financiarización y la desindustrialización. Con este menú restringido que obligaba a elegir entre el *neoliberalismo progresista* y el *neoliberalismo reaccionario*, no había fuerza capaz de oponerse al desplome de los niveles de vida de los trabajadores y la clase media. Los proyectos antineoliberales quedaron severamente marginados, cuando no simplemente excluidos, de la esfera pública.

Ello dejó a un sector considerable del electorado estadounidense, víctima de la financiarización y la globalización empresarial, sin un hogar político natural. Dado que ninguno de los dos bloques principales hablaba por ellos, en el universo político estadounidense se abrió una brecha: una zona vacía, desocupada, donde políticas antineoliberales en pro de las familias trabajadoras podrían haber echado raíces. Dado el ritmo acelerado de la desindustrialización, la proliferación de McJobs precarios malamente retribuidos, el auge de la deuda depredadora y la consiguiente disminución del nivel de vida de los dos tercios inferiores de la población estadounidense, era sólo cuestión de tiempo que alguien procediera a ocupar ese espacio vacío y a llenar el hueco.

Algunos supusieron que ese momento había llegado en 2007-2008. Un mundo que todavía se estaba recuperando de uno de los peores desastres en política exterior de la historia estadounidense se vio obligado a afrontar la peor crisis financiera conocida desde la Gran Depresión, que casi se llevó por delante la economía global. La política, como de costumbre, se quedó por el camino. Un afroamericano que hablaba de «esperanza» y «cambio» accedió a la presidencia del país, jurando transformar no solo la política, sino la «mentalidad» de la política estadounidense en su totalidad. Barack Obama pudo haber aprovechado la oportunidad para movilizar un genuino apoyo de masas para apartarse del neoliberalismo, aun a pesar de la oposición del Congreso. En cambio, confió la economía a las mismas fuerzas de Wall Street que casi la habían arruinado. Al definir como objetivo la «recuperación» y no la reforma estructural, Obama prodigó enormes recursos para efectuar rescates de bancos que eran «demasiado grandes para caer», pero no hizo nada ni remotamente comparable en beneficio de sus víctimas: los diez millones de estadounidenses que perdieron sus hogares en ejecuciones hipotecarias durante la crisis. La única excepción fue la expansión de Medicaid a través de la *Affordable Care Act*, que supuso un beneficio material real para una parte de la clase trabajadora

estadounidense; pero sólo era la excepción que confirmaba la regla. A diferencia de las propuestas del pagador único y la opción pública, a las que Obama renunció incluso antes de que comenzaran las negociaciones sobre la asistencia sanitaria, su planteamiento fortaleció las divisiones dentro de la clase obrera que finalmente resultarían políticamente fatídicas. Así y todo, el empuje abrumador de su presidencia logró mantener el *statu quo* neoliberal progresista a pesar de su creciente impopularidad.

Otra oportunidad para llenar el vacío hegemónico llegó en 2011 con la irrupción de Occupy Wall Street. Un sector de la sociedad civil, cansado de esperar una reparación del sistema político, decidió tomar el asunto en sus manos y se apoderó de las plazas públicas en todo el país en nombre del «99 por 100». Denunciando un sistema que saqueaba a la gran mayoría para enriquecer al 1 por 100 más acomodado, grupos relativamente pequeños de jóvenes manifestantes atrajeron pronto un amplio apoyo —hasta el 60 por 100 de los estadounidenses, según algunas encuestas— procedían especialmente de sindicatos asediados, estudiantes endeudados, familias de clase media con problemas y el creciente «precariado». Los efectos políticos de Occupy fueron limitados, no obstante, sirviendo principalmente para reelegir a Obama. Fue adoptando la retórica del movimiento como obtuvo el apoyo de muchos que irían a votar por Trump en 2016 y fue así capaz de derrotar a Romney en 2012. Habiendo ganado cuatro años más de mandato, sin embargo, la nueva conciencia de clase del presidente se evaporó rápidamente. Confinando la búsqueda del «cambio» a la emisión de órdenes presidenciales ejecutivas, no procesó a los delincuentes de cuello blanco, ni usó su magnífico púlpito para unir al pueblo estadounidense contra Wall Street. Apreciando que la tormenta había pasado, la clase política estadounidense apenas perdió el ritmo; manteniendo el consenso neoliberal, no llegó a ver en Occupy los primeros temblores del terremoto que se avecinaba.

Ese terremoto se produjo finalmente en 2015-2016, cuando el descontento que venía cociéndose a fuego lento rompió a hervir repentinamente, transformándose en una crisis de autoridad política. En aquella temporada electoral los dos grandes bloques políticos parecieron colapsar. En el lado republicano, Trump, haciendo campaña con temas populistas, derrotó fácilmente en las primarias (como sigue recordándonos) a sus dieciséis rivales, incluidos varios de los seleccionados por los jefes del partido y por importantes donantes del mismo. En el lado demócrata, Bernie Sanders, autoproclamado socialista democrático, presentó un desafío sorprendentemente serio a la sucesora ungida de Obama, que tuvo que desplegar todo tipo de trucos y todas las palancas del poder del partido para superarlo. En ambos casos, los guiones habituales se revirtieron cuando un par de recién llegados ocuparon el vacío hegemónico y procedieron a llenarlo con nuevos *memes* políticos.

Tanto Sanders como Trump criticaron la política neoliberal de distribución. Pero su política de reconocimiento difería notablemente. Mientras que Sanders denunciaba la «economía amañada» con acentos universalistas e igualitarios, Trump tomó prestada la misma frase pero le dio un color nacionalista y proteccionista. Redoblando antiguas imágenes excluyentes, transformó lo que habían sido «meros» modismos subliminales en explosiones de racismo, misoginia, islamofobia, homofobia y transfobia y odio contra los inmigrantes. La base de «clase trabajadora» a la que apelaba su retórica era blanca, heterosexual, masculina y cristiana, con empleos en la minería, la perforación, la construcción y la industria pesada. La clase trabajadora que Sanders cortejó, por el contrario, era más variada y de espíritu más abierto, incluyendo no solo a trabajadores provenientes del sector industrial del *rust belt*, sino también a trabajadores del sector público y del sector servicios, así como a mujeres, inmigrantes y gente de color.

Cierto es que el contraste entre estos dos retratos de «la clase trabajadora» era en gran parte retórico. Ningún retrato coincidía exactamente con la base de votantes de su candidato. Aunque el margen de victoria de Trump provenía de los centros fabriles arruinados que habían votado a Obama en 2012 y a Sanders en las primarias demócratas de 2015, también incluía a los republicanos habituales, libertarios, dueños de empresas y otros de escasa utilidad para el populismo económico. Parecidamente, los votantes de Sanders solían ser estadounidenses jóvenes con formación universitaria. Pero ésa no es la cuestión. Como proyección retórica de una posible contrahegemonía, era la concepción expansiva de Sanders de la clase trabajadora estadounidenses lo que más claramente distinguía a su tipo de populismo del de Trump.

Ambos *outsiders* representaban los perfiles genéricos de un nuevo sentido común, pero cada uno lo hacía de un modo propio. En su mejor momento, la retórica de la campaña de Trump sugería un nuevo bloque protohegemónico, que podríamos denominar populismo reaccionario. Parecía combinar una política ultrarreaccionaria de reconocimiento con una política populista de distribución: el muro en la frontera mexicana más el gasto en infraestructuras a gran escala. El bloque de Sanders representaba, en cambio, el populismo progresista. Pretendía unir una política inclusiva de reconocimiento con una política de distribución en favor de las familias trabajadoras: reforma de la justicia penal más Medicare para todos; justicia reproductiva más matrícula universitaria gratuita; derechos LGTBI más la desagregación de los grandes bancos.

Publicidad engañosa

Ninguno de estos escenarios se ha materializado realmente, sin embargo. La derrota de Sanders frente a Hillary Clinton eliminó de la votación la opción populista-progresista sin que ello sorprendiera a nadie. Pero la victoria posterior sobre ella de Trump fue más inesperada, al menos para algunos. Lejos de gobernar como un populista reaccionario, el nuevo presidente ha reactivado los viejos señuelos y trucos, abandonando las políticas distributivas populistas que había prometido en su campaña. Como cabía esperar, canceló el Acuerdo Transpacífico; pero ha intentado ganar tiempo con respecto al TLCAN y no ha alzado un dedo para frenar a Wall Street. Tampoco ha dado ningún paso serio para poner en práctica proyectos públicos de infraestructuras a gran escala que crearían empleos; sus promesas de fomentar la industria quedaron en agua de borrajas, limitándose a parloteos simbólicos y un alivio regulador para la minería del carbón, cuyos frutos han demostrado ser en gran medida ficticios. Y lejos de llevar a la práctica una reforma del código tributario cuyos principales beneficiarios serían las familias trabajadoras y de la clase media, suscribió la trillada versión republicana, diseñada para canalizar más riqueza hacia el 1 por 100 más rico (incluida la propia familia Trump). Como atestigua este último punto, las acciones del presidente en el frente distributivo han incluido una fuerte dosis de capitalismo de compadreo, cohecho y colusión. Pero si bien podría decirse que Trump se ha quedado corto en la aplicación de los ideales hayekianos de la razón económica, el nombramiento de otro alumno de Goldman Sachs para dirigir el Departamento del Tesoro asegura que el neoliberalismo seguirá prevaleciendo donde más interesa.

Tras abandonar la política populista de distribución, Trump procedió a redoblar la política reaccionaria de reconocimiento, enormemente intensificada y cada vez más virulenta. La lista de sus provocaciones y las acciones en apoyo de odiosas jerarquías de estatus es larga y escalofriante: las distintas prohibiciones de entrada al país de determinados grupos de personas, fundamentalmente procedentes de los países de mayoría musulmana, disfrazadas posteriormente por la cínica adición de Venezuela; el enorme debilitamiento de los derechos civiles en la administración de justicia (que ha abandonado el uso judicial del mutuo acuerdo entre las partes) y en los asuntos laborales (que ha puesto fin a la discriminación positiva por parte de los contratistas federales); la negativa a defender casos judiciales sobre derechos LGTBI; la reversión de la cobertura obligatoria por la seguridad social de los medios anticonceptivos; la reducción de las protecciones contempladas en la ley federal de derechos civiles conocida como Título IX destinadas a mujeres y niñas mediante los recortes del personal encargado de su aplicación; y los pronunciamientos públicos en apoyo de un trato

policial más duro a los sospechosos, la alabanza del desprecio mostrado por el «sheriff Joe» hacia el imperio de la ley, y el reconocimiento de la «muy buena gente» presente entre los supremacistas blancos que protagonizaron los disturbios de Charlottesville en agosto de 2017. El resultado no es un mero conservadurismo republicano del tipo habitual, sino una política de reconocimiento ultrarreaccionaria.

En conjunto, las medidas políticas del *presidente* Trump se han apartado de las promesas de campaña del *candidato* Trump. No sólo es que su populismo económico haya desaparecido, sino que su culpabilización de los demás se ha hecho cada vez más agresiva. Lo que sus partidarios votaron, en resumen, no es lo que reciben. El resultado no es un populismo reaccionario, sino el *neoliberalismo ultrarreaccionario*.

En cualquier caso, el neoliberalismo ultrarreaccionario de Trump no constituye un nuevo bloque hegemónico. Es, por el contrario, caótico, inestable y frágil, lo cual se debe en parte a la peculiar psicología personal de su paladín y en parte a su codependencia disfuncional con los dirigentes del Partido Republicano sobre los que intentó y no logró reafirmar su control y que ahora están aguardando su momento mientras buscan una estrategia de salida. No podemos saber cómo se desenvolverá esta situación exactamente, pero sería insensato descartar la posibilidad de que el Partido Republicano se divida. En cualquier caso, el neoliberalismo ultrarreaccionario no ofrece perspectivas seguras de hegemonía.

Pero también hay un problema más profundo. Al dejar de lado la vertiente económico-populista de su campaña, el neoliberalismo ultrarreaccionario de Trump trata de hecho de restablecer el vacío hegemónico que contribuyó a abrir en 2016 con la diferencia de que ahora no puede suturar ese vacío. Ahora que el gato populista está fuera de la bolsa, es dudoso que la parte trabajadora de la base de Trump se conforme durante mucho tiempo con las migajas mal repartidas de reconocimiento que les ofrece.

En el campo opuesto, mientras tanto, «la resistencia» se organiza. Pero la oposición está fracturada entre clintonitas acérrimos, sanderistas comprometidos y mucha gente que podría oscilar en cualquiera de ambas direcciones. Algo que complica el paisaje es una serie de grupos recién formados cuyas posturas militantes han atraído a grandes donantes a pesar de (o debido a) la vaguedad de sus concepciones programáticas.

Especialmente preocupante es el resurgimiento de una vieja tendencia en la izquierda a enfrentar la raza con la clase. Algunos resistentes se proponen reorientar la política del Partido Demócrata en torno a la oposición a la supremacía blanca, concentrando los esfuerzos en ganar el apoyo de negros y latinos. Otros defienden una estrategia centrada en la clase, dirigida a recuperar las comunidades de trabajadores blancos que se pasaron a

Trump. Ambas perspectivas son problemáticas en la medida en que tratan la atención a la clase y a la raza como intrínsecamente antitéticas, como un juego de suma cero. En realidad, ambos ejes de la injusticia pueden y deben ser atacados simultáneamente. Ni uno ni otro puede ser vencido mientras el otro prospera.

En el contexto actual, no obstante, las propuestas de relegar las preocupaciones de clase plantean un riesgo especial: es probable que coincidan con los esfuerzos del ala clintonita de restablecer el *statu quo ante* bajo algún nuevo disfraz. En ese caso, el resultado sería una nueva versión del neoliberalismo progresista, que combinaría el neoliberalismo en el frente distributivo con una política militante antirracista de reconocimiento. Esa perspectiva debería dar que pensar a las fuerzas que se oponen a Trump. Por un lado, enviará a muchos aliados potenciales en la dirección opuesta, validando la narrativa de Trump y fortaleciendo su apoyo. Por otro lado, le servirá de refuerzo al suprimir alternativas al neoliberalismo y restablecer con ello el vacío hegemónico. Pero lo que acabo de decir sobre Trump se aplica igualmente a este campo: el gato populista está fuera de la bolsa y no se escabullirá silenciosamente. Restablecer el neoliberalismo progresista, sobre *cualquier* base, significa recrear, y de hecho exacerbar, las propias condiciones que crearon a Trump. Y eso significa preparar el terreno para nuevos Trump, cada vez más violentos y peligrosos.

Síntomas morbosos y perspectivas contrahegemónicas

Por todas esas razones, ni un neoliberalismo progresista resucitado ni un neoliberalismo ultrarreaccionario falseado serían buenos candidatos para la hegemonía política en un futuro próximo. Los lazos que mantenían unido cada uno de esos bloques se han deshilachado. Además, ninguno de los dos está actualmente en condiciones para configurar un nuevo sentido común, ni es capaz de ofrecer una imagen autorizada de la realidad social, un relato en el que se puedan reconocer una amplia variedad de agentes sociales. Igualmente importante es que ninguna variante del neoliberalismo puede resolver con éxito los bloqueos objetivos del sistema, que subyacen a nuestra crisis hegemónica. Dado que ambos están entrelazados con las finanzas globales, ninguno de ellos puede desafiar la financiarización, la desindustrialización o la globalización empresarial. Tampoco pueden reparar el deterioro de los niveles de vida, el aumento disparatado de la deuda, el cambio climático, los «déficit de cuidados» o las tensiones intolerables en la vida de la comunidad. (Re)instalar a cualquiera de esos bloques en el poder es asegurar no solo una prolongación, sino una intensificación de la crisis actual.

¿Qué podemos esperar, pues, a corto plazo? Sin una hegemonía segura, nos enfrentamos a un interregno inestable y a la prolongación de la crisis política actual. En esta situación vienen como anillo al dedo las palabras de Antonio Gramsci. «*La crisi consiste appunto nel fatto che il vecchio muore e il nuovo non può nascere: in questo interregno si verificano i fenomeni morbosi piú svariati*» [La crisis consiste precisamente en el hecho de que lo viejo muere y lo nuevo no puede nacer: en este interregno se verifican los fenómenos morbosos más variados].

A menos, por supuesto, que exista un candidato viable para una contrahegemonía. El candidato más probable es una u otra forma de populismo. ¿Podría el populismo ser todavía una opción posible, si no inmediatamente, al menos a largo plazo? Lo que habla a favor de esa posibilidad es el hecho de que entre los partidarios de Sanders y Trump algo muy similar a una masa crítica de votantes rechazó en 2015-2016 la política neoliberal de distribución. La pregunta candente es si esa masa podría ahora fusionarse en un nuevo bloque contrahegemónico. Para que eso suceda, los partidarios pertenecientes a la clase trabajadora de Trump y de Sanders tendrían que llegar a entenderse como aliados, víctimas diferentemente situadas de una única «economía trucada», que unos y otros podrían intentar transformar conjuntamente.

El populismo reaccionario, incluso sin Trump, no es una base probable para tal alianza. Su política de reconocimiento jerárquica y excluyente es un infalible factor disuasorio para los principales sectores de las clases trabajadora y media de Estados Unidos, especialmente las familias que dependen de asalariados empleados en el sector servicios, la agricultura, el trabajo doméstico y el sector público, cuyas filas incluyen a gran número de mujeres, inmigrantes y personas de color. Sólo una política inclusiva de reconocimiento tiene alguna posibilidad de forjar una alianza de esas fuerzas sociales indispensables con otros sectores de la clase media y trabajadora, incluidas las comunidades históricamente asociadas a la industria, la minería y la construcción.

Eso deja al populismo progresista como el candidato más probable para configurar un nuevo bloque contrahegemónico. Combinando la redistribución igualitaria con el reconocimiento no jerárquico, esa opción tiene al menos una posibilidad de unir a toda la clase obrera. De modo más ambicioso, podría posicionar a esta clase, entendida en sentido amplio, como la fuerza principal de una alianza que también incluiría a sectores sustanciales de la juventud, la clase media y el estrato profesional-gerencial.

Sin embargo, la situación actual no favorece la posibilidad, en un futuro cercano, de una alianza entre populistas progresistas y capas de la clase trabajadora que votaron por Trump en las últimas elecciones. Los obstáculos más

importantes son las profundas divisiones, incluso odios, que durante mucho tiempo se han mantenido atenuados pero recientemente han cobrado fuerza alentados por Trump, quien, como dijo David Brooks, es «capaz de olfatear cada herida en el cuerpo político» y no le importa «emplear [un] atizador al rojo vivo para mantenerlas abiertas». El resultado es un entorno tóxico que parece validar la idea, mantenida por algunos progresistas, de que todos los votantes de Trump son «deplorables»: irremediamente racistas, misóginos y homófobos. También se ha intensificado la opinión inversa, sostenida por muchos populistas reaccionarios, de que todos los progresistas son moralizadores incorregibles y elitistas presumidos, que les miran condescendentemente mientras toman *lattes* y nadan en dinero.

Una estrategia de separación

Las perspectivas actuales del populismo progresista en Estados Unidos dependen del éxito en el combate contra ambos puntos de vista. Lo que se necesita es una estrategia de separación, dirigida a precipitar dos grandes divisiones. En primer lugar, las mujeres no privilegiadas, los migrantes y las personas de color tienen que alejarse de las feministas a las que solo importa su propia carrera, de los antiracistas y antihomófobos meritocráticos y de los señuelos de la diversidad empresarial y del capitalismo verde, que secuestraron sus preocupaciones distorsionándolas hasta hacerlas compatibles con el neoliberalismo. Ése es el objetivo de una reciente iniciativa feminista, que trata de sustituir la consigna de «atreverse a avanzar» por un «feminismo para el 99 por 100». Otros movimientos emancipadores deberían copiar esa estrategia

En segundo lugar, hay que persuadir a las comunidades trabajadoras del *rust belt*, sureñas y rurales de que abandonen a sus actuales aliados criptonoliberales. La idea es convencerlas de que las fuerzas que promueven el militarismo, la xenofobia y el etnonacionalismo no pueden proporcionarles —y no lo harán— los prerequisites materiales esenciales para una vida buena, mientras que un bloque populista-progresista podría hacerlo. De esa forma se podría separar a los votantes de Trump que están inclinados a responder a ese llamamiento de los racistas convencidos y de los etnonacionalistas de la nueva extrema derecha que no lo están. Decir que los primeros son mucho más numerosos que los últimos no equivale a negar que los movimientos populistas reaccionarios recurren en gran medida a una retórica cargada que ha envalentonado a grupos antes marginales de auténticos supremacistas blancos; pero sí refuta la apresurada conclusión de que la abrumadora mayoría de los votantes populistas reaccionarios están perdidos para siempre a la hora de responder a los llamamientos efectuados por Bernie Sanders en

nombre de una clase obrera ampliamente concebida. Esa opinión no solo es empíricamente incorrecta, sino también contraproducente, y corre el riesgo de convertirse en una profecía autocumplida.

Permítaseme expresarme claramente. *No* estoy sugiriendo que un bloque populista-progresista deba silenciar las preocupaciones acuciantes sobre el racismo, el sexismo, la homofobia, la islamofobia y la transfobia. Por el contrario, la lucha contra todos esos males debe ser esencial para un bloque populista-progresista. Pero sería contraproducente abordarlos con una condescendencia moralizadora al estilo del neoliberalismo progresista, que asume una visión superficial e inadecuada de tales injusticias, exagerando en exceso hasta qué punto el problema está dentro de las cabezas de las personas y rehuyendo la profundidad de las fuerzas estructural-institucionales que lo sustentan.

La cuestión es especialmente clara e importante en el caso de la raza. La injusticia racial en Estados Unidos no es en el fondo actualmente una cuestión de actitudes degradantes o de mal comportamiento, aunque estas existen con toda seguridad. El quid es más bien el impacto racial específico de la desindustrialización y la financiarización durante el periodo de hegemonía neoliberal-progresista, refractado a través de largas historias de opresión sistémica. Durante ese periodo, los estadounidenses negros y morenos a los que se había negado durante mucho tiempo el crédito, confinándolos a viviendas segregadas inferiores y pagándoles demasiado poco para que pudieran acumular ahorros, fueron sistemáticamente cortejados por los proveedores de préstamos de alto riesgo y como consecuencia experimentaron las tasas más altas de ejecuciones hipotecarias en el país. Durante ese periodo, también, las ciudades y barriadas habitadas por las minorías sistemáticamente privadas de recursos públicos, resultaron devastadas por el cierre de centros productivos en áreas manufactureras en declive; sus daños incluyeron la pérdida, no sólo de puestos de trabajo, sino también de ingresos fiscales, que las privó de fondos para escuelas, hospitales y el mantenimiento de infraestructuras básicas, lo que llevó finalmente a desastres como el de Flint y, en un contexto diferente, al de Lower Ninth Ward en Nueva Orleans. Para concluir, los varones negros, sometidos durante mucho tiempo a condenas y penas de cárcel discriminatorias, a trabajos forzados y a una violencia socialmente tolerada, incluso a manos de la policía, se vieron durante ese periodo masivamente recludidos en un «complejo carcelario-industrial» mantenido a pleno rendimiento por mor de una «guerra contra las drogas», cuyo objetivo primordial era la posesión de *crack*, y agobiados por tasas desproporcionadamente altas de desempleo entre las minorías, todo ello cortesía de «logros» legislativos bipartidistas orquestados en buena medida por Bill Clinton. ¿Hay que añadir que, por inspirador que fuera en su momento el acceso de un afroamericano a la Casa Blanca, su presidencia no afectó apenas a esos desequilibrios?

¿Y cómo podría haberlo hecho? Los fenómenos que acabamos de recordar muestran la profundidad a la que está anclado el racismo en la sociedad capitalista contemporánea y la incapacidad de la moralización progresista-neoliberal para resolverlo. También revelan que las bases estructurales del racismo tienen tanto que ver con la clase y la economía política, como con el estatus y la falta de reconocimiento. Igualmente importante es que estos fenómenos dejan claro que las fuerzas que están destruyendo las oportunidades de vida de la gente de color forman parte del mismo complejo dinámico que las que están destruyendo las posibilidades de vida de los blancos, aunque difieran algunos de los detalles. El efecto es, finalmente, revelar el indisoluble vínculo entre la raza y la clase en el capitalismo financiarizado contemporáneo.

Un bloque populista-progresista debe guiarse por tales ideas. Renunciando a la progresiva tensión neoliberal sobre las actitudes personales, debe centrar sus esfuerzos en las bases estructural-institucionales de la sociedad contemporánea. Especialmente importante sería *destacar las raíces compartidas de las injusticias de clase y estatus en el capitalismo financiarizado*. Si concebimos ese sistema como una totalidad social única e integrada, debemos vincular los daños sufridos por mujeres, inmigrantes, personas de color y LGTBI a las experimentadas por los estratos de la clase trabajadora ahora atraídas por el populismo de derechas. De ese modo pueden sentarse las bases para una nueva poderosa coalición de *todos* aquellos a quienes Trump y sus colegas de otros países están traicionando y que incluyen no solo a los migrantes, las feministas y personas de color que ya se oponen a su neoliberalismo ultrarreaccionario, sino también los estratos de la clase trabajadora blanca que hasta ahora lo han apoyado. Si somos capaces de reunir a los principales sectores de la clase obrera, esta estrategia podría vencer. A diferencia de todas las demás opciones consideradas aquí, el populismo progresista tiene el potencial, al menos en principio, para convertirse en el futuro en un bloque contrahegemónico relativamente estable.

Pero lo que aconseja adoptar el populismo progresista no es sólo su viabilidad *subjetiva* potencial. Frente a sus probables rivales, tiene otra ventaja, la de ser capaz, al menos en principio, de abordar el aspecto real, *objetivo*, de nuestra crisis. Permítaseme explicarme. Como señalé al principio, la crisis hegemónica descrita aquí es una hebra de un complejo de crisis mayor que abarca muchos otros hilos, ecológicos, económicos y sociales. Es también la contrapartida subjetiva de una crisis objetiva del sistema, cuya respuesta constituye y de la que no se puede separar. En última instancia, estos dos aspectos de la crisis, el subjetivo y el objetivo, se sostendrán o caerán juntos. Ninguna respuesta subjetiva, por convincente que parezca, puede asegurar una contrahegemonía duradera a menos que ofrezca la perspectiva de una solución real a los problemas objetivos subyacentes.

El lado objetivo de la crisis no es una mera multiplicidad de distintas disfunciones. Lejos de formar una pluralidad dispersa, sus diversas hebras están interconectadas y comparten una fuente común. El *objeto* subyacente de nuestra crisis general, lo que alberga sus inestabilidades múltiples, es la forma actual del capitalismo: globalizador, neoliberal, financiarizado. Como cualquier otra forma de capitalismo, no es un mero sistema económico, sino algo mayor, un orden social institucionalizado. Como tal, abarca un conjunto de condiciones primordiales no económicas, que son indispensables para la existencia de una economía capitalista; por ejemplo, las actividades no pagadas de reproducción social, que aseguran la oferta de trabajo asalariado para la producción económica; un aparato organizado de poder público (ley, policía, agencias reguladoras y capacidades de dirección) que proporciona el orden, la previsibilidad y la infraestructura necesarios para la acumulación permanente; y finalmente, una organización relativamente sostenible de nuestra interacción metabólica con el resto de la naturaleza, que asegura suministros esenciales de energía y materias primas para la producción de mercancías, por no hablar de un planeta habitable capaz de sustentar la vida.

El capitalismo financiarizado representa una forma históricamente específica de organizar la relación de una economía capitalista con esas condiciones primordiales indispensables. Es una forma profundamente depredadora e inestable de organización social, que libera la acumulación de capital de las propias limitaciones (políticas, ecológicas, sociales, morales) necesarias para mantenerlo en el tiempo. Liberada de tales restricciones, la economía capitalista tiende a consumir las condiciones primordiales que la hacen posible. Es como un tigre que se come su propia cola. Dado que la vida social como tal está cada vez más economizada, la búsqueda ilimitada de beneficio desestabiliza las propias formas de reproducción social, sostenibilidad ecológica y poder público de las que depende. Considerado de esta manera, el capitalismo financiarizado es una formación social intrínsecamente propensa a la crisis. El cúmulo de crisis con el que nos topamos hoy es la expresión cada vez más aguda de su tendencia endógena a la autodesestabilización.

Ese es el aspecto objetivo de la crisis: la contrapartida estructural de la descomposición hegemónica que hemos descrito aquí. Actualmente, en consecuencia, ambos polos de la crisis —el objetivo y el subjetivo— conocen su punto álgido. Y, como ya se ha señalado, se sostendrán o caerán juntos. Resolver la crisis objetiva requiere una gran transformación estructural del capitalismo financiarizado: una nueva forma de relacionar la economía con la política, la producción con la reproducción, la sociedad humana con la naturaleza no humana. El neoliberalismo, del tipo que sea, no es la solución sino el problema.

El tipo de cambio que necesitamos sólo puede venir de otra parte, de un proyecto que sea como mínimo *antineoliberal*, si no anticapitalista. Tal proyecto sólo podrá convertirse en una fuerza histórica encarnado en un bloque contrahegemónico. Por distante que pueda parecer en este momento esa perspectiva, nuestra mejor oportunidad para la resolución a la vez objetiva y subjetiva es el populismo progresista. Pero incluso ello podría no ser un punto final estable. El populismo progresista podría acabar siendo transitorio, una estación de paso en camino a una nueva forma de sociedad, poscapitalista.

Por grande que sea nuestra incertidumbre con respecto al punto final, una cosa está clara. Si no nos esforzamos por materializar esta opción ahora, permitiremos que se prolongue el presente interregno. Y eso significa condenar a los trabajadores de cualquier creencia y color a una creciente tensión y una peor salud, a la hipertrofia de la deuda y al exceso de trabajo, al *apartheid* de clase y a la inseguridad social. Significa sumergirlos también en un océano cada vez más profundo de síntomas mórbidos: en odios nacidos del resentimiento y expresados en la persecución de chivos expiatorios, en brotes de violencia seguidos de ataques de represión, en un mundo vicioso en guerra de todos contra todos donde las solidaridades se contraen hasta el punto de desvanecerse. Para evitar ese destino debemos romper definitivamente tanto con la economía neoliberal, como con las diversas políticas de reconocimiento que la han sostenido últimamente, dando lugar no sólo al etnonacionalismo excluyente sino también al individualismo liberal-meritocrático. Sólo uniendo una robusta política igualitaria de distribución a una política de reconocimiento sustantivamente inclusiva y sensible a la clase, podremos construir un bloque contrahegemónico que nos lleve más allá de la crisis actual a un mundo mejor.

CUARTA PARTE
SOBRE LA JUSTICIA

X

SOBRE LA JUSTICIA

LECCIONES DE PLATÓN, RAWLS E ISHIGURO

LA JUSTICIA OCUPA UN LUGAR de honor en el panteón de las virtudes. Los antiguos solían considerarla la virtud suprema en torno a la cual se ordenaban todas las demás. Platón, por ejemplo, concedía exactamente ese estatus omnicompreensivo a la justicia. En *La República* afirma que en un hombre justo las tres partes del alma –razón, espíritu y apetito– y las tres virtudes asociadas a cada una de ellas –sabiduría, valor y moderación– están equilibradas. En la ciudad la justicia opera de forma análoga. En una ciudad justa, cada clase ejerce su virtud distintiva, realizando la función que le es propia por naturaleza sin interferir en las de los demás. El estamento racional y sabio gobierna, los espíritus valerosos hacen la guerra y el resto, compuesto por aquellos que careciendo de espíritu o inteligencia especial son, no obstante, capaces de moderación, se dedica a la agricultura y las tareas manuales. La justicia no sería así más que un equilibrio armonioso entre estos elementos constituyentes¹.

La mayoría de los filósofos modernos han desdeñado los detalles concretos de la concepción de Platón. Prácticamente nadie cree hoy que una comunidad, para ser justa, deba estar rígidamente estratificada y contar con estamentos permanentes de gobernantes, guerreros y trabajadores, cuyas vidas difieren entre sí en los principales aspectos. Pero sí suscriben la idea de Platón de que la justicia no es una virtud entre otras, sino que goza de un estatus especial en tanto que virtud suprema o metavirtud. Esta es la idea que está detrás del famoso libro de John Rawls, *A Theory of Justice*, en el que se afirma que: «La justicia es la principal virtud de las instituciones sociales como la verdad lo es de los sistemas de pensamiento»². Lo que Rawls quería decir con esta afirmación no es que la justicia sea la virtud suprema, sino que es el fundamento, la base para el desarrollo de todas las demás. En principio, los acuerdos sociales pueden desplegar cierto número de virtudes y lo hacen, por ejemplo, si son eficientes, inspiran orden, son

¹ Este ensayo fue originalmente una conferencia pronunciada en un encuentro sobre «las virtudes» en el Centre de Cultura Contemporània de Barcelona, el 13 de febrero de 2012.

² John Rawls, *A Theory of Justice*, Cambridge (MA), 1971, p. 3; ed. cast.: *Teoría de la justicia*, México DF, 2006.

armóniosos, se muestran solidarios o dignifican. Pero para ello debe verificarse una condición previa y habilitante, a saber, que los acuerdos sociales en cuestión sean justos.

De manera que la justicia es la virtud primordial en el sentido siguiente: sólo superando la injusticia institucionalizada podemos crear un terreno abonado sobre el que florezcan otras virtudes tanto individuales como sociales.

Si, como creo, Rawls tiene razón en este punto, lo primero que debemos preguntarnos al evaluar los acuerdos sociales es: ¿son justos? Para hallar una respuesta podemos partir de otra de sus hipótesis: «La justicia se ocupa fundamentalmente de la estructura básica de la sociedad». Esta constatación desvía nuestra atención de la gran variedad de rasgos inmediatamente accesibles de la vida social para centrarla en su gramática subyacente, en las reglas institucionalizadas fundamentales que fijan los términos esenciales de la interacción social. Sólo cuando estas se hallan justamente ordenadas puede haber justicia en otros aspectos más inmediatos de la vida directamente experimentados. No cabe duda de que el punto de vista de Rawls sobre la justicia plantea, como el de Platón, algunos problemas: la idea de que la justicia pueda ser juzgada en términos exclusivamente distributivos es demasiado restrictiva, al igual que lo es el artificio heurístico de la «posición originaria». Sin embargo, a los efectos de este texto, aceptaré su idea de que el objeto primordial a la hora de reflexionar sobre la justicia debe ser la estructura social básica. Para explorar este planteamiento y expresar su potencial, analizaré la novela de Kazuo Ishiguro, *Nunca me abandones*³.

La historia está centrada en la vida de tres amigos, Kathy, Tom y Ruth que viven inmersos en un orden social peculiar. Cuando empieza la novela son niños que viven en lo que parece ser una especie de internado británico de elite llamado Hailsham. Pero, a medida que se desarrolla la trama, descubrimos que los niños son clones creados para proveer de órganos a no- clones a los que me referiré como los «originales». En la segunda parte de la novela, los protagonistas dejan Hailsham y se trasladan a las Cottages, una triste residencia de transición donde van a recibir «entrenamiento». Ya adolescentes, se preparan para iniciar la obra de «donación» que presidirá sus vidas, concluyendo tras un máximo de cuatro operaciones en la «compleción». En la tercera parte, los protagonistas son adultos jóvenes. Tommy y Ruth ya se han convertido en «donantes», mientras que Kathy es una «cuidadora», un clon que atiende a los que se están recuperando de la cirugía de extracción de órganos. Cuando Tommy y Ruth «completan»,

³ Kazuo Ishiguro, *Never Let Me Go*, Londres, 2005; ed. cast.: *Nunca me abandones*, Barcelona, 2011.

Kathy siente que no puede seguir desempeñando su papel. Al final del libro se prepara, a su vez, para convertirse en «donante».

Nunca me abandones es una obra llena de fuerza que me dejó abrumada de tristeza la primera vez que la leí. En realidad, fue mucho más que eso; cuando terminé el libro sollozaba incontroladamente. Algunos críticos la han descrito como una obra de ciencia ficción distópica sobre los peligros que entraña la ingeniería genética; otros la han leído en clave de una *Bildungsroman* [novela de formación] en la que jóvenes con grandes esperanzas y poco entendimiento de lo que realmente importa en la vida adquieren la sabiduría necesaria para valorar las relaciones y aceptar el mundo como es. Creo que ninguna de estas dos interpretaciones es totalmente errónea, lo que sucede es que cada una de ellas parte de un hilo de la obra diferente. Pero ninguna habla de lo que yo considero el núcleo vital del libro. Desde mi punto de vista, *Nunca me abandones* es una reflexión sobre la justicia, la descripción lacerante de un mundo injusto y del profundo sufrimiento que inflige a sus habitantes.

Repuestos

¿Qué material de reflexión nos ofrece el libro? En primer lugar, nos invita a pensar en la justicia a través de la negación. Al contrario que Platón, Ishiguro no intenta representar un orden social justo, sino dibujar el cuadro escalofriante de un mundo que el lector acaba percibiendo como profundamente injusto, lo cual implica una profunda reflexión: la justicia nunca se experimenta directamente. Por el contrario, sí experimentamos directamente la injusticia y sólo a través de ello nos hacemos una idea de lo que es la justicia. Únicamente ponderando el carácter de lo que consideramos injusto empezamos a saber qué alternativas tenemos. Sólo cuando nos damos cuenta de lo que sería necesario hacer para superar la injusticia, nuestro concepto abstracto de justicia se dota de contenido. De manera que la respuesta a la pregunta de Sócrates, ¿qué es la justicia?, sólo puede ser la siguiente: la justicia es la superación de la injusticia.

Pero, ¿cómo reconocer la injusticia? Si analizamos el orden social de *Nunca me abandones* y nos preguntamos por qué y en qué aspectos es injusto, hallaremos una respuesta obvia: este orden social es injusto, porque es explotador. Los clones se crean y mantienen en interés de los originales. Son fuentes de órganos, almacenes ambulantes de repuestos que serán extraídos de sus cuerpos y trasplantados a los cuerpos de los originales cuando los necesiten. Viven, sufren y, finalmente, mueren para que los originales puedan gozar de vidas más largas y saludables. Son meros medios para los fines de los originales y no se les concede valor intrínseco

alguno. Sus necesidades e intereses se anulan o, en el mejor de los casos, se subordinan a los de los originales. En otras palabras, los clones no cuentan como sujetos de justicia. Excluidos de toda consideración o respeto, no se admite que pertenezcan al mismo universo moral que los originales.

En este punto, Ishiguro hace una aguda observación sobre la exclusión, la identidad y la alteridad. Los clones no merecen consideración moral alguna, porque se les considera categóricamente diferentes a los originales. Es esa otredad, supuestamente básica y ontológica, la que justifica su explotación y segregación durante toda la vida de los originales. Su relegación a lugares especiales como Hailsham, donde viven en un mundo cerrado sin contacto alguno con el exterior, interactuando exclusivamente entre sí y con sus profesores (a los que Ishiguro, en un guiño a Platón, denomina «guardianes»), sirve a un propósito funcional. Al evitar el contacto directo entre clones y originales se impide que tengan experiencias de similitud o afinidad, que pudieran contradecir el paradójico argumento de la diferencia ontológica. De hecho, los clones son réplicas genéticas exactas de los originales y les resultan útiles precisamente porque son biológicamente idénticos. Su subjetividad es diferente, de acuerdo, ya que los clones tiene experiencias y recuerdos propios. Pero, genéticamente, ambos grupos se hallan en una relación de identidad absoluta, compartiendo una proximidad tan extrema que puede resultar siniestra e incluso insoportable. Podemos especular que tal vez esto puede generar una intensa ansiedad; si es así, ello explicaría por qué los originales deben insistir a toda costa en que su estatus ontológico es esencialmente diferente y, por lo tanto, legitimar la exclusión de los clones del universo de la preocupación moral.

Ishiguro demuestra que, de hecho, los clones participan del mismo esquema de cooperación social que los originales; están sometidos a la misma estructura básica de la sociedad en sentido rawlsiano. Ambos grupos actúan según un conjunto de reglas básicas comunes, que dictan que la sustancia vital de un grupo se ponga a disposición del otro, de modo que aquella se halle a disposición y para beneficio de los originales al margen del daño que ello inflija a los clones. Ambos grupos forman parte de una bioeconomía única y compartida, una matriz biopolítica común de vida y muerte. Los originales dependen de los clones para su supervivencia, pero les niegan, sin embargo, la consideración de compañeros de interacción.

Los lectores consideramos injusta esta situación. Reconocemos un desajuste entre el restringido círculo de los que se benefician de la justicia (sólo los originales) y el grupo más amplio de quienes están conjuntamente sometidos a la estructura básica de esa sociedad (originales y clones), y consideramos que esta incongruencia es moralmente incorrecta. Nuestro sentido de la justicia nos dice, en consecuencia, que todos aquellos sometidos a un conjunto común de reglas básicas deben «contar», en

el sentido de pertenecer al mismo universo moral. No se debería instrumentalizar a unos en beneficio de otros. Todos merecen el mismo interés. Esta es la razón por la que el orden social descrito en *Nunca me abandones* resulta tan profundamente perturbador.

Un conocimiento terrible

Lo que hace verdaderamente horrible el mundo retratado en el libro es, sin embargo, otra cosa: sus protagonistas no lo perciben como nosotros. Los clones no consideran su situación como injusta. Fueron creados por el mismo orden extremadamente explotador que los socializa. Como es la única sociedad que conocen, los términos por los que se rige les parecen los normales y naturales. Es cierto que uno de ellos, Tommy, se enfada a menudo. Cuando vive en Hailsham, de niño, tiende a tener arranques temperamentales sin razón aparente. Pero los demás, hasta su mejor amiga, Kathy, consideran que su ira es un problema personal. Nadie, ni siquiera Tommy mismo, considera la posibilidad de que tenga buenas razones para estar enfadado. Todos le piden de formas diversas que se calme, y él lo hace. Cuando nos reencontramos con un Tommy ya adolescente durante su estancia en las Cottages, ha aprendido a controlar su ira. Lo único que le queda es un rastro de tristeza, un cierto ensimismamiento, que sugiere la existencia de algo innaccesible e incomprensible en las profundidades de su interior.

Aquí Ishiguro expresa otra profunda intuición. La injusticia es claramente un asunto de victimización objetiva, una relación estructural en la que unos explotan a otros, negándoles el estatus moral como sujetos de justicia. Pero el daño se agrava cuando el explotado carece de los medios para interpretar como injusta su situación, lo que puede deberse a una manipulación deliberada, cuando, por ejemplo, los explotadores, plenamente conscientes de la injusticia, la ocultan a los explotados. Pero también puede recurrirse a medios más sibilinos, como cuando una esfera pública, aparentemente democrática, se halla dominada por discursos individualizadores culpabilizadores de las víctimas, que no aluden, o aluden sólo marginalmente, a perspectivas estructurales. Puede suceder que se usen de forma rutinaria términos eufemísticos y vagamente elevados para hacer referencia a realidades criminales como cuando, por ejemplo, se denomina «donación» a la extracción forzosa de órganos y «compleción» al asesinato subsiguiente. En estos casos, los esquemas interpretativos dominantes reflejan las experiencias y sirven a los intereses de los explotadores. En cambio, los explotados disponen de pocas palabras, si es que tienen alguna, para dar voz a sus experiencias y, todavía menos, cuentan con formas de

articular eficazmente sus intereses de clase. El resultado es otro aspecto o nivel de injusticia: los medios de interpretación y comunicación de la sociedad no sirven a todos sus miembros en igual medida.

En estas condiciones, las víctimas carecen de una condición esencial para reaccionar adecuadamente ante su situación. Asumimos que la reacción correcta ante la injusticia es la indignación. Sin embargo, esta sólo es posible cuando los explotados tienen acceso a esquemas interpretativos que les permiten entender su situación, no ya como simplemente desafortunada, sino como injusta. Como no pueden hacerlo, tienden a culparse a sí mismos. Convencidos de que merecen su estatus inferior, entierran su legítima indignación y se pierden en derivas emocionales. Así, pues, la injusticia en la organización social del discurso produce efectos psicológicos.

En *Nunca me abandones* se elaboran algunas de estas repercusiones. Al principio, durante la mayor parte de su estancia en Hailsham, los protagonistas no saben que son clones. Ignoran los términos del orden social en el que se les ha inscrito, no saben que les están criando para proporcionar órganos a una clase superior. Gran parte del drama de la primera parte de la novela se basa en una serie de incidentes en los que los personajes descubren anomalías en su situación, indicios de la existencia de otra realidad más sombría, que late tras sus días de colegio relativamente libres de preocupaciones. El lector, que al principio tampoco comparte esa información, empieza a entender la verdad y espera ansiosamente que los clones lo hagan también. Sin embargo, no logramos cumplir nuestro deseo de revelación catártica. Vemos con creciente consternación cómo los protagonistas están una y otra vez a punto de descubrir la verdad sin llegar a hacerlo nunca. Es como si no quisieran o fueran incapaces de adquirir un conocimiento tan terrible y, por lo tanto, ignoraran los indicios, buscaran explicaciones para las anomalías e inventaran argumentos cada vez más alambicados para defenderse de la devastadora verdad.

No cabe duda de que el personal de Hailsham mantiene a los niños en la ignorancia. Cuando una profesora que, por un instante, siente simpatía hacia los niños a su cargo (que no parecen después de todo tan distintos de ella) deja escapar la verdad, se la despide fulminantemente. Ha violado la política institucional que consiste en dejar que la verdad se vaya desvelando gradualmente, en pequeñas dosis, contando a los clones sólo lo que se considera que pueden asumir en cada momento. Es una técnica parecida a la de la famosa anécdota de la rana que, cuando se la tira a un cubo de agua caliente, salta fuera de inmediato. Pero si se la coloca en una olla de agua fría que se va calentando gradualmente, la rana permanece en ella tranquilamente hasta que el agua hierve y muere. La política de Hailsham, basada en la dosificación de la información, mantiene a los niños-clones en la olla.

Personalidad y poder

Al final se enteran de la verdad, pero cuando ya no son capaces de sentir indignación. Los clones adolescentes reaccionan con tristeza en vez de con ira, creen que su situación es desafortunada, pero no la consideran injusta, como tampoco a la estructura básica subyacente. No contemplan la posibilidad de organizar una protesta colectiva o una revolución. Al revés, se aferran a la promesa de que algunos elegidos podrán escapar. Acaban obsesionados con la posibilidad de una «prórroga», otro término interesante que recuerda a las exenciones del servicio militar para los estudiantes universitarios estadounidenses durante la Guerra de Vietnam. En *Nunca me abandones* corre la voz entre los clones de que, en ciertas circunstancias especiales, se puede posponer por tres años la extracción quirúrgica de algún órgano. Se rumorea que para poder optar a esta «prórroga» una pareja de clones debe demostrar que están real y profundamente enamorados.

La idea de Ishiguro de que estar enamorado pudiera ser un motivo para posponer el desmembramiento quirúrgico forzado es muy ingeniosa. Esta peculiar leyenda urbana establece un nexo entre la individualidad afectiva y el valor intrínseco. La premisa es que un ser, condenado hasta entonces por poseer un valor exclusivamente extrínseco y, por lo tanto, ser sólo un medio para los fines de otros, puede elevar, al menos temporalmente, su estatus hasta adquirir el de un ser valioso y digno de consideración por sí mismo. Lo que permite esta transmutación es la interioridad e individualidad de ese ser, encarnada en la experiencia afectiva del amor romántico. Lo que les confiere valor es la subjetividad personal.

Los clones adultos jóvenes cifran todas sus esperanzas en esta idea, que les ofrece considerablemente más que la promesa de tres años adicionales de una relativa integridad física: les permite considerarse algo más que colecciones ambulantes de piezas de repuesto, demostrando que son individuos únicos, personas irremplazables, cada cual dotado con su propia vida interior. ¿De dónde sacan los clones esta idea? De Hailsham, de la que sabemos que ha sido fundada como alternativa progresista a las sórdidas residencias donde habían sido guardados previamente los clones. Los reformadores liberales más sentimentales, asqueados por las condiciones en las que se almacenaba a sus duplicados biológicos, habían diseñado una institución especial donde se educaría a los clones y se les enseñaría que tienen alma. En la escuela se hacía hincapié en la autoexpresión creativa y se animaba a los clones a realizar obras de arte; se les decía que las mejores acabarían expuestas en una galería fuera del campus. Cuando Tommy, como joven adulto, intenta obtener una «prórroga», decide recurrir al arte. Quiere mostrar la profundidad de su amor exhibiendo sus pinturas.

De nuevo, Ishiguro hace gala de una penetrante captación de la (in)justicia: la individualidad es un arma de doble filo. Por un lado, es la marca de personalidad y de valor intrínseco y es una puerta de acceso a la consideración moral. Pero, por otro, se convierte fácilmente en una artimaña del poder, en un instrumento de dominación. La individualidad, cuando se separa de la comprensión estructural de un orden social explotador, puede convertirse en un objeto de culto, en un sustituto del pensamiento crítico y en un obstáculo para superar la injusticia. En las sociedades de consumo de masas «democráticas», la ideología dominante es la individualidad y desde ella se suele interpelar a los sujetos. Se nos exhorta a asumir la responsabilidad de nuestras vidas en tanto que «individuos», se nos anima a colmar nuestros anhelos más profundos comprando y vendiendo mercancías y se nos deriva de la acción colectiva hacia las «soluciones personales», a buscar «prórrogas» para nuestros preciosos e irremplazables yoes.

Ishiguro relata magistralmente esta paradoja de la individualidad. Lo más cruel y perverso del mundo que describe es que a los protagonistas les dan gato por liebre. Socializados para considerarse individuos, no pueden ver más allá de esta idea, ni siquiera cuando la verdad es evidente: son receptáculos de piezas de repuesto, creadas para ser canibalizadas. Lo que me hizo llorar fueron las frases finales pronunciadas por Kathy por entonces ya entrada en la treintena. Como «cuidadora» ha pasado los últimos diez años cuidando de sus compañeros clones, entre ellos Tommy y Ruth. Cuidaba sus débiles y agotados cuerpos, sucesivamente desposeídos de un órgano tras otro. Los mantuvo vivos y disponibles para «donaciones» adicionales, consolándolos en la medida de lo posible, como cuando rebate la idea desesperada de Ruth de que les habían creado a partir de «desechos» humanos. Cuando sus dos amigos mueren, Kathy no puede seguir soportando su trabajo. Decide convertirse en «donante», anticipa la «compleción» y echa un vistazo a su vida pasada: «Nunca perderé los recuerdos que más valoro. Perdí a Ruth, luego perdí a Tommy, pero nunca perderé su recuerdo». Aunque intenta no seguir hurgando en el pasado, Kathy rememora:

Lo único que me he permitido en ese sentido –y una sola vez, un par de semanas después de oír que Tommy había «completado»– fue ir en coche hasta Norfolk sin ninguna necesidad de hacerlo. No iba a buscar nada en particular [...]. Quizá tenía ganas de ver todas esas planicies vacías y los enormes cielos grises. En un momento dado me encontré en una carretera en la que nunca había estado, y durante aproximadamente media hora no supe dónde estaba, y no me importó en absoluto. [...] Me vi ante hectáreas de tierra cultivada. Había una valla que me impedía el paso, con dos filas de alambre de espino, y vi cómo esta valla y el grupo de tres o cuatro árboles cuyas copas se alzaban sobre mi

cabeza eran las únicas barreras contra el viento en kilómetros y kilómetros. A lo largo de la valla, sobre todo en la hilera inferior del alambre de espino, se habían enmarañado todo tipo de brozas y desechos. Eran como esos restos que pueden verse en las orillas del mar: el viento habría arrastrado parte de ellos a través de largas distancias, hasta que aquella valla y aquellos árboles los habían detenido. En lo alto de las ramas, ondeando al viento, se veían trozos de plástico y bolsas viejas. Fue la única vez –allí, de pie, mirando aquella extraña basura, sintiendo cómo el viento barría aquellos campos vacíos– en que me permití imaginar una pequeña fantasía. [...] Pensé en todos aquellos desperdicios, en los plásticos que se agitaban entre la ramas, en la interminable ristra de materias extrañas enganchadas entre los alambres de la valla, y entrecerré los ojos e imaginé que era el punto donde todas las cosas que había ido perdiendo desde la infancia habían arribado con el viento, y ahora estaba ante él, y si esperaba el tiempo necesario, una diminuta figura aparecería en el horizonte, al otro extremo de los campos, y se iría haciendo más y más grande hasta que podría ver que era Tommy, que me hacía una seña, que incluso me llamaba. La fantasía no pasó de ahí –no permití que fuera más lejos–, y aunque las lágrimas me caían por las mejillas, no estaba sollozando abiertamente ni había perdido el dominio de mí misma. Aguardé un poco, volví al coche y me alejé en él hacia dondequiera que me estuviera dirigiendo⁴.

Aquí Kathy habla por todos aquellos a los que nuestro orden social interpela como individuos mientras los trata como a piezas de repuesto: como fuerza de trabajo hiperexplotada, como criadoras, como trabajadores desechables, como proveedores de órganos, bebés y sexo, como realizadores de tareas inferiores, como limpiadores y recogedores de basura, como materia prima lista para ser consumida, masticada y escupida cuando el sistema ha extraído de ella todo lo que quiere. En otros tiempos se les bautizó con el nombre de «los condenados de la Tierra», pero hoy son demasiado omnipresentes y están demasiado cerca de casa como para que esa designación resulte adecuada. Deberíamos considerarlos más bien parte de esa fracción sustancial que es «el 99 por 100». Kathy habla en nombre de todas estas gentes, pero no las llama a las armas. Por el contrario, expresa su dolor, su confusión, su autoengaño, las esperanzas y deseos frustrados de su corta y trágica vida. Ante todo hace un tenaz llamamiento a la dignidad ante un orden social, que le falta al respeto en todos los aspectos. Kathy también persiste en su esfuerzo por encontrar un sentido a las cosas, aun cuando la estructura básica de su sociedad no le haya dado nada que le permita forjarlo salvo ruinas. Es este angustioso cóctel de emociones, demasiado humanas, el que hace tan conmovedoras las palabras de este clon condenado.

⁴ K. Ishiguro, *Never Let me Go*, cit., pp. 281-282.

De la ficción a la práctica

Pero dejemos ahora el mundo de *Nunca me abandones*, dejemos de lado su *pathos* y pensemos fríamente en lo que nos enseña. ¿Cómo podemos aplicar las ideas de Ishiguro a nuestro mundo social? En primer lugar, la idea de acercarnos a la justicia negativamente, por medio de la injusticia, es fuerte y productiva. *Pace* Platón, no necesitamos saber qué es la justicia para saber cuándo algo está mal. Lo que debemos hacer es afinar nuestro sentido de la injusticia, ver a través de la ofuscación y la ideología. Centrándonos en lo que está mal debemos determinar por qué lo está y qué podríamos hacer para enderezar la situación. Este proceso de pensamiento negativo es el único que activa nuestro concepto de justicia y lo redime del reino de la abstracción concretándolo, enriqueciéndolo y convirtiéndolo en algo que puede dar frutos para este mundo.

En segundo lugar, y de nuevo *contra* Platón, deberíamos evitar que la desconfianza nos lleve a delimitar diferencias esenciales entre guardianes y trabajadores, entre los de dentro y los de fuera, entre ciudadanos y extranjeros, entre europeos y los otros. También deberíamos recelar toda diferencia ontológica invocada para legitimar un orden social dual, en el que «nosotros» gocemos de unos derechos y «ellos» de otros. Estos experimentos no son un buen marco para la justicia y suelen ocultar ansiedades relacionadas con la identidad, permitiendo que algunos sean expulsados del universo de los que «cuentan». En tercer lugar, en vez de centrarnos en la otredad, deberíamos seguir a Rawls (¡y también a Marx!) y echar un vistazo a la «estructura básica». Para decidir quién merece nuestra consideración moral, deberíamos determinar quiénes están sometidos al conjunto de reglas básicas que definen los términos de la cooperación social. Si las reglas básicas institucionalizan la dependencia explotadora de un grupo respecto a otro, que desea así cubrir necesidades vitales como la provision de órganos, fuerza de trabajo, bebés, sexo, labores domésticas, cuidado de niños y ancianos, limpieza o recogida de basuras, entonces ambos grupos están sometidos a la misma estructura básica. Los miembros de uno y otro viven en el mismo universo moral y merecen idéntica consideración en asuntos de justicia.

En cuarto lugar, deberíamos desconfiar de los planteamientos que no dotan de un marco de referencia adecuado a la justicia al privar erróneamente a algunos de estatus moral; e igualmente estar atentos a los casos en que el círculo de los incluidos en la misma estructura básica no coincide con el de quienes gozan de ese estatuto moral. *Contra* Rawls, por lo tanto, deberíamos enfrentarnos a quienes recurren a la ciudadanía formal como principal determinante de quién cuenta, ya que quienes así lo hacen comprenden incorrectamente el marco de la justicia en un orden social

transnacional si no global como el actual. En quinto lugar, deberíamos cuestionar nuestra tendencia a redefinir las desigualdades estructurales como problemas personales, escrutar las interpretaciones que atribuyen las circunstancias desfavorables de la gente a sus propios fallos y resistirnos a ignorar emociones indicativas como la ira, que tienen un gran valor diagnóstico. Así, pues, deberíamos mirar más allá de las explicaciones basadas en unos u otros rasgos específicos de las personas o de los grupos para vislumbrar las pautas de estratificación más profundas, los mecanismos causales que producen las jerarquías y las estrategias ideológicas, que, como la personalización, dificultan la comprensión de esas desigualdades estructurales.

En sexto lugar, no deberíamos asumir que la ausencia de una crítica explícita o de una protesta abierta implique que no hay injusticia. Deberíamos entender que la oposición organizada a la injusticia depende del acceso a recursos discursivos y esquemas interpretativos, que permiten su articulación y expresión públicas. Deberíamos examinar la esfera pública en busca de las distorsiones que impiden un acceso igualitario a la voz política, y pensar cómo superarlas ampliando los términos disponibles para designar los problemas sociales y cuestionar sus causas. En séptimo lugar, deberíamos desconfiar de la exaltación unilateral de la individualidad y cuidarnos de las sociedades que fetichizan el amor, la introspección y la vida privada, negando sistemáticamente a la gran mayoría las condiciones materiales para su realización. Deberíamos religar objetividad y subjetividad. Por último, tendríamos que apreciar más la creatividad de los oprimidos, tener en cuenta su anhelo de una vida mejor y su afán de buscar sentido hasta en las circunstancias más desfavorables, así como cultivar la indignación social y la imaginación política. Convirtamos la justicia en la virtud primordial no sólo teóricamente, sino también en la práctica.

